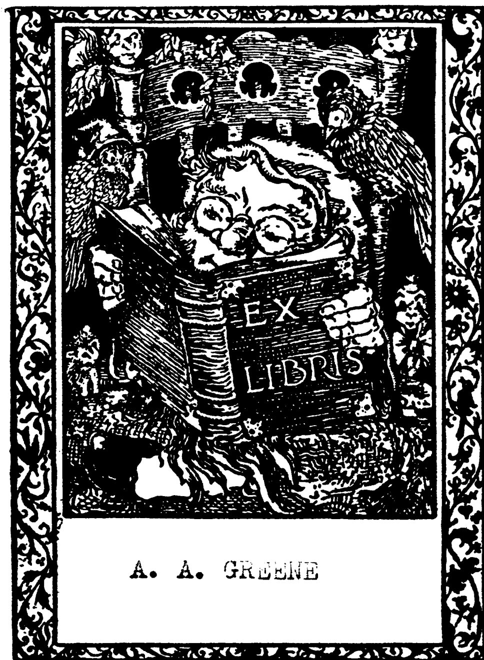
TEOBALDO.
EL CASTILLO
DE
BARBA AZUL





Bardon April 1952 50 pts.

[illegible]ECA ESCOGIDA DEL DIARIO DE MANILA

[illegible]SEQUIO Á LOS SRES. SUSCRITORES.

[illegible]BALDO

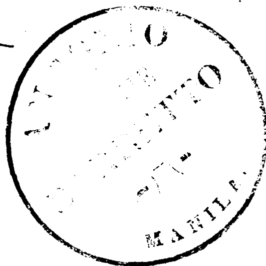
Ó

EL TRIU[illegible] DE LA CARIDAD

HISTORIA CORSA

POR

LA CONDESA DE LA ROCHERE



MANILA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE RAMIREZ Y GIRAUDIER

Calle de Magallanes, 3, esquina á la del Beaterio.

1883.

TEOBALDO

INTRODUCCION.

La caridad, hija del cielo, es ingeniosísima en crearse recursos para asegurar remedios à todos los males y consuelos á todos los dolores. Ella es la que, abrasando con su divino fuego á tantas y tantas vírgenes cristianas, las lleva á consagrar su existencia al alivio de los enfermos en los hospitales, y hasta à las cárceles y à los presidios; la que inspiró esas sociedades de S. Vicente de Paul, de Señoras de la Providencia ó de la Caridad derramando todo género de beneficios sobre los pobres, dando á unos alimento, vestidos á otros, y socorros y buenos consejos á todos.

Uníanme lazos de amistad con una de esas señoras que formaba parte, tiempo hacia, de una de esas asociaciones de beneficencia. Un dia que entré sin hacerme anunciar en su casa, la encontré sentada delante de una mesa, escribiendo en un registro la lista de los objetos que estaba encargada de distribuir durante el mes.

¡Cómo! le pregunté, ¿todo ese enorme cuaderno para semejante contabilidad?

—¡Oh! nó respondió Elisa, hay aquí más espacio del que se necesita.

—Pues ¿qué màs hay en ese libro?

—Algunas notas, algunos recuerdos puestos sin órden ni enlace entre sí.

—Veamos, dije echando mano al cuaderno.

—Os aseguro que no sacaréis nada en limpio.

—No importa, permitidme que lo vea.»

Lo abrí y leí al acaso algunos apuntes por el estilo de estos:

«Cristina, madre de cinco hijos, y con su ma-
«rido ciego: ver si se le encuentra trabajo para
«ella y colocacion para sus dos hijas.»

«Francisca, recien parida; proporcionarle caldo,
«y buscar una ama para su niño, porque la po-
«bre no tiene leche.»

—En verdad, le dije: eso debe causaros mucha pena y ocupar mucho tiempo.

—Sin duda, me contestó; más ¿en qué puede emplearse mejor?

—No faltan deberes que cumplir en las familias y respecto de la sociedad. A menos de ser viuda y sin hijos, ó de estar dotada de la extraordinaria actividad que admiro en vos...

—Creedme, dijo interrumpiéndome y estrechán-

dome afectuosamente la mano, sea cual fuere la situacion en que uno se encuentra, si se quitan las conversaciones supérfluas, las visitas inútiles y todos los placeres peligrosos, quedan sin duda muchas horas cada semana para consagrar á las buenas obras; y en cuanto à pena de que hablais; os aseguro que el placer que se experimenta haciendo algun bien, por poco que sea, paga con usura las insignificantes privaciones que se ve uno en la necesidad de imponerse para alcanzarlo. Yo he frecuentado el mundo, he conocido sus placeres; pero estad cierta, querida mia, que el más delicioso baile, la fiesta màs espléndida no causan tanta alegría como la sonrisa de un niño que se ha encontrado llorando, como una simple palabra de agradecimiento de quien ha recibido algun socorro.»

Mientras que Elisa pronunciaba estas palabras con todo el calor de la màs profunda conviccion, yo proseguia hojeando su registro, donde encontré este otro apunte:

«Pedro Ferrand, anciano casi centenario y cu-
«bierto de llagas, vive en un quinto piso en una
«guardilla que no recibe luz más que por una
«estrecha puerta que da à un corredor. Urge que
«se traslade à una habitacion más sana á ese pobre
«hombre á quien la vejez y la enfermedad tienen
«postrado en un mal jergon.»

«¿Y visitais vos misma á esas gentes?

—Sin duda, contestó, á fin de distribuir nuestros socorros con discernimiento segun la necesidad de cada cual, é iuspirarles en cuanto sea posible pensamientos piadosos, que son los únicos que pueden llevar à sus almas consuelos duraderos.

—Más esas escenas, aquella miseria, todo eso es muy repugnante esos infectos chiribitiles deben dar asco, y debeis salir de ellos profundamente afligida.

—¿Afligida? á veces, dijo Elisa, cuando son insuficientes nuestras limosnas para aliviar á los que sufren. En cuanto à la repugnancia y al asco tan solo es cuestion de los primeros dias, al paso que se gana muchísimo en visitar à los desgraciados aun tomando solamente en cuenta nuestra felicidad temporal y ese amor de nuestro bienestar de que tanto nos cuesta privarnos.

—¿Cómo puede ser eso? le pregunté admirada.

—Escuchadme, contestó: cuando voy á ver à los ricos en sus soberbios palacios, y admiro la magnificencia de sus dorados espejos y colgaduras de seda, y contemplo con ojo curioso esas elegantes inútilidades, esas mil obras maestras de la industria que adornan en el dia todas las consolas, que llenan todas las mesas sin experimentar el sentimiento de la envidia, del cual por fortuna estoy exenta encuentro, al regresar à mi casa, mi aposento muy modesto y viejos mis muebles que distan mucho de ser de moda; pero cuando vuelvo de hacer mis visitas semanales à los pobres del barrio, mis cortinas de muselina, mis sillones de terciopelo de Utrecht, mi reloj que no tiene nada de moderno, todo lo que me rodea me parece magnífico; me avergüenzo casi del lujo de mis muebles y de mi traje, doy gracias al Señor por haber sido tan generoso conmigo, y le ruego que se apiade de los que carecen de lo necesario.

—Os comprendo, le contesté; pero ¿no os sucede á veces hacer favores á ingratos, y ser vuesta obra

de caridad despreciada por los mismos à quienes socorreis?

—Bastante á menudo, repuso, porque hay pobres que son muy exigentes, y que murmuran y se quejan sin motivo cuando no podemos darles todo lo que esperaban; pero nos acordamos entònces que es à Jesucristo á quien socorremos en la persona de los desgraciados, y que alcanzarémos en el cielo las recompensas que no recibimos en la tierra.»

Hízome todavía otras reflexiones que no entendí bien, por estar distraida en la lectura de una nota que acababa de caerme en las manos. «Viaje à «Brando; la extranjera y sus tres hijos en un pese-«bre.» Seguian algunas palabras ilegibles, y luego màs abajo decia: «Buscar en seguida una nodriza «para el recien nacido y pensar en el entierro y en «los pasos que deban darse para descubrir á la «familia.»

Ved ahí una nota muy singular,—le dije señalando con el dedo en el libro la que movia mi curiosidad.

—¡Ah! exclamó Elisa, ha sido escrita en Bastia, y despierta en mi alma recuerdos terribles á la vez que conmovedores; es una tragedia corsa, toda una historia en fin de *vendetta*. (1).

—¡Una historia de *vendetta!* contesté repitiendo la misma palabra italiana: contàdmela, querida mia.

—Con mucho gusto, porque me parece à propósito para inspirar buenos sentimientos, y para probar las ventajas de una educacion religiosa, à la vez que para dar á conocer las costumbres de un pais inte-

(1) *Vendetta*, venganza. Llámase *vendetta* transversal la que se ejerce contra un pariente más ó menos lejano del autor de la ofensa.

resante bajo muchos conceptos, y sin embargo mu y poco visitado por los *turistas* de nuestros. dias, por cuyo doble motivo me detendré en muchas circunstancias, que en rigor podrian muy bien omitirse. La primera parte de lo que voy á referiros ha pasado á mi vista lo demás lo sé de buena tinta.

Y cogiendo del cajon de su mesa una obra de punto de lana blanca, una chaqueta para uno de sus pobres, y sacando tambien yo mi labor, me refirió la siguiente historia, que escuché con atencion, pues la contaba de una manera admirable.



PRIMERA PARTE.

CAPITULO I.

Los huérfanos.

Hacia poco tiempo que estaba en Bastia, cuando la señora baronesa D.***(1), ese ángel de virtud de que tantas veces os he hablado, formó el proyecto de establecer allí una sociedad de señoras para aliviar á los pobres en sus sufrimientos físicos y morales, procurando al propio tiempo destruir la causa principal de su miseria, la ociosidad, que es la plaga mayor de la poblacion corsa. A este fin debia ofrecerse labor à todos los indigentes á quie—

(1) La modestia de la baronesa D.***, qué espero que vivirá largo tiempo aún, para edificacion de los que tienen la dicha de conocerla, me obliga á callar su nombre.

nes no imposibilitasen para trabajar la enfermedad ó la vejez, y emplear todos los medios de persuasion posibles para hacer que la aceptasen; pues, fuerza es confesarlo, esta era la parte más difícil de nuestra tarea, por grande que fuese el salario que se les ofrecia.

Era imposible que el establecimiento de semejante asociacion en un país tal como la Córcega, no encontrase grandes obstàculos; mas la ardiente caridad de la baronesa supo allanarlos todos, y desde el primer mes nuestra sociedad no contaba ménos de sesenta señoras, así de la isla como de la Francia continental, presididas por el cura de la parroquia.

Nos proporcionó los primeros fondos una lotería que se hizo en los salones de la señora D***; se dividió la ciudad en seis partes, y se nombró à doce señoras, dos por barrio, para visitar á los pobres en su domicilio, y yo fuí una de ellas.

Todos los meses nos reuníamos para oir misa, despues de lo cual dàbamos cuenta á la sociedad de nuestros trabajos y de los gastos que habíamos hecho.

Tenia por compañera de mis visitas una venerable viuda, la cual segun la tierna costumbre de Córcega, no habia depuesto sus vestidos de luto, ni dejádose ver en ninguna reunion mondana desde que perdiera à su marido, muerto treinta años hacia (1). Un dia que volvíamos de cumplir nuestra tarea, y al llegar á la plaza de San Nicolás, acercóse à la señora Petrucci una jóven de unos quience

(1) Las viudas corsas llevan luto hasta su muerte, á menos de contraer segundas nupcias: he visto algunas de ellas negarse hasta á asistir à un sorteo á favor de los pobres, para no faltar á las costumbres de su pais, dejándose ver en una reunion numerosa.

años, alta, esbelta y graciosa como lo son la mayor parte de las mugeres del Cabo, y le dirigiò la palabra en dialecto corso. Adelantéme un poco para dejarlas que hablasen con màs libertad, más la viuda no tardò en reunirse conmigo.

—«¡Dios mio! exclamó traduciendo en mal francés lo que le habia dicho la jóven, hay una pobre muger, cuyo marido acaba de ser asesinado, que se muere de necesidad ella y sus hijos, en un establo en el camino que va à Brando, un poco más allá de la Vírgen de la Vesina, donde les han dado hospitalidad la noche pasada. Se teme que sucumban pronto de hambre.

—Corramos à socorrerlos, dije echando à andar hácia aquel camino.

—Es demasiado léjos para mí, respondió la viuda cogiéndome del brazo para detenerme. No era ya jóven, y acostumbrada como estaba desde niña á la vida casera de las señoras de Bastia que las hace incapaces de hacer à pié una larga carrera, me dijo: «A màs de que, ¿qué iríamos á hacer en la Vesina? Son ya tantos los pobres de la ciudad que no basta nuestra asociacion para atenderles á todos: por otra parte la muger de que se trata dicen que es forastera; genovesa sin duda». Y cargó, el acento sobre esta palabra con ese tono de desprecio de los naturales de Còrcega por los de Génova, cuyo yugo de hierro pesò sobre ellos tanto tiempo.

—Genovesa ó no, qué importa, puesto que, segun decís, está muriéndose. Teneis sin embargo razon en creer que no podemos distraer en provecho de esta desgraciada muger los fondos que se nos confian para los pobres del barrio de san Nicolàs. Voy pues à ver á la baronesa....

—Excelente idea, exclamó la viuda; ofrecedle mis humildes respetos; es una dicha tenerla en este pais, al cual hace tanto bien! A Dios pues, *carísima*, añadió la señora Petrucci, alargándome la mano: voy á dormir la siesta, porque no puedo más de fatigado que tengo el cuerpo.

Atravesé casi corriendo la plaza, á la sazon desierta, y tomando el camino que hay entre el mar y el cuartel, llegué por el jardin hasta las puertas vidrieras de una galería que la doncella me abrió en seguida, y sin dar tiempo á esa jòven de anunciarme, fuí à llamar á la puerta del aposento de Mma. D.***

Adelante, me dijo con cariñoso acento.

Estaba sentada delante de un costurero juntando con infinita paciencia pedacitos de indiana con los cuales hacia capillos y justillos para los niños pobres de Bastia. Era su ocupacion favorita. Continuó pues cosiendo con el ardor de una operaria que necesitase para vivir el precio de su trabajo.

Mma. D.*** habia pasado ya de la primera juventud, pero tenia unas facciones nobles y delicadas, unos ojos llenos de dulzura, un talle elegante y majestuoso, el aire imponente á la par que gracioso; y sin embargo todas estas cualidades físicas daban apenas una idea de la belleza de su alma.

Dile cuenta en pocas palabras del objeto de mi visita.

—Es necesario sosorrer á esa pobre mujer, exclamó retirando su mesita de labor; y tirando del llamador de la campanilla: Que pongan al instante mi coche y mis caballos. dijo à un criado que se presentó á la puerta. ¿Tendréis la bondad, querida Elisa mia, de acompañarme? con tal, sin embargo, de que vuestros

hijos puedan pasarse sin vos algunas horas y que esta ausencia no contraríe á vuestro marido,—añadió, porque su piedad ilustrada no le permitia aconsejar nada, aun cuando fuese una buena accion, en perjuicio de un deber de familia.

—No hay nada que me detenga en este momento le dije, y me alegro.

—Voy pues à mandar que avisen á vuestro marido para que no esté en cuidado., repuso la baronesa poniéndose de paso un sombrero tan sencillo como el resto del traje; pues no habia señora alguna que diese ménos importancia à su tocado.

En seguida abrió un grande armario de donde sacó un lio de ropa blanca y vestidos de niño.

Esto podrà sernos útil, dijo.

Los caballos estaban enganchados y subimos al coche. Era uno de aquellos dias bochornosos en que hasta los animales parecen perder su ardor al enervante soplo del *sirocco* (1): andábamos lentamente; en la calle y en la plaza una multitud de personas perdian el tiempo en una ociosidad completa, y la mayor parte de ellas dormian tendidas con el mayor abandono á la sombra de las paredes.

—«¿Veis, me dijo Mma. D.*** si necesitamos esforzarnos cuanto podamos para inspirarles la aficion al trabajo? muchos de esos desgraciados mendigan el pan que tan fácilmente podrian ganarse. Por lo demas añadiò, no es culpa suya; esas pobres gentes no conocen otro modo de vivir que ese, y nos toca á nosotros educarles.

Uno de los rasgos distintivos del caràcter de la baronesa era esa indulgencia perfecta que à la

(1) *Sirocco,* viento del Sudeste; es el simoun de los árabes, bien que enfriándose algo al pasar por el Mediterráneo.

vez que reprendia el vicio, le hacia encontrar alguna escusa para atenuar la falta del culpable.

Tomamos el camino de Pietranera que sigue las orillas del mar, ya acercándose tanto que las olas bañan, por decirlo así, el borde del camino, ya dejando entre él y este, bosquecillos de olivos, y zarzales de granados y de mirtos.

—Aguija los caballos, Pedro, gritó la baronesa à su cochero. Cuando pienso en la necesidad en que se halla esa pobre muger, me dijo, no puedo resignarme á ir tan despacio.

Yo participaba de su impaciencía. Desarrollàbase entre tanto à nuestras miradas un cuadro magnìfico. El mar entónces alborotado é impelido hácia tierra por el *sirocco*, formaba un extraño contraste con la verdura de las colinas que se levantaban á nuestra izquierda; más yo conocia ya las bellezas de aquel paisaje, puesto que el camino de Brando (1), ancho y bien conservado como la carretera más hermosa de Francia, pintoresco como el más delicioso parque era mi paso favorito, y por otra parte me interesaba demasiado vivamente la suerte de la extranjera, para que quedase espacio para admirar las bellezas de la naturaleza.

—¡Estamos ya en fin en la redonda de los Templarios! exclamé viendo el lindo pabellon del terraplen suspendido sobre el mar, que se cree haber pertenecido en otro tiempo á esa celébre órden.

Algunas ovejas flacas, de salvaje aspecto, de la más áspera lana, remoneaban las yerbas aromáticas que crecen en el antíguo edificio de los caballeros del Temple, mientras que el pastor que las guar-

(1) Ese camino forma parte del que debe dar algun dia la vuelta á la isla.

daba, tendido à la sombra de nn olivo secular, cantaba con monótono son uno de esos interminables *lamentos*, que no contienen ménos de sesenta ó ochenta estancias (1).

Quizás ese hombre podrà indicarnos la casa en que han recogido á esa desgraciada familia, dije á la baronesa, la cual hizo parar el coche y preguntó ella misma al pastor.

—Es allí bajo, en aquella choza; un poco antes del pueblo, respondió. Hay sangre en ese asunto: he visto la muger ¿seríais por ventura parienta suya? Por lo demàs, llegaréis antes dejando el coche y tomando el sendero á la izquierda. ¿Quereis que os acompañe?»

Nos apeamos, y seguimos al pastor, que echàndose su fusil al hombro echó á andar delante de nosotras sin darse ningun cuidado por su rebaño, que dejaba bajo la vigilancia de su perro.

Costónos un poco seguirle en la colina por entre jarales y malezas, mas al cabo de diez minutos llegàbamos á una mala cabaña medio arruinada. Ofrecióse entónces á nuestras miradas un espectáculo desgarrador: sobre el heno del establo abierto à todos los vientos y à la intemperie, una pobre madre acababa de dar á luz su último hijo, débil criatura que lloraba sobre el delantal de una pobre anciana, dueña de la cabaña. A su lado una niña de unos diez años, acurrucada en la paja, temblaba de frio, presa de fiebre intermitente, mientras que un muchacho de trece à catorce años permanecia inmóvil de rodillas cerca de su madre, à la que contemplaba con mudo terror.

(1) *Lamento*, elegía corsa.

La pobre jóven estaba tan pálida, que la hubiéramos tomado por un cadáver á no ser por el ruido ronco de la respiracion que se escapaba con dificultad de su pecho oprimido.

—¡Dios os bendiga por haber traido esas señoras! dijo la anciana corsa al pastor; porque no tengo mas que un trapo para envolver á esta pobre criatura que acaba de nacer.

Tomé de manos del criado el lio de ropa que traia, y me puse à empañar al recíen nacido en tanto que la baronesa se acercaba á la madre.

—¿Còmo estais? la preguntó en italiano.

La pobre muger abrió los ojos y los volvió à cerrar enseguida exclamando: ¡Antonio, mi pobre Antonio!.

—Tranquilizate, madre; será vengado, murmuró el muchacho corso estrechando la mano ya fria que tenia entre las suyas.

Estas palabras me hicieron estremecer: examiné al que las habia pronunciado, y ni en sus facciones tan dulces como regulares, ni en su mirada supe ver nada que revelase instintos crueles.

¡Dios mio! encuentro que está muy mala, me dijo la baronesa en voz baja.

—Enviad á buscar al médico, le contesté.

—Y al señor cura Durand, añadiò dirigiéndose al criado, que desapareció en seguida: luego pidió al pastor que fuese á buscar caldo en el meson inmediato, y entre tanto pedimos prestados á la anciana Margarita el jergon y la almohada que constituian su cama y pusimos en ella á la enferma.

Era esta muger de unos treinta años de edad, de fisonomia dulce à interesante y à la que hacian màs

agradable sus largos cabellos de un color rubio ceniciento que caian en desórden sobre sus espaldas. Su traje ofrecia los más extraños contrastes: su vestido, lleno de manchas y roto en muchos puntos, era de una hermosa tela de gro negro de Nápoles: oprimian sus acardenalados piés unos borceguíes agujereados, y llevaba ceñido al rededor de su talle un chal de colores muy vivos, y ese chal era de cachemira. ¿Quién era esa muger que parecia extrangera en el país? El estado en que la veiamos no nos permitia hacerle ninguna pregunta.

No tardó en llegar el pastor: el caldo que traia volvió algunas fuerzas à la enferma, que nos dió las gracias con una mirada. La presentamos el recien nacido.

—¡Pobre hijo mio! exclamó abrazàndolo con ternura; tú no conocerás jamàs á tu padre!...

Y derramó al decir esto un torrente de lágrimas.

—Yo y Clarita le harémos las veces de tal,—dijo el muchacho con un acento grave y que no parecia natural en su edad.

—¡Teobaldo, querido hijo mio!—exclamó la madre.

Y atrayéndole hácia sí le besó la frente.—¡Te matarán tambien! exclamó corriendo por todo su cuerpo un temblor convulsivo: ¡oh! partamos, partamos al momento: volvamos á mi querida Turena; allì al menos, estaremos al abrigo de las balas de un asesino... ¡Más él! ¡él no volverá jamás!... ¡no volveré á verle nunca!... Y se echó á llorar de nuevo.

La baronesa y yo llorábamos con ella.

—¡Pobre muger! exclamé en fin: en el seno de Dios encontraréis un dia al que llorais perdido.

—¡Ah! sí, dijo; esa es mi ùnica esperanza.—En seguida, despues de un momento de silencio, y

señalándonos los niños que habíamos agrupado al rededor de su cama para ofrecer á la pobre madre el único consuelo que le quedaba en la tierra:—Màs los pobres... ¿qué serà de ellos? porque voy á morir ¡conozco que me muero!...

—No digais esto, madre, dijo la niña temblando de piés á cabeza; ¡harto desgraciados somos ya!

—¡Oh! ¡qué no tenga parientes! repuso la enferma: ellos cuidarian de esos pobres huérfanos; porque, si permanecen aquí, moriràn como su padre... Escucha, Teobaldo, prosiguió con una voz que se iba debilitando por momentos, tù debes ser educado en el continente, puesto que tu padre habia consentido en ello: pues bien; permanece en él toda tu vida, y no pongas más los piés en esta isla fatàl. Trabajando se vive en todas partes y tú no careces de valor ni de actividad. Algun dia cuando tus hermanas hayan perdidó su bisabuela las llamaràs á tu lado: allí serán màs felices: ¡es tan bello mi país!

En este momento entraron en el establo el señor cura Durand y el médico: este tomó el pulso á la enferma é hizo un expresivo gesto cuyo significado comprendimos demasiado.

—¿Se podria trasladar á la enferma á mi casa? preguntó la baronesa.

—Imposible, contestó en voz baja: no le quedan dos horas de vida.

Nos miramos una à otra dolorosamente: ¡nos habia interesado tanto la suerte de aquella pobre muger! El sacerdote que, como nosotras, era *continental*, se acercó á su vez á la enferma.

—De cualquier clase que sean, señora, vuestras desgracias, le dijo, pueden endulzarlas los auxilios de la religion.

La extrangera miró al sacerdote con aire resignado: acababa de comprenderlo todo.

—El cielo es quien os envia, padre mio, exclamó: deseo vivamente confesarme.

Nos retiramos á la especie de pocilga que servia de cuarto de dormir á la anciana corsa, llevando con nosotras al doctor y á Clarita, postrada por la calentura. En cuanto á Teobaldo no quiso alejarse à pesar de nuestras instancias y permaneciò de rodillas en el dintel de la puerta. Ni una lágrima siquiera humedecia sus ojos, pero su dolor concentrado y la expreciòn de su semblante desgarraban el corazon.

Al cabo de un cuarto de hora el sacerdote nos llamó. Teobaldo fué el primero en acercarse.

—Hija mia, dijo el digno ministro del Señor, repetid delante de vuestros hijos que perdonais al asesino.

—Le perdono, dijo haciendo un esfuerzo para levantar la voz y besando el Crucifijo que el sacerdote le presentaba.

—En cuanto á mì, yo no perdonaré jamas al asesino de mi padre!» dijo Teobaldo en voz tan baja que solo yo pude oirle.

Miré de nuevo al jóven: sus facciones de niño hacian un contraste tan extraño con sus palabras, que no pude creer que estas anunciasen una resulucion durable.

El sacerdote habia salido para ir á buscar el santa Viático: reinaba el mayor silencio al rededor de lo cama: la enferma rezaba en voz baja y con los ojos cerrados, su fisonomía expresaba una piadosa resignacion. De repente la niña que acababa de nacer y que Margarita tenia en la falda, diò un

débil grito: la madre se incorporó con màs fuerza de la que parecia quedarle; hizo un ademan como para apartar la ropa y dar el pecho á su hijo, más luego dejando caer la cabeza sobre la almohada con doloroso abatimiento:

—¿A esa, exclamó, no la alimentaré yo con mi leche; una desconocida le darà el pecho,.. ¿quién sabe si la cuidará bien?

Esta idea la hizo llorar amargamente, màs viendo al sacerdote que traia el santo Viático, levantó los ojos al cielo exclamando—¡Dios, que sois tan bueno y que os dignais venir á mí, cùmplase vuestra sánta voluntad! servid de padres à mis hijos cuando haya dejado de existir.!»

Arrodillámonos todos: la enferma comulgó con edificante piedad, abrazó á sus hijos, nos dió gracias por nuestros cuidados, encomendándonos que rogásemos por el eterno descanso del alma de su marido y de la suya, y luego cayó en una especie de sueño tranquilo. Màs su frente estaba bañada de un sudor frio: no tardò en oprimírsele el pecho; volvió á pronunciar el nombre de Antonio; besó el Crucifijo que tenia entre sus manos, y á poco se dejó oir el estertor, terrible anuncio de la muerte. El sacerdote recitò entónces las oraciones de los agonizantes, á las que contestamos anegados los ojos en llanto, mas antes de que las terminase la pobre criátura habia dejado de sufrir.

Teobaldo creyó al principio que su madre se habia dormido de nuevo, y en tono de autoridad impuso silencio á la niña que pedia de beber, y poniendo el dedo en la boca, nos señalò que nō hiciesémos ruido. El error en que estaba aquel pobre niño nos destrozaba el corazon, y cuando le hubimos dado

á conocer la horrible verdad, lanzó un grito espantoso, y arrojándose sobre el cadáver de su madre, lo abrazó variás veces, hasta que él exceso mismo del dolor le hizo perder el sentido. El criado lo cogió entónces en brazos y le llevó al coche: colocóse un cirio bendito cerca del lecho mortuorio, encargándose Margarita y el pastor de velar el cadáver. Yo tomé en mis brazos al recien nacido, y el doctor se llevó la niña enferma que lloraba que daba lástima: de esta suerte volvimos al coche, donde subimos la baronesa y yo con los tres niños: el señor cura y el médico se volvieron á pié. Era de noche, y un rayo de luna iluminaba con su débil luz el pàlido semblante de Teobaldo que, vuelto en sí de su desmayo, permanecia sumergido en un silencioso estupor: en cuanto á nosotras no tuvimos valor para pronunciar ni una sola palabra hasta Bastia. Yo tenia mi habitacion en la plaza, y al pasar por delante de ella la baronesa se empeñó en que me quedase en mi casa.

—Vuestro marido estará con cuidado, y disgustado tal vez: mañana nos pondrémos de acuerdo para ver lo que debemos hacer.

Puse en sus brazos la criaturita, que dormia tranquilamente, y subí à mi aposento con el ánimo tristemente preocupado por los recuerdos de la escena que acababa de presenciar.

CAPITULO II.

Los corsos.

Al dia siguiente por la mañana fuí á la casa de la baronesa, la cual tenia á la recien nacida en su falda y le hacia tragar algunas gotas de leche.

—Os doy gracias por vuestra actividad, me dijo: ¿sabríais acaso alguna buena nodriza de que pudiésemos disponer? se necesita una en seguida.

—Sé de una, le dije: es una jóven muy pobre, pero honrada y robusta que acaba de perder à su hijo, y cuyo marido, que está sirviendo como marinero, no debe volver hasta de aquí á uno ó dos años.

—¡Muy bien! nos viene à pedir de boca: decidme donde vive, y mandaré avisarla en seguida. Ayer por la noche el señor cura Durand bautizò à esta niña, qne parece muy débil: el doctor asegura que ha nacido antes de tiempo.

—¿Y Teobaldo? le pregunté.

—Mi doncella lo ha velado: ha estado toda la

noche con calentura y delirando, pero en la actualidad está más sosegado. ¿Quereis verle?

Acepté gustosa la invitacion, porque el pobre huérfano me interesaba vivamente; así pues entramos en el cuarto donde dormia.

—¿Me conoceis? le dije acercándome.

Hizo una señal de afirmacion, pero guardó silencio: su frente ardia y sus grandes ojos negros brillaban con el fuego de la calentura.

—En el estado en que se encuentra no es prudente hacerle ninguna pregunta, observò la baronesa, y sin embargo nos convendria saber su apellido y el nombre del pueblo que habitaban, como tambien el lugar donde ha sido asesinado su padre, para poner á la justicia en estado de seguir las huellas del culpable.

—Acaso pueda su hermanita darnos esas noticias, dije yo.

—Teneis razon, contestó la baronesa; pasemos à mi gabinete en el cual la he mandado poner una cama de correas: tiene tambien calentura, pero no delira: el médico debe administrarle la quinina.

La niña nos dijo que se llamaba Clarita Loncini. Habia nacido en Piovela (1), donde residia todavía su bisabuela y su tia; pero no supo decirnos donde habia sido muerto su padre, y tan solo se acordaba que habia sido en mitad del dia, en un *maquis* (2), donde descansaban todos juntos aguardando que pasase el calor para proseguir su camino. Ella estaba durmiendo cuando la despertaron de repente

(1) Piovela, pueblo de la Górcega.

(2) Los *Maquis*, de la palabra italiana, *macchia*, matorral, son bosques de arbustos de cuatro ó seis pies de altura, que cubren una gran parte de la isla.

los gritos de su madre, ofreciéndose entónces á sus miradas un espectàculo horrible: el padre estaba tendido en la yerba bañado en su sangre, y la jóven le llamaba à voces suplicándole que le contestase; más estaba muerto. Oyóse ruido de caballos y sonó un segundo tiro; la señora Loncini huyó á pié arrastrando à sus niños: perdiéronse en el bosque, y anduvieron errantes una parte de la noche hasta que encontraron el pesebre donde se habian detenido abrumados de fatiga. Clarita temblaba aùn al referirnos esa sangrienta aventura, y la acariciamos tiernamente, llorando con ella. Clarita era una linda criatura á pesar de su aire enfermizo.

Llegó en esto la nodriza, arreglamos los pactos y le entregamos la recien nacida. Despues de esto la baronesa escribió al magistrado de Piovela para que con las debidas precauciones informase á la familia Loncini de la doble pérdida que acaba de sufrir. Se mandó salir un destacamento de tiradores corsos (1) para buscar el cadáver de Antonio Loncini, y coger, si era posible dar con él, al asesino. El relato de la niña nos hacia presumir que el crìmen habia sido cometido màs allà de Furiani (2). Entre tanto nos ocupamos del entierro de la pobre madre, del que hàbia tenido la bondad de encargarse el digno sacerdote M. Durand.

---

(1) Esos tiradores ó salteadores corsos fueron creados en 1820 para suplir á la gendarmeria, que aunque más numerosa en la isla que en ningun otro departamento de Francia, era insuficiente y poco á propósito para perseguir á los bandidos por los bosques y las montañas. Ese cuerpo, que forma un batallon de cuatrocientos hombres, se compone tan solo de corsos, diestros tiradores y atrevidos montañeses todos, à quienes el cebo de una buena paga y no pocas veces el deseo de una venganza personal llevan á esa carrera.

(2) Furiani, villa á dos leguas escasas de Bastia, fortificada por Paoli cuando la guerra de la independencia, y donde ese general alcanzó dos victorias sobre los genoveses.

Al dia siguiente despues de haber oido misa volví al palacio de la baronesa, à la cual encontré en su jardin.

—Teobaldo sigue mejor, me dijo en cuanto me vió de léjos: ayer tarde tomó un poco de caldo y ha dormido tranquilamente toda la noche.

—Vamos, que eso va bien: ¿y los tiradores han descubierto algo?

—Han visto un rincon de tierra empapado en sangre en un *maquis*, á cuatro leguas de Bastia, y han traido un caballo y una maleta que Clarita ha reconocido ser de su padre. En cuanto al cadàver no ha parecido en ninguna parte.

—Quizàs Antonio no haya muerto, exclamé: ¡qué dicha para esos niños si volvian algun dia à encontrar à su padre!

La baronesa meneó la cabeza.

—No debemos esperarlo, dijo con tristeza. Como quiera que sea no se lo digamos á Teobaldo para no darle una falsa esperanza.

El tiempo era magnífico, y dimos algunas vueltas por el jardin rodeado de un vallado de espinosos aloes: el aire estaba embalsamado de perfumes de los naranjos y limoneros en flor. Nos detuvimos en el terrado para contemplar el mar, tranquilo à la sazon y transparente, por el cual se deslizaban algunos barcos de pescadores que volvian de la pesca. Dieron las nueve en el reloj, y pasó por delante de nosotros un vapor dejando detràs de sí en las olas un gran surco de espuma, y en el aire una columna de humo que desaparecieron en un momento.

—Hé aquí la imágen de la felicidad en este mundo, exclamó Mma. D.***

—O por mejor decir de sus glorias, le contesté.
En este momento dejóse oir cerca de nosotras un suspiro ahogado: era Teobaldo que habia venido à reunirse con nosotras en el jardin.

—¿Qué teneis, hijo mio? le preguntó la baronsa.

—¡Oh! señora, ¿ese buque de vapor no es el que sale todas las semanas para Francia?

—Sí, amigo mio.

—Pues allí debia llevarnos: si no nos hubiese herido la desgracia, à estas horas estaríamos en él juntos... ¡Mi pobre madre que tanto deseaba el dia de ese viaje!...

Al decir esto cayó de rodillas y se echó á llorar; eran las primeras làgrimas que derramaba despues de la terrible catástrofe; así pues le dejamos que las vertiese en abundancia, porque comprendíamos que ellas aliviaban su corazon.

—Querido hijo mio, dijo en fin Mma. D***, imitad á vuestra madre: valor y resignacion: rogad á Dios, hijo mio: él no nos abandona nunca cuando le invocamos con confianza.

—Y pensar que si hubiesen transcurrido très dias màs nos hubiéramos hallado à cubierto de sus golpes! repuso Teobaldo prosiguiendo en su idea.

—¿Sabia vuestro padre que corria un gran peligro? preguntamos al jóven haciéndole sentar en un banco.

—No, contestó; creíamos que no teníamos nada que temer despues que hacia siete años que los Fabiani habian salido de la isla, y no habíamos oido decir que debiesen volver á ella.

—¿Y quiénes son esos Fabiani? le pregunté.

—Los enemigos de mi familia desde más de un

siglo acá. Hay mucha sangre vertida entre nosotros; han muerto á màs de diez de los nuestros; pero tampoco nos hemos quedado nosotros cortos, añadió con una especie de orgullo salvaje. No tenia más que seis años cuando quisieron asaltar nuestra càsa: me acuerdo como si hubiese sucedido ayer: yo llevaba los cartuchos á mi padre; mi pobre madre se habia desmayado; pero Anunciata hacia fuego como un hombre, porque no es muger que se asuste mi tia Anunciata. Nuestra casa està bien defendida: todas las ventanas tienen rejas de hierro: sin embargo cuando acudieron nuestros pastores á socorrernos nos hallábamos sumamente apurados pues empezaban à faltarnos los cartuchos.

—¡Qué costumbres! Dios mio, ¡qué costumbres! exclamó la baronesa.

Teobaldo la contemplo con aire de admiracion.

—Esto mismo decia mi madre, observó; se lamentaba contínuamente de nuestras costumbres, que trataba de bárbaras. Anunciata decia que su cuñada era cobarde como una cierva, pero mi pobre madre era tan pacífica y buena que todo el mundo la queria.

—Haced por pareceros á ella, Teobaldo; más ¿qué ibais á hacer en el continente?

—Yo iba à estudiar, señora: mi padre debia dejarme en el colegio despues que hubiésemos visto á mi tia Folmont, la única parienta que á mi madre quedaba. No debiàmos hacer el viaje hasta la pròxima primavera, pero mi tía nos mandó à decir que estaba muy mala, y mi madre quiso marchar en seguida.

En eso tocaron á misa en la parroquia, y la baronesa invitó á Teobaldo à que fuese.

—Mi criado os acompañarà, le dijo: rogad à Dios por vuestro padre y vuestra madre: es lo único que os queda que hacer por ellos.

—Y algo màs contestó Teobaldo alejándose.

—¿Lo oísteis? dije á mi amiga.

—¡Ay! sí, me respondió: turba ya su corazon un vago deseo de venganza: ayer le ebservé durante todo el día; no hay para él esperanza de salvacion màs que en una educacion verdaderamente cristiana; de lo contrario un dia ú otro sus manos se teñiràn en sangre. Es orgulloso, arrebatado y vengativo como todos los de su raza, y al propio tiempo tiene todas las buenas cualidades del caràcter nacional, el valor, el amor á la familia y à la patria, y la conciencia de su propia dignidad: ¡oh! es un verdadero corso.

—Sí, el corso de las montañas, dijo el doctor que llegaba en aquel momento donde estábamos nosotros.

Nos volvimos á su voz.

—¿Acaso no se parecen todos los corsos?» le dije con un poco de malicia: era de Bastia, y yo encontraba gusto en disputar con él.

—Nó, tres veces nó, señora: sus costumbres y sus caractéres son tan varios como las partes del territorio que habitan. ¿Creis, por ejemplo, que los habitantes de Bastia, y los de todas las ciudades del litoral, inclusos los paisanos de la Balaña (1), del Nebbio (2), ó del cabo corso, parte de la isla más laboriosa y màs civilizada, se parezcan á los montañeses de Sartena, de Ajaccio ò de Corte? Los feni—

(1) La Balaña, parte del distrito de Calvi, famosa por la belleza de sus olivos.

(2) El Nebbio, canton de la Córcega.

cios, los griegos, los romanos, los sarracenos, los aragones, los pisanos, los genoveses, los ingleses, y los franceses han sido sucesivamente dueños de la Córcega, y cada nno de esos pueblos ha dejado la huella de su paso sobre las poblaciones indígenas.

—¿Pero por qué, le dije, en una extension tan limitada de territorio no han desaparecido insensiblemente todas ésas diferencias de costumbres, como ha sucedido en Francia, en Inglaterra y en otras partes?

—Esto se explica facilmente: la Córcega no es màs que una cadena de montañas que se extiende desde el cabo Corso al de Bonifacio, en toda la longitud de la isla, y esas montañas cortadas por ásperas gargantas y por profundos valles no han ofrecido hasta nuestros dias sino escasos medios de comunicacion. No hay que buscar en este país ni rios navegables, ni caminos: los de Bastia à Ajaccio y à S. Florencio son los únicos por los cuales se puede viajar en carruaje, y aún estos fueron abiertos hace no más que cincuenta años; á todos los demás puntos no se puede ir sino á caballo, al través de rocas y de bosques; y con no poco riesgo de despucarse. Esas dificultades unidas á la indolencia natural del corso por todo aquello que no le toca directamente, hace que se miren unas à otras como extranjeras poblaciones que solo estàn separadas por una colina: muchos habitantes de la montaña no han estado nunca en el llano, y muchos campesinos mueren sin haber puesto los piés en nuestras ciudades.

—Esplicadme tambien, le dije, esa inclinacion á la venganza, comun á todos los corsos y que es como el sello distintivo de su caràcter. En el poco

tiempo que hace que estoy en Bastia, la ciudad más civilizada de la isla, se han cometido tres asesinatos en el barrio que habito: ¿no os parece esto deplorable, doctor?

—Lo siento como vos, señora, y como todas las personas prudentes é ilustradas, que no son pocas, que hay en Córcega; pero esperemos: la jóven generacion que se educa en el continente, se despoja en él de sus inclinaciones feroces, y los militares que adquieren en vuestros ejércitos el espíritu del verdadero pundonor, á la vez que se distinguen en ellos por su valor y otras muchas cualidades tan brillantes como sólidas, traen à su pais conocimientos y principios que con el tiempo han de modificar las costumbres y regenerar poco á poco la poblacion. Sin embargo fuerza es confesarlo, el mejoramiento se hará muy lentamente, y el espíritu de odio y de venganza sobrevivirà en los corsos, durante años y años al progreso de las ideas, porque la fuerza y la preocupacion es tal que triunfa de las repugnancias aùn en el hombre más instrùido, y el temor del desprecio que arroja la opinion sobre el que se niega á vengarse, ese malhadado respeto humano cuya voz ahoga la de la conciencia, ha arrastrado muchas veces al asesinato á hombres naturalmente inclinados à manifestarse buenos y generosos.

—¡Hacerse un acto de pundonor del asesinato! erigir este crímen en virtud! esto es horrible, dije al doctor, y vuestros compatriotas son mala gente.

—Os consta lo contrario, repuso algo picado el doctor, quien al confesar los funestos efectos de la venganza no admitia burlas cuando se trataba del honor nacional.—El corso està dotado de excelentes

cualidades: es valiente, hospitalario, fiel á sus juramentos. Le son casi desconocidos el fraude y el robo. Podeis dejar vuestra casa abierta de dia y de noche y viajar por las montañas y los bosques cargado de oro, sin temor que os quiten nada: el robo, como todo atentado sugerido por una pasion baja, es enérgicamente condenado por la opinion pública y no inspira sino el más profundo desprecio: la misma venganza no se hubiera arraigado entre nosotros, sino tuviese su orígen en un sentimiento de honor y en una necesidad exaltada de justicia.

—¡La venganza una necesidad de justicia! esclamé interrumpiendo al doctor: esa es cosa de que os seria muy difícil convencerme.

—Porque no conoceis bastante nuestra historia, repuso al momento: no sabeis que el corso, oprimido y gimiendo bajo la dominacion genovesa, y no hallando justicia ni proteccion ni en las leyes ni en los magistrados, se vió obligado à buscarlas él mismo en la hoja de su puñal. Cuando el culpable podia comprar á precio de oro la impunidad del crímen, natural era que el valor del ofendido sirviese de contrapeso à la iniquidad de los jueces.

—La venganza podia entónces ser ménos odiosa, le dije, pero no menos criminal, pues à mis ojos nada disculpa el asesinato.

—La venganza no es realmente un asesinato; es casi siempre una guerra abierta y declarada, y tiene sus leyes, à las cuales se sujeta. Por lo regular antes de empezar las hostilidades entre las familias se presenta un enviado del ofendido en la casa del enemigo y le previene diciéndole: «Queda «declarada la guerra entre nosotros, te doy ocho «dias para prevenir á tus parientes y amigos: pa-

sado este tiempo ponte en guardia.» No hay casi ejemplo que ninguno de los partidos haya violado el tiempo del armisticio. En todo esto, señora, no hay nada de bajo, nada de injusto.

—No os apureis tanto para defender una mala causa, dije al doctor riéndome del calor con que acababa de expresarse: no os acuso de bajeza, y sé que sois hasta demasiado susceptibles acerca de lo que se llama pundonor.

—¡Ah! exclamò la baronesa que habia escuchado en silencio hasta entònces, ¿cuándo reinará en esta tierra el espíritu de caridad? ¿cuándo, todos los hombres que reconocen por padres al mismo Dios se mirarán tambien como hermanos? Oigo discurrir todos los dias, acerca del modo de civilizar la Còrcega: los unos pretenden que para lograrlo no hay màs que abrir caminos practicables por todas partes que permitan derramarse fàcilmente las luces del siglo; otros aseguran que la institucion del jurado ha llevado à la bárbara preocupacion de la venganza un golpe mortal del cual no se volverá á levantar; no falta quienes digan con mucha seriedad que destruyendo las cabras, ese azote de las propiedades rurales de la Córcega, se quitarà el motivo más frecuente de las disputas y de las vengazas; algunos querran pegar fuego á los maquis y cultivar las tierras baldías. Paréceme que como causas secundarias todo eso podria contribuir á la grande obra de la civilizacion, que tanto preocupa à los hombres pensadores, pero creo firmamente que el fundamento de la regeneracion corsa debe ser la educacion cristina, única que puede mejorar à los pueblos como mejora à los individuos. No tèneis que objetarme nada, doctor, añadió viendo à Mr. Saludo

dispuesto á interrumpirla, adivino cuanto vais á decirme: el corso es religioso, sin duda y sellaria con su sangre, si necesario fuese, la fe de Jesucristo; pero su devocion no es bastante ilustrada; conoce las prácticas exteriores de la religion, que son como su corteza, pero muy poco su moral, que es la esencia de la misma, esa moral de Jesucristo, toda dulzura y amor. Enviad por todas partes sacerdotes instruidos de ese espíritu evangélico; multiplicad los establecimientos de los hermanos de las escuelas cristianas, y de las hermanas de las escuelas gratuitas, que tanto bien han hecho ya entre el pueblo; estableced buenos colegios ó conventos de religiosas para educar cristianamente à las jóvenes de una clase superior; porque las mugeres, sea cual fuere el grado de subordinacion á que se encuentren reducidas en este pais, ejercen sin embargo una grandísima influencia sobre la opinion pública, y no tardaréis en ver los resultados de esa enseñanza católica.

—Teneis razon respondió el doctor con acento grave, sí, teneis mucha razon: ¿cómo no se ha pensado todavía en ello?

—Entre tanto, repuso la baronesa, vamos, si lo teneis á bien, à ver á nuestra enfermita á quien deseo ver curada de sus calenturas.

Yo entré con ellos en el cuarto de Clarita, y despues de haberme asegurado que estaba mejor, me volví á mi casa.

CAPILULO III.

Encuentro en las cercanías de Bastia.

Por la tarde de aquel mismo dia, cuando salì de vísperas, mi esposo me anunció que no podria acompañarme, segun acostumbraba hacerlo, à paseo, porque le detenia un asunto del servicio. Fastidiada de ese contratiempo me llevé á mis hijos y á la niñera, y me dirigí hácia la montaña, apartándome de los senderos más trillados, y tomé el camino á la derecha por entre brezos en flor y mirtos. Al poco rato nos encontramos metidos en una garganta estrecha, profunda, enteramente cubierta de limoneros silvestres, lentiscos y adelfas. Atravesando el arroyuelo que murmuraba en el fondo de la rambla, trepamos hasta la mitad de la colina, y llegamos á una especie de plataforma coronada de encinas y olivos. Algo cansada de tan penosa subida me senté en un pedazo de granito cubierto de musgo. Un

bosque de madroños con sus troncos encarnados y flexibles, con sus hojas siempre verdes, con sus lindas y blancas flores dejaba caer por todas partes sus frutos de color de escarlata, alfombrando con ellos el suelo: mis niños cogieron un gran número de aquellos frutos, con que llenaron sus sombreros de paja; comieron algunos y se pusieron á jugar con los restantes. El sol en su ocaso parecia abrasar con sus fuegos el horizonte; ninguna nube empañaba el azul del cielo; extendìase á mis piés el valle con su vejetacion abundante, y el mar se ofrecia á mis miradas majestuoso, profundo y sin límites como lo infinito de que es imágen. Era tal la transparencia de la atmósfera que distinguia las costas de la Toscana á pesar de estar à más de veinte leguas de distancia. Monte-Cristo y Caprera proyectaban la sombra de sus agrestes rocas sobre las olas dormidas, y distinguia claramente las blancas casas de la isla de Elba á la luz de los rayos oblícuos que doraban sus fachadas. Pasé largo tiempo contemplando esa isla célebre por el recuerdo del grande hombre á quien dió la Córcega cuna, y que despues de haber atado á casi toda la Europa al carro de sus victorias, se habia hallado reducido à la posesion de ese pobre y pequeño reino, donde le faltaba espacio para respirar. Ofrecí un suspiro á ese grande infortunio, y mirando à mi rededor y viendo á mis hijos tan hermosos, tan alegres, me encontré tan feliz en mi medianía, bajo aquel cielo tan puro, en medio de aquella naturaleza vírgen, de aquella soledad absoluta, que mi corazon se conmovió, mis ojos se inundaron en lágrimas de gratitud, y cayendo de rodillas di gracias al cielo por tantos beneficios como sobre mì derramaba.

Cuando salí de esa especie de éxtasis estaba el disco del sol ocultándose debajo de las olas: era tiempo ya de volver más que de paso à mi morada. Llamé á mis hijos y á su niñera, que echaron á correr delante de mi, y apresuramos nuestra marcha siguiendo las revueltas de la colina, que nos condujeron á un bosque de castaños, cuyas hojas amarillentas empezaban á alfombrar el suelo: mil avecillas hacian oir sus gorgeos retozando en las ramas más elevadas, y como para tomar parte en aquel concierto, un arroyo cayendo en cascadas del costado de una roca elevaba hasta ellos sus melancòlicos murmullos. Era aquello un encanto de una nueva especie, «¡Dios mio! ¡cuàn generoso sois, exclamé desde el fondo de mi corazon, en haber dado tanta variedad à vuestros beneficios á fin de multiplicar nuestros placeres!» Y como andaba más despacio, sumergida en una dulce meditacion, llegó á mi oido un roido casi imperceptible. Paréme á fin de escuchar, y me pareció oir las pisadas de un hombre sobre las hojas secas que crugian bajo sus plantas.

Nada debe parecer màs natural que el encuentro de una persona en las inmediaciones de una ciudad de trece mil almas; pero era tan adelantada la hora y tan agreste y solitario el sitio en que nos hallàbamos, que me estremecí á pesar mio.

Entre tanto se iba percibiendo màs distintamente el ruido: quisé suponer que seria algun campesino à quien se le habia pasado el tiempo, que volvia à su casa, é hice un esfuerzo para reirme de mi miedo, si bien seguia el pecho latiéndome más precipitadamente de lo regular.

Acercábase màs y más el ruido, cuando cesó de repente; volvíme y vì á diez pasos de mí, entre

dos castaños, á un hombre de elevada estatura que me estaba contemplando con unos ojos que brillaban en la oscuridad como los de un gato que está desesperado. La parte inferior de su rostro desaparecia completamente bajo una barba larga y desgreñada que le llegaba hasta el pecho; el *pelone* (1) en que iba envuelto le daba el aspecto de una fiera: cubria su cabeza un largo gorro puntiagudo (2), y completaba su extraño traje un fusil puesto al hombro y una cartuchera de la cual colgaba al lado izquierdo una pistola: tenia de la brida un caballo que piafaba de impaciencia. Examiné à pesar mio aquella extraña figura que ejercia sobre mí una especie de fascinacion, porque permanecí inmóvil de terror: por último reuniendo todas mis fuerzas, tomé à mis dos niños, cada uno de una mano. y eché á andar tan de prisa como me lo permitia lo desigual del terreno, cuando de repente me ví detenida por ese mismo arroyo cuyo murmullo tan delicioso me habia parecido diez minutos antes. Aún que no profundo era demasiado ancho para ser atravesado de un salto; no sabia qué partido tomar porque no me atrevia á volverme atrás, cuando oí una voz que me dijo en el dialecto del pais: «Dejadme hacer.» Y antes de haber tenido tiempo para reponerme, me sentí cogida entre dos nervudos brazos y trasladada á la otra orilla. El grito que lancé hizo reir al hombre de las barbas, el cual pasó de la misma manera á la niñera y á los pequeños.

---

(1) *Pelone*, especie de paletó de paño del pais con capuchon.
(2) El sombrero puntiagudo (*baretta pinsuta*,) se va haciendo más raro dia en dia, y en la actualidad solo lo llevan ya algunos montañeses.

—¿Vos no sois del pais, señora? me dijo poniéndose á mi lado y mientras iba andando.

—No, señor, le contesté con voz voz trémula.

—¿Y vivís en Bastia?

—Hace cerca de seis meses.

—¡Ah!.... sin duda vuestro esposo está empleado por el gobierno francés.

—Es verdad, le dije incomodada de la especie de interrogatorio à que me sujetaba.

Ignoraba aùn lo preguntou que es el corso por naturaleza.

—¿Tiene buen destino?

—Lo único que puedo deciros es que vivimos contentos.

—¿Y qué hay de nuevo en Bastia?

—Debeis saberlo mejor que yo, pues su pongo que sois de la ciudad.

—¡Yo de Bastia! exclamó en tono de desprecio; ¡oh! nó, señora, nò, con perdon sea dicho. Soy de la otra parte de las montañas (1), y hay tanta diferencia entre un corso de mi pais, y un bastiaccio (2), como entre la hoja de mi puñal y una espada.

Y sacó al decir esto de un sucio estucho de marroquí encarnado el puñal mejor afilado que hubiese visto en mi vida. Guardéme muy bien de contradecirle y de prolongar aquella conversacion.

—Ahí teneis un sendero que os llevará en derechura à la ciudad, supuesto que vais à ella, me dijo señalàndome un camino extrecho abierto por entre las malezas.

---

(1) Del otro lado de los montes, esto es de la costa opuesta.

(2) Los corsos de las montañas no son muy amigos de los habitantes de Bastia, á los cuales no dan el nombre comun de *Bastieses*, sino el de *Bastiaccios*; y es ya sabido que la terminacion en *accio* se toma siempre en sentido de desprecio.

—Gracias, le contesté saludàndole con la mano voy en seguida á tomarlo, porque tengo prisa de volver à la ciudad.

Siguióme algun tiempo con la vista, teniendo su caballo por la brida, y luego le oí alejarse tarareando una antigua balada (1).

Al llegar à mi casa encontré reunidas á muchas personas conocidas, á quienes conté mi aventura. Riéronse mucho de mi terror pánico, y procuré defenderme diciendo que habia tomado á aquel hombre por un bandido, y que cualquiera otro si se hubiese hallado en mi lugar hubiera creido lo mismo.

—Y aún cuando hubiese sido un bandido, me dijo el doctor Saludo, no hubiérais tenido que temer nada de él, puesto que vuestro marido no está, que yo sepa, en *vendetta* con nadie. Por otra parte, la palabra bandido que parece que tanto os asusta, no significa ni un ladron, ni un criminal degradado, sinó solo un acusado en rebeldía un proscrito. El bandido sale al paso á su enemigo y le mata con mano segura, pero no darà un capirotazo á un sér inofensivo. Acepta de sus amigos las municiones de guerra que necesita, à veces hasta el pan ò la *polenta* (2), que le sirve de alimento; pero léjos de robar la cosa más insignificante, se hará un deber de castigar de una manera ejemplar à los hombres culpables de semejante crímen; tanto teme verse confundido con ellos. Así es que el género de vida de los bandidos no es mirado como deshonroso, y no es raro hallar personas muy bien reputadas tener con ellos relaciones de amistad y

(1) En la lengua del pais *ballada*.

(1) La *polenta* se hace con harina de castañas que se deslie en agua hirviendo, y que se come á guisa de pan.

de buena correspondencia, y ver à muchos de esos hombres volver de nuevo á la sociedad despues de haber purgado su rebeldía, y recobrar en ella el mismo puesto que ocupaban antes, sin haber perdido nada en la estimacion pública.

—Todo eso no impide que los ojos de mi hombre de las barbas no sean distintos de los demàs, dije riendo. Por lo demás, mi querido doctor, todos los bandidos de esta isla deberian regalaros una lanceta de honor por el calor con que haceis su apología.

CAPITULO IV.

Anunciata.

Al dia siguiente muy de mañana me entregaron un billete de mi amiga, que no contenia más que estas palabras: «Teobaldo ha desaparecido ayer por la noche: eso me tiene muy afligida; os aguardo.» Me eché un chal sobre mi vestido de por las mañanas, y corrí al palacio de la baronesa.

—¿Cómo ha sido eso? le pregunté.

Mma. D*** estaba sentada en la antesala, presa de una inquietud minorada tan solo por su constante resignacion á los decretos del cielo.

—Solo Dios lo sabe, dijo: parecia estar ménos abatido que el dia antes: le tuve á mi lado todo el dia, y me refirió varias circunstancias interesantes acerca de su familia; yo procuré à mi vez dirigirle algunas palabras útiles, le hablé de sus deberes para con Dios y para con sus pobres hermanitas, á las

cuales habia prometido servir de padre. Parecíame que me escuchaba con gusto, y me admiraba con sus juiciosas y acertadas respuestas, y con sus reflexiones, muy superiores à las que se podian esperar de su edad. Rogamos juntos por su padre y por su madre, cuyo recuerdo le hizo derramar todavía abundantes làgrimas. Por la noche tuve muchas visitas y le dejé en el cuarto de Clarita. Los criados dicen haberle visto más tarde paseándose por el jardin: en una palabra ha desaparecido sin que hayamos podido dar con sus huellas, por màs diligencias que se han hecho. ¿Qué pensais de todo querida amiga?

—Que estamos en un pais donde pasan cosas muy extraordinarias. ¡Con tal que ese muchacho no haya concebido algun proyecto de venganza! ¿Habeis observado si llevaba puñal debajo de su chaleco?

—No lo extrañeis, señora, dijo la doncella que trabajaba cerca de la ventana, casi todos los muchachos corsos llevan puñal desde la edad de ocho ò diez años: es costumbre.

—¡Terrible por cierto! ¡estoy en brasas! repuso la baronesa: ese chico me interesaba vivamente: yo era hasta cierto punto responsable de él por haberle recogido: ¿qué diré á sus parientes cuando vengan á reclamarlo? ¿No son ya bastante desgraciados?

—Calmaos, le dije: Teobaldo no se ha perdido; quizás haya vuelto á la Vesina para ver otra vez la cabaña donde murió su madre, para rogar en su sepulcro: ¿quién sabe?

—Teneis razon, exclamó con expresion de alegría: voy à enviar en seguida á Pietranera.

—Es inútil, dijo en corso una muger que estaba hacia algunos minutos en el dintel de la puerta.

Nos volvimos á su voz, y reconocimos á Francesca, la que traia el agua de Cardo, y que llevaba en la cabeza, en una ancha cesta, algunas ànforas rodeadas de juncos y de ramaje.

Cardo es un pueblecillo edificado sobre una altura à una media legua de la playa, que hoy se està arruinado, pero que estaba muy floreciente en los tiempos en que Bastia no era todovía más que una aldea de pescadores; llamada la marina de Cardo. El agua de su fuente, de una pureza y sabor admirables, es objeto de un pequeño comercio para las mugeres pobres de las inmediaciones. Francesca que acostumbraba traérnosla, era negra y arrugada: cubria sus canas un pañuelo de cuadros muy usado, cuando no se echaba á la cabeza la segunda falda azul ó negra que sirve de *mezzaro* (1) á las mugeres del pueblo; iba descalza y todo su traje revelaba una pobreza que rayaba en la indigencia; y sin embargo Francesca habia estado á punto de alcanzar un destino muy brillante. Era jòven y hermosa en 1787, cuando Bernardotte, despues Cárlos Juan, rey de Suecia, no era más que simple soldado del regimiento real de marina. Empleado en los trabajos del camino entre Bastia y S. Florencio, vió muchas veces á la jóven y la pidió en matrimonio: más el padre de Francesca se negó á dársela al pobre bearnés que no tenia más riquezas que su valor y sus talentos, todavía ignorados. El tiempo siguió andando, y Bernardotte dictaba leyes á la Suecia, mientras Francesca acarreaba agua en Cardo. Nosotras conocíamos esta circunstancia

(1) El *mezzaro* es el velo que llevan las señoras, y es parecido á la mantilla de las españolas. Las mugeres del pueblo se contentan con ponerse en la cabeza una basquiña hecha á propósito para este uso y que se llama *faletta:* úsanla principalmente para ir á la iglesia.

de la vida de aquella pobre muger, y nos habíamos preguntado varias veces si hubiera Francesca sido màs-feliz sentada en el trono de Suecia que en su vida laboriosa y oscura.

—¿Por qué decís que es inútil enviar á Pietranera? preguntó la baronesa con ese acento de bondad que le era natural.

—Porque el chico que buscais no está en Pietranera, sinò en el masquis, allí abajo, no sé donde. Le vi pasar anoche á caballo, y le conocí: iba acompañado de Burcica, el bandido: los dos se han detenido para beber en el manantial; yo les he ofrecido pan y leche, y la vecina les ha llenado los bolsillos de altramuces.

—¡Dulce Jesus mio! ¡Teobaldo en el bosque! exclamò la baronesa; ¡un niño de catorce años á lo más!

—¿Ese Burcica no es un hombre con unas barbas muy largas y ojos penetrantes? pregunté.

—Y que brillan como dos estrellas, añadió Francesca, con un corazon de leon y unos puños de hierro. Es hombre que nunca yerra el golpe.

—¡El es! exclamé, y la referí mi aventura de la tarde anterior.

Dos horas despues los tiradores corsos esploraban el bosque para buscar á Teobaldo, al cual atribuíamos algun proyecto siniestro; màs volvieron al dia siguiente sin haber encontrado à nadie.

Clarita iba mucho mejor, gracias á los asíduos cuidados de que era objeto: la pobre niña era dulce como un cordero, y se manifestaba vivamente agradecida á lo que se hacia por ella. Durante algun tiempo le ocultamos là desaparicion de Teobaldo, à quien amaba con ternura, y la muerte de su

hermanita, que no tardó en ir à reunirse en el cielo con su madre. Aquel angelito espirò en nuestra falda á pesar de nuestros cuidados y de los de su ama. Pasaron tres dias más, y como no llegase la respuesta del alcalde de Piovela, la baronesa estaba en la mayor ansiedad.

Las señoras de la caridad tenian la costumbre de reunirse el primer jueves de cada mes en la habitacion de la baronesa para coser la ropa y las camisas que se distribuian á los pobres, y luego cada una de ellas se llevaba á su casa la labor empezada á fin de ahorrar el valor de las hechuras. Llegado el jueves fuí como las demás al taller, que era uno de los espaciosos salones de la baronesa hermosamente decorado. Estaban allí reunidas una treintena de señoras, hablando, y riendo y tirando de la aguja; mientras que Mma. D*** estaba cortando un vestido de cotonia (1) para una jòven pobre que no podia salir de su casa por no tener con que cubrirse.

—Me falta tela para una manga, dijo: mi doncella ha salido y no volverá hasta de aquì á una hora lo màs pronto, y sin embargo este vestido corre prisa.

—Voy à comprar con que hacer esa manga, dije, y el vestido estará para esta noche.

—Sois muy buena, me contestó con una dulce sonrisa.

Me puse mi sombrero y me dirigí á uno de los almacenes del puerto, y á los diez minutos atravesaba la plaza del mercado con un pequeño lio en la mano, cuando se me acercó una anciana, à la que conocia de vista, diciéndome:

—¿Como una señora como vos se toma la mo-

(1) Las señoras de Bastia visten á la moda de Paris, y nunca salen á la calle sino muy compuestas.

lestia de llevar ese lio? ¿No teneis criados que os sirvan?

Volvime llena de sorpresa á mirar à la interlocutora.

—No os lo digo para causaros pena, carísima señora, repuso, porque todos en el barrio os queremos: si quereis llamaré à esa genovesa que está allì sentada y os llevará el lio.

—No, buena muger, le dije riéndome: Dios me ha dado brazos y quiero servirme de ellos.

—Las francesas son singulares, murmuró la anciana en el dialecto del pais; sin embargo es una buena señora.

Al ir siguiendo mi camino vi à una jóven á caballo que llegaba á la plaza desembocando de la calle principal: iba seguida de un muchacho, tambien montado, y aquel muchacho era Teobaldo. Lancé un grito de alegria: éste me reconoció, se puso colorado y se apeó en seguida.

—¿De dònde venís, mala pieza? le dije acariciàndole en la mejilla: la baronesa y yo estábamos con mucho cuidado por vuestra ausencia.

—¡Dios mio! lo siento, señora. Burcica me habia prometido que os haria avisar. ¿Cómo está mi pobre hermana? Anunciata, hé aquí la señora.

Anunciata saltó ligeramente del caballo: era una hermosa y bien formada jóven de unos veinte y cinco años: su vestido de luto dejaba ver un talle, flexible à la par que robusto; su *mezzaro* de encaje velaba apenas unos cabellos màs negros que el ala de un cuervo, que caian en espesos rizos á lo largo de sus mejillas ligeramente encarnadas. Sus ojos brillaban con una luz viva, y todas las líneas de su rostro recor-

daban los màs bellos tipos de la escultura antigua. Su boca, delicadamente cortada, tenia cierta expresion desdeñosa; pero su sonrisa, que dejaba ver unos dientes pequeños, blancos y ordenados como un collar de perlas, daba cierta suavidad á su fisonomía algo severa. Saludóme con gracia.

—Señora, me dijo con un acento muy pronunciado, pero con voz sonora, mi abuela y yo os estamos muy agradecidas, lo mismo quo á Mma. D.*** por lo que habeis hecho por mi desgraciada cuñada y sus pobres hijos.

Y al decir estas palabras me estrechó la mano con efusion, y corrieron algunas làgrimas por sus mejillas.

—Ojála, señorita, le contesté, que nuestros cuidados por ella hubiesen tenido mejor resultado; la pobre recien nacida ha ido à aumentar el nùmero de los àngeles en el cielo; pero Clarita sigue mejor. ¿Quereis verla en seguida? os llevaré á casa de la baronesa que tendrá muchisimo gusto de conoceros.

Aceptó con placer: el paisano que les acompañaba tomó los dos caballos por la brida, los ató á un anillo de hierro que habia en la pared, segun la costumbre de los montañeses que van al mercado, y dijo á Anunciata que iba à llevar la carta del abogado à casa de los Cafarelli.

—Id:—le dijo y volviéndose en seguida á mí—estoy á vuestras órdenes, señora.

Era aquella la vez primera que Anunciata salia: de su pobre aldea; cualquiera que no hubiese sido la jòven corsa hubiera quedado deslumbrada y se hubiera sentido intimidada á la vista de tantos objetos nuevos para ella. Un criado de librea nos abrió

la puerta del palacio: las salas de recibir, que era preciso atravesar para llegar al cuarto de la labor, estaban amuebladas todas con magnificencia; aquella reunion de trabajadoras se componia en su mayor parte de señoras de altos empleados ó de los más ricos habitantes de la ciudad; muchas de ellas iban vestidas como para una fiesta, porque las señoras de Bastia gustan mucho de componerse: no pocas de ellas, y en especial las jóvenes, cansadas de un trabajo de algunas horas, reian y conversaban entre sí, como las pensionistas de un colegio; hasta se hablaba de tocar un poco para descansar, y una de ellas, cediendo à las instancias de sus compañeras, se habia levantado para ponerse al piano cuando entramos en el salon la jóven y yo. Todas las miradas se fijaron en el mismo instante en la recien llegada, y sin embargo Anunciata no bajó los ojos, ni asomó el màs ligero encarnado en sus mejillas. Adelantóse con aire modesto, pero sin timidez ni encogimiento, hácia la baronesa, à la que reconoció sin duda por el retrato que de ella le hiciera Teobaldo; porque de todas las señoras que estaban allí reunidas era sin duda mi piadosa amiga la màs sencilla tanto en sus maneras como en su porte. Anunciata le dió las gracias con palabras tiernas y con acento conmovido por la gratitud, aunque con aire tranquilo y digno: la baronesa la acogiò con su habitual benevolencia, y tomándola de la mano la hizo pasar al cuarto de Clarita, la cual corriò à echarse, llorando de alegría, á los brazos de su tia y de Teobaldo que nos habia seguido.

—Malo, màs que malo; dijo la encantadora niña á este ùltimo, ¿por qué te habias marchado sin tu Clarita.

—Hermana, contestó con gravedad el chico; tenia un deber que cumplir.

—Teobaldo es en la actualidad el jefe de nuestra familia, dijo Anunciata suspirando: era necesario que asistiese à los funerales: hasta antes de ayer, Clara, no ha sido depositado el cadáver de vuestro padre en nuestro sepulcro de familia.

—¿Con que se ha encontrado su cadáver? dijo la baronesa.

—¡Ah! nuestros pastores nos le trajeron antes de que recibiésemos vuestra carta: mi pobre hermano habia marchado la vìspera fresco y sano, y nos trajeron su cuerpo ensangrentado y desfigurado.

Y se esforzò para contener las lágrimas que asomaban á sus ojos.

—Paciencia, continuó diciendo; hay justicia en el cielo: los dos hermanos Fabìani han sido presos por los gendarmes, y espero que el tribunal nos vengará; y si así no fuese.... Con el tiempo los cachorros se vuelven leones, dijo lanzando una mirada á su sobrino.

—¿Pero por qué, Teobaldo, os marchásteis sin decirme nada? preguntó la baronesa: ¿no preveisteis el sentimiento que debia causarnos vuestra desaparicion?

—Hice mal, señora, contestó el muchacho; pero nuestro amigo Burcica llegó por la noche cuando me estaba paseando en el jardin; vióme á la luz de la luna, traspasó la cerca de aloes; y me dijo que fuese con él, porque tenia que hablarme, y que el estar tan cerca del cuartel no le permitia permanecer allí mucho tiempo. Yo conocia á Burcica; le habia llevado muchas veces pólvora al monte, y no tuve dificultad alguna

en seguirle: marchamos con el mayor silencio hasta el bosquecillo donde habia dejado apacentando su caballo (1). «Vuestra abuela me envia à buscaros, me dijo entónces: mañana deben celebrarse las exequias de nuestro pobre Antonio; es preciso que andemos toda la noche, y no podemos perder un momento. Despues volveréis à dar las gracias à la persona compasiva que os ha recogido, à la cual además debe escribirse.»

Un criado anunció al señor y à la señora y señorita Cafarelli, quienes entraron en el salon.

El Sr. Cafarelli era un hombre de unos sesenta años, flaco, seco, y de una fisonomía séria, pero benévola.

—Señorita, dijo à Anuuciata, he recibido la carta de nuestro amigo el abogado Muletto, y vengo para poner mi persona y mi casa á vuestro servicio.

La jóven se inclinó. Adelantàronse en seguida la Sra. y la Srita. Cafarelli, las cuales llevaban el *mezzaro* nacional, la madre sobre el pañuelo de muselina que ceñia su cabeza y la jóven sobre sus hermosos cabellos negros. Una y otra abrazaron á Anunciata como à una antigua amiga, aunque la veian por primera vez: mas son tan poderosas las leyes de la hospitalidad en ese pais tan próximo al estado de naturaleza, que bastan algunas líneas de recomendacion trazadas por una mano conocida, para proporcionarle à cualquiera una acogida la más afectuosa y sincera, de suerte que podríais recorrer toda la isla, y seriais en todas partes objeto de las atenciones más delicadas, y se disputarian donde quiera el placer de recibiros y hospedaros. Escep—

(1) Los caballos corsos paçen en libertad por la çampiña.

tuando las principales ciudades, no hay en Córcega fondas ni mesones, y los viajeros son recibidos en casa de los particulares que les prodigan con sencilla gravedad, un afectuoso cariño y todo el bienestar de que pueden disponer.

Los Cafarelli quisieron llevarse en seguida á la jóven, para la cual acababan de preparar el aposento de los huéspedes, y si bien insistieron para que fuese tambien con ellos Teobaldo, este prefirió quedarse al lado de su hermana. La baronesa y yo volvimos al cuarto de la labor.



CAPITULO V.

Instrucciones cristianas.

Al dia siguiente Anunciata nos participó sus proyectos y sus esperanzas. Los dos hijos de Fabiani habian llegado á Piovela el dia antes de que partiese Antonio Loncini: nadie les habia visto en el pueblo en todo el dia siguiente: un pastor les habia encontrado en el monte armados con fusiles y pistolas, y más tarde habia recogido, no léjos del teatro del crímen, la cartera de José Fabiani, que contenia muchas cartas dirigidas à él. Anunciata estaba convencida de que eran los dos hermanos los que habian cometido el crímen, y nadie, añadió, puede dudar de ello. El tribunal debia pues condenarles á muerte, y asì terminaria la larga rivalidad de las dos casas, puesto que despues de ellos no quedaban en su familia más que mugeres.

—¿Y qué pensais hacer respecto de vuestro sobrino? preguntó la baronesa.

—Enviarle al continente á estudiar, ya que era este el proyecto de Antonio; y no tiene que perder tiempo, pues acaba de cumplir catorce años y no sabe màs que lo que le ha enseñado su madre. Verdad es que mi cuñada era una muger distinguida en cuanto à instruccion, que sabia leer y escribir correctamente y otras muchas cosas más. En cuanto á mí, añadiò, ignoro todo eso, lo cual serà un gran mal para Teobaldo, el cual va à olvidar lo poco que sabe, porque debe quedarse con nosotros hasta que se vea nuestra causa, pues es el único que viò al mayor de los Fabiani disparar sobre su pobre padre, y debe declararlo.

—Anunciata, dijo gravemente el chico, os he dicho repetidas veces que no habia visto à Fabiani, sinó tan solo que cuando mi padre cayó muerto, pensé en seguida que era Fabiani quien le habia asesinado.

—¡Pues bien! ¿no es lo mismo?—repuso Anunciata dirigiéndole una mirada terrible.

La baronesa se quedó reflexionando un momento.

—Señorita, dijo en seguida con acento persuasivo, puesto que teneis tan pocos medios de educacion en Piovela, confiadme durante algun tiempo vuestros sobrinos: ambos harán aquí su primera comunion; yo enviaré á Teobaldo á la escuela de los hermanos de la doctrina cristiana donde aprenderá el francés. Dentro de cuatro meses, á más tardar, uno de nuestros màs íntimos amigos debe hacer un viaje al continente, yo le recomendaré vuestro sobrino, y le llevará á un buen colegio, cuyo director conozco. ¿No pódria esto conveniros?»

Anunciata reflexionó á su vez.

—Lo que me proponeis es muy ventajoso sin duda, dijo en fin, y sin embargo hay una circunstancia por la cual seria tal vez preferible que Teobaldo no se separase de mí: es todavía muy niño, y ¿quién sabe?...—Y se detuvo de repente como temiendo haber dicho demasiado.—No importa, repuso; no comprendo lo que siento á vuestro lado: sois un ángel, señora, y es imposible oponerse à vuestros deseos. Sin embargo debo consultar á mi abuela.

—Nada más puesto en razon, dijo la baronesa, haced el obsequio de escribirle hoy mismo.

—Ya os he dicho que no sabia escribir, dijo Anunciata; á nosotras, las hijas de las montañas, se nos enseña à cuidar la casa, y nada más: pero si teneis la bondad de escribir esa carta, la enviaré en seguida por el paisano que nos ha acompañado.

El consentimiento de la abuela no se hizo aguardar más que tres dias. Anunciata hizo sus preparativos de marcha, con gran sentimiento de los Cafarelli, que deseaban retenerla á su lado el mayor tiempo posible. Fué à saludar á la baronesa, abrazó á Teobaldo y á Clarita, y llevando á aquel aparte.

—Acuérdate, le dijo en voz baja, que cuando el corazon ha reconocido al asesino, es como si lo hubiesen visto los ojos. Por lo demás, yo estaré aquí el dia en que te toque declarar.

Montó á caballo con la ligereza de una diestra amazona, y partió aconpañada del paisano.

El deseo de la baronesa de retener á su lado á los dos huérfanos le habia sido inspirado, como todas las acciones de aquella muger incomparable, por ese

vivo sentimiento de caridad cristiana que hacia que aprovechase con avidez todas las ocasiones de hacer bien. Habia descubierto en Teobaldo un carácter prudente y leal, aunque ardiente y apasionado; Clarita, por el contrario, se manifestaba dulce y sensible, pero tímida y débil; era necesario pues que la religion sirviese al uno de freno, de apoyo á la otra, á fin de que pudiesen adelantar en la vida sin desviarse del camino de la virtud. Era necesario instruirles en sus deberes de cristianos é inspirarles el amor á los mismos: pero quedaba muy poco tiempo para una obra tan importante: la santa muger no dejó perder ni un minuto: imploró los auxillos del Señor, encargó á los hermanos de la enseñanza que diesen á Teobaldo lecciones de escritura, ortografía y de aritmética, y se reservó para sí, de concierto con el sacerdote Sr. Durand, la instruccion religiosa.

A fin de no fatigar la inteligencia de sus jóvenes alumnos, les enseñó poco à poco las lecciones del catecismo: pero llevándolos al mirador hacia que abrazasen de una sola mirada la tierra y sus ricas, producciones, el cielo con todas sus magnificencias, el profundo mar y sus límites.—Todas esas maravillas, les decia, no son más que un juego de la mano del Criador, el producto de un solo acto de su voluntad:—y los niños comprendian el poder del Altísimo. Llamando despues su atencion sobre sí mismos, les hacia notar la justa proporcion de sus miembros, sus cuerpos de una conformacion tan perfecta, la belleza de su semblante, los ojos que tienden naturalmente á elevarse al cielo, nuestra verdadera patria, sus oidos abiertos á los cantos ar-

moniosos, su boca que saboreaba los frutos perfumados, y todos los sentidos en fin que hacen agradable la existencia y nos permiten gustar de los dones del Señor.—Pero todos esos dones, les decia, son las menores de sus gracias, puesto que nos ha favorecido además con un espíritu capaz de conocerle. un corazon hecho para amarle y una alma destinada á gozar de él por toda una eternidad:—y los discípulos que tenian ya idea del poder de Dios, comprendian tambien su bondad infinita. No contenta con enseñarles los dogmas todos del catolicismo, se esforzaba sobre todo en inculcarles su espíritu: con el Evangello en la mano les hacia seguir con atencion esa vida divina del Verbo, hecho hombre para salvar à los hombres, meditando con ellos sobre la humildad de ese Dios que quiso nacer en un pesebre y morir en una cruz para enseñarnos á vencer el orgullo y á sufrir el dolor; de ese Jesus que se apiadaba de todas las miserias, que sanaba las enfermedades y perdonaba á los pecadores arrepentidos; que decia de sí mismo que era dulce y humilde de corazon; de ese Jesus que no hubiera aplastado al insecto bajo suplanta; que enseñaba á sus discípulos que debian perdonar á sus enemigos no solo siete veces, sinò setenta y siete veses, esto es indefinidamente; que en medio en fin de sus tormentos oró por sus verdugos á quienes una sola mirada suya hubiera podido reducir á polvo.

Deteniéndose con preferencia sobre todo lo que podia inspirar el amor al prójimo y demostrar la obligacion de perdonar las injurias, la baronesa les explicaba la parábola del samaritano y la del mal criado à quien su dueño habia condonado cien talentos, y que encontrando à uno de sus camaradas,

que le debia diez dineros, le cogió por el cuello y le hizo llevar à la càrcel á pesar de los humildes ruegos de aquel pobre hombre, que le suplicaba que tuviese paciencia; todo lo cual como llegase á oidos de su amo, éste le hizo llamar á su presencia y le dijo:

«Te condoné todo lo que me debias, porque me lo rogaste; ¿y no debias tambien tù tener compasion de tu compañero, como la tuve yo de tí?» Y lleno de cólera entregó á aquel hombre à los ministros de la justicia, y lo dejó en su poder hasta que hubo satisfecho toda su deuda.

Hacíales que se fijasen mucho en aquellas palabras del divino Salvador: «Amad á vuestros ene«migos, y bendecid á los que os maldicen; haced «bien á los que os aborrecen y rogad por los qne os «persiguen y calumnian, á fin de que seais hijos de «vuestro Padre celestial que está en los cielos:» y estas otras no ménos sublimes: «Si estando ya «en el altar para hacer vuestra ofrenda os acordais «que vuestro hermano està enojado contra vosotros, «dejad vuestra ofrenda en el altar, é id antes á recon«ciliaros con él, y volved despues á hacer vuestra «ofrenda.» Y luego despues arrodillandose con ellos hacia que repitiesen estas palabras de la màs excelente de las oraciones: «Perdonadnos nuestras deudas «así como nosotros perdonamos à nuestros deu«dores.»

Mientras que Teobaldo y Clarita bebian en la fuente de la verdad los únicos principios que pueden hacernos felices en este mundo y en el otro; mientras que aquellos corazones jóvenes se abrian al amor de Dios y del prójimo, como el cáliz de las flores al rocío bienhechor, la instruccion del proceso

seguia la marcha ordinaria de los negocios en Córcega, y se multiplicaban las intrigas en torno del criminal.

Los hermanos Fabiani habian sido trasladados de Cortes á Bastia: hacia tres meses que se hallaban encerrados en una cárcel infecta, situada en el recinto de la ciudadela, y en la cual lo mal sano del interior corre parejas con lo repugnante del exterior; mas su familia no habia permanecido ociosa, explotando la influencia de que disfrutaba en el pais, y el crédito de sus numerosos amigos y de sus parciales. Tratàbase solamente de probar el *alibi* y nada se habia perdonado para llegar á este objeto: se sobornò à muchos testigos sospechosos, se previno al pastor que habia traido la cartera que dijese al tribunal que habia hecho aquel hallazgo cerca la casa de Fabiani, ó que pagaria con la vida una declaracion contraria. El bandido Burcica supo con tiempo que se habian dado esos pasos, y fué á avisar à Anunciata. Estaba ésta en cama, enferma de calenturas, tan comunes en muchas partes de la Córcega, más à tal noticia saltó del lecho como una tigre á quien arrebatasen sus cachorros, y vistiéndose de prisa corrió en busca del pastor. Necesitò tres dias de marcha y de fatiga para encontrar las huellas de ese hombre: hasta que en fin, y guiada siempre por Burcica, descubrió la miserable cabaña de ramas del pobre Santacrux.

—Escucha, le dijo, sacando el puñal que siempre llevaba debajo de su pañoleta. Me conoces hace tiempo y sabes que Anunciata no ha faltado jamás á su palabra: pues bien, si tienes la desgracia de faltar à la verdad ó de ocultar alguna circunstancia de la misma, no declarando el sitio preciso en que

encontraste la cartera, te cortaré por mí misma mano tu lengua mentirosa.

Anunciata regresó à su casa màs agravada en su enfermedad, y el pobre pastor, demasiado convencido de la suerte que le esperaba cualquiera que fuese el modo con que declarase, vendiò secretamente sus cabras y se embarcó para la Cerdeña.

Entre tanto llegó el dia de la primera comunion, y fué para la baronesa una muy dulce recompensa de sus asíduos desvelos el piadoso fervor de los dos huérfanos, que se acercaron à la santa mesa con el corazon lleno de los más vivos sentimientos de compuncion y de amor. Clarita, vestida de blanco, cubierta la cabeza con un velo y ceñida la frente de flore; estaba allí como un emblema de la pureza y de la inocencia; mientras que la fisonomía de Teobaldo, grave y recogida, dejaba adivinar que habia ya lucha en su jóven corazon, y que habia tenido que hacer un esfuerzo sobre sí mismo para vencer sus ma'as inclinaciones.

En la siguiente semana era cuando debia comparecer delante del jurado reunido para pronunciar sobre la suerte de aquel à quien miraba como asesino de su padre. A pesar de lo mucho que lo deseaba. Anunciata no habia podido dejar la cama; y en la vìspera del dia fatal hizo llegar á manos de Teobaldo, por conducto seguro, el billete siguiente, que Burcica habia escrito dictando ella:

«Eres el jefe de la familia: la sangre de vuestro «padre clama venganza, y esa venganza solo puede «venir ó de tu boca ò de tu brazo; elige.»

El contenido de esta carta llenó de amargura al pobre Teobaldo: quizás se despertaban con toda su fuerza en su alma las preocupaciones de su infancia;

acaso el enemigo de su salvacion trabajaba ya para minar con ellas los fundamentos de la piedad en aquel espíritu todavía puro: sea lo que fuere el pobre muchacho se estuvo paseando largo tiempo y á grandes pasos por el jardin con la cabeza baja y el corazon henchido de sollozos. Hacia uno de esos magníficos dias de invierno, más templados en aquel feliz clima que los màs hermosos de la primavera. Las olas brillaban con mil resplandores bajo los rayos del sol; la atmósfera estaba llena de balsámicos perfumes, los peces saltaban por encima del agua, los insectos murmuraban en los aires, sin que todas las maravillas de aquella naturaleza majestuosa lograsen calmar la agitacion de Teobaldo: la brisa retozaba en sus cabellos sin refrescar su frente: Clarita viò à su hermano, y corrió hácia él.

—¿Qué haces aquí? le preguntó con cariñoso acento. Hace una hora que ando buscàndote.

Y la niña fijaba en él sus ojos azules como los cielos. Teobaldo la miró en silencio, y pasando la mano por los rubios cabellos de su hermana.

—Te pareces á nuestra pobre madre, le dijo.

—Y tù á Anunciata; sobre todo en este momento.

—¿A Anunciata, que hacia llorar á mi madre?... Sí, tienes razon, pobre Clarita, me parezco á Anunciata.

—Pero ¿qué tienes, Teobaldo? dijo la niña asustada, sin saber por qué, de aquellas tan sencillas palabras.

—Nada, nada que debas saber tú, Clarita mia; mas si me amas ven à rogar à Dios por tu hermano: ¡Dios debe amarte mucho!—Y cogiéndola de la

mano, la llevó corriendo à una especie de oratorio donde habia una imágen de la Vírgen.

Allí les sorprendió la baronesa arrodillados y rezando con fervor: contemplóles largo tiempo con esa inefable alegría que debe esperimentar el ángel custodio de un nuevo convertido cuando ve al alma confiada á sus cuidados andar con paso firme por el camino de la virtud, y luego postrandose tambien orò con ellos.

Algunos minutos despues Mma. D*** llamò á la niña para llevarla á dar su leccion de escritura y dirigiéndose á Teobaldo:

—Hijo mio, le dijo, mañana debeis presentaros delante el tribunal: no tengo necesidad de recordaros que si la mentira causa horror á Dios y à los hombres, el falso testimonio seria de todas las mentiras la màs execrable, y que solo debe salir de los labios de un cristiano la verdad, aún cuando debiera esa verdad costarle la vida.

El jòven no contestó màs que con un ademan de cabeza; cogiendo la mano de su protectora, se la besó respetuosamente, y se retiró á su cuarto.

CAPITULO V.

El tribunal

Al dia siguiente al amanecer Teobaldo pidió permiso para salir de palacio à fin de oir misa. No se notaba la menor alteracion en su semblante, y al verle podia creerse que habia dormido tranquilamente toda la noche: sin embargo apenas estuvo de vuelta de la iglesia sacò del bolsillo un billete que leyó muchas veces seguidas, y luego estrujándolo entre sus manos con cierto despecho lo arrojò al mar.

Algunas horas despues iba al tribunal.

Agolpábase una gran muchedumbre en el recinto donde estaba reunido el jurado, y ocupaban la tribuna muchas damas elegantes, porque el asunto de que iba éste á ocuparse interesaba á todo el mundo, puesto que las dos familias rivales habian hecho un

gran papel en la guerra de la independencia (1), y contaba cada una de ellas con un gran número de amigos y partidarios.

Entraron los jueces, y en seguida lo verificaron, conducidos por gendarmes, y en medio de un gran silencio, los dos Fabiani, que tomaron asiento en el banco de los acusados, despues de haber hablado algun tiempo en voz baja con su abogado.

José, el mayor de los dos hermanos, era un hombre bajito de unos treinta años de edad. Sobre su larga cabellera negra resaltaba un semblante flaco y pálido que remataba una barba cortada en punta. Tenia la frente salida, los ojos vivos medio velados por sus espesas cejas, los labios delgados y un poco levantados por los lados, los cuales daban à su fisonomía una expresion de finura burlona. Paseó sobre el jurado y el pùblico una mirada penetrante. saludó á sus amigos con la mano, y se sentó tranquilamente.

Pascual Fabiani, oficial de un regimiento de infantería ligera y dos ó tres años màs jóven que su hermano, se mostraba ménos confiado. Era un arrogante mozo, y su fisonomía franca y abierta.

Uno y otro vestian á la françesa con mucha elegancia, frac negro, pantalones con trabas, guantes amarillos y botas charoladas.

Sobre una mesa delante del tribunal estaban depositadas las pruebas del delito, los vestidos ensangrentados de Antonio Loncini y la cartera encarnada de José Fabiani.

Los magistrados dieron principio al interrogato-

(1) La guerra de la independencia es la que sostuvieron los corsos, primero para sacudir el odioso yugo de los genoveses, y despues antes de someterse á la Francia. Fueron sus héroes Jacinto Paoli, y despues Pascual Paoli, su hijo.

rio: José contestò con una presencia de espíritu no comun á todas las preguntas del presidente: declaróse inocente del crìmen que se le imputaba; protestó que habiendo llegado el dia antes no habia salido del pueblo aquel en que se cometiera el asesinato; su conducta en el continente, donde habia residido siete años consecutivos, habia sido siempre irreprensible: en cuanto á la cartera habíala dejado caer sin apercibirse de ello yendo á comer á casa de uno de sus tios; pero lo habia advertido poco despues, y hasta habia vuelto atràs para buscarla. Santacrux se le anticipó sin duda, y desafiaba à cualquiera à que probase lo contrario.

Pascual dió poco más ó ménos las mismas explicaciones, pero con ménos seguro acento. Más de veinte testigos declararon haber visto à los Fabiani en Piovela el dia en que tuvo lugar el crímen; al paso que otros, y esos eran los partidarios de Loncini, pretendian haber visto á los dos hermanos dirigiéndose al monte con el fusil al hombro.

El pastor habia desaparecido, siendo inútiles todas las investigaciones que se hicieron para encontrar sus huellas.

El ugier llamó en seguida á Teobaldo Loncini.

En el momento en que fué introducido el huérfano en la sala se fijaron en él todas las miradas con un profundo sentimiento de compasion. Vestido de negro, pàlido como un muerto, aunque en apariencia tranquilo, el jóven se adelantó con dignidad hasta al pié del tribunal, procurando evitar el mirar á los Fabiani, por temor de que se despertasen en él la cólera y odio à la vista de los enemigos de su familia.

Al poner los ojos en los vestidos ensangrentados

de su padre, contrajéronse visiblemente sus músculos; pasóse la mano por la frente como para arrojar de ella un mal pensamiento; más esa turbacion no duró más que un minuto, y prestó el juramento de costumbre con voz firme, aunque con los ojos arrasados en lágrimas.

El presidente del tribunal empezó su interrogatorio: todos los oidos estaban atentos, puesto que, habiendo desaparecido Santacrux, Teobaldo era el ùnico que habia podido ver y reconocer al asesino.

El jóven refirió con acento conmovido, su partida del pueblo.

—Hácia el medio dia, prosigió diciendo, cuando el sol caia perpendicularmente sobre nuestras cabezas, hicimos alto al pié de un pino parasol (1): mi padre dejó á los caballos que apacentasen por el maquis, y nosotros nos sentamos en la yerba para comer las provisiones que habìamos traido. Despues de la comida mi padre se tendió en el suelo para dormir la siesta, mi madre arregló con su capotillo una especie de cama para mi hermana, que estaba enferma, y ella y yo nos quedamos conversando de ese hermoso pais de Francia que tanto deseaba ver.

—Al cabo de cerca una hora mi padre se levantó y dijo: «es preciso partir, esposa; voy á buscar los caballos;» más apenas se puso en pié cuando sonò un tiro en la direccion de norte á medio dia, y mi pobre padre cayó para no volver á levantarse más.»

(1) Los pinos parasoles, llamados así á causa de su forma, son los que producen las piñas que dan los piñones.

Al terminar estas palabras Teobaldo se cubrió el rostro con las manos.

—¿Y luego? preguntó el presidente despues de un largo silencio.

Creció la atencion del auditorio; la curiosidad y el interés estaban en aquel momento en todo su auge.

—Mi pobre madre, contestò el jóven con voz temblorosa, se echó sobre el cuerpo de su esposo lanzando gritos de desesperacion. Clarita, que despertó sobresaltada, se echó à llorar con ella, y yo corrí como un loco para ver de donde partiera el golpe...

—¿Encontrásteis á alguno? preguntó el presidente.

—A nadie contestó Teobaldo con acento alterado.

Un movimiento casi imperceptible de satisfaccion serenó la fisonomía de José Fabiani. Pascual pareciò tambien respirar con más libertad.

—¿Y no declarais nada más? dijo el presidente.

Teobaldo hizo un movimiento como para hablar de nuevo.

—Silencio ¡escuchad aùn! exclamaron los Loncini.

—Mi madre me llamò algun tiempo despues, murmuró el jóven con una voz tan apagada que apenas se le oia: habia creido oir otro tiro y pisadas de caballos; mas yo no oí más que sus gritos de desesperacion y el viento que gemia en las ramas de los pinos: quise buscar más, porque el asesino no podia estar muy lejos, pero me suplicò que no abandonase, y cogiéndome de la mano me llevó arrastrando en medio de las malezas donde nos ...os.

—Es cuanto tengo que decir.

—¿No habeis asegurado más tarde que eran los Fabiani los que habian dado el golpe? volvió à preguntar el presidente.

—Lo he creido à causa de la enemistad que existia entre nuestras dos familias, contestó; pero repito, que no he visto à nadie.

Y como agoviado bajo el peso de sus propias sensaciones se dejó caer, màs que se sentó, en la silla que tenia detrás.

El partido de los Fabiani triunfaba visiblemente, puesto que no habia en las declaraciones que se habian oido ninguna prueba contra los dos hermanos. Su abogado hizo su defensa en un tono que manifestaba estar seguro del éxito. Levantóse en seguida el fiscal, y empezaba ya á reasumir la acusacion, cuando el ugier entregó al presidente una carta de Anunciata que acababa de traer un paisano.

La jóven pretendia haber descubierto el retiro de Santacrux, y suplicaba al tribunal que no resolviese nada hasta haber recibido la declaracion del pastor.

Aplazòse para desde allí á ocho dias la terminacion del proceso, y los acusados tomaron tristemente el camino de la càrcel, de donde se habian prometido salir en seguida.

El señor Cafarelli, que no se habia separado de Teobaldo, le acompañò al palacio de la baronesa en un estado de abatimiento dificil de describir; y apenas puso los piés en él cuando corrió á refugiarse en el oratorio, donde habia estado rezando el dia antes, y donde fueron á reunìrsele la baronesa y Clarita al cabo de una hora. Teobaldo estaba ya entónces màs tranquilo: la piedad, que le habia dado fuerzas, acababa de ofrecerle tambien sus consuelos,

y pudo contar en todos sus detalles todos los combates á que se habia visto entregado su pobre corazon.

Al oirle referir los sufrimentos de que habia sido víctima, Clarita se acercó á su hermano y le abrazó tiernamente, esforzándose en endulzar con sus caricias dolores que ella apenas comprendia; porque segun el juicio que habian hecho los dos hermanos, el dia anterior, Clarita era el retrato de su madre así en lo moral como en lo físico; tenia su dulce timidez y su angélica bondad; eran completamente extrañas à su corazon la cólera y la pasion de la venganza, y era incapaz de hacer el menor daño al màs despreciable de los animales, como de sostener la vista de la sangre. Teobaldo por el contrario tenia con el corte de la fisonomía de Anunciata, la firmeza de alma, el valor y la energía que admiraba en su jóven tia, á la par que poseia algo de su indomable irascibilidad.

La baronesa escuchó el relato de Teobaldo con esa indulgencia que no se desmentia jamás, y le felicitò por la victoria que acababa de alcanzar sobre sus pasiones.

—¡Ah! pobre hijo mio, prosiguió diciendo, esta tempestad no será probablemente la ùnica que se levantarà en vuestro pobre corazon; pero cuando las pasiones hagan oir en él su voz terrible, acordaos que el reino de los cielos solo se conquista sufriendo, y que únicamente los que saben combatir son los que se muestran dignos de ser llamados, soldados de Jesucristo.

Al domingo siguiente Teobaldo dejó la Córcega, bañado con las làgrimas de Clarita, que experimentó un vivo dolor al verle alejarse de ella. Débil caña que se inclina al más ligero viento sentia instintiva-

mente la necesidad de esa proteccion no interrumpida que le dispensaba su hermano casi sin saberlo: era la yedra que se agosta y arrastra por el suelo al separarla del tronco que le servia de apoyo.

Pocos dias antes de la marcha de Teobaldo habia llegado à Bastia la noticia de la muerte de madama Tolmont, única parienta que quedaba á los huérfanos de parte de su madre, de suerte que el oficial que tenia el encargo de acompañar á Teobaldo, le condujo directamente á Paris, al colegio de Mr. Duhamel, digno eclesiástico á quien conocia la baronesa desde mucho tiempo.

En este asilo fué donde supo el jóven Loncini la sentencia del tribunal relativa á los Fábiani. El pastor Santacrux no habia parecido, à pesar de las esperanzas y de las activas pesquisas de Anunciata, y como la acusacion dirigida contra los dos hermanos no se fundaba más que en el odio que tenia su familia á la de su rival, y no habia podido probarse su culpabilidad por ningun testigo, habian sido absueltos.

Clarita permaneciò cinco ó seis meses más al lado de su bienhechora, y como pasado este tiempo su bisabuela y su tia la reclamasen, volvió á su pueblo más instruida y mejor educada que la mayor parte de las niñas corsas, y llevando en su corazon el gérmen de todas las virtudes cristianas de que habia tenido à la vista tan raro modelo.

Algun tiempo despues salí de Córcega, no sin echar muy de ménos su cielo azul, su fértil suelo, y sobre todo esa viva simpatía que habia encontrado en todos sus habitantes, esos numerosos amigos que me acompañaron llorando hasta el vapor.

En cuanto á la baronesa, á quien amaba con

tierno respeto, permaneció todavía en Bastia más de dos años, prodigando toda clase de beneficios, como la mano de Dios derrama flores, perseverando en la senda de sacrificios y de buenas obras que se habia trazado, pues su caridad nacia no solo de la bondad de su corazon, sino especialmente de una piedad fervorosa, del amor de Dios, ese único foco de la caridad verdadera. Más adelante abandonó tambien la Córcega, dejando detrás de sí el perfume de sus virtudes, y algo de esos sentimientos de veneracion que excitan los nombres de los Francisco de Sales y los Vicente de Paul.



SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I.

El buque de vapor.

Habia transcurrido mucho tiempo desde que los Fabiani salieran de la càrcel.

El dia mismo en que celebraban con su familia el quinto aniversario de aquel memorable proceso, un vapor, el *Liamone*, que habia salido aquella mañana de Marsella, era juguete de una tan furiosa tempestad, que el capitan del buque, antiguo marino lleno de experiencia, aseguraba haber visto pocas más terribles. El cielo estaba oscuro y el mar cubierto de una sàbana de espuma: el huracan lo agitaba con tanta violencia, que tan pronto parecia arrebatar el buque al furor de las bramadoras olas

como sepultarlo en el fondo del abismo. Los marineros echaban el resto á su celo y actividad, y los asustados pasajeros permanecian en sus camarotes, horriblemente atormentados por el mareo, que les dejaba apenas aliento para dirigir sus preces à Ntra. Señora del Remedio, para que les librase del naufragio que les amenazaba.

Uno solo entre ellos habia permanecido en cubierta sin experimentar ni temor ni malestar.

Era el tal un jóven de diez y nueve à veinte años, de elevada y graciosa estatura, de semblante noble y bello. Tenia ojos grandes y rasgados, el cabello negro, el color moreno y animado, la frente espaciosa, y la mirada inteligente. Vestia sencillamente pero con gusto: cuando surcaba la nube algun relámpago hacia devotamente la señal de la cruz, segun la costumbre de los corsos, sin una mal entendida vergüenza como sin afectacion, despues de lo cual seguia contemplando la tempestad con toda la calma de una seguridad perfecta.

—Señor Loncini, le gritó el capitan que estaba dirigiendo la maniobra, ¿quereis tener la bondad de ayudar à esos buenos hombres que trabajan en recoger las velas? van en ello vuestra vida y las nuestras.

—Con mucho gusto, capitan; dijo el jóven.

Y quitándose su redingote fué á colocarse entre los marineros, y maniobró con tanta serenidad, fuerza y destreza, que el capitan exclamó más de una vez:

—Bien, señorito, muy bien ¡juraria en verdad que en toda vuestra vida habíais echo otra cosa: ¡làstima que no seais marino!

Entre tanto iba calmándose la tempestad, las olas

se estrellaban con ménos estruendo en los costados del buque, y un rayo del sol, portador de la esperanza; atravesó las nubes y vino à dorar la popa del vapor.

—¡Eso va bien! exclamò el capitan con alegre acento: Dios medianto, almorzarémos mañana en Bastia como si nada hubiese sucedido, gracias à vuestro socorro, señor Loncini, que á fe á fe nos ha sido muy ùtil: haríais, voto à sanes, un buen marinero.

Teobaldo extrechò la mano que le alargaba el capitan, se puso su redingote, y volviò á ocupar su asiento en el castillo de popa. El rugido de las olas, la soledad del mar, la tempestad, los escollos, los peligros eran para él otros tantos goces, porque era valiente, vigoroso, y estaba sediento de emociones, siendo así que acababa apenas de dejar los bancos de la escuela. Por vez primera sentiáse libre y dueño absoluto de su voluntad; iba á ver de nuevo su pais, sus montañas queridas, á su abuela, á su estimada hermana, cuya imàgen se le aparecia en todos sus sueños, adornada con todas las gracias y las virtudes de su sexo. Iba à abrazar, á proteger á esa dulce Clarita cuyas cariñosas cartas le consolaban en sus penas y le daban valor en sus trabajos y á cumplir la promesa que hiciera à su madre moribunda de servir de padre à aquella pobre niña.

Y el corazon de Teobaldo palpitaba de alegría y de orgullo al pensar en lo que se prometia hacer en favor de su hermana, pues no necesitaba para él sino la parte màs pequeña de la herencia de sus padres, ò sean unos quince mil francos para comprar algun dia el estudio del notario de Corte. Todo lo demàs, la casa y las tierras que poseia en

Piovela, la herencia de su tia Tolmont, lo que le tocaria de su abuela, todo eso debia formar la dote de Clarita: de esta suerte su hermana seria la heredera más rica de la comarca, y podria escoger un esposo entre los más valientes y virtuosos. Antes empero de casarla, Teobaldo se proponia completar por sí mismo la educacion de su hermana, enseñarle la ortografía y la aritmética, la historia y la geografía; darle algunas nociones de literatura y de botánica, y gozando en sus progresos, esperaba ser el confidente de sus pensamientos y el amigo ìntimo de su juventud; en una palabra, confiaba hacer de ella una muger completa.

¿Y quién mejor que él se hallaba en estado de realizar sus proyectos? ¿Qué hombre de su edad reunia à un más alto grado de instruccion una mayor perseverancia? ¿Quién habia hecho más rápidos adelantos?

Cuando Teobaldo llegó à casa del abate Duhamel sabia apenas leer y escribir correctamente en francés y en italiano, y no poseia la màs ligera nocion de latin y de griego; pero tenia la inteligencia precoz de los niños de su pais, unida á la fuerza de voluntad, á la tenacidad constante de las cabezas del norte. La trágica muerte de sus padres habia hecho en él una impresion profunda, y nunca se apartaba de su mente la promesa que hiciera de ser el protector de Clarita.

Más à fin de poder cumplir pronto esa promesa era necesario que se diese prisa en terminar sus estudios y hacer su carrera de leyes, por que sus parientes deseaban que fuese abogado antes de volver á su casa. Así pues trabajó, no con la comun indolencia de los niños de su edad, sinó con el ardor de un

hombre ya hecho; no con la intencion de aventajar á sus condiscípulos y adquirir premios, sinó con el objeto màs noble de cumplir un deber.

Prendados sus maestros de su aplicacion secundaron sus esfuerzos, con lo cual hizo admirables progresos.

A los diez y siete años recibió el grado de bachiller, y el título de abogado á los veinte, y sin duda por un efecto de la protecion del cielo, que quiso premiar sus buenas intenciones, no se resintió su salud de tan excesivo trabajo; antes al contrario, se desarrolló su temparamento, aumentaron sus fuerzas, y el niño se convirtiò en un hombre lleno de energía y de vigor.

El señor Duhamel queria à Teobaldo con una ternura paternal: habíase esforzado en continuar respecto de él la obra que tan bien empezara la baroneza, y combatiendo los defectos de aquel carácter arrebatado y refrenando el ardor de sus pasiones, habia hecho de su discípulo un hombre de honor, un cristiano fervoroso é ilustrado.

Despues que Teobaldo salió del colegio y fué admitido en la escuela de derecho, el señor Duhamel continuó siendo su confidente, su mejor amigo, lo que hacia à la vez el elogio del maestro y del discípulo.

Por lo demás y en las relaciones con los jòvenes de su edad, Teobaldo se manifestaba siempre atento y buen amigo siempre: toleraba las chanzas y perdonaba las ligeras burlas de que era à veces objeto, y parecia haberse desprendido completamente de su natural vengativo, y olvidado del todo de las preocupaciones de su infancia, sin haber perdido nada de las nobles cualidades de su carácter primitivo.

Así era que su agradecimiento à la baronesa llegaba hasta el entusiasmo. Habíala visto dos veces en París y aquellos dias habian sido para él màs felices que los en que tenian lugar las distribuciones de premios, y en que se doblaba su cabeza al peso de las coronas.

A pesar del afecto de Teobaldo por el abate Duhamel y por la baronesa, la persona que ocupaba un lugar preferente en su corazon, aquella en quien se concentraban todos sus pensamientos, y cuyo porvenir le preocupaba entònces sin miedo de las agitadas olas, era Clarita, su hermana querida, à la cual deseaba hacer feliz.

Hallábase Teobaldo saboreando, por decirlo así, el más hermoso de sus sueños dorados, cuando sintió una mano pesada que se apoyaba en sus espaldas.

—Y bien, señorito, le dijo el capitan. ¿en que estais pensando, que no os acordais de beber ni de comer? El mar está tranquilo, y puesto que no os mareais, venid à probar una sopa, que por cierto tenemos bien ganada.

Teobaldo siguiò al capitan al camarote donde estaba puesta la mesa, y donde les aguardaba otro personaje, bajo, cenceño, delicado, y en cuyo acento muy pronunciado reconoció en él el jóven à un paisano suyo.

—Somos los únicos que tenemos ganas de comer esta tarde, dijo el capitan: ninguno de los viajeros piensa en la comida, y apostaria cualquier cosa que vos mismo, señor Casanova, no nos hubiérais hecho compañía hace cuatro horas.

—Es verdad, respondió el interpelado; nunca me habia hecho el mar tanto daño, sin embargo que es esta la tercera vez que hago esta travesía.

—Es que la borrasca ha sido séria, dijo el capitan; y yo mismo, á pesar de ser viejo en el oficio, me hubiera mareado como una señorita, si hubiese tenido tiempo de pensar en ello.

—Pues yo no he experimentado nada de eso, dijo Teobaldo, y es que tal vez, lo mismo que vos, capitan, estaba demasiado ocupado para pensar en el mareo.

—¿Ocupado? ¿y en qué?

—En contemplar los relàmpagos que surcaban las nubes, las olas que se elevaban como montañas, nuestro buque de vapor que parecia un punto negro en medio de la blanca espuma..... ¡Oh cuán sublime es una tempestad!

—A vuestra edad yo sentia lo mismo, dijo el capitan; pero creedme, señor Loncini, uno acaba por no hacer caso de nada ni aùn del peligro: en la actualidad prefiero un vientecillo fresco que me lleve á buen puerto, à todas las tempestades.

—Le habeis llamado Loncini, dijo Casanova acercàndose al oido del capitan: ¿seria acaso de la familia de Loncini de Piovela?

—El ùnico individuo que de ella queda, contestò en voz baja el capitan, pero que, como veis, es un bizarro muchacho.

—Puesto que vuelve á su pais, ya pueden los Fabiani ponerse en guardia, murmuró Casanova.

El capitan guiñó el ojo en señal de asentimiento. Teobaldo, à quien nada se le habia escapado de aquel diálogo, guardó silencio, si bien se apoderó de él una impresion de tristeza, y permaneciò como inmóvil y con la vista fija en su plato.

—No teneis gana de comer, jóven? le dijo el

capitan golpeàndole familiarmente la espalda: sin embargo conviene que cobreis fuerzas, para màs adelante, se entiende, pues lo que es por ahora, á Dios gracias, nada teneis que temer. El mar se ha puesto tratable como un caballo fogoso que acaba de recibir una leccion de su ginete: no conviene sin embargo fiar mucho en él, sopla el *libeccio* (1), y si no tuviesemos por auxiliar el vapor, corríamos mucho peligro de estar un mes en el camino, como me ha sucedido en otro tiempo.

—Es un grande y hermoso descubrimiento el de los buques de vapor, dijo Teobaldo, haciendo un esfuerzo para alejar de sí los tristes pensamientos que acababan de despertarse en su ánimo; facilitan el comercio, y aseguran las relaciones.

—En verdad, no se todavía si nosotros los consumidores débemos felicitarnos por ello, interrumpió Casanova: los artículos de comercio se ponen màs caros; nuestros bosques se despueblan; los tordos y mirlos que nos costaban antes seis sueldos la docena, se venden ahora á cuatro ò cinco por pieza, y se encuentran muchas más liebres y perdices corsas en el mercado de Marsella que en los de Ajaccio y Bastia.

—¡Bah! ¡Bah! ¿de qué os quejais? dijo el capitan: en cambio os dan buena moneda corriente que circula en el país, sin contar el vino extrangero y los objetos de lujo que os traemos todos los dias.

—Y las luces de la civilizacion, que deben brotar por necesidad de nuestras frecuentes relaciones

(1) *Libeccio*, viento del Noroneste; es el mistral de la Provenza, pero que sopla en esta parte de la Francia con menos fuerza que en Córcega.

con el continente, y que no tardarán en mejorar, así lo espero, nuestras costumbres algo bàrbaras.

—¿Qué es lo que estais diciendo, señor Loncini? le interrumpió con viveza Casanova. Apuesto que salís de algun colegio de Francia. ¿No eran nuestros padres lo que somos nosotros? ¿No os parece que nuestra sobriedad, nuestro valor valen tanto como las costumbres afeminadas del continente?

—Nadie estima más que yo el verdadero valor, dijo Teobaldo con tranquilo acento, y espero dar pruebas de ello cuando se ofrezca ocasion; pero ¿no podrìamos conservar nuestras virtudes corrigiéndonos de nuestros defectos? ¿y seria nuestro brazo ménos vigoroso contra los enemigos del Estado, y de ménos temple nuestra alma, porque recibiese nuestro espíritu más luces y concibiese con más claridad las ideas de órden y de justicia?

—¡Cáspita! exclamó el capitan, que tenia concebida una grande idea así del saber como de la fuerza física de Loncini, à cuya familia estába enlazado. ¿No os parece, Casanova, que vale tanto su lengua como su brazo? Anunciata podrá estar orgullosa del representante de su familia.

—Sí, sí, dijo Casanova à media voz levantàndose de la mesa: ahora hace el apóstol, pero, lo repito, una vez que esté en las montañas, ¡ay de los Fabiani!

El jòven oyò tambien estas palabras, por màs que no hubiesen sido dirigidas á él y volvió à cubierta, descontento de los demàs y de sí mismo.

¿No han sido los Fabiani absueltos por el jurado? se preguntaba á sí mismo ¿qué esperan pues de mí? Agolpàronse entónces los recuerdos á su fantasià: presentóse á su memoria, ese odio de mucho siglos entre las dos familias, aquel combate memorable

cuyos detalles le habia referido tantas veces su bisabuela cuando siendo aún niño, retozaba por la noche sobre las rodillas de la anciana; aquel combate en que habian quedado en el sitio dos Loncini y cuatro Fabiani, sin embargo de ser estos muchos más en número, y su propia casa sitiada como una plaza fuerte y defendida con el valor de la desesperacion por su padre y su tia. Ofrecíase á su fantasía la imàgen de Anunciata con su valor varonil, bajo las encantadoras facciones de Bradamante ò de Clorinda, tal como las viera representadas en uno de los cuadros de la exposicion, y sobre todas esas memorias despertàbanse con fuerza en su alma el recuerdo de su padre asesinado y de su madre muriendo en un establo, y las preocupaciones de su infancia, que parecian olvidadas para siempre, mientras que revoloteaban á su rededor las imàgenes sangrientas de todos los Loncini muertos por los Fabiani, cual si las bocanadas de aquel terrible libeche que contrariaba la marcha del *Liamone* le llevase, al par de las exhalaciones aromáticas de las montañas de la Córcega, las pasiones vengativas de sus habitantes.

—Dios mio, apiadaos de mí,—dijo sacudiendo su espesa cabellera como para arrojar de su cerebro los fantasmas evocados por su fantasía y que con tanta obstinacion le perseguian.

Sentado en un rollo de cuerdas y con la cabeza apoyada en las manos procuraba traer á la memoria las instrucciones religiosas de la baronesa y del abate Duhamel. Poco á poco volvió la calma á su corazon, y arrodillàndose rezó sus oraciones de la noche con más fervor que nunca, puesto que sentia en aquel momento que necesitaria una fuerza

sobrenatural para vencerse à sì mismo, y que sus pasiones, que habia creido ahogadas para siempre, eran un fuego oculto bajo la ceniza, que el menor soplo podia atizar, y que amenazaba abrasar su pobre corazon.

Orò tambien largo tiempo por su padre y por su madre, como acostumbraba hacerlo todos los dias, pensando con razon que los suspiros exhalados en presencia de Dios, y las buenas obras en su intencion practicadas, serian más útiles al reposo de sus almas que una culpable venganza.

Cuando se levantó habia recobrado su primera serenidad, y hasta se admiraba de haberla perdido un solo instante por las palabras lanzadas al aire por un extranjero cuyas ideas personales en nada debian influir sobre su propia conducta.

Y es que la oracion es un bálsamo soberano para las enfermedades del alma: ella tiene consuelos para todas las penas, y calma los dolores que los más sabios pensamientos, los raciocinios más filosóficos no bastan á moderar. Teobaldo empero no se hizo esta reflexion, y sin embargo se encontró feliz como antes, y se creyó fuerte contra lo porvenir.

Bien se le alcanzaba por instinto que podria haber lucha en su corazon entre los principios que á la sazon profesaba y sus anteriores preocupaciones, pero no dudaba que saldria vencedor de ellas. Tenia las ideas tan fijas y tan bien tomadas sus resoluciones, que no tenia que temer nada. Aquellos pensamientos de sangre, aquellos fantasmas que un momento antes parecian pedirle venganza, se le ofrecian entónces no màs que como una alucinacion de un cerebro agitado por la tempestad, como una locura pasajera. Dió por ello gracias al cielo, y con-

la confianza que nunca abandona á la juventud, sin temor á las sugestiones exteriores y à los peligros que la cercan, volvió à sus sueños de felicidad y á sus dulces éxtasis de amor filial y de cariño de hermano.

El cielo era de una admirable transparencia, pues el libeche acababa de barrer hasta las menores nubes: las estrellas resplandecian sobre su fondo azul, y el mar del mismo color que el firmamento reflejaba su luz sobre su movible superficie, á la manera de de un espejo de muchas caras que reproduce los objetos al infinito.

El corazon de Teobaldo era demasiado puro para que permaneciese por mucho tiempo insensible á la mágia de aquel espectáculo, y exaltándose su alma poco á poco, pasó de la contemplacion de esa naturaleza grandiosa, à la admiracion de la inteligencia del hombre que habia llegado á domar los elementos, á obligar à las olas à que le sirviesen de camino y al vapor de dócil caballo, y luego elevándose de la criatura al Criador se preguntó cuàl debia ser el poder de aquel que habia formado el hombre con una sola palabra, tan pequeño con relacion al espacio que ocupa en el universo, tan grande por los recursos de su ingenio y por las esperanzas de su alma inmortal.

Todo el mundo dormia en el *Liamone*, escepto los marinos que estaban de guardia y los fogoneros: no se oia más que el murmullo de las olas y el ruido monótono de las ruedas que azotaban el agua, y entretanto permanecia Teobaldo sumergido en sus meditaciones. A media noche, como sintiese la necesidad de descansar, pues habia pasado en la diligencia las dos noches anteriores, bajó al

camarote de los viajeros; pero como encontrase ocupadas todas las camas, no queriendo molestar á nadie, volvió á subir á cubierta, se envolvió con su capa, se arregló una cama entre dos fardos de mercacías, y se durmiò entre el cielo y el mar, con el sueño tranquilo de la juventud y de la inocencia.



CAPITULO II.

Arrojo y modestia.

Iluminaba ya el sol el horizonte cuando Teobaldo se medio dispertó blandamente mecido por las olas. Una brisa ligera retozaba con sus cabellos y perfumaba su improvisada cama el olor de los pinos maritímos. Permaneció algunos minutos en ese dulce estado que no es ni la vigilia ni el sueño, oyendo sin comprenderlo lo que pasaba à su rededor, y no pudiendo decir con exactitud si se hallaba aùn en su reducido cuarto del barrio Latino ó en medio del dormitorio del colegio Duhamel. Por último la bronca voz de un marino que regañaba á un grumete, acabó de sacarle de aquel resto de letargo, y levantàndose de un salto, dió un grito de alegría al ver la tierra á doscientos pasos de distancia, porque en aquel instante doblaba el vapor el cabo Corso.

Derramò lágrimas de emocion, y tendiò los brazos á aquellas rocas solitarias, à aquellos achaparrados pinos que bordaban la ribera de su amada patria. La oracion de la mañana fué un himno de amor y de agradecimiento: dió mil veces gracias à Dios de que le volviese al lado de sus parientes, à su pais donde esperaba hacer bien y llevar una vida útil à sí mismo y á los demás, sin que amargase aquellos primeros momentos de felicidad ningun recuerdo, ni ninguna inquietud para lo venidero.

Un pájaro de cuello blanco con manchas negras fué à posarse cerca de él para dar descanso á sus alas: Teobaldo lo cogió, lo besó con alegría como la primera criatura viva que saludaba su regreso, y sacando un bizcocho que tenia en el bolsillo lo desmenuzó y lo derramò sobre las tablas del buque: el pájaro, vuelto á la libertad, comió aquellas migas mientras que el jóven sonriéndose de placer decia: «Quiera el cielo que no haga más que bien en ese pais al cual vuelvo, y que ninguna criatura tenga más motivo de quejarse de mí que tiene esa linda avecilla à la cual acabo de dar de comer.»

En aquel momento acababa de subir á cubierta una señora jóven acompañada de un niño de siete á ocho años y de una doncella. La señora estaba muy pàlida, porque habia sufrido muchísimo en las veinte y cuatro horas que pasara á bordo, y el capitan le habia aconsejado que saliese del camarote para respirar un aire más puro, asegurándole que el de tierra le sentaria bien. Sentóse en un banco, inclinó la cabeza sobre su seno, y allí se quedó como rendida, sin ocuparse en lo que

pasaba en el buque, puesto que uno de los efectos del mareo es quitar al alma toda su energía.

La doncella, que parecia estar tan abatida como su señora, se echó en un banco, y ya no volvió á moverse: únicamente el niño conservaba toda la vivacidad de su edad.

—Jorge, siéntate cerca de mí, le dijo la madre, y sé bueno.

El muchacho obedeció por de pronto; pero cansándose pronto de aquella inmovilidad que no le era natural, dejó su puesto, sacó de la faltriquera unos bolos y se puso á jugar, sin que su madre ni la doncella observasen que se habia alejado de ellas. Un momento despues Jorge corria por el buque saltando cuanto podia.

—¿Quieres hacer el favor de no pegar esos brincos? le gritó un marinero entre cuyas piernas acababa de enredarse.

Asustado Jorge del tono áspero y de la cara de pocos amigos que le puso el viejo marinero, corrió á agazaparse en un rincon de popa desde donde se puso á mirar el mar y á los pescados que seguian al buque dando saltos y arrojando el agua por las narices; hasta que al cabo de poco tiempo se le ocurrió encaramarse por los bultos y cajas que habia amontonadas en aquel sitio, y desde allí al pasamano de hierro que servia de repecho. Teobaldo se hallaba todavía en aquel sitio abismado en sus reflexiones, y al levantar la cabeza, vió al niño á caballo sobre la balaustrada.

Horrorizòle el peligro que corria el travieso muchacho, y levantábase para cogerle, cuando un violento vaiven que dió el huque, hizo que el pobre Jorge perdiese el equilibrio. Dejáronse oir à la vez

un débil grito y el ruido sordo de un cuerpo que caia en el agua: el *Liamone* marchaba con su rapidez acostumbrada, y el niño hubiera perecido sin remedio si, más pronto que un relámpago, no se hubiera lanzado al mar el jóven corso.

Teobaldo Loncini era un diestro nadador: en dos brazadas llegò à donde estaba Jorge, à quien cogió por los cabellos sosteniéndole fuera del agua para que pudiese respirar; pero el buque se hallaba á una gran distancia: afortunamente algunas personas que habian presenciado la caida del niño y la accion de Teobaldo habian corrido á decìrselo al capitan.

Este mandó parar la màquina y echar al mar un bote, que recogió al jovén y al niño y los volvió à bordo.

El susto y la desesparecion habian disipado repentinamente el abatimiento de la madre, que se torcia los brazos de una manera convulsiva, lanzando gritos desgarradores; así es que al ver à Jorge, que Teobaldo puso sano y salvo sobre su regazo, la pobre muger no encontró más que lágrimas para manifestar su agradecimiento.

En cuanto al jóven corso, bajó al camarote del capitan su pretexto de cambiarse sus vestidos, que estaban chorreando agua, pero en realidad para entregarse sin testigos á la dicha inefable que inundaba su alma. ¡Oh! ¡cuán feliz y satisfecho se sentia por haber conservado una vida tan preciosa, por haber vuelto un hijo à su madre! su corazon palpitaba de alegrìa bajo sus vestidos húmedos; su boca murmuraba palabras entrecortadas, acentos de gratitud al cielo que le habia proporcionado esta ocasion de ser útil á su prójimo, de inaugurar con una obra meritoria esa vida nueva que delante de él se abria.

Parecìale de buen agüero esa accion llevada à cabo delante de aquella tierra de Córcega donde iba á habitar.

¡Cuàn mezquinos y despreciables le parecian entónces los feroces goces de la venganza, comparados con aquella emocion deliciosa en que se hallaba como enagenado! ¡Cuán encima colocaba la dicha de haber podido realizar una buena accion, de las satisfacciones del amor propio, de los aplausos de los hombres que le habian merecido tantas veces sus triunfos de escolar!

El capitan, à quien se le hacia extraña tan larga ausencia, fué á buscarle á su camarote.

—¿Qué diantres estais haciendo aquí bajo? le dijo: todos los pasajeros están sobre cubierta y preguntan por vos: la señora de Belmont os aguarda con impaciencia, teme que os encontreis mal, y á fe de marino, empezaba à temerlo como ella.

—Nunca me he sentido mejor, contestó Teobaldo concluyendo de arreglarse: pero ¿quién es esa señora de Belmont que tiene la bondad de interesarse por mí?

—¡Toma! la madre del niño á quien habeis salvado; una señora muy amable que va á reunirse con su marido, comandante de un batallon que está de guarnicion en Corte: venid pronto para que os presente á ella.

—No quisiera, en verdad, darme en espectáculo; contestó Teobaldo: ¿qué cara quereis que ponga en medio de tantas personas que van á fijar en mí sus miradas? dejadme que suba à cubierta yo solo y que me confunda entre la multitud sin llamar la atencion de nadie.

—¡Mil veces nó! exclamó el capitan: tengo gusto

en presentaros á todos, puesto que sois compatriota mio y casi pariente. ¿Sois acaso una jóven para dejaros intimidar de ésta suerte?

—Vamos, ya que así lo quereis; ya os sigo, dijo Teobaldo con aire resignado y arreglándose el traje para no parecer desaliñado.

—Hé aquí al héroe, al jóven que... al valiente Loncini en fin, mi compatriota y pariente,—exclamó el capitan en su poco elocuente lenguaje.

A esta singular arenga Teobaldo sintió encendérsele hasta el blanco de los ojos, puesto que, como lo habia previsto, se fijaron en él todas las miradas; pero no tardò en reponerse, y tomando esa fisonomía impasible de los corsos, que se burla de la observacion y raras veces deja adivinar las emociones del alma, respondió con gracia á las protestas de Mme. de Belmont, que le espresaba su gratitud con toda la energía del amor maternal. Teobaldo tomó en sus brazos al niño Jorge que su madre le presentaba.

—Abraza bien á ese señor, dijo ésta al chiquitin; á no haber sido por él tu pobre madre no tendria hijo.

—Por favor, señora, no se hable más de eso, dijo Teobaldo, para quien era una recompensa muy dulce el agradecimiento de aquella; he sido bastante afortunado para prestaros un servicio y doy por ello gracias al cielo: cualquiera otro en mi lugar hubiera hecho lo que yo: en esta ocasion he sido el privilegiado; y hélo aquí todo.

—¡Dios mio! ¿qué hubiera sido de mí á no haber estado vos allí para salvarle? dijo la madre. ¿Còmo me hubiera atrevido á presentarme delante de Belmont? Este niño, señor, es nuestro único hijo; si

se hubiese ahogado, y ahogado por mi culpa, por haber dejado de vigilarle....

—¿Oyes, picaron? dijo el jóven acariciando á Jorge: en adelante obedece á tu mamà, si es que quieres evitar la desgracia de hacerla morir de pena, y agradar à Dios y à tus padres. Mas, prosiguió à fin de dar otro giro á la conversacion, ¿no esperimentais, señora, ninguna repugnancia en venir á habitar nuestro país? ¿Os habrán hablado acaso muy mal de él?

—Voy á reunirme con mi esposo Belmont, de quien hacia tiempo que estaba separada: màs aún cuando hubiese tenido algunas prevenciones poco favorables al carácter corso, quedarian desde hoy desvanecidas.

—¡Oh! no somos tan feroces como nos pintan, contestó Teobaldo sonriendo: sabemos apreciar el mérito y simpatizar con todo lo que es noble y bueno: por otra parte nuestros paisajes pintorescos, nuestras tierras incultas no carecen de encanto.

—¿Incultas decís? no tanto como me habia figurado, contestó Mme. de Belmont, paseando una mirada por las costas cubiertas de verdura que parecian pasar por delante de ella como los cristales de una linterna mágica, teneis aquí unos campos y viñas que parecen hallarse en muy buen estado.

—Preciso es confesaros, señora, que el cabo Corso es la parte de la isla mejor cultivada y por consiguiente la más productiva, como tambien que los paisanos del mismo son los màs industriosos y civilizados; pero encontraréis donde quiera en Córcega una naturaleza fecunda, una temperatura agradable, y sitios encantadores. Poseemos bosques magníficos, como por ejemplo los de Vizzanova y Aitona, donde

se ven árboles que no bajan de cien piés de elevacion y ocho de diámetro, y que se secan de puro viejos sin que el hacha del hombre haya intentado nunca derribarlos (1). Tenemos un crecido número de canteras de màrmoles variados de pórfiro, de verde antiguo, que se podrán explotar con gran provecho cuando se terminen las carreteras empezadas, que espero que será pronto.

—Sé, dijo Mma. de Belmont, que poseeis tambien fuentes minerales de extraordinaria virtud: mi esposo, que padecia mucho de resultas de una herida, fué el año pasado à tomar las aguas de Guaño, y experimentò los mejores efectos.

—Tenemos además, dijo Teobaldo, que tenia el mayor gusto en hacer alarde de todas las riquezas de su país, las aguas de Petricola y de Oreza, y los baños de Galdaniccia, superiores quizàs por la riqueza de su base à los de Vichy, á donde van todos los años una infinidad de enfermos de las diversas partes de la isla y hasta de toda la Italia. Como contraste de esos manantiales de agua caliente existen otros muy curiosos por su temperatura glacial en todas las estaciones. Casi nadie pasa por el camino de Corte à Ajaccio sin ir á visitar una fuente de una transparencia maravillosa, en la cual es imposible coger tres piedras seguidas; tal es el frio que coge la mano que se sumerge en ella. Nada os diré de nuestras rocas escarpadas, de nuestras profundas grutas, de nuestros maquis póblados, ni menos de nuestras costas tan abundantes en peces, que los pescadores napolitanos vienen es-

---

(1) A causa de las dificultades del transporte y de los enormes gastos que ocasionaría su explotacion: esos árboles serian sin embargo muy á propósito para las construcciones navales.

presamente á ellas para echar sus redes: de lo excelente de nuestros frutos, de la infinita variedad de nuestros productos; si recorreis, señora, nuestro país, encontraréis en él las producciones todas de los climas templados al lado de las de las abrasadas regiones del Africa, y os convenceréis de que la Providencia no ha sido avara con nosotros en la distribucion dė sus dones.

—Estoy ya convencida de ello, dijo la señora, prendada del talento y finura de Teobaldo, y sobre todo de esa modestia de buen tono que nacia de la pureza de sus costumbres: más ¿podrìais decirme qué es ese edificio arruinado que se ve allí bajo?

—Es la casa de Séneca, señora, ò al menos la que se supone haber sido habitada por el filósofo durante el largo destierro cuya amargura le inspiró sin duda esos versos satíricos en los cuales, á mi ver, nos ha maltratado demasiado.

—¿Y esos restos de torres colocadas à cierta distancia la una de la otra?

—Habian sido construidas para servir á la defensa de la isla contra los piratas sarracenos, cuyos desembarcos (muy frecuentes en otros siglos) iban seguidos siempre de horribles desastres; mas ahora que los corsos no tienen nada que tener de esos infieles, dejan que el tiempo destruya esas torres, en la actualidad inútiles.

—¡Dios mio, que hermoso dia! exclamó Mme. de Belmont, cuyo mareo habian curado la violenta agitacion de aquella mañana y la proximidad de la costa; ¡cuan transparente es el cielo, y qué tranquilo está el mar! En la actualidad estoy esperimentando un sentimiento de placer y de bien estar que no se como expresar: tengo en mis rodillas á

mi hijo querido y voy á ver pronto à su padre: á vos es à quien debo tanta dicha, señor Loncini.

—A Dios, señora, dijo Teobaldo con un tono grave y dulce á la par, porque solo de él proceden todos los bienes.

Mme. de Belmont le miró, sorprendida y enamorada de hallar en él esos sentimientos religiosos.

—Sois un excelente y noble jóven, le dijo con emocion; ¡ojalà que algun dia se os parezca mi hijo!

—Vais á hacerme salir los colores al rostro, señora, dijo Teobaldo riendo: prefiero continuar dándoos detalles sobre los objetos agradables que nos rodean, á exponerme á manifestaros cuan torpe é ignorante soy en las costumbres del mundo; así por ejemplo, ¿quereis saber como se llama ese monton de rocas cubiertas de arbustos achaparrados que tenemos tan cerca? Es la isla de Caprera, que de fijo contiene más cabras que hombres, porque sus sitios escarpados parecen hechos à propósito para tales habitantes. Mas ¿veis un poco más lejos esa tierra màs cubierta de verdura, donde se explotan desde hace mucho tiempo minas de hierro, y que Napoleon en su increible actividad dotó, durante su corto reinado en esa pequeña isla, de hermosos caminos que hacen en él dia su prosperidad?

—Evocais un gran recuerdo, dijo Mme. de Belmont: los corsos debeis querer mucho à vuestro Bonaparte.

—Es nuestro orgullo, respondió Teobaldo, sin embargo de que no hizo por su pais todo lo que sus compatriotas tenian derecho de esperar de él: olvidó su verdadera patria por su patria adoptiva; pero quizás no podia obrar de otra manera: le ocu-

paban harto vasto proyectos, para pensar en favorecer los intereses particulares de la Córcega.

—¿No es otra isla la que se ve allí á lo lejos? dijo Mme. Belmont, que tenia la vista algo corta.

—Es Monte-Cristo, màs estéril todavía que Caprera y enteramente desierta. En otro tiempo algunos santos religiosos tuvieron el valor de establecerse en esa soledad, donde edificaron un convento y roturaron con un trabajo infinito algunos jornales de mal terreno que bastaban apenas para satisfacer sus necesidades, si bien muy limitadas; pero un dia los sarracenos desembarcaron en aquella costa, degollaron en el templo à todos aquellos monjes, que murieron como los mártines, rogando à Dios por sus verdugos, y se apoderaron de los ornamentos de la iglesia y de los vasos sagrados, únicas riquezas que los religiosos poseian. Escapòseles un rebaño de cabras refugiàndose en los bosques, donde haciéndose silvestres se multiplicaron al infinito, y ellas son en la actualidad las ùnicas criaturas vivas de esa tierra donde resonaban en otros tiempos las alabanzas del Señor. De cuando en cuando algunos cazadores italianos desembarcan en sus estériles costas, persiguen á las cabras, matan muchas de ellas y vuelven á su pais cargados con las pieles de esos pobres animales. Monte-Cristo lo mismo que las islas de Elba y Caprera pertenecen á la Toscana.

En esto fueron á sentarse cerca de los dos interlocutores Casanova y algunos otros pasajeros, y la conversacion se hizo general: hablóse de mil cosas diferentes, y Teobaldo estaba jugando con Jorge, á quien habia sentado sobre sus rodillas, cuando dirigiéndose á él Mme. de Belmont:

—Señor Loncini, le dijo con una sonrisa graciosa, vos que todo lo sabeis, ¿podriais decirme que es esa capilla que se descubre á la orilla del mar?

—Es la de la Vírgen de la Vesina contestó con apagado acento Teobaldo, á quien se ofreció de repente el doloroso recuerdo de su madre moribunda.

Y entregando el niño á Mme. de Belmont se alejó bruscamente de sus compañeros de viaje.

—¡Dios mio! ¿qué le pasa à Loncini que de esta suerte se aleja de nosotros? preguntó la madre de Jorge, casi inquieta de su repentina separacion.

—Es que su madre muriò allí, dijo Casanova señalando con el dedo una miserable cabaña que doraban de lleno los rayos del sol, muerta de fatiga y de dolor, y el jóven vuelve á Córcega para vengar á su madre y á su padre; porque Loncini es, como habeis podido verlo, un valiente muchacho.

—¡Vengar!... màs ¿cómo? preguntó la señora.

—Por la pena del talion sin duda, repuso Casanova haciendo el ademan de disparar un fusil; la sangre pide sangre, y segun se dice, Loncini tira tan bien como nada.

—¡Un jóven tan cabal convertirse en asesino! ¡eso es imposible! exclamó Mme. de Belmont.

—Si Loncini no vengara à sus padres quedaria deshonrado, y esa deshonra caeria sobre toda su familia.

—Más eso que decís es horrible, señor... ¡Ese jóven tan religioso, tan bueno, tan instruido mancharia sus manos en sangre! ¡Oh! ¡jamás! ¡jamás!.

—No nos conoceis todavía, repuso con aire de triunfo Casanova: nosotros los montañeses somos hombres.

—¡Alerta, hijos! gritó el capitan. Señores viajeros tened la bondad de venir à reconocer vuestros equipajes: hemos llegado ya.

Y Bastia se ofrecia á las miradas de los pasajeros por su costado más bello, la plaza de S. Nicolás, la audiencia, y todo el barrio nuevo en fin, á la manera de aquellos mercaderes que ostentan los mejores géneros para atraer á los compradores.

El *Liamone* entraba en el puerto, cuyas casas viejas son de un aspecto poco agradable. En aquel momento Teobaldo volvió al lado de Mme. de Belmont, á la cual iba à ofrecer sus servicios para el desembarco, que se hace de una manera harto incómoda, por medio de una lancha que lleva à los viajeros al muelle, por no poder acercarse el vapor al desembarcadero. Habian bastado algunos momentos de soledad y de oracion para devolverle su tranquilidad habitual, asì que pudo con una atenta y benévola urbanidad rodear á Mme. de Belmont de todas esas pequeñas atenciones que tan bien saben las mugeres apreciar.

—Caballero, le dijo al despedirse de él para ir à la fonda Tellier, que es la mejor de la ciudad, si algun dia mi esposo y yo tuviésemos la dicha de poder seros ùtil, disponed de nosotros como de amigos verdaderos, y no olvideis, os suplico, que podeis contar siempre con nuestro agradecimiento.

CAPITULO III.

El bandido.

Cafarelli aguardaba á Teobaldo en el puerto. En cuanto el jóven vió á este fiel amigo, corrió à él y le abrazó con el mayor cariño.

—Venid, hijo mio, dijo el anciano; teneis dispuesto ya vuestro cuarto: deseábamos veros.

La señora y señorita Cafarelli hicieron al viajero la más cordial acogida. Mucho hubiera éste deseado ir el mismo dia á la Vírgen de la Vesina, à visitar el sepulcro de su madre, cuyo sitio conocia, más sus huéspedes no le dejaron tiempo para hacerlo.

Al amanecer del dia siguiente Teobaldo hizo aquella peregrinacion, à la cual quiso acompañarle Cafarelli. Anduvieron silenciosos y ensimismados; mas al pasar por delante de la que fué la morada de la baronesa, Teobaldo lanzò un suspiro pensando

que probablemente no volveria á ver más en la tierra à la que habia sido un àngel de consuelo para su madre y para él, lo mismo que para Clarita, una luz bienhechora que habia iluminado su inteligencia.

—La echamos siempre de ménos, dijo el anciano; que habia adivinado el pensamiento del jóven; porque ¿quién puede reemplazar á tan excelente señora? ¡hacia tanto bien al pais!

Al salir del cementerio y despues de haber estado orando en él largo rato, Teobaldo dijo á su compañero de camino:

—Deseo que los restos de mi madre sean reunidos à los de su esposo, en el sepulcro de la familia: tened la bondad de practicar las diligencias necesarias para alcanzar su traslacion.

El anciano le prometió hacerlo.

—Hijo mio, le dijo en seguida, vais à hallaros en una posicion muy difícil: así pues permitidme que os encargue que obreis con prudencia. Anunciata es una muger activa y animosa, màs acaso no sea para vos la mejor consejera: haced que tome paciencia, y no os deis prisa en obrar: vuestros enemigos son astutos y estarán en guardia.

—Si hablais de los Fabiani, dijo Teobaldo, quiero de una vez para siempre explicar cuales son mis intentos respecto de ellos, y sobre todo à vos, que sois persona de recto juicio y capaz de comprenderme. Sean ó no culpables de la muerte de mi padre, el tribunal les ha absuelto, y por lo tanto debo mirarlos como inocentes; únicamente Aquel que sondea los corazones, es el que debe juzgarlos en ùltima apelacion; solo á él pertenece el derecho de vengarnos, si han dado motivo para ello. En

cuanto á mí, nada tienen que temer de mi parte, y os prometo que no les haré ningun mal.

—¡Ah! dijo el anciano, que habia escuchado con la mayor atencion las palabras de Teobaldo; no prometais nada, jóven, no jureis nada: vuestros sentimientos son sin duda laudables, y à pesar de ser corso los apruebo en el fondo de mi corazon; pero habeis olvidado, á lo que parece, vuestro pais. ¡Si tuviéseis que habitar en Bastia!... pero en Piovela!... ¡oh! vos no conoceis la raza de hombres que allí vive. ¿Os acordais de Buonavita, que no tenia más que unos diez y seis á diez y siete años cuando le veíais en mi casa? Tambien él habia sido educado en el continente; como vos habia adquirido conocimientos útiles, costumbres nuevas; pues bien, volvió à sus montañas, recibió una grave ofensa y sufrió al principio con resignacion la injusticia de que era víctima. Levantòse entónces un grito general de indignacion contra lo que llamaban sus costumbres afeminadas; diósele por todos el nombre de *rimbecco*.(1), y se vió obligado á enviar un cartel de desafío à su adversario, quien se burló de él, porque como sabeis, no está admitido entre nosotros el duelo. La civilizacion luchó todavìa algun tiempo contra las preocupaciones, màs aquella quedó vencida, y Buonavita està en la actualidad en el maquis, despues de haber muerto á su enemigo.

—Las preocupaciones han podido vencer la civilizacion, exclamó Teobaldo, mas la religion triunfarà de las preocupaciones.

—Así lo deseo,—contestó Cafarelli en un tono

(1) Dar el nombre de *rimbecco,* es echar en cara al corso no haberse vengado.

que revelaba la duda, y cambiò de conversacion. Por la noche Teobaldo vió llegar el pastor que le enviaba Anunciata para traerle un caballo y acompañarle en el camino, y al dia siguiente, al asomar la aurora, se despidió de la familia Cafarelli prometiéndola volver muy pronto; despues de lo cual siguiò à su guia.

Aunque el jóven corso era un atrevido ginete y estaba acostumbrado desde niño á sostenerse en la silla, era sin embargo tan áspero y peligroso el camino por el cual andaba, que se vió obligado á apearse muchas veces y á guiar él mismo su caballo. Y es que el paisano se habia metido por las alturas por entre rocas y precipicios, para evitar la vista del árbol fatal teñido con la sangre de Antonio Loncini, pues el dia del regreso debia ser consagrado todo á la alegría. El guia marchaba delante con el perro al lado y el fusil al hombro. A eso de medio dia llegaron á la puerta de una mala cabaña construida con ramas de àrbol en lo màs espeso del bosque. Entónces el pastor silbó de una manera particular, á cuya seña salió en seguida un hombre armado hasta los dientes, el cual se adelantó hácia los viajeros despues de haber cerrado su cabaña dando doble vuelta á la llave, precaucion muy extraordinaria en un pais donde la mayor parte de la casas no se cierran sino con pestillo, y en el cual algunas ni siquiera tienen puerta en el piso bajo á ménos de que su propietario esté en *vendetta*.

—Bienvenido, señor Loncini; ¿no conoceis ya á vuestro antiguo amigo Burcica, à quien llevàbais pòlvora á la Cruz Roja y que os hacia trotar en su caballo? ¡Qué crecido y robusto, estais! da gusto veros así; Dios os guarde, señor.

Teobaldo habia en efecto roconocido al bandido, pero este encuentro no era de su gusto, y estaba muy distante de agradecer al pastor el habérselo proporcionado. Púsole sin embargo buena cara y extrechó la mano que le alargaba Burcica, porque se acordaba haber recibido de él algunos servicios.

—Venid á refrescar,—dijo éste llevando al jóven à una piedra encima la cual habia algunas provisiones, pan negro, cebollas crudas, un queso de leche de cabra y un pedazo de corzo asado al rescoldo. Burcica fué tambien á buscar ademàs una botella de vino en la misteriosa cabaña y la trajo á sus huéspedes. Teobaldo hubiera querido rehusar esa comida campestre, pero además de que le apuraba el hambre, temia ofender la susceptibilidad, que tenia bien conocida, de Burcica. Sin embargo el antiguo discípulo del abate Duhamel se encontraba fuera de su elemento en tan extraña compañía, mientras que por el contrario el bandido se manifestaba muy alegre con el regreso de Teobaldo, y le hacia preguntas sobre preguntas, interrogándole sobre cuanto habia visto y aprendido. El jòven respondiò al principio con mucha reserva; más Burcica le habló de Antonio Loncini, con el cual habia estado en otro tiempo muy unido, de Anunciata, la muger varonil, de Clarita, á la que llamaba el ángel de Piovela, y Teobaldo se fué volviendo más espansivo.

—¿No estais cansado de esa vida errante y fuera de todas las leyes sociales, que llevais hace tanto tiempo? se aventuró á preguntarle, queriendo al ménos que su entrevista con Burcica fuese útil á éste, y procurando sugerirle alguna reflexion saludable.

El bandido permaneció un momento sin contestarle.

—Vos sabéis lo que me ha traido á este sitio, respondio en fin: debia sujetarme à un largo encierro ó abrazar el género de vida que llevo. Habia poco que vacilar, porque amo sobre todo el aire y la libertad. Aquí soy señor absoluto: el monte es mi reino tengo por sùbditos todos los que necesitan de mis servicios ó temen mi trabuco, que no son pocos. Impongo contribuciones donde me place, y los que por mì han sido requeridos nunca han dejado de darme la pólvora ó las balas que les pedia: hasta se anticipan á mis deseos, y no me faltaria dinero si se me antojase tenerlo.

—¿Y los tiradores corsos? dijo Teobaldo.

—Me rio de ellos como de los gendarmes; no son bastante listos para cogerme; duermo tan pronto en un punto como en otro, segun se me antoja; hoy estoy aquí y mañana á quince leguas de distancia, en un bosque ó en un pico inaccesible; ¿còmo quereis pues que me cojan? A más de que ¿no conozco por los avisos que me dan, sus marchas y contramarchas? ¿y no tengo mi perro fiel que conoce su pista á una lengua de distancia?

—Pero esa vida aislada.....

—¿Aislada? No tanto como os parece, y sobre todo en este momento, le interrumpió Burcica sonriéndose con malicia y dirigiendo la vista hácia la cabaña. Sin embargo, y para hablaros con el corazon en la mano, hay momentos en que me canso de todas esas ventajas, y creo que dentro de tres años, cuando haya purgado completamente mi rebeldía, haré punto final, me casaré y volveré á la vida ordinaria.

—Y yo os pido de todo corazon que así lo hagais, respondió Teobaldo, porque á decir verdad, si me hallase en vuestro lugar, no estaria muy tranquilo acerca de mi eterna salvacion mientras llevase ese género de vida.

—¿Y porqué exclamó Burcica; yo no hago guerra más que á los malos, y sirvo á mis amigos cuando puedo..... Por lo demás lo que me decìs merece que se piense en ello, añadiò en tono más grave, y lo meditaré despacio.

Terminada la comida, Teobaldo y su guia se dispusieron á continuar su camino, porque querian llegar aquella misma tarde á Piovela. El bandido se empeñó en acompañarles hasta la salida del valle en cuyo fondo á la sazon se hallaban; mas antes de ponerse en marcha volvió á la cabaña, donde Teobaldo, mirando al través del follaje de los árboles, creyò ver otro individuo vestido y armado de la misma manera, á poca diferencia, que Burcica. Aquellos dos hombres cruzaron entre sì algunas palabras en voz baja, y Burcica volvió á donde estaban sus compañeros de viaje seguido de un enorme perro. Teobaldo no le dirigió ninguna pregunta, porque sabia cuan poco les gusta á los corsos, por punto general tan amigos de saber, que se les pregunte á ellos acerca lo que personalmente les concierne; sin embargo no podia ménos de experimentar cierto movimiento de curiosidad, muy natural en vista de aquella cabaña con tanto cuidado cerrada; pero reprimió ese movimiento, ya que por otra parte no podia tener el menor recelo supuesto que Burcica era antiguo amigo de la familia, y que no sabia que hubiese ejemplo de que un corso hubiera hecho nunca traicion á la amistad.

Así pues el jóven dirigió la conversacion á un objeto que fuese de màs utilidad, é *hizo* el elogio de las dulzuras de una vida arreglada à los preceptos del cristianismo y del encanto de los afectos de familia. El bandido pareció escucharle con gusto. Cuando estuvieron fuera de la hondonada y hubieron subido la vertiente de la montaña se despidieron el uno del otro.

—Hasta más ver, señor, dijo el bandido; si algun dia me necesitais no teneis màs que avisármelo, pues el brazo y la escopeta de Burcica están siempre á la disposicion de los Loncini.

—Gracias por vuestros ofrecimientos, contestò el jóven, pero espero no tener necesidad de ellos.

—No os alabeis de esta suerte, repuso el bandido, interpretando mal el sentimiento de estas palabras: verdad es que os habeis hecho un valiente muchacho, y os creo muy capaz de arreglar vos mismo vuestros asuntos: pero uno no sabe lo que puede suceder y es siempre conveniente, creedme, tener algun amigo en el monte; ó sinó ved lo que hubiera sido del pobre Monnecco y de Mariquita á no ser por nosotros. Más vos ignorais esta historia, y puedo contárosla ahora que està casi todo arreglado: por otra parte erais pequeñito así, y ya se descubria en vos una discrecion á toda prueba. ¿No habeis reparado en la ciudadela al pasar cerca de ella?

—¿Qué ciudadela? preguntó Teobaldo empezando à sospechar que se trataba de la misteriosa cabaña.

—Una fortificacion hecha por mí, con una puerta de encina y una buena cerradura cuya llave yo solo guardo: ella encierra un lechugino parisiense, un *lion*, como han dado en llamarles en la ciudad.

Ese pisaverde, que prescindiendo de todo, parece un buen muchacho, es un empleado de aduanas: hallábase hacia algunos meses en Cervione cuando conoció á Mariquita en una casa donde pasaba ésta las veladas del domingo: prometió casarse con la jòven y el padre Monnecco dió gustoso su consentimiento. El empleado dijo entónces que iba á escribir para que le mandasen los papeles necesarios; pero transcurrian semanas y meses y los papeles no llegaban. Monnecco empezó á concebir sospechas: hizo espiar à su futuro yerno y descubrió que el mocito habia logrado un cambio de destino; que iba á ser colocado en Nantes, y que se disponia á levantar sus reales à la sordina. Monnecco en su enojo quiso servirse del puñal, pero Mariquita suplicó tanto que el padre vino á más dulces sentimientos: me descubrió su proyecto, y yo lo tomé por mi cuenta. En el momento en que el inconstante empleado de aduanas se escapaba de la ciudad lo màs secretamente posible, uno de mis camaradas y yo le aguardàbamos en el camino que debia tomar, el más fàcil y llano por supuesto, porque los continentales no se arriesgan à pasar por el monte á ménos de ir acompañados.

—Habria andado apenas nuestro hombre una media legua cuando nos le echamos encima como dos buitres, sin que el pobre muchacho opusiese más resistencia que la que hace una oveja cuando la llevan al matadero. Le trajimos à la ciudadela construida en su honor, y le dijimos: «Señorito, no saldréis de aquí sino debidamente casado.» Esta vez no se hicieron aguardar los papeles tanto tiempo: al cabo de tres semanas llegaron perfectamente en regla, y esta noche misma el segundo alcalde de

Cervione casarà en el maquis à la linda Mariquita, que no debe tardar en llegar aquí con su padre; y Mr Valery partirá enseguida, si así le place, al continente, en la seguridad de que no hemos de impedírselo. (1).

—Más esto es contra el derecho de gentes, exclamó Teobaldo, que habia escuchado con aire de admiracion.

—¡Cómo! exclamó el bandido, ¿tenemos que permitir que deshonren impunemente à nuestras jóvenes, ó tolerar que se les falte á la palabra? ¡Buenas cosas veríamos si todos esos majitos que nos vienen del continente podian entretenerlas con vanas promesas y dejarlas en seguida plantadas!

—¡Pero apoderarse de un hombre en mitad de un camino real contra todo derecho y retenerle preso durante tres semanas!...

—Bah! bah! no es tan digno de lástima como creeis, le dijo interrumpiéndole Burcica; no se le ha hecho ningun mal, antes al contrario le hemos regalado á cuerpo de rey. El mocito ha engullido él solo en esas tres semanas más comida que la que se necesita para alimentar un corso durante seis meses, sin contar más de treinta botellas de vino añejo que ha bebido al propio tiempo, à fin sin duda de ahogar en él el pesar. Cada noche le hacemos dar un paseo sentimental á la luz de la luna; entre uno de mis camaradas y yo, por supuesto, para que no le dé la tentacion de dejar nuestra compañía.

—¿Pero creeis que semejante matrimonio pueda ser feliz? repuso Teobaldo.

—Eso no es cuenta nuestra. Estaba comprome-

(1) Esta anécdota por extraordinaria que pueda parecer, es sin embargo verdadera.

tida la reputacion de Mariquita y por consiguiente el honor de Monnecco, y uno y otro quedarán reparados, que es lo esencial. Por lo demás la jóven està acomodada; le dan un buen ajuar y dos mil francos de dote; es uno de los buenos partidos del pueblo; asì pues el empleado no es digno de lástima, y quizàs en el fondo se alegra de que le hayamos obligado á dar su mano, y os aseguro que muchos jòvenes hay que quisieran hallarse en su lugar.

—No importa, dijo Teobaldo; me parece todo eso tan extraño, tan fuera del órden social y de las reglas de la justicia, que no puedo creer que hayais obrado bien.

—¡Ah! Teobaldo, Teobaldo, vos habeis olvidado vuestro pais, pero espero que no tardaréis en reanudar con él vuestras relaciones. Ea, es preciso que me separe de vos, porque mi camarada debe empezar ya á fastidiarse de estar de guardia solo. Si me necesitais, poned un pedazo de papel en el cepillo de la Cruz roja, en el *Mucchio* (monton) de Pepe (1) ó tan solo esto, añadiò sacando del bolsillo una moneda con el busto del rey Teodoro (2)

---

(1) En muchas comarcas de la Córcega los transeuntes echan una piedra ó una rama de árbol en el sitio en que ha sido muerto un hombre. Dáse á esas ofrendas acumuladas el nombre de *mucchio*, monton.

(2) El baron Teodoro de Neuhoff, nacido en Metz en 1690 aventurero que se hizo proclamar rey de Córcega, prometiendo á los corsos que les libraria de la dominacion genovesa. Se nombró una guardia, hizo acuñar moneda y se apoderó de Porto Vecchio; rechazado empero más adelante por los genoveses, y sabiendo que, sus nuevos súbditos le acusaban de haberles engañado con falsas promesas, se embarcó para ir à buscar socorros en las diferentes cortes de Europa, Habiendo sido infructuosas todas esas tentativas para recobrar su reino, fué á Inglaterra donde se lisongeaba de provocar un armamento en su favor; pero fué preso por deudas, como le habia sucedido ya en Holanda; más esta vez no salió de la cárcel hasta despues de siete años de encierro, y vivio despues de una suscricion que se abrió en su favor. Murió en 1755.

la recibì de vuestro padre; y quedan ya pocas de ellas en el pais.

Teobaldo tomó maquinalmente la moneda que el bandido le entregaba y se alejó de él abismado en mil extrañas reflexiones. Recordaba aquellas palabras: «Habeis olvidado á vuestro pais,» que le habia dicho el dia antes Cafarelli y que acababa de repetirle Burcica, y no podia ménos de reconocer la verdad del sentido que encerraban. Todo lo que acababa de ver y de oir de tal suerte chocaba con las nuevas ideas que habia adquirido en su educacion en el continente, que empezaba á preguntarse si por ventura habia contado demasiado con sus propias fuerzas al prometerse combatir sin tregua todas las preocupaciones de su paìs, cuando no estuviesen estrictamente ajustadas á las reglas del honor y de la virtud. Comprendió, por lo ménos en aquel instante, que tendria necesidad de mucha fuerza de alma para triunfar de los obstàculos que, segun preveia confusamente, debian oponerse al cumplimiento de sus buenos propòsitos, y rogó al cielo que acudiese en su auxilio.

CAPITULO IV.

El regreso.

Ocultábase ya el sol detràs de la montaña, y Teobaldo cabalgaba todavía con la cabeza caida sobre el pecho, y abismada el alma en sérias reflexiones. Afortunadamente para él, su caballo tenia los piés tan seguros como las cabras del Niolo (1), porque el jóven, absorto completamente en sus diversas ideas, dejaba flotar las riendas sobre el cuello del animal, y tenia completamente entregado á su inteligente instinto el cuidado de guiarle en las bajadas y subidas peligrosas que á cada paso se ofrecian.

De repente se dejó oir una detonacion de una veintena de armas de fuego disparadas à la vez: el caballo diò un salto atràs, poniendo el ginete en

(1) El Niolo, canton de la Córcega.

peligro de perder la silla, y Teobaldo viò unos veinte pastores que se adelantaban hàcia él cargando de nuevo los fusiles. Por un movimiento instintivo el jóven llevó la mano al lado como para sacar su puñal, olvidando que al salir para Paris habia dado esta arma, como una memoria, á uno de sus más queridos compañeros de clase; más no tardó en tranquilizarse viendo correr hàcia el á todo escape á una muger, á la que reconoció en seguida.

—Teobaldo, sobrino mio! ¡con que tenemos en fin la dicha de tenerte á nuestro lado! dijo Anunciata: ¡cuánto hemos deseado que llegase este instante!

—No con más ardor que yo, mi querida tia— respondió Teobaldo apeàndose para ayudar á Anunciata à bajar de su caballo; pero ésta, más ligera aún, estaba ya cerca del jóven, y le presentaba sus mejillas para que las besase, segun la costumbre del pais. Anunciata tenia entónces treinta años, pero à pesar del ardor del clima, que marchita muy pronto la belleza de las mugeres corsas, habia conservado casi todo el brillo de la juventud. La alegría del regreso de Teobaldo animaba su tez y daba más realce à sus ojos expresivos; sin embargo algunas arrugas en su frente de marfil, otra muy pronunciada entre las dos cejas, y una boca en que se veia el desden, daban á conocer al ojo escrutador las huellas de las pasiones en aquel semblante regularmente bello.

—¡Qué crecido y robusto estàs! exclamó en fin despues de haber estado contemplando algun tiempo á su sobrino con aire de admiracion: espero que seréis un digno jefe de la familia. Ay de los hijos del zorro! añadió con entusiasmo: hubiera querido

devorar hasta el timido polluelo, pero el polluelo se ha cambiado en cazador animoso.

Teobaldo frunció las cejas, pues no habia olvidado que al padre de Fabiani le habian apellidado en otro tiempo el zorro à causa de su caracter disimulado y astuto, y la metàfora no era de su gusto.

—¿Còmo estàn mi abuela y mi hermana? preguntó à Anunciata procurando cambiar de conversacion.

—Vais à verlas al instante, ¿No os acordais ya de estos sitios? No estamos más que à un cuarto de legua del pueblo.

Entre tanto los pastores continuaban disparando sus fusiles en señal de regocijo.

—Ven á dar las gracias à esas buenas gentes, sobrino mio, dijo Anunciata: nos son muy fieles, añadió á media voz, y podeis contar con ellos cuando venga el caso.

Teobaldo se apartò de su tia sin contestarle, y saludò à los paisanos, y les alargó la mano, que fueron extrechando el uno despues del otro.

—Montemos de nuevo à caballo, dijo Anunciata, porque nos están esperando con impaciencia: pero ¡cómo! ¿no llevas, sobrino, ninguna arma? ¿Te has vuelto muger para que te asuste el peso de una escopeta, ó no sabes ya servirte de ella?

El amor propio de Teobaldo se sintió herido en lo más vivo.

—Prestadme vuestro fusil por algunos momentos,—dijo à su guia.

La principal diversion de Teobaldo durante su carrera de derecho habia sido el ejercitarse en el tiro, y habia llegado à ser de los más aventajados en él. Despues de haber examinado si el arma que

el pastor le presentaba se hallaba en buen estado, apuntó la mas alta rama de un castaño muy distante; mas en aquel momento vió una ave de rapiña cerniéndose en los aires á una altura prodigiosa, y tal que solo se veia como un punto negro en medio del espacio.

—A ese buitre,—gritó Teobaldo.

Salió el tiro, el ave se sostuvó un minuto en el aire, y en seguida se le vió caer dando vueltas como una masa inerte: habia muerto en el acto.

—¡Bravo! ¡bravísimo!—exclamaron entusiasmados los paisanos.

Anunciata no dijo nada, pero fué á abrazar su sobrino con una ternura apasionada, y la alegrìa casi cruel que en su semblante brillaba, hizo que Teobaldo se arrepintiese de haber cedido al vano deseo de manifestar su destreza.

—Ya veis, tia que no he de consentir que os falten mirlos, cuando sea su tiempo, dijo afectando un tono lijero.

—Ni caza de ninguna especie; al ménos así lo espero, añadió Anunciata con una sonrisa infernal.

—¡A caballo! gritò el jòven; harto tiempo hemos perdido ya.

Y lanzò su caballo al galope como para aturdirse él mismo, porque sentia agitado con harta fuerza su corazon por tantas y tan encontradas emociones. Si por una parte experimentaba una alegría delirante por volver á ver su pais, sus parientes, sus compatriotas, le agobiaba por otro un sentimiento penoso de que no sabia darse cuenta. No tardò Anunciata en alcanzarle. Hubiera deseado alejarse de ella, pues instintivamente le parecia que esa muger, por otra parte tan hermosa, era como un

mal genio que le perseguia; mas no habia medio de apartarse en aquel momento de su lado, y la altiva amazona se puso con su sobrino al frente del acompañamiento, indicando à cada cual el sitio en que debia colocarse.

En cuanto estuvieron á la vista de las casas de Piovela, volvieron los pastores à disparar sus escopetas, atrayendo á las puertas y á las ventanas á todos los habitantes del pueblo. Esta especie de ovacion no era muy del gusto de Teobaldo; más Anunciata parecia estar muy ufana con ella, y hacia caracolear su caballo, saludando con el gesto y con la voz á cuantas personas conocia.

Al atravesar la calle mayor el jóven vió la casa de los Fabiani enteramente cerrada, y se la hubiera tomado por una càrcel, tal era la abundancia de rejas y cerrojos de que estaba provista. A su vista aumentaron los disparos, y las demostraciones de alegría se cambiaron casi en imprecaciones y amenazas. Aquello era un suplicio para Teobaldo.

—Anunciata, dijo á su tia, por amor del cielo, mandad que cese toda esa bulla.

—Amigos mios, dijo aquella à los pastores, no ha llegado todavìa la hora.

Aparecieron por fin á los ojos de Teobaldo las antiguas torres de la morada de los Loncini, situadas à la espalda del pueblo en una plazoleta triangular. Su corazon palpitò con violencia, más su semblante permaneció sombrío, porque la escena en la cual, sin quererlo, acababa de representar el papel principal le contristaba profundamente. En esto vió adelantarse hàcia él desde el hogar paterno una jóven vestida de blanco, como para un dia de fiesta, con los ojos bajos y palpitando de alegría, pero

tras de la cual se traslucia cierta timidez natural.

Teobaldo corrió al encuentro de Clarita. Era la tal la virgen tierna y modesta que se habia representado en sus sueños, y sin embargo, cuánta diferencia entre sus atractivos casi infantiles y la varonil belleza de Anunciata. Clarita tenia los cabellos de un rubio dorado, el cútis fino y trasparente, los ojos del azul del firmamento; pero sus labios encarnados eran acaso demasiado gruesos, sus facciones no efrecian ninguna regularidad, y sin embargo era imposible mirarla sin placer; y es que brillaba en ella un encanto indefinible de inocencia, y de pudor en su mirada algo melancólica, y que la belleza de su alma se reflejaba toda entera en su gracioso semblante.

Teobaldo extrechó con ternura en sus brazos à su compañera de infancia, viva imágen de la madre que perdiera, y luego, mientras que Anunciata hacia que refrescasen los pastores, los dos hermanos fueron à ver á su bisabuela.

Mma. Loncini contaba á la sazon más de noventa años de edad, y habia visto perecer de muerte violenta à su cuñado, á su marido y à su nieto Antonio. Tantos golpes seguidos habian alterado su inteligencia y debilitado su razon; así pues no tenia voluntad propia. Anunciata era la que mandaba y lo dirigia todo: era la verdadera ama de casa, al paso que Clarita era el ángel consolador de la misma: viviendo siempre al lado de su bisabuela, siempre obediente y sumisa, era la que le prestaba los pequeños servicios que su estado reclamaba; la que la acompañaba á la iglesia, le leia libros de devocion, ó procuraba distraerla cantando. Era en verdad un

tierno espectáculo el que ofrecia aquella jóven prodigando à aquella anciana los tiernos cuidados de una madre para con su querido hijo.

—Aquì teneis á vuestro hijo Teobaldo que vuelve á vuestro lado, dijo con su cariñoso acento Clarita; bendecidle, buena madre.

La abuela Loncini estaba recostada en un gran sillon de cara à la puerta. Al ver al jóven brilló en su semblante un rayo de alegría. No se levantó de su asiento, pero estendiendo su descarnada mano:

—Que el Dios de las misericordias, exclamó, derrame sus gracias sobre el postrero de los Loncini! que sea más feliz que sus padres y viva largo tiempo.

Teobaldo inclinó su cabeza para recibir la bendicion de la abuela, y cogiendo en seguida la mano que esta le presentaba se la besó respetuosamente. Los ojos de la anciana se llenaron de lágrimas.

—Serà uno mas à amaros, le dijo Clarita acercándose à ella y señalando á Teobaldo. ¡Dios mio! ¡qué dia tan feliz!

—Quien llama feliz á este dia exclamó la anciana con aire como atontado: ¿no han celebrado esta mañana la misa de difuntos? Sí, hoy quincuagésimo aniversario de aquella horrible catástrofe.... Hijo mio, debias haber vuelto ò más pronto ó más tarde. Este dia lo es de sangre; es dia desgraciado.

—Oh! no digais esto, abuela, dijo Clarita anegada en llanto... Dios mio! ¿por qué no llegaste la semana pasada, como lo esperábamos las tres?

—Sabes que no he podido; pero por favor, no seas supersticiosa, querida Clarita.

—Hago sin duda mal en acusarte, repuso la jòven esforzándose en sonreirse; yo no sé màs que amar, no tengo fuerza de alma.

—Es necesario adquirirla, dijo Teobaldo que queria empezar desde luego su oficio de preceptor. Sé que un gran número de mugeres corsas creen en la influencia de los dias prospéros ó funestos, en la fascinacion, en el aojamiento (1), y á muchas otras cosas por ese estilo: todo esto es absurdo y la Iglesia, lo mismo que la razon, lo condenan.

—Procuraré corregirme, respondió Clarita con una docilidad encantadora; y acercàndose á su madre le prodigó mil caricias á fin de disipar la penosa impresion, cuyas huellas guardaba todavía su semblante. La buena anciana, ya más tranquila, sonrió á la jóven, mientras que Teobaldo admiraba aquella escena, preguntàndose en su interior si toda la ciencia con que pensaba enriquecer á su hermana valdria tanto como la modestia y la ternura que tantos atractivos le daban.

En aquel instante entró en el cuarto Anunciata para poner la mesa, y Clarita se levantó en seguida para ayudar á su tia en las faenas de la casa. Ofreciendo luego despues su brazo à su bisabuela y haciéndola sentar á la mesa, se quedó cerca de ella para servirla. Teobaldo no tuvo más remedio que aceptar el puesto de honor que le señaló Anunciata, la cual iba y venia, cambiando los platos con el auxilio de las criadas, y solo por intérvalos se sentaba en un extremo de la mesa. En vano el jóven, educado en las buenas maneras francesas, reclamó contra lo inculto de las costumbres corsas.

---

(1) El aojamiento ó mal de ojo (*la nocciatura*), fascinacion involuntaria que se dice ejercerse con la vista.

Anunciata no quiso renunciar á ellas por nada del mundo.—Mi madre, mi abuela, y sus madres, contestó á todas las instancias de su sobrino, servián á la mesa al jefe de la familia; yo le serviré como hicieron ellas.

La comida fué frugal como siempre. En los postres Clarita fué à buscar el *broccio* (1), y las galletas que ella misma habia preparado. Despues de lo cual circulò de mano en mano una botella de vino del Cabo, y comenzó la conversacion. ¡Tenia Teobaldo tantas cosas que contar á su familia y tantos deseos ésta de saberlas!

En esto dieron las nueve en el reloj de pared que decoraba uno de los àngulos de la sala. Clarita se levantó en seguida, y dando las buenas noches á su hermano ofreciò el brazo á la anciana y la acompañò á su cuarto.

—Mi abuela se acuesta siempre à las nueve, dijo Anunciata, y tu hermana ya no se separa de su lado en toda la noche: ya pues que estamos solos, quiero aprovecharlo para hablarte de una cosa que nos interesa á todos, pero que te interesa particularmente à tí. Clarita ha cumplido ya diez y seis años, y es tiempo de pensar en casarla.

—Me parece demasiado pronto, observó Teobaldo.

—No lo es en nuestro pais, replicó Anunciata, con tanto más motivo cuanto que tienes necesidad de procurarle un enlace ventajoso. Hace mucho tiempo que me ocupo en ello, pero en Piovela no hay ningun partido que le convenga; y como nuestra familia es de las más antiguas de la isla, y no nos

(1) El *broccio* es un escelente queso de leche de cabra ó de oveja.

es permitido rebajarnos, me ha sido preciso buscar en las cercanías. El señor Peroncelli, de quien sin duda habrás oido hablar, desciende de una familia de *caporali* (1): tienen tres hijos, el mayor de los cuales, de veinte y tres años de edad, podria servirnos de mucho, porque sin hablar de sus hermanos menores que pronto seràn hombres, tiene una hermana casada con un capitan de tiradores corsos, la que en caso necesario podria serte muy útil, y además cuatro primos hermanos todos en estado de empuñar las armas, tres tios paternos y dos docenas al ménos de segundos primos, cuyos padres son hoy casi todos hombres hechos.

—Pero, querida tia, le interrumpió el jóven riéndose, ¿en qué puede contribuir á hacer la dicha de Clarita esa multitud de tios y de sobrinos que enumerais con tanta complacencia?

Anunciata mirò con extrañeza à su sobrino.

—Te has olvidado de tu pais, le dijo con aire afligido.

—Así debe de ser, respondió lleno de despecho Teobaldo, pues sois la tercera persona que me lo dice despues de mi regreso.

—Obra como bien te parezca, repuso con aspereza Anunciata; mas debo decirte para tranquilidad de mi conciencia, que si rehusas aprovechar esta ocasion de casar á tu hermana de una manera conveniente, no dudo que muy pronto te arrepentiràs de ello.

—Yo no rehuso nada, dijo el jóven: la felicidad de Clarita es el sueño de todos mis instantes, y si

(1) Los *caporali*, especie de nobleza de segundo órden que debia su origen á las luchas de los comunes contra la antigua aristocracia de Italia.

el hijo de Peroucelli reune todas las cualidades necesarias...

—Una cosa hay más importante que la felicidad de una muger, exclamó interrumpiéndole Anunciata, y es el honor de la familia. Partiendo de este principio, sobrino mio, habia empezado por enumerar los recursos que podias hallar tù mismo en esa alianza; así pues, si lo permites, proseguiré diciéndote todo lo que sé respecto de los Peroncelli.

—Os escucho con atencion, contestó friamente Teobaldo, que cada vez conocia que era ménos comprendido.

—Francisco Peroncelli ha hecho sus estudios en el continente, es un excelente jóven, honrado y animoso de quien todo el mundo habla con elogio, Siendo como es el mayor de los varones heredèrà. segun costumbre, la casi totalidad de los bienes de su familia, que son considerables.

—¿Y Clarita recibe bien las atenciones de Francisco? preguntó el jóven.

—Clarita no le ha visto nunca y no sabe una palabra de cuanto acabo de decirte; pero es una niña dócil que no tendrá mas voluntad que la tuya, puesto que ocupas el lugar de su padre. El señor Peroncelli está muy contento de ese proyecto de alianza entre nuestras dos familias; y por otra parte sabe que mi sobrina posee diez mil francos que le corresponden por su madre, y que no encontraria otro dote tan rico en diez leguas al rededor.

—Y eso sin contar lo que puedo hacer por ella, añadió con orgullo Teobaldo.

—Este es otro asunto aparte, y hasta te aconsejo que no seas demasiado liberal, porque el jefe de familia debe sostener con decoro su clase.

Mas oye lo que me falta decirte. Francisco debe pasar al continente para terminar su carrera de derecho, y hasta hubiera partido hace ya algunas semanas si su padre no hubiese querido presentàrtelo antes, porque, como debes suponer, no podiamos dejar nada terminado en ausencia tuya. Conviene pues que vayas lo más pronto posible á encontrar al señor Peroncelli y á tomar con el las disposiciones necesarias.

—¿Pero no seria mejor que aguardase á que venga à vernos? Preguntó Teobaldo.

—Nó, nó: ya se ha tratado de esto entre nosotros. Déjate guiar por mí en todas esas cosas relativas al decoro, tales como las practicaban nuestros abuelos: à Dios gracias no las he olvidado. Y ahora te dejo porque debes tener necesidad de descanso.

—Os prometo pensar seriamente en la conversacion que acabamos de tener, dijo Teobaldo con acento grave, pues estaba muy distante de sentirse enteramente decidido.

—Haràs muy bien, pues el asunto lo merece. Ahí tienes tu aposento: hasta mañana, pues sobrino; tengo aún muchas cosas que decirte, pero de hoy en adelante ya no nos ha de faltar tiempo para ello.

CAPITULO V.

Los Peroncilli.

Por más que hubiese hecho quince leguas por caminos los màs ásperos, Teobaldo tenia el espíritu tan agitado que, más que de dormir, sentia una extrema necesidad de recogimiento y de soledad á fin de poder reflexionar á su placer en su situacion del momento.

No era en verdad un cargo fácil de ser desempeñado por un jóven de veinte años, que acababa apenas de dejar los bancos de la escuela, el de jefe de familia, como decia Anunciata, propietario de bienes bastante considerables, que habitaba un pais tan original y cuyas costumbres habia olvidado, y en medio de gentes que parecian esperar de él, cual si fuese un verdadero deber, un acto contrario á su conciencia de hombre de honor y de cristiano, y que por añadidura era árbitro del destino de una

hermana á la cual se trataba de casar. Teobaldo repasó en su memoria todos los datos que su tia acababa de darle respecto de eso, pesando con toda madurez las ventajas y los inconvenientes, y pidió al cielo que le auxiliase y le inspirase lo que convenia hacer.

Ir à Vescovato, juzgar por sí mismo en cuanto fuese posible del caràcter y de las cualidades de Francisco, y consultar la inclinacion de Clarita, tal fué el partido que le pareció más prudente, y fijándose definitivamente en él, se durmió pensando en los medios màs á propósito para apresurar su ejecucion.

Era ya muy de dia cuando se levantó. Abriò en seguida la ventana de su aposento, y vió cerca de la puerta á Clarita que volvia á casa, y que iba seguida de una criada que llevabaun cesto en la mano.

Teobaldo corrió hácia su hermana.

—¿De dónde vienes tan temprano? le dijo llevándola al jardin.

—De la casa vecina, hermano.

—¿Y qué has ido á hacer en ello? preguntó de nuevo Teobaldo.

—¿Te acuerdas de la vieja Cath, que es casi tan entrada en años como nuestra bisabuela? respondiò la jòven poniéndose colorada. La infeliz està muy pobre y no tiene parientes: tengo la costumbre de ir à verla todas las mañanas, y espero, Teobaldo, que no me lo prohibirás.

—No ciertamente, dijo el jóven: no te prohibiré nunca nada que sea noble y generoso.

Y pasando el brazo de Clarita por debajo del suyo, se perdió con ella por entre un bosquecillo de limoneros.

Los dos hermanos se pasearon de esta suerte largo tiempo, encontrando uno y otro un grande encanto en esa conversacion íntima y quedando Teobaldo admirado de la claridad del juicio y de la delicadeza de los sentimientos de aquella jóven, cuya instruccion habia quedado tan imcompleta. Era la suya una de esas naturalezas privilegiadas que parecen criadas tan solo para hacer bien, tan fàcil les es el obrarlo; una de esas tierras fecundas de que habla el Evangelio en que la semilla de la palabra de Dios nace sin obstáculo. Clarita habia recibido con grande alegría en su corazon esa simiente en la época de su primera comunion, y habia producido en él centuplicados frutos.

Educada en un retiro absoluto, no conociendo màs placer que el que se experimenta en el cumplimiento de un gran deber, ocupada enteramente en dar aliviό á la ancianidad de su bisabuela, Clarita se sentia sobradamente recompensada con la ternura que le manifestaba ésta, para que encontrase muy natural el consagrarle su vida entera. Los cuidados de la casa, algunas lecturas piadosas en los pocos libros que habia recibido de la baronesa, el paseo por el jardin, su correspondencia con Teobaldo, llevar ella misma los socorros á los pobres del pueblo, y por fin las labores à la aguja que aprendiera á hacer durante su permanencia en Bastia, tales eran sus cotidianas ocupaciones. Clarita no tenia relaciones íntimas con ninguna de las jóvenes de Piovela y sin embargo todas la amaban por su dulzura y sus virtudes. Su ùnico deseo era el regreso de Teobaldo, y así es que ahora que acababa de cumplirse ese deseo su dicha era completa.

Dejóse oir la campana de la parroquia.

—Tocan à misa de nueve, que es la que acostumbramos oir mi buena abuela y yo: ¿quieres acompañarnos, Teobaldo?

—Con mucho gusto, querida,—dijo el jóven; y entrambos, cogidos de las manos como en los dias de su infancia fueron á buscar á su anciana bisabuela.

De vuelta de la iglesia, donde pudo Teobaldo admirar el recogimiento y el fervor de la jóven, encontraron à Anunciata que les estaba esperando en el dintel de la puerta.

—Hace tiempo que te ando buscando, dijo á su sobrino, porque tenemos muchas cosas que arreglar juntos.

—Estoy à vuestras órdenes,—contestó el jóven.

Anunciata le condujo entònces á su aposento y poniendo en la mesa muchos paquetes de papeles:

—Mienbras has estado ausente, le dijo, te he reemplazado del mejor modo que he podido; á tí te toca ahora encargarte de la direccion de tus asuntos. He recogido todos los documentos para presentártelos; examínalos bien, y espero que los hallarás todos en regla.

—Mi querida tia, dijo Teobaldo, me atengo enteramente á lo que digais vos, y no quiero recibir ninguna cuenta. Os suplico que continueis llevando el gobierno de la casa, pues estoy seguro que lo haréis mejor que yo.

—Nó, nó, dijo Anunciata, no será asì: cada cual debe desempeñar el papel que le corresponde: los hombres son los amos; á ellos tocan los asuntos exteriores, á nosotras el orden de la casa. Lee esto, te ruego, á fin de ponerte al corriente.

—¿Quién ha llevado esos registros? preguntò

Teobaldo admirado de su limpieza; porque me acuerdo que no sabíais escribir.

—Ha sido conveniente aprenderlo, puesto que era necesario, contestó Anunciata; Clarita me ha dado lecciones, y he tenido bastante con tres meses. ¿Qué es lo que te extraña? ¿No sabes que los corsos son superiores el comun de los hombres, y que pueden hacer todo lo que quieren?—añadió con orgullo.

Teobaldo no pudo ménos de sonreirse de esa conviccion de la cual participaban la mayoría de sus compatriotas. Recorria rápidamente todos los cuadernos de cuentas; pero lo que más fijò su atencion fué un gran legajo de papeles, el cual contenia las diferentes piezas de un pleito que Anunciata habia sostenido con motivo de un campo que pertenecia desde mucho tiempo á la familia Loncini y sobre el cual habia manifestado tener pretensiones un propietario vecino, aliado de los Fabiani. La memoria que la jóven habia redactado ella misma sobre dicho asunto, era tan notable por lo ingeniosa y clara, sobre todo siendo como era obra de una persona sin instruccion, que Teobaldo no pudo ménos de esclamar:

—¡Sois una muger privilegiada?

—Nó dijo Anunciata; cualquier corso es capaz de hacer otro tanto.

En seguida bajaron al cuarto de reunion donde Teobaldo encontró las dos maletas que habia dejado en Bastia y que Cafarelli se habia encargado de remitirle. Apresuróse á sacar de ellas algunos objetos que habia comprado con la intencion de ofrecérselos á su familia, y eran un Crucifijo de marfil, artísticamente trabajado, para su bisabuela,

y una cadena y unos pendientes para Anunciata.

—Para tí, Clarita, dijo á su hermana, no he traido más que libros, porque creo que es lo que más te conviene.

Y le entregó una Imitacion de Jesucristo, el Nuevo Testamento, un Compendio de Historia elegido por él mismo, y algunas de las mejores obras de literatura francesa é italiana.

—Quiero ocuparme yo mismo de tu educacion le dijo, pues te falta aún mucho que aprender.

—Sin embargo Clarita es muy sabia, contestó la bisabuela: lee y escribe como un maestro de escuela, y quizàs no se hallaria en toda la isla quien la igualase.

—Mi buena madre, repuso Teobaldo, los jóvenes aprenden hoy mucho más de lo que se exigia de ellos en otro tiempo, y por lo tanto la instruccion de las niñas debe ser tambien más extensa, á fin de que la compañera del hombre no sea demasiado inferior à su marido, y pueda comprenderle y hasta secundarle en caso necesario. ¿Quién sabe si mi hermana está destinada á casarse con un francés ó con un corso educado en el continente y acostumbrado à la educacion de las mugeres francas, muchas de las cuales reunen à las cualidades de su sexo una instruccion sólida y variada?

—Tiene razon mi sobrino, dijo Anunciata: nuestra Clarita no debe ignorar nada de lo que saben las demás mugeres, y yo le ruego de todo corazon que aprenda las lecciones que le dé su hermano.

—¿Cuando empezarémos? preguntó Clarita con su dulce acento.

—Dentro algunos dias, querida mia, contestó Teobaldo, porque mañana parto para Bastia.

—¡Cómó! ¿nos dejas otra vez? preguntò tímidamente la jóven.

—Mi ausencia no serà larga, hermana mia; tengo algunos asuntos que arreglar en Vescovato, y además he formado un proyecto que espero que merecerà la aprobacion de toda la familia, y es el reunir los restos de mi pobre madre à los de su esposo.

—Es justo y conveniente,—contestò Clarita.

Clarita extrechó la mano de su hermano á la vez que enjugaba algunas làgrimas, que brillaban como diamantes en el borde de sus párpados.

Teobaldo saliò para visitar à sus antiguos conocidos, siendo acogido por todos con señaladas muestras de afecto y de consideracion. En muchas partes se le hicieron ofrecimientos de servicios por el estilo de los que recibiera de Burcica; pero los agradeciò con frialdad y cambiò de conversacion.

Al dia siguiente despues del mediodia fué à elegir por sì mismo el caballo mas ligero entre los que pacian en libertad en el cercado que habia junto al jardin; pues los caballos corsos, medio silvestres, no están como los nuestros encerrados en cuadras. Mientras que se ocupaba en aparejar su montura viò à Anunciata que iba hàcia él armada de una magnífica escopeta de dos cañones de las fábricas de Saint-Etienne.

—Aquí tienes, dijo, el fruto de mis ahorros de muchos años: acéptalo de mi mano, sobrino, y sìrvete de él por el amor de tu tia, cuando llegue el momento de sostener el honor de tu familia.

—Espero no hacer de esta arma soberbia sino

un uso digno de vos y de mí, tartamudeó el jóven besando la mano de Anunciata; y à fin de disfrutar desde luego de vuestro hermoso regalo, voy à llevarlo en mi viaje.

—Es necesario que así lo hagas, respondió aquella; pues no conviene que salgas sin armas.

Despues de esto dió á su sobrino prudentes consejos respecto à la negociacion que iba à entablar, y nuevos datos sobre el carácter y la familia de Peroncelli.

Teobaldo anduvo muchas horas por entre bosques sin encontrar ninguna habitacion: temiò entónces haberse equivocado de camino, y empezó á pesarle no haber aceptado el guia que en el momento de partir le ofreciera Anunciata.

Mientras estaba haciendo estas reflexiones vió un abundante manantial que saliendo de los costados de una roca cubierta de musgo, corria formando un límpido arroyo, en el cual estaba un pastor abrevando su rebaño. Algunas jóvenes rodeando la roca retozaban entre sí, y sacaban en la cabeza con mucha comodidad y gracia. Teobaldo estuvo contemplando algun tiempo aquella escena casi bíblica, y luego se acercó à uua de las jòvenes para preguntarle si le faltaba mucho para llegar á Vescovato, mas en vez de contestarle la retozona muchacha abrió cuanto pudo los ojos, hizo una cortesía y huyó dando grandes carcajadas.

Creyendo que no le habian entendido se disponia Teobaldo à repetir su pregunta en el dialecto del pais, cuando un jóven que estaba ocupado en dibujar el pintoresco sitio que acababa de escitar su admiracion, se levantó de repente de debajo del árbol que le habia ocultado hasta entónces á las

miradas del jóven viajero, y acercándose à él con las más finas maneras.

—Señor, le dijo, estais á un cuarto de legua del pueblo: yo voy á volver á él ahora mismo, y si me lo permitís os serviré de guia.

—Me haréis un gran favor,—contestó Loncini, sorprendido de encontrar un dibujante en los bosques de Vescovato.

Y conduciendo su caballo del diestro se puso á examinar al jóven pintor y á hablar con él de cosas indiferentes.

Era un hombre de veinte à veinte y cinco años, de mediana estatura, figura simpática, y dulces y benévolos modales.

—Caballero, dijo à Teobaldo, sois sin duda extranjero y no conoceis Vescovato: no encontraréis en él ninguna fonda ni hostería decente. Venid à alojaros en casa de mi padre, pues tendrémos mucho placer en recibiros.

—Os creia tambien forastero, ya por vuestro acento, ya sobre todo por vuestra habilidad, dijo Teobaldo, señalando con el gesto el croquis que el jóven llevaba todavía en la mano. Este pais tan rico en paisajes magníficos encierra tan pocas personas capaces de reproducirlos con el lápiz, que no adivino de qué maestro hayais podido tomar lecciones.

—Fué en Parìs donde aprendí lo poco que sé, dijo el pintor sonriéndose.

—Pues entónces somos doblemente compatricios, contestó Teobaldo, por nacimiento y por educacion, porque yo tambien soy natural de Córcega y he sido educado en Parìs.

—Pues bien, razon de màs para que acepteis mi proposicion, y para que os detengais algunos dias

con nosotros. Si sois aficionado à la pintura os enseñaré puntos de vista admirables, y si sois cazador recorrerémos juntos bosques más abundantes en caza que lo eran los antiguos sotos reservados de los sitios reales.

—Difícil es resistir á tan seductores ofrecimientos, dijo Teobaldo, que se sentia atraido como por un encanto mágico hácia su compañero de camino: mas no debo permanecer en Vescovato sino muy poco tiempo, el que necesito para tratar de algunos asuntos con Mr. Peroncelli, á quien conoceis sin duda, lo que sin embargo espero que no me privará del gusto de volver á veros antes de mi partida.

—Caballero, dijo el desconocido cogiendo afectuosamente la mano del viajero, soy el hijo mayor de Peroncelli, y me felicito de haberme encontrado con vos. No nos separarémos mientras permanezcais en Vescovato.

Satisfecho Teobaldo de ese feliz encuentro, manifestò al jóven pintor toda la satisfaccion que experimentaba. La víspera anterior al contemplar à Clarita, á esa jóven tan modesta que hasta ignoraba que fuese linda; tan tímida, tan tierna en sus afecciones que la menor mirada de descontento la hacia ponerse colorada y temblar; tan franca y càndida que desconocia el disimulo, y que despreciaba todas esas pequeñas astucias que muchas mugeres emplean sin escrùpulo para alcanzar lo que se proponen; al contemplar, repito, los matices delicados de aquel caràcter privilegiado, al respirar el perfume virginal de aquella tierna flor que, á la manera de la sensitiva, se contraia al menor contacto; Teobaldo se habia preguntado, cuàl seria la suerte de Clarita si tuviese uno de esos maridos déspoticos, como hay

muchos en Córcega, que no ven en su muger màs que la primera criada del amo, la esclava, sumisa de todas sus voluntades, una criatura de una naturaleza inferior cuya inteligencia no debe extenderse más allà del estrecho círculo de los cuidados domésticos. Cómo esa jòven de juicio recto y delicado, de sencillo y cándido corazon, esa tierna Clarita que vivia de la vida del alma más que de la del cuerpo, podia ser feliz al lado de un hombre de esta clase? Pues bien, todas esas aprensiones de un buen hermano acababan de desaparecer á la vista del jòven pintor: pareciò à Teobaldo que el mayor de los Peronceli era realmente el hombre de sentimientos elevados, de costumbres dulces y elegantes que la Providencia reservaba à su hermana querida.

Por vivas que fuesen esas impresiones, Teobaldo fué no obstante bastante dueño de sí mismo para disimularlas. La reserva y la prudencia corsas eran otros de los rasgos especiales del caràcter de nuestro héroe. Resolviò estudiar màs á fondo las buenas ó malas cualidades de aquel à quien se complacia en considerar ya como á su futuro cuñado antes de pronunciar delante de él el casto nombre de Clarita. Procurando pues escitar la confianza del pintor, escuchò con interés el sencillo relato de sus confidencias de jóven, y llegaron á la plaza mayor de Vescovato sin que hubiesen advertido ni el uno ni el otro lo largo del camino.

Mr. Peroncelli recibió al viajero con la benévola hospitalidad propia de los corsos; más en cuanto supo el nombre de su huesped redobló con él sus cuidados y sus atenciones.

—Fuí amigo de vuestro padre, le dijo, y por consiguiente lo soy vuestro.

Mr. Peroncelli era un hombre bajo de estatura, barrigudo y de más de setenta años de edad, pero no se veia aún ningun signo de decrepitud en su vejez robusta: andaba con el cuerpo derecho, la cabeza erguida y tenia la mirada altiva y hasta un poco fiera: su muger y sus hijos temblaban en su presencia, y su menor deseo era para ellos como una ley: ninguno de su familia se habia atrevido jamás á desobedecerle.

Sentáronse à la mesa para cenar, y la señora de la casa sirvió à su marido y á su huésped, como Anunciata habia servido á su sobrino. Mma. Peroncelli era una muger tambien gruesa, de unos cuarenta y cinco años, despejada, alegre y que, siendo la primera en dar el ejemplo de una sumision absoluta al jefe de la familia, ejercia sobre él una grande influencia. Era raro que su esposo hiciese nada importante sin consultárselo, con gran ventaja de los asuntos de la casa. La ternura natural de Madama Peroncelli su dulzura y su caràcter alegre templaban algun tanto el áspero humor de su marido.

Este trató á Teobaldo con todas las atenciones imaginables, pidióle con verdadero interés noticias de su familia, é hizo á su manera un grande elogio de Anunciata.

—Es una muger modelo, dijo: tiene el valor de un hombre y el talento de un demonio: sois muy afortunado en tenerla cerca de vos: en cuanto á Clarita dicen que es un ángel de bondad.

—Mi hermana es una jóven excelente,—contestò Teobaldo sin afectacion.

Al dia siguiente, muy temprano, el anciano habló largo rato con su huésped, enseñándole detenidamente su casa, sus campos, y sus rebaños.

—Todo eso, le dijo, será la herencia de mi hijo mayor: mi hija ha recibido su dote en dinero, y así lo recibiràn tambien mis demás hijos. Francisco es un buen muchacho que no me ha dado nunca más que satisfacciones, pero muy pronto volverà à marchar à Paris, donde debe acabar su carrera de derecho: el estudio del derecho completa, como sabeis, la educacion del hombre: cuando lo haya terminado haré que contraiga un buen enlace porque deseo gozar de las caricias de mis nietos.

Francisco fué á su vez à apoderarse del jóven. y segun se lo prometiera la víspera, le enseñò sitios admirables, puntos de vista que no desdeñaria el pincel de los màs célebres pintores. Durante esos largos paseos Teobaldo empleó todo su talento y natural perspicacia en sondear el caràcter y los principios de su camarada, y lo que descubrió en él le confirmó en la buena opinion que habia formado del mismo à la primera vista. Francisco en efecto reunia á las màs apreciables cualidades una instruccion sólida, sentimientos religiosos y talentos útiles.

Con tales antecedentes el hermano de Clarita no difirió el manifestar á Mr. Peroncelli el verdadero objeto de su viaje á Vescovato. El anciano, que esperaba ya esta declaracion, no quiso disimular el placer que esto le causaba, puesto que hallaba muy de su gusto la persona y el dote de Clarita; mas su alegría subió todavía de punto cuando supo las intenciones generosas de Teobaldo respecto de su hermana.

—Sois un excelente jóven, le dijo, y podeis contar con mi ayuda y la de mi familia en cualquiera circunstancia,—y cargó marcadamente el acento sobre esta ùltima palabra; màs Teobaldo hizo como que no lo notaba.

—Nos falta saber, dijo este, si las partes interesadas se avendrán tan pronto como nosotros.

—¿Qué quereis decir? repuso el anciano con aire de sorpresa y de descontento; ¿creeis á mi hijo bastante mal educado para tener más voluntad que la mia? ¿y vos mismo no haceis con Clarita las veces de padre?

—Por eso mismo, contestó el jóven, no quisiera forzar su inclinacion: permitid que Francisco me devuelva dentro de algunos dias la visita que acabo de haceros; verá á mi hermana, y si una y otro se convienen, me tendré por muy dichoso en tenerle por hermano.

—Sea así, puesto que lo deseais; aunque todos esos preliminares me parecen inútiles. Vuestra hermana es bella y virtuosa, y yo puedo decir tambien sin vanidad que Francisco es un excelente muchacho, asì pues no dudo que serán el uno para el otro.

Algun tiempo despues Teobaldo se despidió de sus huéspedes, y se puso en camino para Bastia.



CAPITULO VI.

El jóven jefe de familia.

Cafarelli habia hecho ya con buen éxito todas las diligencias necesarias para alcanzar de la autoridad competente la autorizacion pedida por Teobaldo, de suerte que este no tuvo que ocuparse sino en los medios de cumplir el triste deber que la piedad filial le imponia.

Como el buque de vapor que dà la vuelta á la isla (1) estaba á la sazon empleado en trasportar los jornaleros que van todos los años, por un módico salario á ahorrar al indolente corso el trabajo de cultivar el suelo de sus fecundos campos, Teobaldo tubo que fletar una embarcacion á sus espensas. Los restos mortales de Mma. Loncini sacados de

(1) Ese buque de vapor hace su viaje de circunvalacion cada quince dias. La compañia que lo esplota lo emplea en otros viajes cuando le tiene mas cuenta.

su sepulcro provisional y encerrados en un doble ataud de encina, fueron depositados con santo respeto en el entrepuente del buque, que fue trasformado con ese motivo en una verdadera capilla ardiente. Un sacerdote, pariente de los Cafarelli, que habia tenido la amabilidad de ayudar al jóven, rezò con él durante el trayecto el oficio de difuntos. El buque fué navegando por la costa desde Bastia hasta la marina de la Paduletta (1), donde se verificó el desembarco, y desde allí el ataud fué trasladado en una carreta de bueyes y conducido no sin mucho trabajo hasta Piovela, donde Anunciata lo tenia ya todo dispuesto para recibir dignamente los restos de su cuñada. El clero del pueblo salió à recibir el cadàver y los numerosos amigos de la familia lo acompañaron hasta la iglesia, donde se celebró con gran pompa el santo sacrificio de la misa.

Concluida ésta el fúnebre acompañamiento se dirigió al través de los campos hácia el sepulcro de los Loncini, al pié de la verde colina que proyectaba su sombra sobre la pequeña capilla mortuoria (2). Teobaldo presidia el duelo; su continente era grave y recogido, y cuales fuesen las sensaciones que experimentò su alma al pasar por delante de la casa de los Fabiani, causa de tantos males, solo lo saben Dios y él. Anunciata y Clarita seguia tambien al acompañamiento vestidas de negro y velado el semblante: en la fisonomía de la primera

(1) La marina *della Paduletta.* Llámase marina á una pequeña rada ó costa practicable cerca de tal ó cual sitio.

(2) Muchas familias corsas tienen su sepulcro en medio de los campos, en las orillas del mar ó en las faldas de las montañas: esos sepulcros encierran una capilla, y estan rodeados de árboles y de flores.

se veia al través del velo la expresion viva y natural del odio, del orgullo y del deseo de la venganza; la otra no tenia para el recuerdo de su querida madre más que lágrimas y oraciones.

Anunciata habia preparado ella misma la comida de los funerales, y su voluntad triunfó de la repugnancia de Teobaldo, que desaprobaba esta costumbre (1)

Retiráronse por fin los convidados, y los dos hermanos pudieron llorar juntos libremente y comunicarse sus impresiones y esperanzas.

Algun tiempo despues Teobaldo tuvo la satisfaccion de presentar á su bisabuela y á su tia al mayor de los Peroncelli, el cual pasó tres dias en Piovela, dejando encantada á toda la familia por la bondad y la amabilidad de su carácter. Sincero admirador de las gracias modestas y de las dulces virtudes de Clarita; maninifestó à su amigo que tendria à mucha dicha darla el nombre de esposa, y le suplicó que pidiese en su nombre el consentimiento de aquella encantadora jòven. La víspera de la partida de Peroncelli Teobaldo quiso tener una entrevista secreta con su hermana, à la cual encontró sentada cerca de su bisabuela ocupada en hilar un copo de lana y cantando.

—Deja la rueca, le dijo, y ven á dar un paseo por el jardin.

—Estoy á tu disposicion, contestó Clarita poniéndose en pié.

—Querida mia, continuó el jóven cogiéndola del brazo, lo que voy à decirte es muy grave

(1) En muchas comarcas de Córcega se conserva todavía la costumbre de las comidas en los funerales.

y me veo muy embarazado en este momento con mí papel de padre.

—¿De que se trata pues? dijo la jóven alarmada por este exordio: ¿supongo que no vas á dejarnos otra vez?

—No, mi buena amiga, pero me siento muy jóven y falto de experiencia para servir de mentor á una muchacha de diez y seis años. Annunciata es un sér aparte, no siente como tú y por consiguiente no puede haber gran simpatía entre las dos; nuestra bisabuela es tan vieja que no podemos esperar conservarla mucho tiempo; necesitas pues un protector natural, que te conduzca como de la mano en medio de los escollos de la vida; en una palabra, Clarita, me ocupo en casarte. Francisco Peroncelli me parece ser el hombre que mas te conviene; es un jóven de mérito de quien hace todo el mundo grandes elogios; mas no he querido resolver nada sin saber lo que tù piensas.

—Sé, dijo Clarita poniéndose colorada como una guinda, que debo obedecerte en todo, pues ocupas el lugar de mi padre; pero ya que te dignas consultarme, te pediré tiempo para reflexionar en lo que acabas de decirme; porque he aprendido en mis libros que no se debe hacer ningun acto importante sin recogerse delante del Señor y consultar su santa voluntad.

—Tienes razon, dijo el jòven; sin embargo Peroncelli parte mañana, y quisiera que llevase tu respuesta á su padre.

Entónces expuso à Clarita todas las buenas cualidades de Francisco y las ventajas del proyectado enlace, dejando à la jóven en una agita-

cion de espíritu fácil de concebir; pues nada hay más importante para la muger como la eleccion de un esposo, ya que de ello depende la felicidad de toda la vida y á veces hasta la de la eternidad: conviene por consiguiente pensarlo con gran detenimiento. Clarita era una jòven sin experiencia y enteramente ignorante de las cosas de este mundo; pero tierna y piadosa por naturaleza y por educacion, tenia puesta una confianza sin límites en la Virgen, á la que consideraba como á su madre y à quien llamaba en su auxilio en todas las ocasiones difíciles; asi pues corriò á ocultar su turbacion y su pùdico rubor á los piés del altar de Maria, á la cual oró largo tiempo, y no se presentó en el salon hasta la hora de la comida. Algunas horas àntes de la partida de Peroncelli Teobaldo fué de nuevo à ver á su hermana en el aposento de la abuela, y le pidió que le manifestase su resolucion.

—No tengo más voluntad que la tuya, le dijo: dispon de mí como mejor te parezca.

—Mi querida Clarita, repuso su hermano con un ligero movimiento de impaciencia, deja á un lado, te ruego, esta fórmula de sumision absoluta, tan usada por las jóvenes corsas, y dime francamente, como á tu mejor amigo, si consientes de buena voluntad en dar tu mano á Francisco.

—Sí, respondió ingenuamente, porque le creo bueno y virtuoso como me lo aseguras.

—¡Pues bien! hermana mia, mírale desde hoy como á tu novio delante de Dios: corro à darle tu respuesta.

Al recibir la noticia del consentimiento de Clarita, Francisco lleno de alegría, abrazò á su amigo

dándole las gracias por lo que acababa de hacer por él, y despidiéndose de toda la familia, partió prometiéndose apresurar cuanto estuviese en su poder el instante de su regreso. Teobaldo acompañó á su futuro hermano hasta la mitad del camino de Vescovato, donde el jóven tan solo debia pasar unas pocas semanas antes de embarcarse para el continente; mientras que Clarita silenciosa y pensativa volvia á ocupar su puesto al lado de su bisabuela.

—Hija mia, le dijo ésta, recobrando en aquella ocasion una plenitud de facultades intelectuales que solo poseia á raros intérvalos, las palabras que has pronunciado son ya un verdadero compromiso: desde hoy tu persona y tu reputacion son como un depósito confiado á tu buena fé y que debes conservar intacto; guarda sobre todo con cuidado tu amor para aquel à quien han elegido tus padres y que, despues de Dios, debe ocupar un dia el primer lugar en tu corazon. Cuando seas su esposa emplea todo el talento y las gracias todas que has recibido del cielo en agradarle; consuélale en sus penas, aliviale en sus fatigas, haz que reine el órden en su casa, gobierna à sus criados y contribuye con tu trabajo y tu economía à la prosperidad de su casa; séle fiel y sumisa, y educa à sus hijos en el respeto que al jefe de la familia se debe: así es como obré yo con el esposo que me habian elegido mis padres, y esto es lo que me hace esperar que me veré pronto reunida con él en el cielo.

Clarita escuchó estos consejos con religioso respeto, y prometió conformarse à ellos,

Al dia siguiente Teobaldo empezó á ocuparse seriamente en la instruccion de su hermana, en la cual encontró una alumna dócil é inteligente, cuyos rápidos progresos le sorprendieron y encantaron.

Arregló las horas de lecciones y de estudios, porque tambien él sentia la necesidad de trabajar por su propia cuenta. De vez en cuando, y en los momentos que le quedaban libres, salia á recorrer los bosques, armado con la escopeta de dos cañones que le regalara su tia, y volvia á casa cargado de tordos, de mirlos y de toda especie de caza. Anunciata manifestaba entónces su contento con vivas aclamaciones, pues sentia tanto placer como orgullo por la destreza de su sobrino; y desembarazando ella misma al jóven cazador de su arma y de su morral, reservaba para el consumo de la familia la caza necesaria, y enviaba lo restante à sus amigos y vecinos.

Teobaldo pasaba deliciosamente el tiempo en esas tranquilas ocupaciones: á veces daba con Clarita largos paseos por los campos, como un ejercicio sumamente útil para robustecer la salud de la jóven, y con frecuencia iban juntos á visitar el sepulcro de sus antepasados, Teobaldo regaba las flores que crecian al rededor de la capilla solitaria, mientras que Clarita tejia coronas que colocaba sobre el sepulcro de su madre, despues de lo cual y de orar en silencio por sus padres, regresaban á su casa con el corazon henchido de saludables pensamientos. De vez en cuando Anunciata iba con ellos hasta la capilla, descansaba un momento en ella à la sombra de los cipreses y de los lentiscos, y continuando despues su camino hasta el monton de Pepe Loncini, depositaba en el escondrijo de la Cruz Roja el saquito de pólvora y de balas destinado à Burcica y volvia apresuradamente á reunirse con sus compañeros de paseo.

La entusiasta y ardiente jóven no conprendia lo

que llamaba la indolencia de su sobrino: durante algun tiempo habia creido que aquella aparente tranquilidad de ánimo ocultaba algun proyecto atrevido, algun plan habilmente combinado y se abstenia de toda pregunta indiscreta: mas pasaron semanas y meses enteros, y Teobaldo no cambiaba enteramente nada en su género de vida. El notario que debia venderle su estudio habia manifestado deseos de conservarlo todavía algunos años más, sin que el jòven lo sintiese: gozaba con delicia de la vida de familia y de la dulce amistad de Clarita; su escopeta ùnicamente era temible à los habitantes de los bosques, su espìritu solo se ocupaba en estudios cientificos, y su fantasía en risueños proyectos para lo futuro.

Poco á poco fué esparciéndose por el pueblo el rumor de que el ùltimo de los Loncini, no era tan temible como habia querido hacerlo creer Anunciata, y parecian atestiguarlo las musculares formas del jòven. José Fabiani, que al principio se habia encerrado en su casa, como en una fortaleza inexpugnable, se fué haciendo màs confiado, y se atrevió à pasearse de nuevo por la plaza y á cazar en el monte: ya nadie se acercaba à Anunciata para felicitarla por el valor y la fuerza física de que suponian dotados á su sobrino y hasta se dejaba ver cierta ironía en las palabras que muchos le dirigian. A Teobaldo le daban muy poco cuidado, mas para la orgullosa jóven eran como otras tantas puntas agudas que le atravesaban el corazon. Hubiera deseado poder inocular en el alma de su sobrino esa sed de venganza que devoraba la suya, y hubiera dado su vida entera para ser él

un dia, un solo dia, vengarse y morir. Cansada de verle hacer la vida inocente de un solitario ó de los hijos de los patriarcas, procuró, primero con gran reserva, despues ya màs abiertamente, escitar los resentimientos de aquel carácter naturalmente irritable, de hacer que Teobaldo se avergonzase de lo que llamaba ella su debilidad. No siempre el jóven supo permanecer insensible á esos ataques indirectos, porque tambien corria por sus venas sangre corsa. A veces saltaba de cólera al recuerdo de los ultrajes que, segun el lenguaje de Anunciata, habia recibido en la persona de sus antepasados; más no tardaban en sobreponerse en su alma noble los principios religiosos, y cada uno de aquellos combates era un nuevo triunfo de la gracia sobre la naturaleza. Las insinuaciones de la altiva jòven cambiáronse pronto en acusaciones declaradas, que fueron de cada dia más enérgicas y más directas. Entònces empezó para el jóven una vida de amargura y de indecibles tormentos: á veces llevado al extremo por las violencias de aquella especie de furia que le acosaba sin descanso, estaba para imponerle silencio haciendo pesar sobre ella esa autoridad de jefe de familia cuyo privilegio ella misma proclamaba; fascinado otras por aquella sirena que sabia herir á propòsito las cuerdas sensibles del impetuoso corazon del jóven, el amor propio y el pundonor, experimentaba todos los furores de Anunciata y participaba de sus arrebatos. Temiendo entónces no tener bastante fuerza para resistir por más tiempo á las rencorosas pasiones que habia esta logrado escitar en él, se decidia à abandonar el techo paternal para encontrar de nuevo bajo un cielo más sereno el valor necesario para

no convertirse en un asesino: más una mirada lanzada sobre Clarita cambiaba de repente aquella resolucion: la fisonomia angelical de aquella jóven tan llena de dulzura y de caridad, ejercia en Teobaldo un poder al cual no procuraba este sustraerse, y una sola palabra suya le volvia como por encanto un poco de esa calma pura que habia perdido. Y es que el alma de Clarita ocultaba inmensos tesoros de piedad y de amor; manaban de ella abundantemente la indulgencia y el perdon como de una fuente inagotable, y aborreciendo el crímen no guardaba ningun resentimiento contra el criminal. La virtuosa doncella habia comprendido por instinto lo que pasaba en el alma de su hermano, y si su excesiva timidez no le habia permitido hablarle abiertamente de ello, sabia al menos emplear su talento y su ternura en consolarle de sus penas, en distraerle de sus sombríos pensamientos. Paseándose con él siempre que podia sin hacer falta á su bisabuela procuraba, por medio de una conversacion llena de jovialidad y de candor, rocordar à Teobaldo las instrucciones de la baronesa y sus sabios consejos: dirigiendo con frecuencia sus pasos hácia el sepulcro de la familia, hablaba al jóven de la madre á quíen lloraban todavia, de los pesares que todos esos odios de familia habian hecho sufrir á la pobre muger durante el curso de su vida; y elogiando con entusiasmo la dulzura y la bondad de aquella madre virtuosa, llevaba á su hermano á la capilla diciendo: «Pidamos al Señor que nos conceda las mismas virtudes.» Y despues que Teobaldo habia conversado algun tiempo con Clarita, se sentia más fuerte y dueño de si mismo;

aquellas preces que rezaban juntos eran para él como un rocío celeste que refrigeraba su alma y apaciguaba el fuego devorador de sus pasiones, y se levantaba tranquilo y con la frente serena, sonriendo à su hermana y admirando con ella las bellezas de la naturaleza; porque si Anunciata parecia algunas veces á Teobaldo el genio del mal en persona, Clarita era verdaderamente para él un àngel de consuelo.

CAPITULO VII.

El gabinete de la torre.

Una noche en que acababa de tener lugar una escena muy viva entre la tia y el sobrino, éste se retiró de muy mal humor á su aposento, agitado y sin saber qué partido tomar, y sentándose en su mesa de estudio y apoyando su cabeza en sus manos, permaneciò largo tiempo en esta actitud, sin acabar de resolver quién de los dos entre Anunciata y él conocia mejor las leyes del verdadero honor. Cuando por fin se levantó con los ojos secos y abrasados, vió delante de sí el Nuevo Testamento que habia traido á su hermana, abierto en este pasaje de la epístola de San Pablo à los romanos:

«No volvais á nadie mal por mal. Procurad «hacer el bien no tan solo delante de Dios, sinó «tambien delante de los hombres. Vivid en paz,

«en cuanto podais y dependa de vos, con toda «clase de personas. No os tomeis la venganza por «vosotros mismos, mis queridos hermanos, etc.»

Esta lectura y la manera como acababa de ser inducido à hacerla produjeron en su ánimo una viva impresion. ¿Quién otra que Clarita habia colocado allí tan á propósito estas palabras del Apostol? —¡Luego ha leido en mi corazon! ella ha comprendido todo lo que sufro, decia para sí mismo: esa jóven tan sencilla participa sin embargo de todas mis sensaciones; sus pensamientos y los mios se confunden: ¿y por qué no ha de haber aquí otras personas que se le parezcan, hombres de recto juicio y de corazon que no participen de las terribles preocupaciones de Anunciata, que crean en mi valor sin que dé pruebas de ello manchando en sangre mis manos? ¡Oh mi buena Clarita cuánto te quiero por tus modestas virtudes! ¡còmo te agradezco tú solicitud!

La idea de que habia otro corazon que compartia con él sus penas, que otra criatura racional aprobaba su resistencia, consoló à Teobaldo: rezó con gran fervor su oracion de la noche, y renovó la resolucion que habia formado de no manchar sus manos en sangre humana.

Al dia siguiente al apuntar la aurora fué despertado por el gorgeo de las aves que cantaban delante de su aposento; saltò de su cama, y abriendo los cuarterones de su ventana, respiró con placer el aire de la mañana, impregnado aún de ese oloroso rocío que vuelve su primera lozanía á las plantas ajadas por el ardor del sol del dia anterior. Paseó sus miradas por la plaza aùn desierta, y desde aquí por el maquis que se extendia por el llano y

por la colina, perfumada ya con el olor del mirto tuya flor empezaba á abrirse, y cortado de discancia en distancia por grupos de castaños de espeso follaje, que se elevaban majestuosamente por encima de las malezas. Toda aquella masa de flores y de verdura se parecia à un inmenso jardin inglés, á un inmenso parque que rodease el pueblo. Mientras empero estaba admirando aquel magnífico pasaje, parecióle ver dos formas humanas moviéndose encima de la colina por donde era preciso pasar para llegar à la Cruz Roja. Cogió en seguida el anteojo de larga vista, y fijando sus miradas con curiosidad en aquel punto del horizonte, viò distintamente un hombre y una muger gesticulando con energía, y como engolfados en una viva discusion.

Estuvieron hablando de esta suerte cerca de un cuarto de hora, y luego se separaron y bajaron por la colina en opuestas direcciones. El hombre se internó por entre los matorrales, mientras que la muger por el contrario se dirigia hácia el pueblo, y ligera como una corza, recorria con increible rapidez el estrecho sendero lleno de malezas que conduce à el directamente. La brisa matinal agitando su *mezzaro* de encaje lo hacia ondear en todas direcciones al rededor de su cuello y de su talle, y sus diminutos piés hollaban tan ligeramente las copas de brezo que parecian doblarse apenas bajo el peso de su cuerpo.

—¿De dónde puede venir Anunciata á tales horas?—se preguntò Teobaldo que acababa de reconocer à su tia á medida que se acercaba à su casa.

Y dirigiéndose esta pregunta cerrò, la ventana y se sentò delante de su mesa; mas apenas acababa

de hacerlo, cuando llamaron apresuradamente à la puerta, y se ofreció á sus miradas Anunciata sonriendo con feroz alegría, encendidos los ojos, palpitante el seno é inundada la frente de sudor.

—¡A las armas! ¡á las armas! Teobaldo, ha llegado el momento de probar que eres hombre; empuña tu fusil, toma tambien esta pistola que perteneció á tu padre, y hazme ver que tus balas pueden alcanzar á otros séres además de las tímidas liebres.

—¡Qué! ¿han atacado repentinamente la isla los enemigos del Estado? preguntó con frialdad Teobaldo cruzándose de brazos: en este caso estoy pronto; si no es así no os comprendo.

—No perdamos el tiempo en vanos discursos, exclamó Anunciata con tono de autoridad: acabo de encontrar á Burcica en el momento en que llevaba á la Cruz Roja la pólvora que destinaba para él:—Señora, me dijo con aire alegre, iba en este momento en vuestra busca, porque acabo de encontrar un medio seguro de serviros: enviadme enseguida á vuestro sobrino sin que nadie le vea salir del pueblo; yo le aguardaré cerca de la cascada y verá lo que valgo.

—Nada tengo que hacer con vuestro bandido, respondió el jóven, y me importa poco su compañía: harto es ya el permitiros mantener con él relaciones que no son de mi gusto.

—No sabes lo que te dices, repuso levantándose de hombros. Sábete que Fabiani ha cazado todo el dia de ayer en el monte y que Burcica sabe de buena tinta que cazarà en él tambien hoy.

—Y bien! ¿qué me importa? contestó con impaciencia Teobaldo. No tengo poder ni voluntad

de impedir á quien quiera que sea que cace en el maquis.

—Escùchame hasta el fin, replicò Anunciata golpeando el suelo con el pié; los momentos son más preciosos de lo que tú crees. Hay en la montaña una profunda gruta donde José Fabiani, el asesino de tu padre.... ¿lo entiendes? acostumbra dormir la siesta cuando pasa el dia cazando. Allí se cree en seguridad perfecta porque la abertura de la gruta, enteramente cubierta por las tortuosas ramas de una antigua encina, se oculta al ojo màs perspicaz; pero Burcica, que esplora el monte en todos sentidos, acaba de descubrir ese escondrijo, y lo que es más otra salida más secreta aùn que conduce á la misma gruta y por la cual podrás sorprender á tu enemigo mientras duerme. Yo me encargo de lo demás; pero parte por favor: Burcica te aguarda; te respondo de él como de mi misma; como de un hombre que te es enteramente fiel.

—Tia, dijo Teobaldo acentuando las palabras y haciendo un grande esfuerzo para hablar con sangre fria, no quisiera en nada faltar al respeto que debo á la hermana de mi padre, pero declaro aquí, por este nombre que respeto, que no pretendo vengar su memoria sinó con una conducta irreprensible, y os suplico que me dejeis vivir tranquilo en adelante.

—Y en nombr de tu padre, exclamó Anunciata fuera de sí de furor, declaro à mi vez que asì como preferiria verte muerto que deshonrado, no cesaré de perseguirte con mi indignacion hasta que encuentre en tí el valor de un Loncini.

—En este caso ó vos ò yo saldrémos de esta morada, dijo el jòven exasperado.

—Sois el dueño, de casa, respondió Anunciata con aparente calma, pero antes de que me arrojeis de la de nuestros mayores, que os he conservado intacta, haced el favor de seguirme un instante à la torre cuya llave yo sola guardo.

—Perdonadme lo descortés de mis palabras, exclamò Teobaldo arrepentido de su arrebato de genio, sorprendiendo una làgrima que brillaba en el párpado de su tia: esas palabras lanzadas al aire no eran hijas de mi corazon.

—Sígueme, Teobaldo,—dijo con aire grave y triste.

Subieron en silencio la extrecha y tortuosa escalera que conducia à la torre, y Anunciata, haciendo dar la vuelta á la llave en la cerradura de una puerta medio carcomida, introdujo al jòven en un gabinete circular y oscuro cuya ventana se apresuró á abrir. Ningun mueble decoraba aquella habitacion, pero en las paredes pintadas al fresco habia de distancia en distancia estacas de madera de las cuales colgaban vestidos llenos de polvo.

—Sobrino, dijo Anunciata con solemne acento, ¿ves ese sobretodo de paño del pais del cual no ha podido borrar el transcurso de los siglos esa mancha de sangre? era el de Pepe Loncini, cuyo monton de piedras has visto cerca de la Cruz Roja, el primero de nuestra familia que sucumbiò á los golpes de un Fabiani, por motivos que nadíe ha sabido: su muerte fué vengada por Paolo Loncini, su sobrino, porque Pepe no habia dejado màs que una hija de poca edad con la cual se casó más tarde Paolo. Esta camisa y esta chaqueta que siguen pertenecieron al hijo de este último, traidoramente asesinado por un cierto Luis y vengado por el

mayor de nuestra familia. He aquí los vestidos de tres de nuestros tios muertos en ese furioso combate en que los Fabiani perdieron cinco hombres: su sangre habia sido vengada ya en el campo de batalla, mas la de mi abuelo lo fué más gloriosamente aún por sus dos hijos Alfonso y Tiburcio. ¿Reconoces ahora ese pantalon de cutí gris y ese redingote verde sobre el cual aparece tan visible el color de la sangre? esta sangre es la de tu padre, Teobaldo, el ùnico de la familia que espera todavía la venganza que se le debe.

—¡Oh padre mio! ¡mi pobre padre!—exclamò el joven vivamente conmovido à la vista de aquellos vestidos que le eran harto conocidos.

Y cayeron de sus ojos sobre las sangrientas manchas dos lágrimas de piedad filial.

—Tus lágrimas no borrarán esas manchas, dijo Anunciata, que contemplaba con una alegría de tigre el semblante trastornado del jóven: se necesita sangre para el lavar esta sangre.

Teobaldo no la escuchaba: arrodillado delante de aquellos lúgubres vestidos, que eran los mismos que habian figurado en el tribunal, le parecia ver de nuevo á su padre, como en el dia en que los llevó por última vez, primero robusto y lleno de vida, y un istante despues tendido en el polvo, pàlido é inanimado, y este horrible recuerdo escitaba en su alma un agudo dolor. Permaneció sumergido en él algunos minutos, olvidando el universo entero, hasta que sintió en su hombro el peso de una mano abrasadora. Teobaldo levantó la cabeza, Anunciata estaba delante de él con los brazos cruzados sobre el pecho: su velo echado hàcia atrás dejaba á descubierto aquel semblante

varonil y severo que recordaba tan exactamente la imponente figura de Antonio Loncini. El jóven quedó sorprendido de una semejanza que nunca le habia parecido tan exacta.

—El honor de la familia está en tus manos.— dijo aquella con voz sombría.

El jóven se extremeció y se levantó lentamenmente.

—Burcica está esperando, continuó Anunciata; ¿no irás á reunirte con él, Teobaldo?

Este reflexionó un momento.

—No, murmuró en fin, en voz tan baja que apenas se le oia.

—¡Nò, repitió la amenazadora voz de la altiva jóven. ¿No, decís?»

Y su majestuosa talla pareciò crecer màs, y sus ojos brillaron con un fuego semejante al del infierno.

—¡Pues bien! exclamó con impetuosidad, en nombre de nuestros antepasados, escucha bien estas palabras: ¡Teobaldo Loncini, eres un cobarde!

Y empujándole bruscamente fuera del gabinete, se encerrò precipitadamente en él.

—¡Ay de tí Anunciata, por el insulto que acabas de arrojarme à la cara!—gritó Teobaldo sacudiendo la puerta con furor, porque á tan sangriento ultraje se habia despertado todo el ardor de su sangre.

Apoyando todo su cuerpo contra la puerta Anunciata doblaba de esta suerte la resistencia de sus carcomidas tablas, no sin temer otra sacudida que la hubiera hecho saltar á pedazos más casi al mismo tiempo sonaron en la escalera los pasos de Teobaldo, y la jóven respiró con más tranquilidad: despues aplicò el oido al ojo de la cerradura, y

oyó que su sobrino entraba en su aposento y volvia á salir en seguida: cambiando entónces de postura y corriendo á la ventana le vió que se dirigia hácia el monte con el fusil al hombro. Entónces palpitó con tanta violencia el corazon de la orgullosa jóven, que parecia que iba á estallar dentro de su pecho; su mirada chispeante de alegría siguiò con ansiedad la marcha de Teobaldo en medio del campo, y cuando no le quedó, duda de que tomaba el camino de la Cruz Roja, lanzó un grito de triunfo y bajò rápidamente de la torre.

En la esperanza de que saldria àdelante con su propósito, Anunciata habia formado de antemano su plan para alejar todas las sospechas y poner á su sobrino en estado de probar en caso necesario que estaba en otra parte. Por òrden suya una criada salió al momento á buscar remedios en casa del farmacéntico del pueblo, mientras que otra iba à prevenir al médico, que Anunciata sabia que estaba demasiado delicado de salud para poder salir de casa é ir en seguida á asistir, á Teobaldo, y gracias á todos esos ardides se esparció por todo el pueblo el rumor de que el jóven estaba enfermo. Clarita lo supo al salir de la iglesia, y corrió en seguida al cuarto de su hermano. Anunciata la dètuvo al entrar.

—¿No puedo verle? preguntó la jóven.

—En este momento, nó, Clarita, tu hermano descansa... màs tarde.. verémos.

—¿Pero me asegurais al ménos, tia, que no corre ningun peligro?

—Nó, presumo que nó, tartamudeó Anunciata, desconcertada por estas simples palabras. Vete á reunir con tu bisabuela, sobrina mia; te llamaré cuando sea tiempo.

—Que sea pronto, contestó la jóven obedeciendo con tristeza.

Al quedarse sola Anunciata sintió apoderarse de su corazon una turbacion desconocida. Mientras tuvo que obrar para esparcir el falso rumor de la enfermedad de su sobrino, no habia experimentado màs que la alegría del triunfo; mas á la sazon que la reflexion empezó à obrar en ella sentia penetrar en su alma al par de ella una especie de terror. La jóven Loncini era colerica, orgullosa y vengativa, pero amaba á los suyos con una ternura llena de pasion. Una educacion cristiana hubiera bastado sin duda para hacer de esa criatura una muger de un mérito superior, quizàs una santa, pues Anunciata tenia grandes y nobles cualidades; màs las preocupaciones y la ignorancia las habian desarrollado en provecho tan solo de las pasiones. Tenia para Teobaldo un afecto casi maternal; màs, como se lo dijera poco antes, hubiera preferido verle muerto antes que deshonrado. Este sentimiento hubiera sido sublime si lo que llamaba Anunciata el honor no hubiese sido la sombra desfigurada de esa virtud. Aquella frase inspirada por una sólida piedad hubiera recordado las sublimes palabras de la reina Blanca á su hijo San Luis: pero dictadas por una preocupacion bárbara no eran sino la expresion orgullosa de un odio feroz.

Anunciata creyó primeramente que Teobaldo habia salido en persecucion del asesino de su padre; así que à medida que pasaba el tiempo sin verle regresar, se sentia ménos tranquila acerca el resultado de aquella empresa. José, el de los Fabiani que habitaba en el pueblo, y de los dos hermanos al que más aborrecia Anunciata, era un hombre

astuto y valiente á la vez, ¿Quién sabe, decia para sí misma, si Burcica habria tomado sus medidas tan bien como creia?... Y luego ¿quién puede responder de las circunstancias imprevistas? Y Teobaldo era el último vástago de los Loncini, la ùnica esperanza de la familia. Pareciale entónces que acababa de exponerlo temerariamente, y esas desgarradoras ideas destrozaban el corazon de la pobre jóven.—¡Oh! ¡qué no sea yo hombre! exclamò; ¡qué no pueda acompañarle y defenderle aunque sea con peligro de mi vida!

Incapaz de soportar por más tiempo sola el peso de aquel dolor, llamó á su sobrina.

La jóven acudió entre triste y alegre.

—¿Se ha levantado ya Teobaldo?¡ dijo Clarita entrando en el aposento y viendo que no estaba en él.

—Escucha, respondió Anunciata imprimiendo un beso abrasador en la frente de la vírgen, tu hermano no ha estado enfermo, pero no por eso deja de correr un gran peligro, porque está en el monte en busca de Fabiani; entiendes?

—¡Dios mio! ¿qué decis? exclamó Clarita poniendose pálida.... ¡Mi hermano! ¡Oh! no, es imposible.

—Silencio! dijo Anunciata, aquí todo el mundo debe creerlo enfermo, y quizàs va en ello su vida: ve á rezar por él las letanías de la Vírgen; esa hermosa Señora, cuya imágen adornas todos los dias con flores debe oir tus ruegos, siendo como eres tan buena, tan pura y tan cándida.

—Recemos juntas, querida tia, pues como ha dicho Jesucristo:—Cuando se reunan dos ó tres personas en mi nombre, yo estaré en medio de ellas.

Las dos se arrodillaron delante de la imágen de la Vírgen que decoraba una de las paredes del aposento, y Clarita levantando al cielo sus ojos bañados en llanto, exclamó desde el fondo de su corazon:

—No le abandoneis, Madre de los huérfanos, consuelo de los afligidos; no permitais que ese hermano querido, tan noble, y tan puro, ofenda al Señor bañando sus manos en la sangre de una criatura hecha à imàgen de Jesucristo; mas no consintais tampoco que sucumba à los golpes de un asesino: tened piedad de mí, Vírgen divina, pues no tengo padre ni madre, y Teobaldo es lo ùnico que me queda aquí bajo.

Y à medida que iba rezando de esta suerte corrian ménos amargas sus lágrimas, y le pareciò que la Vírgen extendia desde lo alto del cielo su poderosa mano para servir de égida á su querido hermano.

Anunciata empero decia:

—Haced, señor, que su brazo sea más ligero que el relampago, y más terrible que el rayo! que derribe à su enemigo y le huelle bajo sus plantas, y le reduzca á polvo, y que nuestro apellido se haga célebre para siempre.

Más esta oracion no aligeraba el corazon de la orgullosa jóven, porque Dios rechaza los votos que son contrarios á la caridad. Asi pues se levantó sin esperanza y sin consuelo, y paseandose á grandes pasos por el aposento, contempló con un movemiento de envidiosa impaciencia á Clarita que seguia postrada, pero cuya fisonomía expresaba tan solo una tristeza dulce mezclada de resignacion y confianza.—¡Cuàn feliz es,

decia para sí misma, y qué no diera yo por parecerme á ella!—Reparando entónces en el catalejos que dejara Teobaldo sobre la mesa, lo cogió, subió á la torre y procuró descubrir si pasaba algo estraordinario en el campo; pero por más que miró, y volvió á mirar, no viò más que el sol brillando como en los dias màs serenos, ni oyò más que el canto monótono de las cigarras, ùnico ruido que turbaba el silencio del monte.

En fin aquel dia terrible, cuyas angustias aumentaba cada minuto que transcurria pasó como los demás: el sol desapareció lentamente detrás de la colina, dejando en el horizonte esas nubes de un rojo dorado, mensajeras de un dia sereno. La luna que se elevaba lentamente en el cielo penetró pronto por entre los intérvalos de los árboles, y sus tibios rayos proyectaban como manojos de luz hasta en lo más profundo del maquis: todo era ya silencio en la naturaleza, las aves dormian en las ramas, y Teobaldo no volvia. Entónces ya no tuvieron tregua los tormentos de Anunciata: abandonóla de repente su fuerza de alma, y le pareció que no volveria á verle sinó muerto, como en otro tiempo á su hermano Antonio, y la valerosa jóven conoció en fin el miedo.

—¡Vírgen santa! si me le volveis sano y salvo exclamó haré con los piés descalzos la peregrinacion de Nuestra Señora de Bastetica.

No pudiendo estar más tiempo aguardando, llamó à Clarita y salió en busca de su sobrino; màs apenas habian las dos mugeres dado algunos pasos fuera de la cerca, que aquel à quien salian á buscar llegó por aquel lado jadeando, pudiendo apenas andar, cubiertos los vestidos de polvo, los cabellos en

desórden y la mano izquierda envuelta en un pañuelo ensangrentado.

—¡Dios mio! ¿qué te ha sucedido? exclamó la jóven.

—Nada malo, respondió con voz apagada, pero creo que tengo calentura.

Anunciata tomó la mano de Teobaldo, y aquella mano quemaba.

—Ven á acostarte, sobrino—le dijo sin atreverse à dirigirle ninguna pregunta.

Y los tres regresaron á la casa sin ser vistos de nadie.

CAPITOLO VIII.

Magnanimidad.

Cuando Teobaldo, exasperado por el ultraje que recibiera de Anunciata, habia salido por la mañana, no llevaba màs objeto que el de respirar libremente el aire y calmar, si era posible, el acceso de cólera que hacia hervir su sangre. Maquinalmente y por costumbre habia tomado su escopeta y seguido el sendero cubierto que conducià al sepulcro de su familla, y desde allí á la Cruz Roja. Apenas habia andado un centenar de pasos, cuando el recuerdo de su violencia vino à llenarle de confusion.

—¿Seré siempre esclavo de mi cólera? se decia à sí mismo, ¿cómo he podido conducirme de esta suerte con una muger más ignorante que culpable, y tan leal, la hermana de mi padre en fin, á quien debo respetar? Cuándo llegaré á ser dueño de mi

propio corazon?... Màs por otra parte, ¡qué prueba tan terrible me teníais reservada, Dios mio, ¡Cuán felices eran los mártires! su sangre corria à torrentes por sus miembros desgarrados por las uñas de hierro ó triturados por los dientes de las fieras, pero al menos nadie podia sospechar que estuviesen faltos de valor. Y yo, ¡desgraciado de mí, me veo acusado de cobardía por mi propia tia, y no puedo sin faltar á mis creencias religiosas lavarme à sus ojos de tan cruel ultraje. ¡Oh! ¡qué no pueda morir gloriosamente por mi fe ò combatir cuerpo à cuerpo con los asesinos de mi familia! ni su nùmero ni su destreza me asustarian: pero no poder desafiarles sin faltar á mi conciencia, oir como me llaman cobarde y merecer en apariencia esta afrenta, ¡oh! es un suplicio superior á mis fuerzas, si Vos, Dios mio, no me ayudais à soportarlo! Sì, viva yo deshonrado, si es preciso, á los ojos de mis compatriotas, pero puro à vuestros ojos.

Y pronunciando estas palabras llegó al sepulcro. Sus meditaciones se hicieron más ardientes, y cuando salió de allí tomó una direccion enteramente opuesta à la de la cascada donde le aguardaba Burcica.

Despues de haber andado mucho tiempo al acaso en medio de rocas y malezas, sintióse fatigado y se sentó al pié de un árbol. En el mismo instante se dejó oir un tiro, y muchos perdigones atravesaron los vestidos hiriéndole uno de ellos en la mano izquierda. A la manera de un toro á quien pone furioso la vista de su propia sangre, el jóven sin reflexionar que una carga tan ligera no podia ser destinada para él, corrió hàcia el imprudente cazador, á quien reconoció al instante, puesto que no era otro que José Fabiani, cuya fisonomía, en

la cual se veian pintadas la astucia y la ferocidad, habia quedado profundamente grabada en su memoria desde que le habia visto en el tribunal.

Al inesperado aspecto de Teobaldo, arrojó su fusil descargado y cogió la pistola que llevaba siempre en la cintura, más fuese que la turbacion y la sorpresa le impidiesen apuntar bien, ó que un salto que dió su adversario hubiese hecho inùtil la exactitud de su puntería, la bala se hundió en el tronco de un árbol, y Fabiani entregado sin defensa al furor de su enemigo, buscó su salvacion en la fuga. Apenas habia dedo algunos pasos cuando enredándosele el pié entre las malezas, cayò sobre los zarzales y fué alcanzado por Teobaldo antes de que pudiese levantarse.

Apoderóse entónces del jóven una tentacion violenta y tal como solo podia resistirla ayudado por la gracia: veia tendido á sus piés al enemigo de su familia, al asesino de su padre, al que acababa de atentar á su propia existencia; ¿no se hallaba pues en el caso de una legítima defensa? Con un movimiento ràpido como el pensamiento, encaró la escopeta á su contrario, mas por otro más rápido aùn la desviò, rechazando como indigna de él una venganza fàcil, que le parecia un asesinato, y se alejó á grandes pasos para huir de una nueva tentacion. Teobaldo anduvo de esta suerte durante mucho tiempo al acaso, sin plan, sin objeto determinado, hasta que el cansancio le obligó à tomar algun reposo. Su corazón palpitaba cual si fuese á estallar, silbábanle los oidos, agolpàbanse los recuerdos á su cérebro confusos y desordenados, y solo se acordaba distintamente de una cosa, á saber, de que habia estado á punto de matar à Fabiani de-

sarmado é indefenso, y dió gracias á Dios de no haberse manchado con la sangre de aquel hombre. Devorábale una sed abrasadora; bebió hasta saciarse en una fuente glacial, y procuró volver al pueblo.

Sorprendióle la noche antes que hubiese encontrado el camino, y no sin gran trabajo logró llegar á su casa. Habíase apoderado repentinamente de él un frio mortal, al que sucedió una ardiente calentura, y no podia casi tenerse en pié cuando encontró á su tia y à su sobrina.

Las dos mugeres pasaron la nochè al lado de su cama, puesto que su estado no era nada tranquilizador: su cabeza ardia, sentia el pecho oprimido, y salian de su boca palabras estrañas, sin enlace y sin sentido. Repetia sin cesar los nombres de Fabiani, y las palabras de matador y asesino. Clarita asustada lloraba y rezaba al lado de su hermano. Sin embargo hácia la mañana pareciò calmarse la calentura y el enfermo recobró su presencia de espíritu. Aprovechando una ausencia de Anunciata, Clarita, à quien habian alarmado vivamente las palabras incoherentes de Teobaldo, le suplicó que le refiriese lòs acontecimientos de la víspera. El jóven cediò á sus instancias, y no le ocultó nada acerca de su encuentro con Fabiani y de sus emociones.

—¡Oh mi pobre hermano, exclamó la jóven, cuánto debes haber sufrido! pero tambien ¡cuán agradable debe ser à los ojos del Señor, de cuantas gracias no debe ser orìgen la victoria que has alcanzado sobre ti mismó!

Un grito de indignacion y de rabia partió del dintel de la puerta: era Anunciata que, entrando de repente, acababa de oir la relacion de Teobaldo y la respuesta de su hermana.

La idea de una ocasion tan favorable desperdiciada, la conviccion acaso más cuel de la poco esperanza que le quedaba de obtener de su sobrino lo que tan ardientemente deseaba, la llénaba de furor: poco faltó para que no llenase de ultrajes al que no podia menos de admirar en el fondo de su alma. Sin embargo el estado de la enfermedad de Teobaldo obligó á Anunciata à contenerse, y salió para exhalar fuera su dolor y sus resentimientos.

Habian acudido muchos vecinos á informarse del estado del enfermo; mas Anunciata al darles noticias de su sobrino no pudo disimular el pesar que la devoraba. Algunas palabras de descontento, algunas sémiconfidencias escapadas á su mal humor fueron maliciosamente interpretadas, Los discursos de los Fabiani, repetidos por sus amigos, contribuyeron á lanzar alguna sospecha sobre la conducta del jóven, y empezò á correr por el pueblo la voz de que el último de los Loncini, no habia heredado el valor de sus padres. Fabiani no tenia el alma bastante noble para publicar la generosidad de su enemigo, quizàs no la habia comprendido y daba gracias á su estrella de no haber muerto en aquella ocasion.

El estado de Teobaldo inspiró durante algunas semanas vivas inquietudes à su familia. Clarita no se separaba de su hermano mi de dia ni de noche, exhortándole à su tuviese paciencia, y prodigándole los más tiernos cuidados.

La juventud y el temperamento del enfermo triunfaron en fin del mal; verificòse una crisis feliz, volvieron poco á poco las fuerzas, y al cabo de algun tiempo pudo Teobaldo dejar la eama.

El verano tocaba à su fin, el sol habia perdido

su ardor, y el otoño, cargado de frutos, ostentaba à los ojos de todos sus sabrosos presentes. Libre de inquietud, disfrutaba Teobaldo del bienestar de la convalecencia. Apoyado en el brazo de su hermana habia podido ya dar algunos paseos por el jardin: asomaban otra vez los colores de la salud en sus enflaquecidas mejillas, y pronto habló á su hermana de proseguir sus interrumpidos estudios, á fin de que Francisco la hallase à su vuelta màs digna de el.

Una mañana que acababa de despertarse más tranquilo y animado que nunca, vió á Clarita arrodillada delante de la Vírgen con la cabeza levántada al cielo y bañados en llanto los ojos.

—¿Qué tienes querida hermana?—preguntó con inquietud.

La jóven se levantó en seguida, abrazó à su hermano y procurando sonreirse.

—Es una niñerìa, dijo, puesto que no puedo tener en la actualidad ningun verdadero pesar; ¡soy tan feliz viéndote en tan buena salud!

Pues yo quiero conocer hasta tus caprichos de niña, Clarita.

—Pues no sabrás nada, dijo esforzàndose en afectar un tono ligero; mas su voz era trémula.

—¿Y por qué no decirlo? repuso con aspereza Anunciata: ¿no debe conocer un dia ú otro nuestra infamia?

Clarita lanzó sobre su tia una mirada suplicante, mas la inflexible jóven sacando de su seno una carta sin sobre:

—Lee esto, dijo á su sobrino, y verás si soy un sér escéntrico, y si tengo ideas extraordinarias, como me lo echas á veces en cara.

Teobaldo tomó el papel y leyó lo que sigue:

SEÑORITA:

—Estimo vuestro carácter, y vuestra sobrina nos «convenia bajo muchos respetos, pero jamás for«mará parte un Peroncelli de una familia de cuyo «jefe se sospecha que no tiene valor. Creed bien, «señorita, que si me veo obligado à retirar mi pa«labra, es con mucho sentimiento, y que ha sido «necesario un motivo como este para hacerme re«nunciar à una alianza que aseguraba mis más caros «intereses, cuales son la fortuna y la felicidad de «mi hijo.

Teobaldo leyó dos veces seguidas este billete fatal, como para buscar en él un sentido menos desfavorable: imposible seria describir lo que pasaba entónces en su alma. Su orgullo natural, su cariño á Clarita, su alma, su corazon todo sufria igualmente. Sin embargo mientras Anunciata permaneciò en el aposento, espiando en el semblante de Teobaldo el efecto de aquella lectura, con una mirada llena de rabia y de desprecio, encontró en la conciencia de su buena conducta en su amor propio quizás, la fuerza necesaria para contenerse y afectar una calma y una indiferencia que estaba muy distante de tener.

Mas cuando las dos mugeres se hubieron retirado y pudo entregarse libremente al acceso de su dolor, gimió, se revolcó en la cama, sollozó como un niño. Sentirse jóven, robusto, lleno de energía y de valor, y ser acusado de cobardìa por haber alcanzado sobre

sí mismo la más difícil victoria; perder por escrúpulo de conciencia y por magnanimidad lo que más queria en el mundo, su reputacion y las esperanzas para lo porvenir de su hermana idolatrada, era un suplicio horrible.

—¡Oh! si le hubiese sido permitido desafiar á José, y correr despues á pedir razon del sangriento ultraje que acababa de recibir de Peroncelli! ¡con qué ardor hubiera tomado las armas aùn cuando hubiese estado seguro de perder la vida vengando su ofendido honor. Más las mismas leyes divinas que lo habian detenido hasta entónces, estaban delante de él, inflexibles en medio de su dulzura; y el pobre Teobaldo lloraba como una jóven; lloraba por no poder derramar sino lágrimas en vez de sangre.

—Oh mi querida Clarita, exclamaba en su desesperacion juré à nuestra madre moribunda servirte de padre, y lejos de contribuir á tu felicidad, soy obstáculo à ella, Sin mí, sin la fatalidad que me persigue, hubieras sido la esposa feliz de Francisco, de ese excelente jóven cuyos virtuosos principios y amables cualidades tanto convenian à tu caràcter dulce y modesto, de ese jóven á quien en tu candor angelical amabas sin duda, y al cual debes renunciar para siempre.

Pero mientras que se desconsolaba de esta suerte atravesó su espíritu un noble pensamiento, y brillo la alegría al través de sus làgrimas, como brilla un rayo de sol despues de la tempestad: acababa de encontrar un medio legítimo de restablecer su reputacion, y de reparar el mal que involuntariamente habia hecho à Clarita. Ese pensamiento, por el cual dió gracias al cielo, mirándolo como una ins-

piracion divina, fué un bálsamo para sus llagas, una bebida refrigerante para su alma sedienta: él secó sus lágrimas, volvió el color à su frente, hizo circular más rápidamente la sangre en sus venas, y lo acogió con esa confianza de la juventud que duda rara vez del éxito, ó por mejor decir con esa fe viva que transporta las montañas,

Tratàbase en efecto para él de hacerse una reputacion sentada en tan sólidos fundamentos de valor que nadie pudiese dudar de que era bien merecida; así pues abrazaria la carrera de las armas, como eminentemente á propósito para proporcionarle los medios de dar á conocer su valor. Se haria soldado, pues ha pasado la edad en que hubiera podido ser admitido en un colegio militar, y por otra parte no era su ambicion la de ascender, sino la de distinguirse lo más pronto posible á la vista de todo el mundo. Necesítanse valor y constancia, y no le han de faltar ni lo uno ni la otra: necesítanse además ocasiones favorables, pero el cielo mismo cuidarà de suministrárselas, pues es Dios en quien tiene puesta su confianza y esa confianza no saldrá fallida.

Un ligero golpe dado en la puerta de su cuarto le sacò de sus meditaciones.

—¿Puedo entrar? preguntò una voz dulce y argentina.

—¡Qué alegre estoy de verte en fin enteramente restablecido! dijo viendo el sonrosado que pintaba à la sazon las mejillas de Teobaldo: vamos á reanudar nuestros estudios, à proseguir nuestros paseos de la tarde: no puedes figurarte el encanto que tienen para mí esas distracciones. Pasemos de esta suerte nuestra vida entera, Teobaldo. ¿Por qué que-

rias casarme tan pronto, alejarme de tí á quien amo tanto? ¿No somos felices estando juntos? ¡Es tan dulce comprenderse, escitarse á la virtud, no tener mas que un corazon y una alma! Puesto que los Peroncelli renuncian á mi mano, no quiero oir hàblar más de matrimonio. ¿Tan necesario es que me case? ¡Cuántas vírgenes cristianas renuncian al matrimonio por amor de Dios! ¿No puedo vivir à tu lado como vivia Anunciata al de nuestro padre? Y cuando tomes esposa será para mí una nueva amiga: ella me amará, yo seré la primera en quererla, cuidaré de vuestros hijos, y seré tambien muy feliz.

—Mi buena Clarita, dijo Teobaldo besándola en la frente, no formenos dulces proyectos. Solo Dios es el árbitro de nuestros destinos: ruégale por mí, y tambien por ti, pobre jóven: ruega y espera, suceda lo que suceda.

Y al decir esto se fué por temor de dejar escapar su secreto.

Por espacio de quince dias el jóven estuvo reflecsionando aùn en los medios de realizar el designio que habia concebido. Peso con su prudencia ordinaria todas las probabilidades del éxcito, firmemente resuelto á no despreciar ninguna, y obrando conforme a esta máxima:—Ayùdate, y Dios te ayudarà.—Escribiò á la baronesa y al abate Duhamel, contándoles con franqueza todo lo que le habia sucedido desde su llegada á Córcega. No se déjó aguardar mucho tiempo su respuesta que iba acompañada de sabios consejos, ùtiles enseñanzas y muchas cartas de recomendacion para diferentes oficiales del ejercito de Africa.

Durante aquellas dos semanàs Teobaldo se mos-

tró màs respetuoso si cabe con su anciana bisabuela y màs cariñoso con Clarita; evitò con cuidado toda querella con Anunciata, y no volvió al monte por temor de tener àlgun encuentro desagradable.

La vispera del dia señalado para su partida dió un triste y prolongado à Dios al sepulcro de su familia, pidió la bendicion á la anciana Loncini en un momento en que se hallaba solo con ella, abrazò á su hermana y à su tia, y levantándose por la mañana antes de amanecer, se hizo seguir por un paisano para que volviese su caballo, y fué á salir á la carretera de Ajaccio para aguardar à que pasase la diligencia.

Clarita, al volver de misa, iba á ponerse á la labor, cuando vió encima de la mesa una carta dirigida á ella, que abrió sin vacilar, porque la letra le era muy conocida. Hé aquí su contenido:

—La felicidad sin duda no es de este mundo, «ó debemos comprarla tal vez à costa de grandes «sacrificios. Yo creia encontrarla en mi familia, «cerca de tì, mi dulce Clarita; mas, como me lo «han repetido muchas veces, yo habia olvidado mi «pais. Para poder permanecer aquí era necesario ó «ser culpable ó vivir deshonrado; cosas ambas que «me son imposibles. Dí á Anunciata que no vol«verá á verme hasta que haya probado que soy «digno de la herencia de los Loncini, y que no ha «degenerado en mi persona su antigua bravura. «Le suplico que vele por tí, querida mia, como una «madre sobre su hija, y que continue cuidando de «los asuntos de nuestra casa con ese desinterés y «maravillosa aptitud de que tantas pruebas nos

«tiene dadas. En cuanto á tí, amada hermana mia, «continua cuidando de nuestra bisabuela, cumple «tu noble tarea, y si mi partida te hace derramar «algunas lágrimas, consuélate á los piés de la Vír«gen: para una alma tan piadosa y resignada como «la tuya ningun dolor puede ser muy amargo. «Vendrá un dia, me complazco en creerlo, en que «tendrémos motivos para alegrarnos uno y otro de «los resultados de nuestra momentánea separacion; «mas si la suerte burlara mis esperanzas, si fuera «nuestro destino el que no volviésemos á vernos «aquí bajo, hay un lugar de delicias que debe reu«nirnos para siempre: nos encontrarémos en el cielo.

TERCERA PARTE.

CAPITULO I.

Contrastes.

Al tomar el comino de Ajaccio, Teobaldo esperaba encontrar en esta ciudad algun buque que le llevase directamente á Africa; tal vez no le pesaba el no pasar por Bastia y evitar las reflexiones de Mr. Cafarelli.

Teobaldo pasó dos dias en la capital de Córcega, que no contiene màs allá de ocho mil almas, y que no ofrece ningun recurso mercantil.

Visitó el museo, la casa donde nació Napoleon, las bellas esculturas del Vivero; admiró la elegancia y la regularidad moderna de la ciudad, sus calles rectas y tiradas á cordel, sus edificios de buen

gusto, y sobre todo el magnífico golfo á cuya orilla está sentada. Mas aunque la posicion de la rada al lado opuesto de la isla sobre el camino de Africa le permite muchas veces ofrecer un precioso abrigo á los buques que navegan entre Francia y Argel, Teobaldo no encontró en seguida lo que buscaba, y fuéle forzoso embarcarse en el buque de vapor que hace el servicio entre Ajaccio y Marsella, para trasladarse desde allí á Argel.

Loncini habia sabido por el diario de Bastia que el comandante Belmont, el padre del niño Jorge, à quien salvara sacàndolo del mar, habia ascendido á teniente coronel del regimiento 49 de línea, que se hallaba á la sazon en la Argelia: esta circunstancia determinó la eleccion del jóven, pues no dudó que hallaria en él las más benévolas disposiciones respecto de su persona; y su esperanza no salió fallida.

Teniéndose por dichoso en poder ser ùtil al que habia salvado á su hijo, el nuevo teniente coronel no descuidò ninguna ocasion de manifestarle su agradecimiento. Por otra parte Teobaldo, que habia llevado cartas de recomendacion para diferentes personajes, se recomendaba suficientemente por sí mismo, pues era valiente, despejado, lleno de ardor y de buena voluntad, mucho más instruido que la mayor parte de los soldados y de los oficiales, y en una palabra reunia todas las probabilidades posibles de adelantar en la milicia.

Apenas hubo vestido el uniforme, sintió un gusto decidido por su nueva carrera; mas no por eso olvidó sus principios religiosos, ni se descuidó nunca de cumplir los deberes que estos le imponian, procurando desempeñarlos sin ostentacion como sin humanos respetos.

La vez primera que sus camaradas le viernon arrodillarse para rezar sus oraciones de la mañana y de la noche, llovieron sobre él mil inconvenientes chanzonetas, más su piedad habia triunfado de peligros mucho mayores para ser vencida por necias burlas; y solo contestó á ellas con una sonrisa desdeñosa, asegurando que sabria mostrarse tan fiel á sus deberes sobre el campo de batalla, como queria serlo á Dios en todos los actos de su vida, y por cierto que no faltó á su palabra. Por lo demàs su valor, su humor placentero su puntualidad en el servicio, no tardaron en atraerle la amistad de sus camaradas, y la estimacion y afecto de sus jefes.

Entre tanto la pobre Clarita lloraba la ausencia de su querido hermano. Parecíale monótona y sin encantos la vida desde que no estaba allí para hacerla más amena. ¡Si al menos hubiese estado tranquila sobre la suerte de Teobaldo! Màs el secreto que guardara sobre su proyecto era para ella más cruel que lo hubiera sido la misma revelacion.

Perdíase en conjeturas, sin poder adivinar los designios y las esperanzas de su hermano, y esa incertidumbre la llenaba de terror. ¡Con qué impaciencia suspiraba por tener una carta suya! Llegó por fin esa carta rebosando cariño y llena de buenos consejos, pero sin muchas explicaciones acerca el partido que habia abrazado, ni sobre lo que pensaba en adelante hacer.

Al propio tiempo cayeron nuevos pesares sobre la pobre jóven: su bisabuela murió de vejez, bendiciendo á su querida Clarita. Mma. Loncini murió casi repentinamente, sin enfermedad, sin dolor, como

una làmpara cuyo aceite se ha consumido enteramente. Cuando la pobre jóven hubo cerrado los ojos de su bisabuela, y la hubo depositado con todas las ceremonias de costumbre en el sepulcro de sus padres, le pareció que ya no le quedaba nada más que hacer aquí bajo, abandonada como estaba por su hermano y por su novio; y su aislamiento le dió miedo, puesto que su tia no era para ella una compañera.

Por un lado Anunciata inspiraba á su sobrina más temor que confianza, más respeto que amor, por más que tuviese por ella un cariño real; por otro el pesar hacia doblar bajo su peso de plomo aquella frente altiva: burlada en sus màs queridas esperazas, temerosa de ver extinguirse de un dia á otro el nombre de la familia humilladó, extraña al espíritu de piedad, y por consiguiente à la resignacion, sin fuerza sobrenatural para sobrellevar su dolor, esa muger, por otra parte tan enérgica, lo exhalaba en quejas, en mormullos, en palabras ofensivas contra el sobríno á quien sin embargo amaba todavía. Esas injustas quejas hacian padecer mucho á Clarita, quien no pocas veces procuró, aunque con tímido acento, tomar la defensa de su hermano; más el humor de Anunciata se exasperaba à la menor contrariedad, sus ojos airados arrojaban fuego, y lanzaba màs terribles imprecaciones contra su sobrino.

Asì pues la jóven se resignaba á sufrir en silencio este nuevo género de afliccion, y buscó su alivio al pié de los altares, rezando en favor de aquel hermano querido mil veces más plegarias que injurias vómitaba contra él Anunciata. Las lágrimas de Clarita no corrieron sin consuelo: Dios

permitió que su alma recobrase de nuevo la paz y la esperanza. Consagrò más tiempo á esos ejercicios de piedad, creóse ocupaciones para llenar el vacío que dejaban en su existencia la muerte de su bisabuela y la ausencia de Teobaldo. Encontró distracciones en los estudios de que su hermano le habia dado alguna idea, redobló sus cuidados con la anciana Cati, y no tardó en recobrar con esa vida de inocencia y de buenas obras, sinó la dicha, al ménos esa tranquila calma, esa seguridad del alma que por un momento la habian abandonado.

Presa de una sombría melancolía Anunciata veia su belleza ajarse rápidamente: rodeaba sus ojos de fuego un círculo azulado, sus mejillas se habian enflaquecido, y su cabellera de ébano se cubria de numerosos hilos de plata: hasta parecia abandonarla poco á poco la energía de su caràcter; permitia á su vieja criada que se tomase cierta especie de autoridad en la casa y que los rebaños de sus pastores remoneasen impunemente los árboles del cercado, y parecia como que un secreto designio ocupase exclusivamente su espíritu. Resuelta à cumplir el voto que hiciera á la Vírgen, partió en peregrinacion para Bastetica, segun lo habia prometido, dejando que lastimasen sus piés desnudos las rocas y las malezas del camino. Aquella alma extraviada ignoraba que los ejercicios de devocion deben practicarse con fe y caridad, si queremos que nos sean provechosos, y que Dios, que dispensa sus gracias á los humildes, rechaza los votos de los soberbios. Los piés ensangrentados de Anunciata se curaron antes que su corazon.

Ese cambio que se habia verificado en la persona de su tia, tenia grandemente alarmada á Cla-

rita, la cual venciendo su natural timidez, empleó todos los recursos de su talento y de sus gracias para distraer y consolar à la que de esa suerte padecia de un mal desconocido, procurando hacer penetrar en su corazon algunas saludables inspiraciones de piedad y de amor.

Entre tanto las cartas de Teobaldo traian de vez en cuando alguna alegría á esa afligida familia. No hablába ni de adelantos ni de triunfos, pero se podia fácilmente comprender que estaba contento con su suerte; y sin fijar término á su vuelta, dejaba entrever la esperanza de que su ausencia no seria tan larga como à su partida habia temido.

De repente un acòntecimiento de mucha gravedad vino á sembrar la consternacion en la familia de los Fabiani, y á dar alguna distraccion à la monótona existencia de la casa Loncini. José fué encontrado muerto en el monte con el pecho atravesado por una bala y con los muslos rotos á consecuencia de una caida que debió dar sin duda al querer huir de su asesino.

Segun relacion de los médicos el infeliz debió haber sobrevivido dos ó tres horas à sus heridas: un reguero de sangre manifestaba que se hàbia arrastrado cerca de un cuarto de legua esforzándose en volver á su morada. La justicia y los parientes de la víctima hicieron muchas pesquisas, más el asesino permaneció ignorado. Acusòse de ese crímen al bandido Burcica, el aliado de los Loncini, màs ninguna prueba vino en apoyo de esta sospecha, y por otra parte el bandido no se dejó prender, y burlò, como en otras ocasiones, las emboscadas de los gendarmes y tiradores.

Cuando llegó esa noticia à oidos de Anunciata,

brilló desde luego una alegría de hiena en su semblante que se tiñó de un súbito encarnado; pero recobrando casi al momento su ordinaria palidez, exclamó temblando de despecho:

—¡El matador de mi hermano no debia morir à manos de un extraño!

—Desde aquel trágico suceso el humor de la orgullosa jóven se volvió más feroz y sombrío, y se alteró más su salud: no salia de casa, y ni aún de su aposento, sino para llevar á la Cruz Roja la provision de pólvora de Burcica, y algunas veces pan y vestidos, y hasta se hubiera dicho que despues de la muerte de José Fabiani se mostraba para el bandido mucho más puntual y generosa.

Clarita no acompañaba nunca á su tia en esas expediciones: por otra parte por buena y caritativa que fuese, aquel hombre le inspiraba una repugnancia instintiva, que no estaba en su mano remediar, al paso que todos los pobres del pueblo participaban de sus socorros y de su benevolencia, pues siempre tenia para ellos en su casa sopa ó patatas que se complacia en distribuirles con sus propias manos: procuró tambien reunir algunas niñas pobres para enseñarles el catecismo y la costura. No era cosa fàcil civilizar á aquellas pequeñas salvajes acostumbradas desde su infancia á correr todo el dia sin freno y casi desnudas; mas Dios bendijo la buena intencion y los esfuerzos de Clarita, y dos ò tres de aquellas niñas llegaron á ser con el tiempo virtuosas madres de familia, y hábiles obreras.

En esto, Francisco de regreso á Vescovato, supo con sentimiento el rompimiento del proyectado enlace: trató de calumnias las injuriosas voces que

habian circulado acerca de aquel á quien llamaba su hermano, y suplicó à Mr. Peroncelli que se deshiciese, si era posible, lo que se habia hecho. Convencido el anciano de que habia sido engañádo por falsos informes, cedió en fin à las instancias de su hijo, y más todavía à las diestras insinuaciones de su muger que, encantada de lo que habia oido decir de las virtudes de Clarita, deseaba vivamente tenerla por nuera; pero Anunciata rechazó con desden cuantas insinuaciones le fueron hechas acerca de esto.

—Mi sobrina no es una mercancìa que se deja y se toma cuando se quiere, contestò con orgullo al enviado de los Peroncelli: todo se ha acabado entre nosotros.

La misma Clarita declaró que no queria disponer de su persona durante la ausencia de Teobaldo: por otra parte la salud de su tia le daba sobrada inquietud para que pudiese fijarse en otros pensamientos. Anunciata languidecia como una palmera agitada por el viento del desierto; el despecho y los remordimientos minaban acaso sordamente aquella altiva belleza. Al prodigarle las más delicadas atenciones, Clarita se esforzaba en inspirarle algo de esos sentimientos de resignacion que la daban à ella tanta tranquilidad, que la hacian tan feliz, por decirlo así, en medio de su solitaria existencia: mas el corazon de la tia permanecia insensible así á las dulces insinuaciones como á los ejemplos de su jóven compañera; y es que el orgullo y el odio son, de todas las pasiones, las más opuestas al Evangelio.

Por lo demás el género de vida de Anunciata y de Clarita en nada se diferenciaba exteriormente del

de las demás mugeres del pais: todas se entregan à los cuidados domésticos, á las labores de la casa é ignoran los frívolos placeres de que gozan los mundanos en el continente; todas viven en el interior de la familia, contribuyendo á su bienestar con su trabajo y con sus economías; pero pocas de ellas beben en la piedad esas luces consoladoras que, à la vez que dirigirian su intencion al cielo, podrian hacer tan meritoria á los ojos de Dios y tan útil al progreso y al mejoramiento de las costumbres aquella vida de abnegacion y de retiro. No sucedia así con Clarita, la cual no tan solo cumplia con exactitud todos los deberes exteriores de la religion, sino, lo que es más, se penetraba de ese espíritu de dulzura y de caridad, de humildad y de resignacion á la voluntad de Dios, que son la esencia del cristianismo; y de esta suerte encontraba en la práctica de los deberes que impone, un encanto sobrenatural que le daba fuerza contra las tentaciones y los peligros, y que hasta le hacia gozar en esta vida algo de esa dicha que solo esperaba hallar cumplida en el cielo.

CAPITULO II.

Los funerales.

Tres años despues de la marcha de Teobaldo, una noche en que el lebeche, soplando con furia derribaba en los pueblos los techos de las cabañas y arrancaba en los bospues los antiguos robles, Clarita, sentada en medio de sus criadas, hilaba à la luz de una lámpara la lana destinada à tejer una saya para la vieja Cati. Anunciata, abismada en sus reflexiones, medio echada en el gran sillon que ocupaba antes su abuela, permanecia sumergida en una sombría melancolía. No era ya aquella belleza altiva, de mirada de fuego, de esbelta y majestuosa estatura; sino una muger gastada más que por los años y la enfermedad, por un pesar que la devoraba: sus facciones, que una horrible flaqueza hacia aparecer màs pronunciadas todavía,

se dibujaban sobre la pared pintada el fresco (1); y sus miradas se dirigian vagamente á los retratos de los Loncini, suspendidos delante de ella, y á los de Sampietro (2) y de Paoli (3), que sirven ordinariamente de adorno à las habitaciones de la isla.

---

(1) En Córcega los aposentos no están entapizados, sino que las paredes y los techos están con más ó menos habilidad pintados al fresco.

(2) Sampietro, célebre capitan corso, nacido en 1501 de padres oscuros, llegó á ser comandante de las tropas italianas que estaban al servicio de Francia bajo los reinados de Francisco I y Enrique II. Distinguióse por su valor y por su odio contra los genoveses, sus enemigos naturales, á los cuales causó muchos descalabros; pero deshonró sus laureles con sus crueldades y sobre todo con la muerte de su muger, Vanina de Ornano, heredera de la más ilustre y rica familia corsa, á la que estranguló con sus propias manos, porque habia tomado el camino de Génova para implorar del senado la gracia de su marido. Habiéndose hecho odioso en el continente, Sampietro perdió su mando, y regresó á Córcega donde habiendo reunido à sus compatriotas, arrebató á los genoveses las principales plazas de la isla, y se mantuvo trés años en ellas reinando como soberano. La república de Génova, que desesperaba de vencerle, le hizo degollar traidoramente por Vitelli su segundo, á quien habia comprado.

(3) Pascual Paoli, el héroe de la Córcega, nacido en 1726 en el pueblo de Stretta, fué educado en Nápoles, á donde habia seguido á su padre. Admitido en la escuela militar de esta ciudad recibió en ella una instruccion la más sólida. Mas tarde se reunió en Córcega con su hermano Clemente, y no tardó en ser proclamado jefe ùnico de la isla. Vencedor de todos sus rivales, derrotó á los genoveses en diferentes encuentros y les obligó á replegarse en las plazas marítimas. Cuando estos tomaron el partido de ceder á la Francia una soberanía que se les escapaba de las manos. Paoli sustuvo mucho tiempo todavía esa desigual lucha. Desplegando toda su energía tomó en poco tiempo una indisputable superioridad sobre las tropas francesas que mandaba el marqués de Chauvelin, mas el conde de Vaux, enviado á Córcega al frente de veintidos mil hombres, sometió en fin la ísla, y Paoli se embarcó para Inglaterra. Llamado de nuevo á su patria y presentado á Luis XVI en 1789, recibió el titulo de teniente general y el mando militar de la Córcega. donde fué recibido con entusiasmo por sus compatriotas. Asustado más adelante de los progresos de la revolucion y deplorando la muerte del monarca francés, incluido por la Convencion en una lista de generales acusados de traicion, reunió á sus partidarios y expulsó á los franceses de Córcega, despues de haber llamado á ella á los ingleses, pero burlado por estos, y privado del vireinato que fué dado á lord Minto, regresó á Inglaterra para quejarse del agravio que se le acababa de inferir, muriendo en un pueblo cerca de Lóndres, el 5 de febrero de 1807.

—Dios mio, ¡cuàn lúgubre suena ese viento! exclamò Clarita penosamente impresionada. ¡Oh! ¡qué mal debe estar el mar con semejante tiempo, y cuánto compadezco á esos pobres marineros que luchan con la tempestad, y á sus mugeres y hermanas que viven en el temor de los peligros que ellos corren, y que nada pueden hacer para socorrerles!

Y la jóven suspiró, porque pensaba en Teobaldo.

—¡Quién sabe si está al abrigo de todo peligro!—decia para sí misma.

—Escuchad, exclamó la más antigua de las criadas, ¿no ois gemidos humanos al rededor de la casa? Son los lamentos de las almas del purgatorio, pues se dice que cuando hace este tiempo vienen á pedir oraciones á los parientes y á los amigos que dejaron en este mundo.

—No creais esas cosas, ama, respondió con sencillez Clarita: aun cuando nada hay imposible para Dios, este no permite que las almas de los muertos vengan à turbar el reposo de los vivos. Teobaldo me ha repetido cien veces que todas esas creencias no son más que supersticiones que debemos desechar.

—¡Buen Dios! ¿no habeis visto, señorita, moverse el retrato de vuestro padre?

Todas las criadas y hasta la misma Clarita por un movimiento involuntario se acercaron las unas à las otras.

—Sin duda el viento que entra por la puerta ha movido ese cuadro, dijo la jòven; pero recemos, recemos á la vez por los vivos y por los muertos.

Y poniéndose de rodillas rezó en alta voz las letanías de la Vírgen: Anunciata y las criadas contestaban: *ora pro nobis*.

En este momento una ráfaga impetuosa de viento arrojò hasta el medio de la sala las ardientes cenizas del hogar, é hizo temblar la puerta un violento aldabazo.

Todas las mugeres se estremecieron.

—¡Abrid por piedad! gritó una voz angustiada.

—Es un hermano que padece, exclamó Clarita, y no debemos negarle la hospitalidad.

—Ciertamente que no, respondió Anunciata levantándose. Seguidme, Lucia,—dijo à la criada más antigua.

Esta cogió la lámpara que colgaba de la pared, y que vacilò y se apagó en sus trémulas manos. Mientras que la encendia de nuevo, Anunciata corrió hácia la puerta y retirando su cerrojo:

—Sed bien venido, cualquiera que seais, dijo, y decidnos qué es lo que venis á hacer aquí.

—¡A morir! contestó una voz ahogada que hizo estremecer à la jóven. El que á hierro mata morirá á hierro; y segun parece puede decirse lo mismo de las demás armas.

Clarita, que llevaba ella misma la luz lanzó un grito de terror al reconocer á Burcica, pálido y ensangrentado.

—¡Dios mio! ¿qué os ha sucedido? le preguntó.

—He recibido un balazo en el pecho.

—Sobrina, ayudadme á llevar á nuestro amigo al cuarto de los forasteros, exclamó Anunciata, que se habia puesto tan pálida como el herido, pero que parecia haber recobrado repentinamente toda la energía de su carácter. Cati, ve adelante con la luz, y tú, Lucía, corre á arreglar la cama.

—No hay porque tomarse tanta molestia, murmuró Burcica. Hace quince años que duermo en el

suelo, y hubiera sido necesario acabar la vida como un perro, sin confesor, sin sacramentos, ser despepedazado tal vez por los buitres, en lugar de descansar en tierra sagrada, y no he querido; y como estaba demasiado lejos de mi pueblo, he pensado en vos, señora Anunciata.

—Y habeis hecho muy bien, Burcica: pero no moriréis: voy á enviar á llamar al cirujano; y además tambien à mì se me alcanza algo de curar llagas.

El bandido meneò la cabeza.

—Sé lo que me espera, dijo, y no me engaño. Pronto, que venga el señor cura.

—Corred á buscarle en seguida, dijo Clarita á Cati, la màs jóven la más lista de sus criadas, y sobre todo no hableis más que á él.

Entre tanto Burcica descansaba en la blanda cama su cuerpo dolorido.

«Dejadme entreabrir vuestro chaleco y ver la herida, dijo Anunciata.

—No, contestó: quiero conservar todas mis fuerzas para hablar al cura, despues veremos..... Dadme de beber, si os place; sufro horriblemente.»

Clarita corriò á buscar un vaso de agua y vino, que el bandido apuró de una vez.

—¿Desde cuando estais herido? preguntó Anunciata.

—¿Qué sé yo? acaso fué al medio dia; pero me parece que hace casi un siglo... Esos pícaros de tiradores... ¡Si me fuese dado encontrarles otra vez!

—¿Son ellos los que os han herido?

—¿Son acaso los gendarmes corsos para tener tan buena puntería? Han tirado à cien pasos de

distancia y sin embargo, han dado en el blanco; son unos valientes muchachos ¿no es verdad?

—¿Y como lo habeis hecho para no caer en sus manos?

—Estaba á diez pasos de distancia la cueva de los Fabiani, contestó con una volubilidad febril, y me he ocultado en ella: veinte veces han pasado por la misma roca que me servia de asilo, sin sospechar que estuviese tan cerca de ellos; oia el ruido de sus pasos, sus conversaciones, su respiracion... ¡Pardiez! ¡Cuanto padezco!... En fin, es preciso morir; no deja de contrariarme sin embargo; yo habia formado otros proyectos: algunos meses más y acababa de purgar mi rebeldía: Jacobo me habia prometido su hija, la linda Vanina que va á cumplir quince años, y que es hermosa como unos amores: hubiera vivido tranquilo en mi pueblo en medio de mí familia: hubiera tenido hijos... ¡Y el señor cura que no viene!... Rogad á Dios por mí, señora; no sois del todo extraña, á fe mia, en el hecho que más me pesa en la conciencia,

—El pobre Burcica delira, dijo Anunciata à su sobrina: vé à ver por la ventana de mi cuarto si á la luz del farol de Cati veis venir al cura.

¿Tenia algo que decir en particular al moribundo, ó temia que hiciese este alguna revelacion indiscreta delante de aquella jóven? Clarita no lo sospechó siquiera, y no oyendo nada se puso á rogar á Dios que se apiadase de aquel pobre pecador, y le diese tiempo para arrepentirse.

El sacerdote á quien habian tenido que ir à buscar à casa de otro enfermo, llegó corriendo, y fué introducido en el cuarto del herido. Entónces salió de él Anunciata: sus facciones estaban contraidas y

sus labios sin color temblaban de una manera convulsiva. Encontrando á Clarita postrada á los piés de la Vírgen, se arrodilló á su lado, y algunas làgrimas, lágrimas tal vez de arrepentimiento se deslizaron furtivamente por sus mejillas.

A su vez llegò el cirujano del pueblo, pero tuvo que aguardar todavía màs de un cuarto de hora antes que Burcica hubiese terminado su confesion

Por fin llegòse el cura à abrir la puerta del cuarto. Anunciata fué la primera en entrar: el moribundo le dirigió algunas preguntas en voz baja que parecieron causar en ella una impresion muy estraña, pues vaciló y tuvo que apoyarse en la madera de la cama.

El cirujano se acercó entonces à registrar la herida. Era esta ancha y profunda, pero mientras que trabajaba en extraer la bala el paciente lanzó un grito de dolor, dejó caer la cabeza y exhaló su alma.

—Todo se acabò (1), dijo el cirujano, echando la sábana sobre la cabeza del cádáver.

—Todavía no, dijo Anunciata haciendo un esfuerzo para contener su emocion. Este hombre, señores, fué un valiente: vivió y ha muerto como tal: que sus funerales sean dignos de su vida y de su fin. Señor cura, cuento con vuestro ministerio,

—Burcica ha muerto como cristiano, y como cristiano será enterrado, dijo el sacerdote.

—No basta, repuso Anunciata: reunid todo vuestro clero, desplegad todas las pompas de la religion, como se hizo para mi hermano: no escaseis ningun gasto; corre todo por mi cuenta.

---

(1) La palabra *muerto* va casi siempre acompañada de la esclamacion *salute a noi* (salud para nosotros).

—Hija mia, si teniais afecto á ese hombre rogad á Dios por el descanso de su alma; es el mayor servicio que le podeis prestar: por lo demàs se hará todo segun vuestro deseo.

Empezaba á apuntar el dia; el cirujano se retiró y el sacerdote arrodillándose cerca del cadáver, rezó el oficio de difuntos. Clarita fué á reunìrsele. En cuanto á Anunciata ocupábanla exclusivamente otros cuidados. Apagó el fuego del hogar y cerró cuidadosamente las puertas y las ventanas (1); luego envió expresos à Corsico à fin de avisar á los parientes y amigos de Burcica é invitarles à la fùnebre ceremonia. El cuerpo del bandido lavado y vestido con el traje de los penitentes azules, cofradía de la cual habia sido individuo, fué colocado en medio del aposento encima de una mesa cubierta de un paño negro. Varias mugeres del pueblo recibieron una pequeña cantidad cada una para hacer de lloronas y empezaron en seguida sus gritos y sus lamentos.

Clarita se habia retirado y lloraba en silencio en su aposento; mas Anunciata, despues de haber hecho todos los preparativos necesarios para que nada faltase à los nuevos huéspedes que aguardaba, fué á colocarse en medio de las mugeres escitàndolas con sus propias lágrimas; y dirigiéndose al cadàver.

«Maldicion, exclamó, al que ha cortado el hilo de tu vida!

«Sea aborrecido de Dios y de los hombres!

«Perezca à manos de un cobarde y que nadie vengue su sangre!»

---

(1) Costumbres corsas.

Y las mugeres redoblaban sus gritos mesándose los cabellos.

Entre tanto fueron llegando, los unos despues de los otros, los parientes y amigos de Burcica. A cada nueva visita aumentaban los sollozos y las imprecaciones; pero estas subieron de punto cuando entrò en el aposento la bella Vanina, la novia del bandido, acompañada de su padre y de su madre.

Anunciata, en pié delante del ataud, empezó en seguida la fúnebre elegia (1).

«Por qué has abandonado la vida cuando estabas aún en toda la fuerza de tu edad?

«No era encantadora la novia que te estaba prometida.

«Existe nada comparable al brillo de sus ojos?

«Ella te hubiera dado hijos cual ella hermosos y valientes como tù.

«Por qué has dejado la tierra, ¡oh Burcica!

«El hombre fuerte ha confiado demasiado en su fuerza, ha aflojado un momento en su prudencia y le han asaltado sus enemigos.

«Lo han atravesado de un balazo, pero sin acercársele, porque no se hubieran atrevido à mirarle á la cara,

«Le han muerto, y á su caida se ha estremecido la tierra.

«Y han resonado con ella los ecos de las montañas.

«Y hasta el lebeche ha gemido en el oscuro valle.

---

(1) *Ballata ó ronceri*, elegía improvisada. No es raro encontrar en Córcega mugeres que improvisan versos sin tener ninguna nocion de literatura: dáselas el nombre de voceratrices.

«Perezcan de mala muerte todos los qne han contribuido à la suya.

«Beba la tierra su sangre!

«Saciense los buytres en sus cadàveres!

«Mas tu, oh Burcica, descansa en tièrra santa:

«Duerme en paz en la tumba que van à abrirte tus amigos.

«Y reciba Jesucristo tu alma!»

Al terminar estas imprecaciones Anunciata se dejò caer de rodillas.

La madre de Vanina exhaló tambien sus lamentos, haciendo al mismo tiempo un pomposo elogio de aquel à quien esperaba pronto dar el nombre de yerno.

En esto llegaron los sacerdotes y todos los asistentes se acercaron al muerto y le besaron en la boca, despues de lo cual lo acompañaron á la iglesia y al cementerio, donde se renovaron las mismas escenas, y de gritos y sollozos.

Unicamente Clarita no habia tomado ninguna parte en todas estas demostraciones medio paganas y exageradas que repugnaban à su dulzura y á la sencillez de su carácter. No comprendia como pudiesen mezclarse gritos de venganza á las ceremonias cristianas, y arrodillada al pié de la cruz:

«¡Dios mio, exclamaba, que quisisteis morir para la salvacion de los hombres, tened piedad de esa pobre alma, derramad sobre ella la abundancia de vuestras misericordias y recibidla en vuestros eternos tabernàculos! tocad tambien con vuestra gracia à todos aquellos á quienes extravia un odio culpable, y haced que florezcan entre nosotros la justicia y la caridad.»

Y mientras estaba orando todavía, Anunciata, entrò en su aposento pálida y desgreñada: abandonola en cuanto se vió sola la energía que la habia sostenido en presencia de tantos testigos, y cayó casi sin conocimiento en los brazos de su sobrina.



CAPITULO III.

Lances de guerra.

Al propio tiempo que Burcica caia atravesado por las balas de los tiradores corsos, pasaba en los campos de la Argelia una escena mucho más dramàtica.

Un convoy escoltado por solos treinta hombres habia sido enviado hàcia el *blockaus* de Mered. El comandante de esa pequeña partida, antiguo oficial del 49, marchaba con una seguridad completa en medio de aquel terreno accidentado; cerca de él un jóven sargento primero, robusto infatigable y condecorado con la cruz del valor que le habian merecido sus numerosas hazañas, parecia haber concebido algun recelo. Prestaba oido al más insignificante rumor, y su ojo penetrante se fijaba de vez en cuando en las profundidades de una

garganta extrecha que parecia infundirle sospechas.

De repente se dibujó una forma blanca al través de las ramas de un azufaifo y desapareció casi en seguida.

—Teniente, el enemigo está allí, exclamó el jòven señalando con la mano el desfiladero.

—Estais loco, Loncini, respondió el jefe: los árabes no son bastante atrevidos para atacarnos casi á las puertas de Bouffarick.

Apenas habia pronunciado estas palabras cuando llegó silbando una bala à metérsele en el pecho: el desgraciado oficial vaciló y cayó muerto.

Loncini, que de derecho se encontraba jefe de la partida, hizo colocar los carros formando cuadro, y se colocó con sus hombres dentro de aquella fortificacion improvisada.

Apenas habia terminado esos preparativos, cuando salieron los árabes en gran número del desfiladero que escitaba hacia tiempo sus sospechas.

Atacaron el convoy con un ardor increible; mas el destacamento, alentado por el ejemplo y por las exhortaciones del jóven sargento, opuso, à pesar de ser poco numeroso, una resistencia obstinada. Al abrigo detrás de sus carros, los franceses no se descubrian sino para lanzar una lluvia de balas sobre sus enemigos, y retirarse en seguida. Teobaldo tiraba sin dencanso, y era tal la exacltitud de su punteria, que cada uno de sus tiros llevaba la muerte al campo contrario.

Sin embargo los àrabes, cuyo número iba siempre en aumento, hubieran triunfado del valor de aquel puñado de hombres, á no haber acudido en su socorro la guarnicion de Bouffarick, advertida por

el ruido de los tiros. A su vista los enemigos se dispersaron en todas direcciones, y el convoy pudo continuar su camino.

Este dia empero debia ser famoso por un suceso màs memorable aún en la vida de Teobaldo. Apenas habia andado una hora cuando, llegado á una altura, vió una cuarentena de beduinos sentados à la orilla de un arroyo, que descansaban de las fatigas del dia. Cerca de ellos pacian en libertad algunos caballos y un gran nùmero de cabezas de ganado. Nada más fàcil que evitar su encuentro, puesto que no parecian estar dispuestos para el ataque, y que el valle en que se hallaban estaba apartado del camino que debia seguir el convoy; mas en medio de aquellos hombres, cubiertos todos con su blanco albornoz, uno, con el uniforme de oficial francés, estaba de pié atado á un árbol y empezando á sufrir sin duda los horrores de un cruel cautiverio.

Compadecido de aquel hombre, y sin consultar más que su valor, Teobaldo divide en dos partidas su escasa tropa, deja parte de ella para custodia de los carros, y se lanza con la otra sobre los árabes, sorprendidos de su arrojo. Mas tranquilos estos al ver el poco número de sus agresores, corren á las armas y se defienden algun tiempo; pero vense acosados con tanto ardor y sufren desde luego tan grandes pérdidas, que pronto no piensan sino en buscar su salvacion en la fuga. Uno de ellos salta à caballo, despues de haber desatado apresuradamente al cautivo del àrbol, y sujetándole á una larga cuerda lo arrastra detrás de sí con toda la velocidad de su caballo. El desgraciado oficial hubiera sucumbido, si, con un movimiento màs rápido

que el pensamiento, Teobaldo no hubiese apuntado al árabe fugitivo y disparado con tan admirable precision, que, á pesar de la enorme distancia que les separaba, le tendió muerto en el polvo sin tocar al caballo ni al prisionero.

Los demás árabes se habian entre tanto dispersado por el campo. Loncini no creyó prudente perseguirles: reunió la partida y corrió él mismo al encuentro del oficial á quien habia salvado, y que, sin fuerzas para poder reunirse con sus libertadores, permanecia echado en el suelo cerca del ensangrentado cadáver del beduino.

—Sois libre, capitan,—dijo Teobaldo mientras que sus soldados se apoderaban del rebaño abandonado por el enemigo.

El oficial no contestó, porque habia perdido el conocimiento, y acercándose más el jóven le levantó la cabeza; mas apenas hubo lanzado una mirada sobre aquel semblante manchado de sangre y de polvo, dejó escapar de su pecho un grito de sorpresa.

—¡Dios mio! ¡sed para siempre bendito por haberme dado ocasion de ejercer la única venganza digna de un cristiano!—murmuró palpitando de alegría.

Y con una fuerza más que humana cargó sobre sus hombros el magullado cuerpo del oficial, que no era otro que Pascual Fabiani.

En cuanto la partida vencedora hubo llegado al campamento de Mered, el jóven sargento primero, despues de haber recibido las felicitaciones de sus jefes, se trasladó á la tienda donde descansaba el enemigo de su familia, cuyas heridas habian sido cuidadosamente curadas.

—¿Como os sentís, capitan?—le preguntó en corso con una emocion difícil de describir; porque despues que el capitan habia sido colocado en uno de los carros del convoy, Teobaldo, que le habia sido designado como su libertador, despues de haberle prodigado los más inteligentes cuidados, habia prohibido que le hablasen.

—¡Cómo! dijo Fabiani incorporàndose en su cama, ¿mi salvador es un compatricio mio?

—¿Y me será permitido añadir que vuestro amigo? preguntó el jóven.

—¿Podríais dudarlo? exclamó el capitan tendiéndole la mano.

—No sabeis todavía mi nombre, repuso el sargento.

—Decídmelo para que enseñe á mis hijos á bendecirle; porque à no ser por vos serian huérfanos, y mi pobre Tecla gemiria bajo sus vestidos de luto.

—Soy Teobaldo Loncini,—exclamó el jóven sin poder retener sus lágrimas de alegría.

Hubo un momento de silencio. La sorpresa, la admiracion, la vergüenza tal vez, hacian que el oficial fuese incapaz de pronunciar ni una sola palabra.

—Sois, exclamò por fin, el más generoso de los hombres.



CAPITULO IV.

Desenlace.

En una hermosa mañana de primavera, Anunciata apoyada en el brazo de su sobrina, volvia de la iglesia, andando con dificultad, porque acababa de salir de una enfermedad larga y peligrosa.

—Mi buena tia, le decia Clarita, ¡qué contenta estoy al veros restablecida, y sobre todo más tranquila y feliz que el invierno pasado! ¿No es verdad que es muy bueno confiar en Dios y resignarse á su santa voluntad? ¿No es verdad que es más dulce derramar làgrimas de amor al pié de la cruz que alimentar el odio en el corazon?

—Niña, contestó Anunciata, esos pensamientos piadosos han llegado para mí demasiado tarde: hay faltas que no tienen remedio.

—No digais eso, mi buena tia. ¡Ah! ¿no hemos

ofendido todos al Señor? Pero él es tan bueno, que nos perdona en cuanto nos arrepentimos de nuestros pecados. He leido en mis libros que el arrepentimiento es hermano de la inocencia.

—¡Còmo tarda nuestro sobrino en escribirnos; dijo Anunciata. Si le sucediera alguna desgracia, moriria yo de sentimiento, porque seria yo la causa.

—Nó, nó, tranquilizaos: tengo en el fondo del corazon una alegría que me anuncia que recibirémos pronto buenas noticias suyas...

—¿Y por qué deja pasar tanto tiempo sin dárnoslas? Cuando pienso que el último vástago de los Loncini es hoy simple soldado, y que está expuesto á todos los peligros de la guerra, y todo por culpa mia....

En aquel momento dejàronse oir pisadas de caballos al extremo de la calle: las dos mugeres volvieron la cabeza.

—¡Oh Dios! ¡es él! ¡es Loncini!—exclamaron las dos á la vez.

Un momento despues el jòven estaba en sus brazos, vestido con su elegante uniforme de subteniente, pues acababa de alcanzar este grado, y brillaba además en su pecho la cruz de honor.

—¿Qué veo? exclamó Anunciata despues de los primeros abrazos, eres oficial, estás condecorado, y no nos lo habias escrito!

—Mi querida tia, contestó el jòven, vos habiais dudado de mi valor; os juré no volver à vuestro lado sino despues de haberos dado pruebas de que lo tenia, y os he cumplido la palabra.

Làgrimas de alegría y de orgullo inundaban el semblante de la tia. Clarita estrechaba à Teobaldo

contra su corazon, y habíase reunido en torno de ellos una multitud de personas atraidas por la curiosidad.

—Metámonos en casa, dijo el jóven oficial, pues estoy reparando que nos damos en espectáculo.

— Sobrino, dijo Anunciata, si hubiese sabido con tiempo tu llegada, hubiera reunido á todos mis amigos á fin de que la recepcion hubiese sido digna de tí.

Acababa apenas de decir esto cuando una jóven seguida de un niño, llevando à otro de pecho en sus brazos sale corriendo de la casa de los Fabiani, se abre paso por entre la multitud, y viene á postrarse á los piés del jòven.

—¡Sois vos el que habeis salvado la vida á Pascual! exclama fuera de sí, ¡vos á quién teníamos por enemigo, y que habeis defendido su existencia con riesgo de la vuestra!

Y besaba llorando de alegría las manos del oficial, que hacia vanos esfuerzos para sustraerse à tales demostraciones de agradecimiento.

—¡Viva Teobaldo Loncini!—gritò desde su ventana una muger anciana y enferma, agitando en el aire un papel abierto. Era la carta del capitan Pascual Fabiani que Tecla acababa de recibir en aquel momento.—Viva Teobaldo Loncini, que ha salvado á mi hijo.

—¡Vivan los Loncini!—repitiò la multitud que aumentaba de minuto en minuto con los partidarios de las dos casas.

—¡Amigos mios, quereis matarme de placer?—dijo Teobaldo en el colmo de la emocion.

Y despues de haber saludado á sus compatricios con ademanes y palabras, levantado á la jóven

consorte de Fabiani, á la que Clarita abrazó con la mayor ternura, la dichosa familia pudo por fin llegar á casa.

La noche misma del dia en que habia tenido lugar tan conmovedora escena, Teobaldo, sentado entre su tia y su hermana, referia detalladamente todos los acontecimientos de su carrera militar desde el instante de su partida, las contrariedades que esperimentara en los primeros dias, el interés que le habian manifestado los oficiales á quienes habia sido recomendado, y sobre todo el afecto siempre creciente del coronel Belmont, que habia sido para él como un segundo padre, la proteccion divina en fin que no le habia abandonado ni un solo instante, allanándole todos los obstáculos para ponerle en estado de alcanzar el objeto que deseaba, suscitándole las ocasiones favorables, y sosteniéndole en medio de las fatigas y de los peligros.

Las dos mugeres le escuchaban embelesadas, fijando en el hermoso jòven, à cuya varonil fisonomía añadia nuevo realce el uniforme, sus miradas llenas de una viva ternura.

—Mi amable Clarita, dijo Teobaldo al concluir. Dios me es testigo que si he abrazado la carrera de las armas, ha sido más que para mi propia gloria, por el temor de perjudicarte con esa fama de cobarde, que sin embargo no merecia. El cielo ha bendecido intencion: mas tú, hermana mia, ¿no reconpensarás por tu parte el sacrificio de tu hermano concediéndole la gracia de darle por hermamo un hombre digno de tu afeccion, y que no tuvo ninguna parte en el insultante desaire que decidió de mi suerte? A mi paso por Bastia he encontrado

al que yo llamaba tu novio, y que arde en deseos de llevar un titulo más dulce.

—Hermano mio, contestó Clarita, hoy más que nunca te toca elegir mi marido, pues has adquirido derechos eternos á mi gradecimiento, y me tendré por feliz en complacerte.

—Habia contado con esta respuesta, repuso Teobaldo, y como no tengo mucho tiempo para pasar cerca de vosotras, voy á prevenir á Mr. Peroncelli para que la ceremonia nupcial se celebre dentro de quince dias lo màs tarde.

Clarita, pasó aquellas dos semanas en un mayor recogimiento, pidiendo á Dios que se dignase bendecir la union que le hacia de contraer su hermano, mientras que Anunciata, recobrando toda su actividad, se ocupada en los preparativos de la boda.

Hacia tiempo que todo el lienzo que debia formar parte del ajuar de Clarita, hilado por las más diestras hilanderas del pueblo, estaba guardado en grandes armarios de encina. Los mercaderes de Bastia proporcionaron los nuevos tejidos.

En la mañana del venturoso dia Francisco Peroncelli, su padre, su madre, y sus numerosos parientes llegaron á Piovela y se presentaron en seguida á la puerta de la morada de Loncini, donde la novia, ceñidas las sienes con la corona nupcial, bella de pudor y de inocencia, saliò á recibirles acompañada de su hermano y de su tia. Todos los amigos y aliados de la familia Loncini se habian reunido tambien vestidos con sus trajes de fiesta.

Las dos comitivas acompañaron á los futuros esposos, mas al salir de la casa se unió á ellos un

tercer cortejo à cuya cabeza marchaba Tecla Fabiani en persona, seguida de todos los suyos, que habian querido cimentar con aquella demostracion pública su reconciliacion con los Loncini, quienes se manifestaron muy agradecidos á este paso.

Como los partidarios de las dos familias se componian de casi todos los habitantes de Piovela, el matrimonio fué una verdadera fiesta pùblica. Todos aquellos hombres, que hacia siglos que estaban divididos, se abrazaron como hermanos, y hubiérase dicho que esa tierna Clarita que caminaba apoyada en el brazo de Teobaldo, cubierta de velos transparentes y con los ojos elevados al cielo, era para todos una prenda de paz y de felicidad.

El cortejo marchaba en silencio, porque la alegría de los corsos es grave y recogida. Primero fueron todos á la casa de la villa, desde la cual pasaron á la iglesia que estaba iluminada y decorada con guirnaldas de flores.

El sacerdote bendijo á los dos esposos y los unió delante de Dios, despues de lo cual los asistentes volvieron á casa de la novia al ruido de un tiroteo atronador, única diversion de las bodas entre los corsos. Durante la travesía una gran multitud de jóvenes arrojaban granos de trigo delante de los esposos en señal de prosperidad y de abundancia, y otros les ofrecian flores y miel, presagios de una dulce existencia: todos les deseaban próspera suerte é hijos varones (1).

De vuelta á su casa Francisco y Clarita, acompañados de sus más próximos parientes y los ancianos, tomaron asiento delante de una inmensa mesa cu-

(1) *Buenaventura e figli maschi*, es el saludo ordinario que se hace á los casados en muchas partes de la Córcega.

bierta de frutas y de toda especie de pastas; el resto de los asistentes permaneciò en pié, y cuando hubieron acabado de comer los primeros, estos se sentaron á su vez á la mesa.

Al dia siguiente cada uno de los convidados envió á la recien casada un gran pastel de pasta ó de mermelada; reuniendo de esta suerte más de doscientos, que la jóven esposa distribuyó ella misma, con los restos del festin, à los pobres de Piovela, á fin de que participasen todos de los regocijos de su boda.

Francisco, que sabia cuan encariñada estaba Clarita con el pais que la habia visto nacer, habia alcanzado de su padre el permiso de habitar con ella, siquiera por algun tiempo, la casa de los Loncini.

El solo pesar que turbó la dicha de los dos esposos fué la próxima partida de Teobaldo; mas éste les prometió que vendria á pasar con ellos el siguiente semestre, promesa que endulzó el dolor de la separacion.

En el momento de ponerse en camino el jóven oficial, despues de haber abrazado á su hermana y á su cuñado, buscaba à Antuciata para despedirse de ella, cuando la vió llegar en traje de camino.

—Sobrino, le dijo, vamos á partir juntos.

El jóven se quedó asombrado: Francisco y Clarita quisieron oponerse.

—¿En que he tenido la desgracia de desagradaros mi buena tia? decia la jòven, fijando en Anunciata sus ojos bañados en llanto. ¿Por qué abandonais à la que quiere ser siempre para vos una hija tierna y fiel? ¿Por qué dejais vuestro pais y el sepulcro de vuestros antepasados?

Anunciata suspiró dolorosamente llevando sus miradas à los retratos colgados en la pared, estampó un beso en la frente de Clarita, y enjugando algunas làgrimas que corrian á pesar suyo por sus flacas mejillas:

—Escuchadme sin interrumpirme, dijo con tono solemne. Pronto hará dos años que un cristiano espiró en el monte, sin socorro y sin confesion. El asesino de ese hombre no habia sido más que un instrumento pasivo: una muger habia dirigido su brazo, señalando por decirlo así, en el cuerpo de la víctima el lugar donde debia ser herido. Astucias, mentiras, pérfidos consejos, pasos imprudentes, todo lo habia esta muger puesto en práctica para satisfacer su venganza: mas apenas hubo alcanzado este objeto de toda su vida, cuando lejos de gozar del placer que se habia prometido, entró el remordimiento en su alma é hizo de ella su presa, royéndola poco á poco como el gusano roe la fruta, empezando por el corazon; la desgarró con sus uñas de hierro y no dejó de ella más que un esqueleto vivo. La víctima de que os hablo fué José Fabiani; el asesino yo.... Desde aquel dia fatal he languidecido sin experimentar ningun goce, ni siquiera el de la venganza; porque apenas la hube consumado, parecióme mezquina é incompleta, puesto que habia sido instrumento de ella un extranjero: este era mi mayor pesar. Una cosa sin embargo llevó algun consuelo à mis angustias: durante mucho tiempo habia admirado la dulzura y la piedad de Clarita, bien que considerándola como un resultado de la debilidad de caràcter de esa candorosa, jóven. Durante la larga enfermedad que me condujo à las puertas del sepulcro, la voz de esa mi que-

rida sobrina hizo resonar en mi oido palabras y exhortaciones que llegaron hasta mi corazon. Parecìome que se caia de mis ojos un espeso velo y que veia las cosas bajo un aspecto enteramente nuevo. Los encantos de una piedad sincera me hicieron comprender todo el horror de mi falta. La generosidad de Teobaldo y sus felices consecuencias me han inspirado el arrepentimiento.

—Y bien, querida, tia, la lloraremos juntos, dijo Clarita, que no habia podido escuchar sin extremecerse la revelacion de Anunciata.

—Niña, dijo ésta en un tono lleno á la vez de desden y de ternura, ¿crees tù que vivir tranquilamente cerca de vosotros, en medio de los goces de vuestra venturosa union, en un pais donde todos, sin escepcion, llevan á las nubes el nombre de mi familia, sea una penitencia digna de Anunciata y del Dios que la llama à sí?.... Nó, nó; para tí la inocencia y la felicidad, dulce y pura Clarita; para mi el arrepentimiento y las austeridades del claustro?....

—Mi buena tia, os lo suplico, reflexionadlo más; exclamó la jóven deshaciéndose en llanto.

—A dónde quereis que os lleve? preguntó Teobaldo besando la mano de Anunciata; pues conocia harto bien la inflexibilidad del caràcter de ésta para creer que pudiese cambiar ò modificar su resolucion.

—Al convento de las Capuchinas de Marsella, contestó.... Partamos.

Al dia siguiente Mma. Loncini sentada en la cubierta del buque de vapor veia alejarse detràs de sì las riberas de aquella patria querida que dejaba por primera y última vez, acariciòla con la mirada

hasta que toda la isla no fué más que como un punto blanquizco en medio del vasto mar. En el momento en que iba á perderla de vista, Anunciata se levantó con un movimiento brusco, tendió los brazos á aquella tierra que se le escapaba con una prontitud desesperante, y exclamó anegada en llanto:

—A Dios, patria de mis antepasados, cuna de mi infancia! á Dios sepulcro de mi familia!.... á Dios todo cuanto amo!.... para siempre à Dios....

Veinte y cuatro horas despues se cerraban sobre ella para siempre las verjas del convento de las Capuchinas.

Teobaldo continuó su viaje á París, donde estaba entónces de guarnicion su regimiento. Allí fué donde tuvimos la baronesa y yo el placer de volver á verle. Era un bravo oficial y un jóven cumplido, El mismo nos contó todos los detalles que acabo de referiros. Escuchámosle con el interés más vivo, y cuando hubo concluido bendijimos juntos al Señor que prueba al justo para hacerle acreedor à mayores recompensas, y que premia á menudo en este mundo las virtudes que corona con una gloria eterna en una vida mejor.

FIN.

BIBILIOTECA ESCOGIDA DEL DIARIO DE MANILA
OBSEQUIO Á LOS SRES. SUSCRITORES.

EL CASTILLO DE BARBA AZUL

NOVELA

DE

PAUL FEVAL





MANILA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE RAMIREZ Y GIRAUDIER

Calle de Magallanes, 3, esquina á la del Beaterio.

1882

EL CASTILLO DE BARBA AZUL.

I.

En donde se traba conocimiento con Malbruk Pichenet y Blanca.

El sol alegre de los primeros dias del mes de junio sonreia por entre los tilos del palacio de Noyal. Los floridos rosales ostentaban sus ramos perfumados. El aire era tibio y agradable. Al pasar por aquellas verdes enramadas y junto à aquellos castaños de altivas copas, rozàndose con aquellas mil flores de la primavera, tan dulces y encantadoras, la blanda brisa se impregnaba de suaves aromas,

Preciso es decir que el palacio y los jardines del marqués de Noyal eran las maravillas de Rennes, capital de la provincia de Bretaña.

El palacio era un edificio de no muy grandes proporciones, flanqueado por dos torrecillas de teja-

dos puntiagudos y labrados como trabajos de platería. Por una escalinata de marmol blanco se subia á la puerta principal, cuyos vidrios de colores en forma de rombos dejaban ver un vestíbulo en miniatura. Bajo la escalinata habia un terrado en forma de herradura y cuyas dos curvas iban à parar á una escalera grande de ladrillo encarnado que conducia à un segundo terrado que formaba un plano inclinado cubierto de árboles seculares y que bajaba hasta la esplanada de césped.

Esta esplanada formaba tambien un plano inclinado, desplegando la aterciopelada alfombra de su césped en torno de las estatuas mitològicas.

Porque aún no se tenia ese supremo boatismo de colocar en los jardines, para regocijar la vista de los paseantes, á Espartaco, el fastidioso esclavo que frunce perpetuamente el entrecejo rompiendo siempre sus cadenas, ó al viejo Epaminondas, flaco y triste con sus arrugas, haciéndose á sí mismo la dolorosa operacion que puso término á sus dias.

Para adornar los verdes cuadros ó el mosáico brillante de los *parterres*, se apelaba á la belleza risueña, à la fuerza serena, à la majestad divina.

Hablando imparcialmente, ¿qué hacen esas cabelleras aplastadas, esos cascos severos, esos músculos alborotados, esas piernas tiesas, entre las lilas y las rosas?

Despues de la esplanada de césped habia el estanque de agua tranquila y azulada.

Mas allà todavia, se veian los simétricos laberintos de los cuadros y los grupos de arbustos reuniendo en torno del rosal soberano el anfiteatro de las flores vasallas.

Lúego se veian las misteriosas enramadas som-

brías que mezclaban hasta lo infinito las intrincadas revueltas de su laberinto, la gruta de Pan, todas esas cosas encantadoras que hacen asomar una sonrisa de compasion á los labios de un *true gentleman*.

Para disculparlo diremos que entónces se estaba à mediados del siglo XVIII y que aún faltaba un centenar de años para llegar al jamon inundado con té, al *roasbeef* de arte constitucional, à los palillos mecánicos, á los globos que se elevan llevando un hombre trabajando en un trapecio, á todas las alegrías, en fin, de nuestra milagrosa civilizacion.

El 3 de junio de 1749 era el dia en que se cerraba la legislatura de los Estados de Bretaña.

El señor marqués de Noyal, diputado de la nobleza por la ciudad de Sain-Aubindu-Cormier, habia escogido aquel dia para dar una fiesta à las señoras.

El marqués de Noyal era rico y bastante espléndido. Por lo demàs, su nobleza era ilustre, tenia mucha honradez y nunca habia recaido sobre él la sospecha de que hubiese inventado la pólvora.

Estas cualidades reunidas no habrian bastado quizás para poner en moda el apellido de Noyal en una ciudad de los Estados en donde las fortunas eran cuantiosas, en donde abundaban las familias históricas y en donde las luchas parlamentarias aguzaban las inteligencias. Sin embargo, es positivo que aquel nombre de Noyal hacia furor.

Hé aquí por qué:

En aquella maravilla diminuta llamada el palacio de Noyal habia otra maravilla que tambien pertenecia al señor marqués.

Mariela, la rubia de ojos negros. Mariela la incomparable, Mariela la divina, Mariela de Noyal,

que iba á cumplir diez y ocho años y tenia diez galanes por cada uno de sus diez y ocho años.

Ya vereis como toda la ciudad de Rennes, adoraba á aquella belleza querida; Rennes, que apenas echa una mirada desdeñosa à las muchachas más lindas, tanto es lo acostumbrada que està á ver brillar la noble gracia en su atmósfera nebulosa; ya vereis cómo Rennes la seguia, idólatra, subyugada, triste con su melancolía y sonriendo con sus sonrisas...

Los jardines del palacio de Noyal ocupaban la falda de aquella colina ùnica que hay en el recinto de la capital bretona, que tiene por corona los árboles corpulentos del Thabor y baja al puerto de Viarmes sobre el rio Vilaine, pasando por el Croco y el hospital general. El paseo del Thabor era entónces el cercado de la abadía de Saint-Melaine. Entónces no existian la mayor parte de los edificios que hoy le cubren. Desde los muros del cercado hasta el terraplen de la Motte no habia más que dos ó tres casas, campos y jardines.

Aun la misma Motte, dividida en dos compartimentos, cuyos niveles diferentes indicaban su orígen guerrero, guardaba todavìa esa fuente sin igual, con surtidores, pilones, cascadas, etcétera, que no tiene agua màs que en los dias de grandes lluvias.

Esa pobre fuente mira desde allá arriba al rio Vilaine, que corre á unos veinte metros más abajo. Dícese que su náyade, muriéndose de sed, llora cada vez que vé el arco iris, porque ese signo misterioso le prohibe que espere un segundo diluvio. A la hora fatal de la media noche se le oye toser y maldecir á la àrida álgebra, á la Escuela politécnica y á los ingenieros civiles.

Entre la antigua abadìa y los muros del jardin

del palacio habia un terreno descubierto y arenoso en el que un pobre hombre habia edificado una cabaña.

Aquel pobre hombre era bailarin de cuerda floja, Las gentes de Rennes solo le conocian con el nom-de Malbruk.

Era jóven, robusto y hermoso, con esa belleza ruda que algunas veces cautiva el corazon de las mugeres. Una costurera de Rennes, viuda, bien acomodada y jóven todavía, se habia enamorado de él cuando llegó à la comarca. Aunque se habia casado con el bailarin de cuerda floja, continuaban llamándola la Chaumel, por el apellido de su difunto primer marido.

Su hijo, que tendria unos catorce años, se llamaba Adriano Chaumel, pero Malbruk le habia puesto el apodo de Pichenet.

Todos le llamaban Pichenet,

Malbruk se habia comido, ó bebido, en pocas semanas los ahorros de su muger.

Cuando se hubo comido, ó bebido, ó mas bien comido y bebido los ahorros, Malbruk contrajo la costumbre de pegar á su muger en sus horas de mal humor.

Esas horas eran casi todas las del dia.

Ahora bien: Malbruk era fuerte como un Hércules y tenia pesada la mano.

Una vez Pichenet se puso delante de su madre para protegerla; Malbruk le cogió del cuello y le tiró fuera.

¡Véase lo que es la desgracia! Sucedió lo siguiente:

Pichenet, hermoso muchacho, ágil y ligero, no se hizo mucho daño al caer. Tres rasguños y algunos chichones. Este fué un rayo de luz para Malbruk.

—Ira de Dios! exclamò, olvidándose casi de pegar á la Chaumel. ¡Pichenet será bailarin de cuerda fioja!

Y Pichenet fué bailarin.

Comenzó inmediatamente sus cursos de titiritero.

Malbruk clavó un poste delante de la puerta de su choza y tendió una cuerda cuyo extremo iba à atarse á una rama gruesa de un àrbol que pertenecia al jardin del señor marqués de Noyal y salia por encima de la tapia.

Desde el jardin del palacio se veia perfectamente el terreno àrido y descubierto en que se alzaba la pobre choza de Malbruk y reciprocamente.

El señor màrques de Noyal; poco lisonjeado con este vecindario, habia propuesto á Malbruk comprarle su cabaña, pagándosela triple de lo que valia.

Malbruk se habia encogido de hombros desdeñosamente. Le gustaba mucho el dinero, pero aun le gustaba màs la satisfaccion que se experimenta al molestar á un enemigo.

Ahora bien: el marqués, sin sospecharlo, solo por razon de su riqueza y de su felicidad, era enemigo de Malbruk.

Y creed firmemente que Malbruk no era el tipo del hombre del pueblo.

El hombre del pueblo, de cada diez veces las nueve es generoso.

Pero ¿á qué ocultar que entre el pueblo hay de esas naturalezas viciadas en las que la energía, ese regalo que Dios nos hace, no es sinó un peligro màs?

Desgraciadamente esas naturalezas, esos carácteres son los que los poetas del mal van á buscar para colocarlos sobre un pedestal. Se gana dinero halagando ese sentimiento secreto que impulsa siempre el corazon del hombre à la rebelion.

Todos exclaman con los ojos humedecidos en llanto y la punta de la pluma humedecida en veneno:

—¡Ese hubiera sido un héroe si la sociedad inicua é impia no le hubiese convertido en criminal.

Tambien los cocodrilos suelen tener con frecuencia lágrimas en los ojos.

Así, pues, Malbruk se negó à ceder su cabaña. Estaba en su derecho. El marqués plantò una hilera de alamos, à manera de cortina, á lo largo de la tapia, y no volvió á pensar en tal cosa.

Pero los alamos tardaban en crecer.

Y cada dia Pichenet, el pobre Pichenet, pasaba largas horas mirando à aquel hermoso césped sobre el cual se deslizaba una apariricion radiante:

Mariela con su corona de rubios cabellos.

Mariela sin duda alguna nunca habia visto al pobre Pichenet.

Pero el señor marqués de Noyal tenia otra hija además de Mariela, una verdadera muchacha. Angel, y demonio, como diria un romántico.

¡Una traviesa niña, una loquilla! ¡y tan buena!

Se llamaba Blanca.

Todavía no hacian mucho caso de ella, lo cual la disgustaba bastante.

Pero no mucho, en último resultado, con tal que pudiese correr como una corza b:jo la enramada, desafiar á las canoras avecillas con su voz clara y alegre, saltar sobre el cesped y luego sentarse pensativa y meditar.

¿Acerca de qué? ¡Santo Dios! Muy pronto iba à cumplir doce años. Si me atreviese, lectoras mias, os preguntaria en qué pensabais ayer. ¿Era ya en cintas, en encajes, en adornos? Ya no era en la muñeca. No era todavía en el amor....

Pero, he ahí la dificultad, no os acordais. El ayer està tan lejos! El hoy es tan hermoso!

Blanca, á la vez que meditaba, miraba de vez en cnando hácia la cabaña de Malbruk. Asistia en cierto modo à aquel triste drama que se representaba en la esplanada entre el titiritero, la Chaumel y el pobre Pichenet. Veia á la muger llorar y al niño arrodillarse junto á ella.

El corazon de Blanca se oprimia.

Cuando aquel feroz y pícaro Malbruk habia pegado de firme á su pobre muger, iba á calmarse á la taberna. La Chaumel y Pichenet se quedadan solos.

Entónces habia escenas de consoladora ternura. Lo que allí se decia Blanca no lo oia, pero lo adivinaba. Primero lloraban, y luego las lágrimas de la pobre madre eran enjugadas á besos. Se sonreia. Despues Pichenet erguia su cuerpo delicado, pero airoso, y Blanca comprendia que amenazaba.

—Cuando yo sea ya un hombre, madre mia no te pegarán!

Y la Chaumel le calmaba á su vez, cogiendo con ambas manos su rubia cabeza y estrechàndola contra su corazon.

En aquellos momentos, si la voz de Mariela ó del marqués llamaba à Blanca de improviso, ésta se estremecia, sorprendida al encontrar sus ojos llenos de lágrimas.

¿Por qué ocultarlo? Blanca, como todos los demás, confesaba que Alberto era el más galan y apuesto caballero de la provincia. Blanca se ruborizaba cuando Alberto la sonreia. Se burlaba de él algun tanto, pero sabia cómo resonaban las herraduras de su caballo sobre el pedregoso camino. Y su corazoncito latia... un poco.

Alberto tenia á la sazon diez seis años. Era alto; sus cabellos, negros y brillantes, se rizaban sobre su frente. Montaba á caballo casi tan bien como Lacuzan, es decir, como un ángel; bailaba de una manera deliciosa y no tenia por maestro más que à Lacuzan. En cuanto á la esgrima, si Lacuzan no hubiese existido, Alberto habria sido el Aquíles de la academia renense.

Pero ¿quién diablos habria intentado triunfar sobre Lacuzan? ¡Ahì es nada, el hermoso Lacuzan!

Enrique de Grail Lacuzan, conde de Lacuzan, caballero de las órdenes y teniente coronel de los dragones de Contí!

El hombre á quien los triunfos iban á buscar humildemente y que ni siquiera se dignaba decirles: «¡Bienvenidos seais!»

Ya volveremos á hablar de este Lacuzan en muchas ocasiones.

A él era à quien pertenecia el magnífico castillo de Grail, que despues fué el terror de la comarca bajo el nombre de *Castillo de Barba Azul.*

Blanca queria mucho á Lacuzan. Así, pues, ya lo veis: hé ahí tres personas en quienes Blanca podia, pensar; si decididamente no pensaba ya en sus muñecas.

Pichenet, Alberto y Lacuzan.

De los tres, solo Àlberto era quien hacia que sus mejillas se tiñesen con un color más sonrosado. Era porque una vez su hermana Mariela le habia dicho riendo:

—Blanca, ahí pasa tu maridito!

Y Blanca, ofendida al oir el diminutivo, habia murmurado:

—¡No es tan pequeño!

Y Mariela se rió más y más.

Nunca se ha de poder impedir que esas señoritas ya crecidas se burlen de las pobres niñas!

Por lo demás, Alberto era un partido excelente. Llevaba el apellido de Coetlogon, y el señor lugarteniente del rey, su tio, le trataba como à un hijo.

Una mañana, Blanca se levantó antes de que saliese el sol.

Bajó por la escalinata y se fué à dar golpes muy fuertes en la puerta de la casita del viejo Lapierre, jardinero del señor marqués de Noyal.

¡Hola! ¿qué quereis señorita? preguntó Lapierre, quien salió à abrir restregàndose los ojos.

Blanca estaba más encarnada que una cereza.

Miraba de reojo, y su sonrisa de seguro no era muy franca.

—Lo que quiero, Lapierre.... dijo revistiéndose de un aspecto de indiferencia; es una locura que te haya despertado para eso.... es una idea que se me ha ocurrido esta noche.... Dime, cuesta muy caro el componer las tapias del jardin cuando se caen, ¿verdad?

Entónces sí que Lapierre se restregò los ojos.

—¡Por fuerza estoy soñando! refunfuñó. Nuestra señorita menor pensando en las composturas de las tapias, en vez de dormir....!

—¿No es verdad que eso cuesta muy caro? repitiò Blanca.

—¡Pardiez....! replicò el jardinero, no hay duda que, si el boquete es siquiera tan grande como la puerta del patio, hay que gastar muchos escudos de seis libras para cerrarle.

—¡Eso es, exclamó Blanca triunfante, ya estaba yo segura de ello!

Lapierre la mirò estupefacto.

—Ya ves que comienzo á ser juiciosa, Lapierre, repuso la niña en tono confidencial; reflexiono.... pienso en mis intereses,

—¡Ah.... bueno, bueno....! murmurò el jardinero, de todos modos nunca hubiera yo creido que esas cosas os impidiesen dormir, señorita Blanca.

La jòven miró á otro lado, pero tenia su idea fija y constante.

—Si no teneis cuidado, dijo con cierto tono imperioso y seco, muy pronto habrá en la tapia un boquete mayor que la puerta del patio.

—¿Dónde, señorita?

—¡Venid à verlo.... puesto que es preciso que yo os enseñe vuestro deber!

Blanca fingía dureza para ocultar su confusion y embarazo.

Cruzò por la pradera con paso rápido y resuelto.

—La yerba está mojada, pensaba el viejo jardinero, y ella ni siquiera hace caso de tal cosa. Preciso es que los jóvenes de hoy dia sean mas avariciosos que los viejos.

Y añadía moviendo la cabeza á uno y otro lado.

—¡Ah, no por cierto, no hubiera yo creido eso de la señorita Blanca!

A la señorita Blanca parecia que le importaba muy poco el *qué dirán.*

Miraba por sus intereses.

El jardinero la seguia á la sazon sin decir una palabra.

La jòven no se detuvo hasta que llegò á la tapia que separaba el jardin de aquel terreno arenoso en que se alzaba la cabaña de Malbruk.

—Ved, dijo Blanca señalando á la tapia.

El viejo Lapierre miró con suma atencion....

Nada vió y así lo confesó.

—¡Còmo exclamó Blanca, golpeando impaciente la arena con su piececito: ¡cómo! ¿no veis que esa abultada rama va estropeando la pared?

Lapierre comenzó á sonreirse y dijo:

—¡Ah! ¿no es más que eso, señorita....?

—¿Se os figura que no es nada, maese Lapierre? dijo Blanca con tono provocativo.

—En verdad, señorita, hace ya veinte años que estoy en casa del señor marques.... puesto que hacia ya ocho años que me hallaba aquí cuando vinísteis al mundo.... y siempre he visto esa rama en el mismo sitio en que està.

La pobre Blanca quedò desconcertada. No habia contado con tanta resistencia.

—Así, pues, señorita, prosiguió diciendo el victorioso Lapierre, si no teneis otro cuidado que os quite el sueño, podeis volver á acostaros y echar un buen sueño.

Llevôse la mano à su gorro de algodon y se encaminó de nuevo á la casita.

—¡Cuando digo yo que ya no hay niños!.... murmuraba mientras iba andando. Esa boquita de querubin qne se mete à hablar de negocios.... Pero así ha sucedido siempre, y asì sucederà cuando nos entierren dentro de cincuenta años....

¡Diantre! exclamò interrumpiéndose, dentro de cincuenta años la señorita Blanca tendrá derecho para hablar de composturas con mi sucesor....

Se detuvo bruscamente y se volvió.

Blanca le llamaba.

Blanca se habia quedado un instante sorprendida y vencida.

Pero era valiente y no abandonaba tan fácilmente el campo de batalla.

Al cabo de un minuto se enderezó, sacudiendo los rizos de su caballera y frunciendo su entrecejo de traviesa expresion.

—Es preciso que esa fea rama desaparezca, dijo. Lo quiero.

Lapierre volvió; Blanca le miró con semblante contrito.

Casi lloraba.

—Eres malo Lapierre, murmuró. He querido hacerte creer que pensaba en reparaciones de las tapias porque.... porque me daba vergüenza confesarte que tengo miedo....

—¡Calle! dijo el jardinero, eso me gusta más; es más propio de su edad, y como dicen algunas veces, de su sexo.

—¡Eres malo.... repitió Blanca.

—Si supiera de qué teneis miedo, señorita... comenzó á decir el honrado Lapierre.

—Lo sabes muy bien.... solo que finges ignorarlo....

—Decidmelo, al menos....

—Pues bien, esa fea rama que cuelga tanto por fuera de la tapia.... me hace tener miedo á los ladrones....

Lapierre se rascó la frente.

—En cuanto á eso, dijo, no es imposible que acaso esa rama pudiese servirles de escalera para trepar à la tapia.... aunque, desde hace veinte años....

—¡Tengo miedo, Lapierre!

—Claro está.... eso es mas fuerte que nosotros!.... cuando se tiene miedo se del'ra.... Por cierto que

ese saltimbanquí de Malbruk y su chicuelo Pichenet no se andarian en melindres para saltar á este lado de la tapia....

Blanca no desplegó los làbios para defender á Pichenet.

—Mira, Lapierre, dijo, coge al instante tu hacha y córtame esa rama... ¡te lo ruego!

Lapierre cogió su hacha.

La rama, vigorosamente atacada, cayó al cabo de breves instantes.

Blanca al verla caer, palmoteó con sus lindas manitas y lanzó un grito de triunfo.

—¿Ahora no tendreis ya miedo? dijo el jardinero.

—¡Oh! ¡gracias, gracias, mi buen Lapierre!

Y desapareció dando saltos por la enramada.

Segun parece, tenía mucho miedo nuestra señorita! pensó Lapierre mientras se enjugaba la frente.

Aquella rama era la que servia para tender la cuerda en que Malbruk hacia bailar á Pichenet,

No habia ninguna otra á propòsito para tal objeto.

La señorita Blanca de Noyal pensaba càndidamente que habia librado para siempre de su tormento al pobre Pichenet.

¡Ah! para que ese tormento continuase bastaba con clavar un segundo poste.

¡Y tanta diplomacia gastada en balde!

Sin embargo, durante toda aquella mañana Blanca fué feliz.

Y como Alberto de Coetlogon pasase bajo sus ventanas, por casualidad, le enviò su sonrisa más linda.

II

Educacion de Pichenet.—Retrato en esmalte.

Cuando Malbruk vió que le habian cortado la rama, se enfureció.

—¡Esos ricos no tienen compasion! dijo.

Para consolarse pegó á la Chaumel algo más que de costumbre, despues de lo cual mandó á Pichenet que hincase en el suelo otro poste. Y todo siguió lo mismo que antes.

De modo que, al dia siguiente, Blanca vió de nuevo á Pichenet en equilibrio sobre la cuerda.

Al extremo del jardin habia un cenador colocado sobre una especie de cubo de mampostería.

Todo el cenador estaba tapizado con parra silvestre, clemàtidas y pasionarias, que por la parte exterior presentaban un seto de verdor impenetrable. Pero desde dentro, cuando el dedo apartaba algunas hojas, la mirada curiosa podia deslizarse fuera.

Aquel era el observatorio de Blanca.

Nunca habia hablado á Pichenet; pero todos los dias, sin acertar á definir el sentimiento que la impulsaba à obrar así, subia al cenador.

Sabia la vida de la Chaumel y de su hijo, sus profundos dolores, sus pobres y escasas alegrìas.

Malbruk vivia en la taberna. La madre y el hijo tenian algunas horas buenas. El pan solia faltar en la cabaña, pero siempre llegaba una asistencia misteriosa en los momentos de completa penuria.

Pichenet y su madre bendecian á la desconocida Providencia, y Blanca se sonreia llorando al ver á ambos devorar con avidez.

Luego bajaba de su cenador con el corazon alegre, y sus gozosos cantos resonaban bajo la enramada.

Despues de comer Pichenet se retiraba siempre al mísero aposento que le servia de habitacion. Tenia allí media docena de libros viejos y carcomidos. Pichenet trabajaba con un ardor febril hasta tanto que Malbruk iba à arrancarle brutalmente á su estudio gritàndole:

—¡A la cuerda, holgazan!

O bien hasta que el mismo Pichenet, quedàndose sumido en una distraccion irresistible, dejaba vagar su mirada, que siempre se dirigia hácià un mismo lado.

Mariela, la rubia maravilla de Rennes tenia su rincon favorito, lo mismo que su hermanita Blanca.

Se sentaba por lo general, en un banco de cesped que se hallaba situado precisamente enfrente de la ventana del cuarto de Pichenet.

Unas veces sola y pensativa, otras recorriendo las páginas de un volùmen de poesías, otras rodeada de adoradores y reinando sin rival en medio de sus compañeras.

Tan luego como la mirada de Pichenet habia encontrado aquel banco de césped, ya no se separaba de él.

Todo quedaba olvidado, la ciencia ardientemente codiciada que habia de ser la salvacion de su madre, la miseria soportada con valor, el recuerdo de un pasado menos triste, las esperanzas y los dolores, todo.

Pichenet miraba.

El pobre, el niño hambriento, la vìctima de un despotismo odioso y brutal, el esclavo dedicado á pesar suyo á un oficio infame, permanecia allí largas horas contemplando à la que reinaba por la hermosura, por la gracia y por la nobleza sobre la multitud opulenta,

Aquella cuya sonrisa era como un premio inefable disputado por centeñares de adoradores.

Mariela de Noyal, la hija mayor del marques del mismo nombre, la heredera, la altiva, la feliz entre todas, la reina de las doncellas nobles, el precioso diamante de aquella coleccion de bellezas.

Mariela, que rehusaba la mano de los principes.

Pichenet la amaba.

O màs bien Pichenet la adoraba, porque no habia nada terrestre en aquella contemplacion exaltada que parecia un culto.

Muchas veces la Chaumel iba muy despacito y sin meter ruido á ver si su hijo se cansaba demasiado trabajando.

En vano era que fuese andando de puntillas, porque Pichenet la oia y volvia á fijar sus ojos con precipitacion en el libro.

Pero una vez habia gran estrépito y algazara en el jardin del palacio. Reian á carcajadas, y el ruido que llegaba hasta el mísero albergue de Pichenet, impidió que oyese á su madre.

La Chaumel se detuvo en el umbral de la puerta, y sus ojos se humedecieron.

Habia visto á Pichenet pálido, con la mirada ardiente.

Habia seguido la direccion de aquella mirada extasiada

—¡Pobre niño....! ¡oh, pobre niño! murmuró.

Pichenet se extremeció y se quedó como aterrado.

Luego se arrojó en los brazos de la Chaumel, diciendo:

—¡A nadie amo màs que à tí, madre mia!

Y era muy cierto, ó al menos Pichenet así lo creia. No amaba más que à su madre.

Lo demás era como un sueño encantado que deslumbraba su cabeza y su corazon,

Aquella Mariela era una verdadera hada. Tan luego como aparecia, un rayo de luz iluminaba la sombra triste del retiro de Pichenet.

Creedlo, era un rayo más vivo y más ardiente que los mismos rayos del sol.

Y sin embargo, Pichenet no mentia. No amaba màs que á su madre.

Si su madre hubiese dicho: «no quiero que la mires,» hubiera dejado caer el pedazo de arpillera que servia de cortina à su ventana y se habria consumado su sacrificio.

Pero la Chaumel no dijo tal cosa.

Solo dijo:

—¡Pobre niño! ¡oh, pobre niño!

Por la noche su oracion se elevó á Dios entre sus làgrimas.

Pichenet, que la oia llorar, apoyó su cabeza en ambas manos y se interrogó á sí mismo por primera vez.

Pero téngase en cuenta que solo contaba catorce años.

Lloró él tambien y repitió llorando:

—¡No, no amo más que á mi madre!

En un hermoso dia del mes de mayo, Malbruk dijo al niño:

—A la cuerda.

Y como Pichenet no abandonara sus libros con bastante ligereza, le empujó con rudeza.

Pichenet subió á la cuerda maldiciendo su suerte, y preguntándose á sí mismo cuánto tiempo duraria su martirio.

A no ser por su madre, haria mucho tiempo que se hubiera fugado. ¡Pero dejar á su madre sola frente á frente con aquella fiera de Malbruk! Se quedaba y obedecia para que su resistencia no recayese sobre su madre.

Héle allí, pues, sobre su cuerda, con el corazon muy oprimido y el balancin en la mano.

Hasta entónces no habia hecho más que obedecer, y sus esfuerzos tendian tan solo á no caerse desde la cuerda sobre la arena.

Pero aquel dia Mariela estaba sobre el banco de césped,

Pichenet vió en seguida que le miraban.

Hubiera querido meterse bajo tierra, porque era tan noble de corazon como un hijo del primer hidalgo, y el convencimiento de su miseria le anonadó.

Pero solo tenia catorce años.

Y le pareció que los hermosos ojos de Mariela se fijaban en él con curiosidad, acaso con interés.

Hay hombres graves, establecidos y en muy buena posicion, que hacen locuras por mugeres feas.

Esto es incontestable.

Tened compasion, pues os lo ruego, del pobre Pichenet, si se vuelve loco de amor por la muchacha más linda que puede imaginarse.

¡A los catorce años! ¿se os figura que es demasiado pronto?

¡Ay de mí! me ha sucedido tantas veces que, al ver los repugnantes amores de los hombres graves he exclamado: ¡Es demasiado tarde!

Ademàs, Pichenet era muy desgraciado. Esto envejece.

Lo cierto es que el vértigo se apoderó del pobre niño; no ese vértigo que trastorna la cabeza y le hace á uno caer, sinó el vértigo que, trastornando tambien la cabeza, sostiene y le impulsa á uno hàcia adelante, el vértigo de los audaces y de los gloriosos.

Un calor embriagador le subió desde el corazon à la cabeza.

De pronto se sintió tan robusto que hubiera roto su pesado balancin cual si hubiese sido una paja seca.

Y en lo que poco antes constituia su humillacion cifró fogosamente toda su vanidad.

¡Orgullo y verguenza! dos enfermedades semejantes que tienen sìntomas diametralmente opuestos.

Mariela le habia mirado. Era preciso morir ó brillar.

¡Ah! ¡si le hubiéseis visto saltar y sonreir!

Malbruk no cabia en sí de sorpresa.

Los postes rechinaban y gemian, la cuerda cantaba; Pichenet, lanzado como una flecha, hacia cabriolas á treinta piés de altura.

Mariela hizo cierto gestecito de aprobacion.

¡A la verdad, esto era ya demasiado!

Pichenet cayó al suelo cual si le hubiese herido un rayo.

¡Figuraos! ¡Habia obtenido una sonrisa de Mariela!

Y Blanca la morenita, escondida en su cenador, lanzó un grito al ver caer al pobre Pichenet.

Preciso es creer que la encantadora Mariela tenia aficion à ese hermoso arte de los bailarines de cuerda floja. Volvió á mirar à Pichenet, y éste, estimulado por tal atencion, adquiriò muy luego cierto aplomo.

Tenia la pierna fina, el pié seguro y mucha disposicion.

Malbruk no necesitaba ya jurar ni reñir tan fuerte para arrancarle á sus libros. La fiebre de estudio se habia calmado, y durante una semana entera, cierta señal que por lo general avanzaba de página en pagina, permaneció completamente estacionaria.

La Chaumel no sabia leer, pero desde luego observó que la señal no avanzaba, y estaba aún màs triste que de costumbre.

Ella tambien miraba à Mariela à hurtadillas cuando la hermosa iba á sentarse en su banco de césped.

¿No es verdad que las mugeres se juzgan unas á otras con una severidad perspicaz y rigorosa? La pobre Chaumel era muger, y aunque tenia màs edad que su segundo marido, su semblante triste conservaba cierto resto de belleza. Ahora bien, una muger que ha sido bonita es aún más severa que las demás.

Y sin embargo, la Chaumel en vano buscaba un defecto, ni aun siquiera una imperfeccion: menos aùn que eso, ni una mancha del tamaño de una punta de alfiler en aquel conjunto delicioso de gracias, de sonrisas, de armonías que se llamaba Mariela de Noyal, pues no lo encontraba.

Nada, absolutamente nada; todo era adorable.

La Chaumel suspiraba. Era màs loca todavía que Pichenet, aquella muger excelente! Suspiraba pensando:

—¡Ah! si yo pudiese sentarme una mañana junto á la cabecera de mi hijo, aguardar el momento en que despertase y decirle cuando abriera los ojos: «Tómala, héla ahí, te la doy.... sé su amante y su marido....» Dios mio, ¡cuán feliz seria!

Ya os digo que estaba loca.

Una vez Lacuzan mandó hacer el retrato de Mariela à uno de esos pobres diablos de pintores que no dejaron nombre, pero que en el siglo XVIII sembraron miniaturas inimitables por todas las provincias.

Quizás aquel pintor se llamaria simplemente Godard.

Sea lo que quiera, la miniatura de Lacuzan era un esmalte, y nunca Petito hizo una que fuera más delicada y maravillosa.

Mariela estaba representada bajo la forma de Hebe. ¡Qué quereis! Aspiraba el perfume de una rosa.

Era imposible salir de estas alegorías en aquel tiempo.

¡Pero qué maravillosamente blanca y rubia era aquella Hebe! ¡Qué voluptuosamente se redondeaban sus cabellos ligeros, sedosos, trasparentes, sobre el marfil mate y terso de su frente!

¡Qué flor era su boca!

¡Y qué encanto habia en su sonrisa!

En cuanto á los encantos de este rostro, en cuanto à la curva antigua de aquel cuello tan bien unido á aquellos hombros divinos, rompamos de una vez nuestra pluma, porque traza aquì un bosquejo de un

pintor ramplon, hijo de algun portero, al lado de un cuadro de un maestro!

Sí, aquel óvalo espléndido y delicado á la vez, aquel cuello, aquellos hombros opulentos, ninguna palabra puede expresar su exquisita pureza, ninguna.

¡Pero la mano, la mano que tenia la rosa era lo notable!

¡Si hubieseis visto al raso de aquella piel diàfana, la suavidad suprema de aquel gesto, y las venas azules, ó el brazo que ocultaba parte de su seno castamente velado....!

Ya os oigo.... ¿Decís que tiene algo de insipidez? Se bosteza contemplando esas perfecciones supremas....

No, señoras.

No habia la más mìnima insipidez.

Porque bajo el oro de aquella cabellera rubia, entre la rosada blancura de aquella tez, habia dos ojos negros con sus cejas altivas, bien dibujadas y atrevidamente prolongadas hácia la sien. Dos ojos que se burlaban, que abrasaban, que sonreian, que tenian más chispas que dos diablillos, màs corazon que dos ángeles.

Quizás màs chispa y corazon que la hermosa Mariela.

Cuando una muger es hermosa hasta tal extremo. ¿cómo no ha de tener apego á su belleza?

Mariela le tenia tanto apego, tanto, que era aùn más que el del mismo Lacuzan.

Lacuzan, el enamorado, que era quien habia mandado hacer aquel milagro de esmalte.

Juzgad, por lo tanto, si el pobre Pichenet no debia perder cien veces la cabeza, y si la Chaumel no tendria razon para llorar.

Ibamos á olvidar deciros una cosa, y habria sido para nosotros un remordimiento eterno: que Mariela de Noyal era cien veces más hermosa todavía que su retrato.

Pero entónces ¿no es verdad que era demasiado hermosa?

Pues bien, si.

Positivamente.

Era demasiado hermosa.

Esto seguramente no es una deshonra, pero quizás es una desgracia.

¿Cómo ha de guardar intacta su sencillez de jòven, su candidez, su candor modesto? ¿Cómo ha de guardar siquiera su alegría descuidada y buena, cuando la admiracion brutal del vulgo la rodea y la asedía, la persigue, la abruma, la embriaga? ¿Cuándo la gloria, porque eso es una gloria, convierte en triunfo solemne su paseo de todas las tardes?

Toda soberanía tiene sus peligros. La poesía vulgar, que busca toda sus metàforas en el cielo, rompe su incensario sobre una testa coronada.

¡Detestables aduladores....! ha dicho la tragedia.

¡Ah, Dios mio! detestable tragedia! todos somos aduladores; desde el trágico que muere por no obtener una mirada real, hasta el criado de teatro que està obligado à adorar de rodillas á la tragedia.

Adulamos por entusiasmo y por òdio.

Nuestras bocas son incensarios portàtiles que nunca sea apagan.

Y los ídolos aspiran con avidez todo este humo.

Y la cabeza se trastorna bajo la tiara, como bajo la gorra.

¿Cómo no ha de trastornarse bajo la diadema de la belleza?

Mariela tenia despejo, bondad, sensibilidad, raciocinio y tacto, pero era demasiado hermosa.

Ved à nuestra Blanquita, á esa querida niña que de seguro no merece la pena de que se haga su retrato con cuidado. Ved, es precisamente bastante bonita para que cualquiera la amase con furor. No tiene diadema. ¡Cómo estorbaria esta à la libre travesura de su frente!

Os desafio á que la hagais tener una rosa bastante tiempo para que un pintor bosqueje siquiera la punta de sus dedos.

¡Es tan audaz.... y tan tímida!

Tiene el corazon en el rostro y en la mano. Sus ojos se humedecen, y luego veis que las làgrimas ceden el puesto à la sonrisa.

Sus cabellos castaños flotan á merced del viento.

Por la mañana es cuando va á buscar abultados ramilletes entre el rocío.

¡Oh! que vivaracha y loquilla, cómo se rie à carcajadas, canta mejor que los ruiseñores.

¡Imprudente, que sale sola y à escondidas una señorita, para deslizar su ofrenda por debajo de la puerta del pobre, y luego se vuelve à arrodillarse y à orar con las manos juntas y los ojos alzados al cielo.

¡La coqueta, que desde lejos envìa besos al hermoso Lacuzan, sonrisas á Alberto de Coetlagon, y acecha á Pichenet detras de las hojas del cenador!

¡La aturdida, que se batiria con toda su alma por aquellos á quienes ama!

¡Fuera! dejemos á un lado esa calaverada de colegiala, ò al menos aguardemos à que se tenga muy derecha, con los ojos bajos y la boca séria, como una señorita juiciosa.

Por el extremo del jardin del palacio de Noyal

pasaba la calle de Hue, que ahora se llama el *arrabal* de París.

Algunas tierras cultivadas separaban á la calle de Hue del *mallo* de Ouges, angosto y sombrío valle que seguia la orilla del rio.

Subiendo por el curso sinuoso del rio Vilaine se cruza un valle risueño sembrado de alegres quintas, Una cordillera de colinas, que denominan los Terreros de Couasmes, corta el valle por el Sudeste, y por encima de sus inclinadas cumbres la vista distingue otra cordillera de montañas pequeñas que se pierde en el nebuloso horizonte.

A mediados del siglo XVIII el bosque de Rennes extendia hasta allí sus tallares.

Desde los escalonados terrados del palacio de Noyal se podia ver, delante de los últimos àrboles del bosque, la fachada de un castillo de grandioso estilo] que parecia que dominaba todo el paisaje.

Era el hermoso castillo de Grail, que fué llamado màs tarde el Castillo de Barba Azul, Pertenecia á Enrique de Grail, conde de Lacuzan, teniente coronel de los dragones de Conti.

El conde Enrique, porque preciso es que al fin conozcamos à este gallardo magnate, tenia veinte y cinco años en la época en que comienza nuestra historia. Acababa de recibir el cordon de la órden por hechos militares bastante notables ejecutados en el extranjero.

No era en manera alguna un oficial de fortuna puesto que su padre habia sido conde antes que él y brigadier en los ejércitos del rey. Sin embargo, los de Grail no pertenecian á la màs alta nobleza del país, y el conde Enrique podia atribuir en gran parte su posicion á su mérito.

Verdad es que su buena traza no le perjudicaba, asì como tampoco sus castillos sus alquerías, sus molinos, sus prados, sus dehesas y sus montes, que poseia en abundancia.

Habia seguido à la córte á Parìs. Poseia á la perfeccion el trato social. Continuaba siendo breton, porque así le convenia.

En Rennes, como en todas partes, se ocupan gustosos en hablar del pròjimo más de lo indispensable. Hablaban, pues, enormemente del conde Enrique.

El tiempo que habia pasado en la córte suministraba materia abundante para varias docenas de historias en las cuales representaba Lacuzan un papel muy galante.

La murmuracion pública le convirtió en un verdugo de mugeres. En seguida comenzaron à adorarle las mugeres. Tal es la ley.

Todo el que pueda vanagloriarse de haber arrancado un nùmero regular de corazones, tiene en seguida todos los corazones à su disposicion. La clientela de amor se forma lo mismo que la clientela de un dentista.



III.

Lacuzan y su retrato al pastel.

El conde Enrique de Lacuzan valia más que su fama. No era ese D. Juan vulgar cuya especie se perpetuará en las provincias y en la calle de Saint-Denis, en París, hasta la consumacion de los siglos.

No corria esas aventuras que denominaban *buenas fortunas* y que son la gloria de los lindos oficiales franceses, ya sea que pertenezcan á la infantería, ó que sus estudios les hayan permitido ingresar en la caballería. Las mugeres deliraban por él sin que fuese culpa suya.

Y si la generalidad de los glosadores le acusaba de ser un vampiro enamorado, otros charlatanes suponian, por el contrario, que à muchas damas hermosas las habia hecho la suprema afrenta de no tomarlas por vìctimas, cuando ellas invocaban notoriamente el martirio.

A esta última opinion se adherian los escépticos, los despreocupados y las personas del bello sexo que ya no tenian ilusiones.

Pero los càndidos, las cocineras y los criados de casas nobles, los barberos, en fin la clase infima de la murmuracion, se obstinaba en considerar á Lacuzan como un libertino encantado.

Es decir, como un pícaro de la peor especie.

Consistia, sin duda, en que Lacuzan era demasiado rico, feliz y buen mozo.

Pero el enemigo más encarnizado de Lacuzan era Malbruk, el bailarin de cuerda floja.

Hé aquí por qué.

Habia entónces en Rennes y en varias otras partes de la Bretaña una epidemia á la que la tradicion llama la peste negra.

Esta enfermedad atacaba à la piel despues de haber corrompido la sangre. Los enfermos no siempre morian, pero muy rara vez sucedia que la curacion no dejase huellas horribles en el rostro,

Los que habian sufrido la peste negra quedaban desfigurados para siempre.

La epidemia habia causado grandes estragos en el bosque de Rennes, en torno del castillo de Grail, y Lacuzan habia llevado de la ciudad á su propio médico para curar á las pobres gentes de sus tierras.

El médico que en medio de todo era un buen hombre, llevaba sobre sí sales y toda clase de vinagres cuando entraba en las chozas de los contagiados. Lacuzan le seguia y no llevaba más que escudos de seis libras, que repartia entre aquellos que carecian de medicamentos ó de pan.

Al médico le atacó la peste negra, á pesar de que habia cuidado de no tocar á los enfermos.

Lacuzan, que habia dado apretones de mano á los más desesperados, conservó su hermosa palidez, y ni siquiera tuvo un acceso de fiebre.

¿Pensais acaso que la multitud se arrodilló delante de Lacuzan? Nada de eso.

Unos dijeron únicamente: No es verdad.

Otros pronunciaron por lo bajo la palabra maleficio.

Y en las calles bajas de Rennes pasò Lacuzan por brujo. Esto es muy natnral, y no hay gran mal en ello. Un hombre de corazon practica el bien para ser recompensado en este mundo por la gratitud, ó de otra cualquiera manera, no es más que un fatuo.

Peor que eso: es un necio.

Peor aún; es un peligroso, porque llegará un dia en que ese hombre, lastimado por la humana ingratitud, se convertirá en misántropo y malvado.

Lacuzan continuó dando la mano á los moribundos que tenian la peste negra: su mano siempre abierta y nunca vacía.

Su fama dè brujería creció y se estableció sólidamente.

Una noche en que Lacuzan se volvia à su castillo de Grail encontró à un moribundo tendido en medio del camino.

Era una víctima de la peste negra.

Lacuzan cargó al moribundo sobre sus hombros y continuó su camino.

Lacuzan era fuerte y robusto; pero el camino era largo. Al cabo de media hora se detuvo y se vió obligado á colocar sobre la yerba su pesada carga.

El paciente se retorcia á impulsos del dolor y tenia ya el extertor de la muerte,

Lacuzan distingió desde lejos à un moceton que iba por el camino y se acercaba à él cantando.

—¡Eh, buen hombre! gritó.

El moceton acudió á su llamamiento.

—Ayúdame á llevar á este desgraciado, le dijo Lacuzan.

Malbruk, porque era Malbruk, al ver el rostro del enfermo; conoció en seguida los síntomas evidentes y temidos de la epidemia y dió un salto brusco hácia atrás exclamando:

—¡Qué toque yo à un enfermo de la peste negra!....

—Te daré dos luises de oro, repuso Lacuzan.

—Aunque me dieseis cincuenta.

A Lacuzan no le gustaban mucho las discusiones.

Antes de que Malbruk hubiese completado su frase, le tenia agarrado del cuello y le decia:

—Pago gustoso à los tunos como tú, cuando no replican; pero si me desobedecen, no les pago, sino que les sacudo.

Lacuzan era así; tenia un lenguaje muy enérgico Es preciso que nuestros lectores nos perdonen si reproducimos sus frases demasiado duras.

Lacuzan añadió:

—Por consiguiente no te daré ni un cuarto. ¡Ayúdame!

Malbruk se echó á reir.

Tenia la estatura y la musculatura de un Hércules.

—¡Ah! dijo, al paso que miraba en torno suyo al campo solitario: ¡me hablais de ese modo, señor hidalgo!....

Era noche cerrada, el camino se hallaba desierto,

Malbruk pensaba para sus adentros:

—Nadie sabrá que le he estrellado la cabeza contra el tronco de esa encina.

Y miraba al tronco de la encina despues de haber mirado á la cabeza de Lacuzan.

Pero verdaderamente habia contado sin la huéspeda.

Lacuzan, que estaba leyendo sus proyectos en sus ojos feroces, apretó la mano con que le tenia cojido del cuello. La cara de Malbruk se puso amoratada y de su boca salió un palmo de lengua.

—¡Oh! señor, dijo cayendo de rodillas, no me mateis.... haré cuanto querais.

Lacuzan le soltò. Cogió al enfermo de la cabeza, y Malbruk, aunque de muy mala gana, le llevó agarrado de los piés.

Cuando hubo llegado al umbral de la puerta de la primera cabaña que se presentó en el camino. Lacuzan tiró á Malbruk dos monedas de oro y le dijo:

—¡Vete!

Hacia ya de esto varias semanas.

Pero nadie ignoraba que aquella enfermedad terrible, la peste negra, podia estar inoculada en la sangre durante meses enteros, como el fuego mal apagado de los incendios está oculto bajo la ceniza, y luego estallar de repente furibunda y mortal.

Malbruk tenia miedo.

La idea de la peste negra pesaba incesantemente sobre él.

Y odiaba á Lacuzan porque decia:

—El que es brujo puede muy bien tocar á los enfermos.... ¡pero hecérmelos tocar á mí, que nada tengo para defenderme!

Indudablemente era un asesinato.

En la vida de Lacuzan habia una cosa muy misteriosa.

La gente murmuradora le habia puesto el apodo

de Barba Azul porque nadie ignoraba que el conde Enrique de Lacuzan habia estado desposado ya tres veces con tres señoritas nobles, ricas y hermosas, y que sus tres novias habian muerto todas algunas dias antes de la época fijada para la boda.

Verdad es que el verdadero Barba Azul aguardaba á que la boda se hubiese celebrado.

Pero cuando se trata de lanzar una flecha emponzoñada, los mal intencionados no se paran en pequeñeces.

El hecho de las tres novias muertas era verdadero.

No se necesitaba más.

Quizás si se hubiera tenido hàcia Enrique de Lacuzan el más leve destello de la benevolencia màs vulgar, en vez de adorarle al pronto para aborrecerle despues, habria atribuido á aquella triple desgracia el aspecto de tristeza que habitualmente oscurecia su rostro tan hermoso y tan altivo,

Quizàs habrian hecho remontar à aquel triple dolor las bruscas variaciones de su carácter inexplicable.

Pues, por medio de toda aquella gente que se entretenia en hablar de él á pesar suyo, pasaba Lacuzan unas veces expansivo, brillante como su edad lo requería, y otras lúgubre y taciturno.

Algunas veces el chiste que iba á decir se helaba en sus lábios.

Y muy á menudo, entre las risas que él mismo habia excitado, se le habia visto inclinar la cabeza de improviso, como si el dardo de un snfrimiento sordo y repentino le hubiese atravesado el corazon.

Amaba á Mariela de Noyal.

Y todos recordaban que en la fiesta del término

de la legislatura le habian visto seguir á la jóven con una mirada sumisa.

Pero cada cual recordaba tambien haberle visto romper en cierto modo el encanto con violencia, apartar su mirada y huir.

¿Era aquello un recuerdo de luto?

¿Era un remordimiento?

En Paris sucede lo mismo que en las provincias. La caridad es una planta rara que no crece al aire libre.

Los indiferentes no decian nada.

Los mal intencionados decian:

—Es un remordimiento.

Para todos los enemigos que tenia, para aquel ejército de adversarios irreconciliables, el conde Enrique de Lacuzan solo poseia una amiga!

Era la señorita Blanca de Noyal, la humilde hermana de la incomparable Mariela.

Aún no hacia mucho tiempo que Lacuzan la hácia bailar sobre sus rodillas; pero hacia un año que Blanca se sentaba à su lado como una muger.

Verdad es que seguian tuteàndose. Se puede tutear á una muchacha hasta los catorce años, ni màs ni menos.

Lacuzan y Blanca hablaban uno con otro muy á menudo.

Tan amenudo que los murmuradores aguardaban con impaciencia à que Blanca cumpliese los quince años para lanzar alguna calumnia terrible.

Y aùn habia quien opinaba que no se necesitaba aguardar tanto tiempo.

Ahora, si no temiésemos haceros cobrar aversion á esa pobre Blanquita, os diriamos un gran secreto.

Es escabroso, lo confesamos con candor.

Una jòven artista, una niña prodigiosa....

¡Còmo Blanca, esa loquilla querida, ¿era una niña prodigiosa?

¿Una jóven artista?

Moderad vuestro espanto.

Debiéramos haberos ocultado esa circuntancia, pero soltada ya la primera palabra, esta os conduciria à suposiciones deplorables.

Expliquémonos francamente y sin pasion.

Sì, Blanca era una artista en toda la extension de la palabra.

Sí, Blanca tenia en sí misma todo lo que constituye el artista: tenia la fogosidad, la impresion repentina, los ojos que se humedecen, el corazon que se estremece y ese no sé qué divino: la fantasìa.

¿Que es la fantasìa?

Por mi vida que no lo sé.

Pero lo comprendo. Es todo un horizonte de belleza que se extiende màs allá del horizonte visible, y que ciertos ojos y ciertas almas distinguen.

Es una cosa que nos encanta à pesar nuestro, una cosa à la cual amamos sin saberlo y que nos hace meditar.

El amor desconocido para una jóven.

La California para un hombre.

El rayo de luna que se desliza sobre el paisaje, para un poeta....

En fin, no lo sé.

Blanca habia visto todo eso.

Si hubiese querido hubiera sido una gran pintora,

Pero, lo repito, tranquilizaos.

Amaba como cantaba, como reia, como ocultaba la limosna matutina; pintaba con su corazon y con el capricho de su cabeza destornillada.

¡Una niña prodigiosa! ¡ah! si por cierto.

Se juzgaba de buena fé como la màs mediana discípula de Dionisio Antonio Amadeo Poquet, su maestro de dibujo, que era un incorregible fabricante de mamarrachos.

Y Dionisio Antonio Amadeo Poquet lo creia aún màs firme que ella.

En fin, para decirlo todo de una vez. Blanca en toda su vida no hizo más que un solo retrato.

Era una obra maestra, es cierto, pero no por esto le guardeis demasiado rencor.

No lo habia hecho à propósito.

Aquel retrato era el del conde Enrique de Lacuzan. Blanca le dijo una noche jugando en el jardin.

—Estoy dibujando un griego, porque no he podido concluir la cabeza romana que estaba haciendo.... Estaria muy bien tu cabeza. Lacuzan, con tus bigotes puntiagudos y tu cabeza sin polvos.... ¿Quieres que dibuje tu cabeza en vez de la del romano?

—Con mucho gusto, replicó Lacuzan.

—De veras? exclamà Blanca gozosa; ¡qué lastima que sea ya de noche!.... Hay que aguardar á mañana.... ¿Vendrás mañana temprano?

—Cuando quieras.

—Muy temprano.... de oculto. No enseñaré el dibujo por ahora á mi maestro. ¡Oh! ¡cómo nos vamos á divertir.

Aquella noche no durmió Blanca.

Al dia siguiente, al amanecer, escogió una hoja de papel inmensa y la colocó en el caballete, tiró en un rincon su pobre griego y aguardó á Lacuzan,

—Al ménos, decia para sí, hé ahì uno que se estará muy quietecito en su asiento.... Ese Pichenet

se está moviendo siempre!.... ¡Esceptuando, añadió sonriendo con tristeza, cuando se està allà horas enteras mirando á Mariela!

—¿Segun eso, la señorita Blanca habia intentado retratar á Pichenet?

Lacuzan llegó con traje de caza, con el cuchillo de monte al cinto y la escopeta al hombro. Al pasar habia dejado un gamo en la repostería.

—¡Eso es! exclamó Blanca, el cuello desnudo, el casaquin cayendo en anchos pliegues.... ¡Ya verás qué guapo te voy à poner!.... Mira, dijo interrumpiéndose, mira mi romano.

Era un verdadero romano: casco en forma de jarron, cabellera rizada entrecejo fruncido, cabeza de comparsa tràjico.

Lacuzan dijo por cortesìa:

—¿Sabes que has hecho progresos, Blánca?

La niña se le rió en sus barbas sin compasion.

—Por el trabajo que te has tomado, exclamó, te le regalo!.... Te le vas à llevar á ponerle en un cuadro y á colgarle en tu salon con mi firma: Blanca de Noyal, discípula de Dionisio Amadeo Poquet!....

—Corriente, dijo Lucuzan adelantando la mano para coger el dibujo,

El dibujo volaba ya en cuatro pedazos por la ventana afuera.

—¡Pobre Poquet! repuso Blanca; si hicieses eso le quitarias tdoos sus discípulos,

Comenzó la secion del retrato.

Lacuzan fué colocado solemnemente á la luz que convenia.

—Blanca afiló sus lápices y trazó en el papel esos rasgos vacilantes que buscan los verdaderos contornos y envuelven el rostro de una manera vaga.

La niña estaba un poco ¡pàlida, pero sus negros ojos brillaban.

Lacuzan volviò al otro dia y en los siguientes.

Blanca juzgó que tenia una paciencia admirable.

Verdad es que hablaban de unas cosas y de otras, y que el nombre de Mariela sonaba tres veces por minuto en la conversacion.

Blanca queria tanto á su hermana mayor Mariela, de quien casi nunca se burlaba.

Mariela era buena y consentia en reirse cuando Blanca se empeñaba en ello.

Blanca era todo corazon, ya lo sabeis. Nunca se habia preguntado á si misma hasta donde llegaba su abnegacion respecto de Mariela, porque ésta, feliz entre todas las jóvenes, no necesitaba de la abnegacion de nadie. Pero le habria dado su vida sonriendo.

Cuando Lacuzan hablaba de Mariela su voz temblaba, revelaba la emocion profunda que queria ocultar bajo un velo de frialdad.

Blanca le miraba entónces de reojo.

Y el retrato adelantaba.

Pero, lo repetimos, ya no era aquella la mano que emborronaba cabezas de romanos y de griegos: era una mano de hada.

Parecia que un poder sobrenatural habia tomado la cabeza de Lacuzan para trasladarla viva al papel.

En este mundo todo concluye por saberse. No hay secreto, por bien guardado que esté, que no se divulgue con el tiempo, sobre todo cuando se dejan las puertas abiertas de par en par.

El secreto del retrato sufrió la suerte comun. El señor marqués de Noyal fué por la tarde. Dijo: ¡Perfecto, perfecto! echándose el rapé en la pechera.

Y pensò,

—¡Vaya una idea! ese Lacuzan tiene ideas singulares!

Nadie ignoraba la significacion plebeya á la par que córtes de esa calificacion de *singular*.

Singular es casi tan enfadoso como *original* ò *raro*.

Es ni más ni ménos que el superlativo de loco.

Llegó Mariela y lanzó un grito de sorpresa.

Blanca se puso muy encarnada: tanto era lo feliz que se sentia.

—¡Està muy parecido! dijo Mariela; ¡es sorprendente, hermanita!

Y abrazó á Blanca, muy conmovida y orgullosa.

Pero se acercò un poco más al retrato.

—¡Oh! repuso, mientras que su boca adorable hàcia el gestecito más lindo, ¡oh! quita allá.... el señor de Lacuzan no tiene esos agujeros en la piel....! ni ese negro debajo de la nariz.... No toma rapé.

Mariela no sabia que Mad. de Pompadour habia dicho ó iba á decir una candidez enteramente igual.

Esas flores animadas, las marquesitas sonrosadas, no quieren que se pongan sombras en los cuadros.

Por último, Dionisio Antonio Amadeo Poquet llegó á su vez.

Este buen hombre se encogió francamente de hombros y murmuró:

—¿Qué quereis, señorita, qué quereis que os diga....? No seguis mis consejos. ¿con un poco más de aplicacion podriais copiar hoy figuras del natural! Pero.... ¡ah! sì, á la verdad....

Tomò su sombrero, y saludando para retirarse, añadió con tono de profunda compasion:

—Afortunadamente, querida señorita, afortunadamente no necesitais de eso para vivir.

Pusieron el retrato en un marco dorado y le colgaron en el saloncito del castillo de Grail.

Blanca habia representado á Lacuzan en el momento de volver de caza, con la cabellera un poco desordenada, el cuello arrugado y la chupa de terciopelo floja bajo la casaquilla colocada en caprichosos pliegues.

Un verdadero campesino con una frente de príncipe y unos ojos de águila.

Habreis visto (y si no los habeis visto procurad verlos) esos soberbios dibujos que deja caer de su pródigo lápiz Willam Borrione, ese pintor muy jóven que mañana será glorioso.

Habeis admirado esa riqueza de colorido, ese atrevimiento de dibujo que hace el pastel màs bello aún que la pintura.

Tambien el siglo XVIII tenia la ciencia del pastel.

Pero aquel retrato de Lacuzan, error de una niña que no habia querido escuchar á Dionisio Antonio Amadeo Poquet, no era de su siglo.

Era uno de esos fenòmenos singulares que no se reproducen.

Era hermoso y ageno á las costumbres, á la manera y arte de la época.

La figura se descataba grave y pálida sobre un fondo casi negro. La noble frente, en la cual se distinguian ya algunas huellas de cansancio moral, estaba inundada por una masa cabellos oscuros, largos y enredados por una carrera violenta. La nariz aguileña, la boca enérgica y burlona, la ceja bien arqueada y ocultando su aguda punta debajo de los mismos cabellos de la sien.

Esto daba á la parte superior de aquel rostro tan

varonil una especie de semejanza vaga con el dulce semblante de Mariela.

Los ojos tenian una mirada fija y altiva y cierta melancolía bajo su frio valor.

Todo aquello era jòven, pero un poco triste.

Era fuerte, pero se adivinaba el sufrimiento bajo aquel vigor, el sufrimiento soportado orgullosamente.

Era un soldado, pero un pensador.

Un pensador, pero un caballero.

Blanca estaba allí cuando el retrato fué colocado en el saloncito de Grail. Nadie habia con ella más que Lacuzan, quien seguia con su mirada à Mariela que, agarrada del brazo de su padre, se paseaba por las calles de árboles del jardin.

Cuando Mariela y su padre desaparecieron bajo la enramada, Lacuzan fué à colocarse delante del retrato.

Blanca encontraba que el retrato estaba muy bien allí. Aguardaba un elogio, y esto era fàcil comprenderlo, porque su lindo rostro ocultaba su pensamiento.

Lacuzan permaneciò mucho tiempo mirando al retrato.

Estaba pàlido y de su frente brotaban algunas gotas de sudor frio.

—¡Sí, eso es! dijo.

Luego añadió, como si hablase consigo mismo:

—¡Me dan ganas de quemarle!

Asomáronse las làgrimas à los ojos de Bla dijo:

—¿Tan mal hecho le encuentras?

Lacuzan se estremeció y volvió en sí de su distraccion.

—Le encuentro muy bien hecho, pobre Blanca

mia, dijo; más aùn, creo que es hermoso.... muy hermoso.

—Entónces, ¿por qué quieres quemarle?

Lacuzan, no respondiò en seguida.

Se pasó la mano por su húmeda frente y al fin dijo con voz sombría.

—¡Porqué es el retrato de un loco.

Blanca le miró sorprendida.

—Escucha Blanca, repuso Lacuzan, quien se alejaba del retrato para volver junto á la ventana, ¡la amo.... la amo con delirio.... con frenesí!

—¿Y qué?

—¡Que las otras murieron!

—¿Qué dices?

—¡Qué hago desgraciadas á las mugeres á quienes amo.... estoy seguro de ello!

Blanca intentò reirse; pero estaba más pàlida que Lacuzan y un estremecimiento agitó todo su cuerpo.

Cogió la mano de Lacuzan y la estrechó entre sus manitas frias.

—¿La amas lo suficiente, preguntò, para irte lejos, muy lejos de ella, y no volverla á ver nunca?

—¡La amo lo suficiente, respondió Lacuzan, para permanecer junto á ella y exponer su vida, que es la mia, antes de que dejar de verla!

IV.

Los dragones de Lacuzan.—Imprudencia de Blanca.

Lacuzan no siempre era tan sentimental.

Ocupaba bastante bien su puesto en la mesa, y cuando queria podia pasar por un militar alegre. La juventud de Rennes le habia tomado por modelo y caudillo.

Para obtener ese puesto de príncipe de la juventud de Rennes es preciso no ser precisamente melancólico. Rennes quiere reir à fin de resignarse á sufrir con paciencia su cielo triste y sus pedernales puntiagudos. Rennes quiere reir, beber el vino de las comarcas en que hay sol y hacer bailar á sus lindas muchachas.

Es el producto de Rennes las mugeres bonitas.

¿Y no vale más producir mugeres bonitas que vinos excelentes, puesto que el vino se exporta?

Dícese que en Burdeos se bebe un vinillo claro y endeble para entregar su buen vino à la exportacion: Rennes conserva sus huríes y sus vinos.

El rey electivo de los malas cabezas de Rennes no está sujeto precisamente á un exàmeu, pero debe llenar varias condiciones rigurosas.

En primer lugar, ser fuerte y robusto, lo cual es lo de ménos.

Tener la cabeza firme y la chispa alegre.

Ser buen tirador, buen andarin y buen ginete.

Tener los dientes firmes, en caso necesario, y el puño medianamente vigoroso.

Ser afortunado con las mugeres, pero no tener ni un àtomo de fatuidad.

La bolsa vacía perjudicaria; pero tampoco se exige que se tengan cien mil francos de renta.

Con esto, si uno es buen mozo, despejado y sabe brillar, no hay màs que decir,

Figuraos un ser ideal realizando de la manera más completa que pueda imaginarse este programa alegre; pues bien, Lacuzan le podia dar aùn quince y raya.

Era verdaderamente un mozo audaz; era un loco encantador, no obstante su rostro sério y su mirada pensativa.

¡Pardiez! aquel romántico que suspiraba como quince capìtulos de novela, rompia los faroles de las calles: aquel caballero que cuidaba y atendia à los enfermos de la peste negra cual una hermana de la Caridad, sacudia el polvo á las rondas de vigilancia....

Pero habia que verle correr, à la cabeza de sus hermosos dragones, en medio de un torbellino de polvo, en el Campo de Marte, en un dia de esplendente sol!

Habia que verle para comprender la altivez del soldado, el poder del uniforme, el orgullo del mando!

Las señoras seguian el vivo reflejo de su casco entre el polvo.

El acero de los sables resonaba, el cobre lanzaba sus fugaces relàmpagos; los escuadrones desarrollaban sus movedizos anillos; y entre todo aquel estrépito de caballos galopando, de voces de mando cruzándose, de hierro y de fanfarrías, la voz de Lacuzan estallaba, sonora como el clarin de las batallas.

¡Vive Dios! (así era como hablaba el señor marqués de Noyal, que era un marqués de vaudeville) ¡vive Dios! ¡qué hermoso soldado de parada!

Sí, ¿eh? ¿un soldado de parada?

Habia detrás de Lacuzan un peloton de veinte dragones que compartian con él las miradas de las señoras.

Los llamaban los dragones de Lacuzan por excelencia.

Sus cascos estaban mejor bruñidos, sus caballos más rápidos, su porte más marcial. Cuando salian de enmedio de la nube de polvo, con sus rostros bronceados y sus ojos ardientes, parecian verdaderos diablos.

Habia solo veinte.

Eran mil cuando Lacuzan, que hacia la guerra contra los turcos, con el consentimiento del rey, los alistó en Servia, à su costa, y los armó, los equipó, los mantuvo y los mandó.

¡Un soldado de parada!

Habia escojido uno por uno, à sus mil servidores de cabellerà lisa y ojos de águila. Eran unos rudos compañeros. En el sitio de Orsova los puso Lacuzan

á prueba. Los imperiales huian, Lacuzan se sostuvo tres dias con sus noches en la cabeza del puente fortificado de Arzow para cubrir la retirada de los imperiales. El cuarto dia se retiró. Los servios habian minado el puente. La vanguardia turca se voló.

¡Un soldado de parada!

Cuando los turcos fueron á Belgrado, Lacuzan se quedó fuera de la ciudad con sus servios. A fuerza de batirse consiguió llegar á una de las puertas de Belgrado y pidió asilo para sus pobres soldados que estaban abrumados de cansancio. Los imperiales eran unos hombres prudentes que hicieron como que no lo oian.

Entonces Lacuzan alzó su sable ensangrentado por encima de su cabeza y gritó:

—¡Muchachos! vamos à lavarnos en el Danubio!

Para llegar al Danubio habia que atravesar todas las filas enemigas. Lacuzan tendria entónces de 18 à 20 años.

Clavó las espuelas á su caballo, que saltò hacia adelante; los servios le siguieron.

Tanto los soldados como su caudillo hicieron aùn cuanto pudieron, y el camino que se abrieron en las filas de los turcos fue señalado por un prolongado rastro de cadáveres.

Pero, como hacia tanto tiempo que se batian estaban demasiado cansados.

Cuando llegaron à la orilla del rio, no vió ya más que unos cincuenta ginetes servios. Eran los ùnicos que le quedaban y aún estaban rodeados de enemigos.

No, por mi vida, el conde Enrique de Lacuzan no era un soldado de parada.

Cargó él solo, desembarazó á sus ginetes á quienes su aspecto restituia la vida, y todos lanzaron sus caballos al rio.

¡El rey de los rios!

Eran veinte y uno cuando llegaron á la orilla opuesta. Lacuzan se los trajo á Francia. Decian en el regimiento que si el conde Enrique hubiese mandado à sus veinte dragones, à los dragones de Lacuzan, que fuesen á buscar la luna, ellos lo habrian intentado.

Ahora que hemos retratado ya al conde Enrique de cuerpo entero con el lápiz y con la pluma, quizás sorprenderá ménos al lector el ver que tenia muchos enemigos.

Los hombres como Lacuzan gustan demasiado à las mugeres y desagradan por demàs á los hombres: tal es su desgracia.

Porque en estos casos, agradar y desagradar es todo uno: las mugeres aborrecen por amor, los hombres por envidia.

Hay una cosa singular, y es que la reunion de esas enemistades de ambos sexos produce el estar en boga.

Los triunfos de un hombre se miden con exactitud por el nûmero de enemigos que tiene. El que tuviese por envidiosos à todos los habitantes de nuestro universo, brillaria tanto como el sol.

Entre los enemigos de Lacuzan no hemos contado á Pichenet,

¡Dios mio! Hablar de ese pobre niño Pichenet á propósito de Lacuzan! ¡qué ocurrencia!

Amigo ó enemigo, ¿que importa?

¡Qué le hace al leon soberbio el rencor del débil moscardon.

No hemos contado à Pichenet entre los enemigos de Lacuzan, y hemos hecho bien. Solo que Pichenet sabia que el conde Enrique amaba á Mariela: siempre sabia cuanto concernia á Mariela.

Respecto á la cuestion de decidir si Mariela de Noyal amaba ó no à Lacuzan, Pichenet vacilaba.

Pero mucho se lo temia.

Y sin embargo, no le aborrecia.

Es que dentro de aquel cuerpo endeble y pequeño ya vereis que habia mucha inteligencia y un alma hermosa. Pichenet habia oido à Malbruk enfurecido, referir su encuentro con Lacuzan en el camino de Grail. Pichenet sabía, como todos, lo que Lacuzan hacia por los enfermos de la peste negra.

Y á Pichenet no se le ocurria decir que aquello era brujerìa.

Solo que cuando veia pasar á Lacuzan tan hermoso y tan altivo, su corazan se oprimia. Volvia entónces á sus libros y se consagraba al estudio con violencia.

O bien se arrodillaba junto à su madre y besaba sus manos diciendo:

—¿Pues qué, hay hijos que aman en este mundo à otra cosa que no sea su madre?

Solo algunos dias despues de la conclusion del famoso retrato, fué cuando tuvo efecto la fiesta dada por el señor marqués de Noyal, con motivo de haberse cerrado la legislatura de los Estados de Bretaña.

El marqués era un hombre espléndido, pero que todo lo miraba un poco por sí mismo, y queria saber à punto fijo, por libras, sueldos y dineros, lo que le costaba su esplendidez.

Con tales costumbres, mucho más frecuentes de

lo que se imagina, hay marqueses deslumbradores que obtienen rebajas muy importantes en sus gastos.

La fiesta del 3 de Junio 1749 se habia anunciado con mucha anticipacion. Todo Rennes estaba convidado. Todo Rennes y toda la Bretaña.

El marqués tenia que conservar su nombradía y su fama.

Por eso estaba levantado desde muy temprano, recorriendo su palacio y sus jardines para ver hasta qué extremo lo habian convertido todo ello en un paraiso.

Quizás no sea esa, precisamente, la soberbia, indiferencia del magnate, pero si la verdad de lo sucedido.

Y aún añadiremos que, desde lejos, cualquiera habria tomado à aquel querido marqués por su propia ama de llaves, con su bata de grandes flores y su gorro de dormir cuidadosamente calado hasta las orejas.

Iba, venia, se agitaba, movia la cabeza ó se restregaba las manos. Reñia, criticaba, estorbaba.

Nunca hubo general, disponiendo sus avanzadas en el momento de una batalla, que estuviese tan ocupado como él.

Criados y tapiceros se trastornaban y perdian la cabeza, y si todo no quedó lo mejor posible, no fué realmente por culpa del pobre marqués.

La hora designada para la comida era la una de tarde. A las once de la mañana bajó Blanca al jardin, segun su costumbre. Estaba ya vestida y limpia como un querubin.

Cuando se dirigiò hácia su padre, corriendo y saltando, el marqués, por costumbre, le abrió los brazos con ternura, pues queria á sus hijas con toda su alma.

Pero se arrepintió en seguida recordando que en aquel dia no podia consagrar ni un solo instante á las debilidades del amor paternal, y haciendo el ademan de enjugarse la frente, exclamó:

—¡No tengo tiempo, niña, no tengo tiempo! ¡Ah! no es cosa fácil, creedlo....¡Conseguiré arreglarlo todo....pero no será sin mucho trabajo!

Blanca le abrazó à pesar de todo.

—¡Tú estàs ya vestida! repuso el marqués dirigiendo una mirada triste á su bata de grandes ramos; ¡eres muy feliz! ¡Anda, niña, vé á divertirte....y no me robes el tiempo!

Blanca bajò por los terrados, llenos de flores nuevas, y se dirigió á las enramadas.

Tan luego como hubo desaparecido entre los arbustos apareció el conde Enrique de Lacuzan en lo alto de la escalinata del palacio.

El marqués miró de nuevo á su bata de anchos ramales é hizo una mueca espantosa.

¡Ah! ¡Vive Dios! exclamó mentalmente, este Lacuzan comienza à ser muy enfadoso....¿A quién se le ocurre llegar á estas horas á sorprenderle á uno en su casa? ¡Lléveselo el diablo!

Y añadió en alta voz:

—¡Buenos dias, conde! ¡Cuán amable sois al venir tan temprano!....Me cogeis en medio de mis faenas, porque he querido ver por mí mismo como va esto....

—Todo ello està magnífico, dijo Lacuzan.

—¡Pardiez! amigo mio, repuso el marqués con una modestia orgullosa, mi reducido palacio de Noyal no es el Louvre....Y en mi pobre jardincito no estamos en Versalles.... cada cual dá lo que tiene.

—¡Es precioso!.... ¡precioso! repitió Lacuzan, quien habia dirigido una mirada distraida à los preparativos del festejo.

—¿De veras?.... ¡Vamos, me alegro! ¡tanto mejor!.... La verdad es que si yo no me hubiese mezclado en ello, nada habria marchado como era debido....

Sacó su reloj,

—Sobre todo, marqués, que no venga yo á estorbaros, se apresuró à decir Lacuzan; he juzgado que tengo bastante intimidad con vos para anticiparme á la hora del convite....

El marqués le interrumpiò dàndole un fogoso apreton de mano y exclamando:

—A todas horas y en todas partes soy enteramente vuestro; pero, francamente, con este traje en que me veis, si no temiese déjaros solo....

—¡Si no me dejais solo ahora mismo, me marcho!

—Lo siento mucho, creedlo.... Mariela està en su tocador.... y sabe Dios cuando concluirá.... Asi, pues, solo queda Blanquita....

—¡Y me compadeceis! dijo el conde riendo, ¿no sabeis que Blanca es mi mejor amiga?

—Si por cierto, Lacuzan, si por cierto.... lo del retrato.... Por mi vida, añadiò el marqués galantemente, que si Blanca tuviese tres ó cuatro años más os pediria una explicacion, señor conde!

—Y podeis estar persuadido, señor marqués, de que no se haria esperar mucho la explicacion! replicó Lacuzan en tono un poco más serio de lo que al parecer exigian las circunstaucias.

Mr. de Noyal le miró sorprendido.

Lacuzan recobró su sonrisa y dijo:

—Ya no os queda más que una hora, marqués. Apresuraos si no quereis recibir con bata á las señoras.

El marqués huyò presuroso y se puso en manos de su ayuda de cámara.

Pero las ùltimas palabras de Lacuzan bullian en su cerebro, y al paso que hacia le abrochasen su calzon de raso sobre sus medias de seda, decia para sí:

—¡La explicacion no se haria esperar! ¡y que cara ponia ese diablo de conde! En último resultado solo habrà que esperar tres ó cuatro años.

El ayuda de càmara estaba abrochando la tornasolada chupa que dejaba abierto el paso à los preciosos rizados de la chorrera.

—¡Pardiez! seguia pensando el marqués dentro de cuatro años ese muchacho será, cuando menos coronel.

Cuando el ayuda de cámara le hubo puesto la casaca de brillantes botones, Mr. de Noyal se restregó las manos y concluyó diciendo:

—¡La señora condesa de Lacuzan! sonaria bien ese nombre.... sí.... por vida mia que sí.... aún no habia yo pensado en eso.

Nuestra amiga Blanca, preciso es confesarlo, por su poca formalidad no era muy á propósito para mantener en tales pensamientos al señor marqués su padre.

En cuanto viò desde lejos al conde Enrique en la enramada, corrió presurosa hàcia él exclamando:

—¡Ah! ¡qué felicidad! ¡hé aquí mi Lacuzan.

Ya lo oís; ¡su Lacuzan!

Parece que el tal Lacuzan era suyo.

Y no contenta con esto, se colgó de su cuello sin ceremonia.

—¡Qué hermosa estás, Blanca! dijo Lacuzan.

Blanca cogió con ambas manos la falda de su vestido y la extendió para hacer que se viese mejor. Luego se volvió sacudiendo los hermosos rizos de su cabellera, á fin de que Lacuzan pudiese admirarla por detràs.

Luego, tambien, dió una vuelta en torno de Lacuzan, que estaba con el uniforme de teniente coronel.

—¡Pues y tú! exclamó; cordones, charreteras, cruces!.... Ya no te pareces à tu retrato!

Siempre que se hablaba de aquel retrato, el semblante del conde se oscurecia un poco.

Blanca le llevó junto á un banco y se sentó á su lado.

—He estado pesando en tí toda la semana, dijo fijando en él sus grandes ojos negros que sonreian con dulzura.

—¡Ah! dijo el conde.

—¡Sí.... te quiero mucho, Lacuzan....! Desearia verte muy feliz.

Lacuzan estrechó sus manitas entre las suyas y múrmuró conmovido.

—¡Niña querida!

—Sé muy bien que soy una niña, replicó Blanca si no lo fuera no podria hablarte así.... ¿Por qué? no lo sé, ni me importa.... Pero es preciso que me digas tu secreto, Lacuzan....

—¡Mi secreto....! no tengo ninguno:

Blanca le puso una mano en la boca y murmurò:

—¡No mientasl

—Te aseguro....

—¡Cállate... ! yo no te pregunto nada.

E irguió su esbelto talle, mostrándose digna y reservada.

Lacuzan quiso volver á cojer su mano, le dejó que así lo hiciese, pero ya se veia que era de mala gana y por mera condescendencia.

—¿Estás enfadada conmigo, Blanca, dijo el conde.

—No.... pero el otro dia me digiste: «Hago desgraciadas á las mugeres á quienes amo!»

—¿Y eso te ha inspirado temor?

—Ya sabes que no.... No temo ni por mí, que soy tu hermana, ni por Mariela, puesto que tengo confianza en tí.... Temo por tí, Lacuzan.... Temo que llegues á ser desgraciado....

Aguardó un instante á que la respondiese.

Lacuzan guardó silencio.

—Escucha, respondió Blanca vacilando y con acento zalamero, ¿te afligiria que yo te preguntase qué significan esas palabras: «¿Hago desgraciadas à las mugeres á quienes amo?»

—Si me pruebas que no eres ya una niña, no te trataré como tal, Blanca, replicó Lacuzan procurando desorientarla.

—Contesta sí ó nó, dijo la jóven insistiendo.

—Pues bien, sí; repuso Lacuzan haciendo un esfuerzo; eso me aflige.... y bien sabes por qué.

—¿Es solo por eso? volvió à preguntar Blanca.

Lacuzan frunció el entrecejo.

Blanca apoyó la cabeza en su hombro y dijo:

—Sé que eres el mas leal, el mas valiente, el mejor entre todos los hombres. Pero tienes razon, añadió alzando su traviesa frente; hago mal en hablarte de todo eso como si fuese ya una vieja soltera..... Charlemos, Lacuzan, mira, mira aquellos caballeros y aquellas señoras que llegan.... ¡Dios mio, qué guapos

están....! La vizcondesa de Galirouet se ha puesto su collar de diamantes, que es bastante mezquino...... Mr. de Chateutruel le viene hablando.... Escucha como tose....! Aun no se ha curado su constipado, que tiene ya cincuenta años de fecha ... ¡Oh, oh! exclamó interrumpiéndose y riendo; ayer leí en mi geografía que hay bancos y escollos de coral.... Mad. de Margamel debe haber encontrado alguno en el estanque de su castillo.... Mira que cargada viene de aplitos encarnados. ¡Vamos, mira, Lacuzan....

Lacuzan estaba soñando.

Despertò y vió que la escalinata, el terrado y las calles del jardin se llenaban ya de hermosas damas y elegantes caballeros.

—¡Y Mariela que està todavía vistiéndose! dijo Blanca. ¡Es posible que esa muchacha sea tan modesta que siempre crea que necesita adornarse!

Lacuzan fijó en la jóven una mirada recelosa, porque en tal edad y con tal carácter se suele trasponer algunas veces el angosto límite que separa á la travesura de la mala intencion.

Mariela era tan à propósito para inspirar envidia!

Pero Blanca se rió en las barbas de Lacuzan, lo cual, sea dicho de paso, solia acontecer con bastante frecuencia.

—Levántate, le dijo la jóven y dame el brazo solemnemente, como si fuese Mariela.... Puedes muy bien amarla con delirio, pero descuida que aunque soy una niña la quiero tanto como tú.

Lacuzan habia obedecido. Estaba de pié, pero permanecia inmòvil, con la vista fija en la multitud de los convidados, que iba creciendo por momentos.

—¿En qué piensas? preguntó Blanca.

—Pienso, respondió el conde Enrique, en que todos los que éstan allí son rivales mios.

—¡Oh! dijo Blanca mordiéndose los rosados labios, no todos.

Alberto de Coetlogon acababa de bajar por la escalinata y estaba saludando al marqués de Noyal, quien hacia los honores con exquisita gracia.

El conde Enrique no hizo caso de la réplica de la jóven y prosiguió diciendo:

—Pienso en qne he fundado toda la esperanza de mi porvenir en las eventualidades de una loterìa que tiene muchos números.

Y suspiró medio risueño y medio triste.

—¿Qué importa el número de los billetes, dijo Blanca, si tienes el número premiado?

—¡Hé ahí precisamente la cuestion!

Esta vez, Lacuzan lanzó otro suspiro, pero ya no se reia.

—¡Vamos, vamos, exclamó Blanca, te pasa lo mismo que á Mariela, eres demasiado modesto.... ¿Hay uno solo, por ventura, que pueda compararse contigo?

Lacuzan movió la cabeza á uno y otro lado y murmuró:

—Mr. de Poilbrillant es un buen mozo.

—Es verdad.... Cuando yo era muy pequeñita le daba sueldos á Guillot, el hijo del jardinero, para que clavase alfileres en sus pantorrillas, las cuales nunca se quejaron de tal irreverencia.

—Mr. de la Guerche es tan rico!

—Comete faltas de ortografìa con solo escribir su nombre.

Mr. de Avangour descendiente de los duques soberanos de la Bretaña....

—Si de tan arriba desciende bien se puede decir que ha andado mucho camino!

—El baron de Charles baila de una manera tan deliciosa....

—Si, pero toca muy mal el clavicordio.

—Mr. de Talhoet compone versos....

—Sì.... pero los recita.

—Mr. de Peuver.... Mr. de Launoy, Mr. de Noitel....

—Un bajo breton.... un bajo normando.... un traficante!

—Mr. Alberto de Coetlogon....

—¡Ah! en cuanto á ese, exclamó Blanca con petulancia, no hablemos de él.

—¿Por qué?....

—Porque no viene por Mariela.

—¡Ah! dijo el conde Enrique sonriéndose.

Y añadió:

—¡Se puede saber?....

—Sí por cierto, respondió Blanca.

—¿Por quién viene?

—Por mí.

Blanca miraba al conde frente á frente y con un aspecto muy resuelto.

Estaba preciosa, encantadora.

—¡Diantre! eso sí que es grave! exclamó Lacuzan, quien no pudo contener ya su alegría.

Blanca se puso encarnada y sus delicadas cejas se fruncieron levemente.

—Si te ries, dijo, vamos á enfadarnos!

—No me rio.

—Haces bien, Lacuzan.... No tengo celos de Mariela.... pero Mr. Alberto de Coetlogon es el único que fija su atencion en mí.... Quiero que me lo dejen.

—Es muy justo.

—Sea ó no justo, así lo quiero.... Dentro de tres años, cuando tenga ya juicio, si veo á tres ó cuatro buenos mozos como Lacuzan suspirar y arrastrar sus cadenas en torno mio, quizàs me acordaré de que Alberto tiene derecho de antiguedad.

Se interrumpió porque sintiò que el brazo de Lacuzan acababa de extremecerse bajo el suyo.

—¡Vamos, esclavo! dijo, cierra los ojos y prosternate.... ¡He aquí el sol!

Lacuzan no respondió. Su hermoso rostro se tornó pálido, y en efecto, bajó los ojos cual si unos rayos harto vivos hubiesen herido su vista de improviso.

Mariela de Noyal acababa de aparecer en lo alto de la escalinata, y ya se elevaba hácia ella un murmullo de admiracion.



V.

En donde Blanca contrae su primera deuda.

Mariela de Noyal tenia puesto un vestido blanco, oprimido en el talle por un cinturon angosto de un color azulado pálido. Algunas flores de lino corrian en forma de güirnalda por entre su cabellera.

No tenia más adornos.

Pero aquel atavio era una obra maestra.

Y aquella muchacha era una obra maestra de la creacion.

Estaba tan extremadamente bella que al pronto hubo un silencio de admiracion. Lacuzan y Blanca pudieron oir un prolongado murmullo que se elevó de entre la multitud.

—¡Querida hermana! dijo Blanca conmovida, ¡oh! ¡es preciso que seas tan feliz como....! Es preciso que llegue á ser su marido, Lacuzan.

Mariela estaba ya rodeada de gente.

Lacuzan hizo un movimiento para soltar el brazo de Blanca, pero luego se contuvo, como si le hubiese repugnado mezclar su tributo de admiracion con aquellos homenajes vulgares.

—¡Eso es! permanece todavia á mi lado, repuso Blanca, cuya voz se habia tornado triste de improviso; tengo que pedirte una cosa... Hace una hora que estoy delirando. En vez de hablar de tonterías debiera habértelo dicho.... Lacuzan, ¿quieres hacerme un favor?

—Sí por cierto, respondió el conde Enrique, que ni siquiera la escuchaba.

Blanca se detuvo. Estaba encarnada como una amapola.

—¡Es raro! murmurò. ¡Creì que era muy fàcil decirlo!

Aguardó de nuevo, esperando una interrogacion que hubiera ayudado á su confesion,

Pero habia escogido mal el momento.

El conde Enrique no veia el rubor de sus mejillas; Mariela, deslumbradora de juventud y de belleza, distribuia sonrisas en torno suyo: el corazon y los ojos del conde Enrique estaban á los piés de Mariela.

Blanca hizo un poderoso esfuerzo y dijo en voz muy baja:

—¡Lacuzan, necesito diez luises!

Respiró como si acabase de recorrer media legua à la carrera.

Pero, cuando uno està distraido la lengua habla, sin que la mente sea còmplice de lo que aquella dice. Lacuzan estaba distraido y preguntó aturdidamente:

—¿Para qué?

Entre nuestros lectores habrá muchos que podrán encontrar muy natural esta pregunta.

Mas aún, algunos habràn censurado, sin duda alguna, à Lacuzan por haberla hecho.

Porque al fin se trataba de una muchacha de doce años.

Y sin embargo, si Lacuzan no hubiese estado ocupado exclusivamente en mirar desde lejos à Mariela, si Lacuzan no se hubiese hallado sumido en la más profunda distraccion, no habria hecho tal pregunta.

Blanca bajó los ojos ofendida.

El conde no pensaba ya en los diez luises.

Blanca repuso con voz temblorosa.

—¿Conoces à Pichenet?

—¿Pichenet? repitió el conde; creo que no....¿ qué hace ese Pichenet?

Baila en la cuerda floja.

—¡Ah! diantre....

—¡Lacuzan! exclamò Blanca con los ojos arrasados en agua, no me escuchas!

El conde Enrique volvió en sí, sobresaltado, cual si despertara, y la miró estupefacto.

—¿Lloras?.... dijo. Oye, te advierto que no estoy en lo que dices.... ¡Veamos! añadió, procurando recordar, me has pedido diez luises para ir á ver un bailarin de cuerda floja.... eso es caro, pero no es motivo suficiente para llorar.

—¡Ah! si supieras.... si supieras cuanto sufren él y su madre!

—¡El.... y su madre?.... volviò á repetir Lacuzan.

Blanca se enjugò los ojos con el dorso de la mano.

—¡Le quiero tanto como á tí! dijo de improviso recobrando su traviesa valentia y fijando su mirada en la de Lacuzan.

Y antes de que este pudiese pedir una nueva explicacion, Blanca le llevó con rapidez al extremo de

la enramada, à diez pasos de aquel cenador en que se ocultaba para acechar à Pichenet.

—Aquí, repuso, no podràs ver à Mariela y me escucharás.

Al hablar asì subia por los escalones que conducian al cenador.

Con la mano apartó algunas hojas de parra é hizo señal á Lacuzan para que se asomase à la abertura.

—¡Mira! dijo, no se necesitan diez luises para verle.

En estas palabras habia aún más amargura que tristeza.

Pichenet estaba sentado en el suelo, con la cabeza apoyada en la cabaña de Malbruk.

La Chaumel estaba hilando junto à la puerta, con los ojos fijos en su hijo.

Malbruk se ocupaba en tender la cuerda, apoyàndola en la parte superior de dos postes.

Lacuzan no podia ver la cara de Malbruk. Además concentró en seguida su atencion en Pichenet y en su madre,

Habia tanto amor y tanto desconsuelo en la mirada que la pobre muger fijaba en su hijo, habia tanta tristeza en su amarga sonrisa, tanta desesperacion en su postura abatida, que Lacuzan se sintiò conmovido y lleno de compasion.

—En efecto....... murmuró, esa muger sufre mucho....

—¡Pues y él! dijo Blanca en voz muy baja.

Pichenet miraba con avidez. Contemplaba un objeto que Blanca y Lacuzan no podian ver desde donde se hallaban.

El sol heria oblícuamente su rostro delgado y pàlido.

—Ese pobre niño es hermoso, dijo Lacuzan; sus facciones revelan inteligencia.

—¡Es un sàbio! repuso Blanca con énfasis.

Luego añadió, apoyando su mano en el brazo de Lacuzan:

—¿Sabes lo que està mirando?

—No.... pero parece un loco que sigue con la vista y con el alma su sueño.

—¡Eso es....! murmuró Blanca.

Y luego repitiò con lentitud:

—Eso es.... ¡mira à Mariela!

—¡A Mariela....! exclamó Lacuzan.

Retrocedió involuntariamente, y una nube oscureció su frente.

Por una asociacion de ideas singular comparò la suerte de aquel misero niño con la suya.

Entretanto, Blanca decia:

—Sigue su sueño.... Aquel hombre à quien ves allí le pega para obligarle á bailar en la cuerda.... Su madre tiene hambre.... El sigue su sueño.... Está loco.... ¡La ama!

—¡Pero es un niño....! observò Lacuzan.

—¡Los niños aman....! replicó Blanca con una inflexion de voz que hasta entónces no habia notado Lacuzan en la jóven.

Hubo un momento de silencio.

Malbruk cantaba con voz monótona y cascada, dando vueltas al palo que hacia estirar la cuerda.

La Chaumel enjugaba á hurtadillas una lágrima.

Blanca y Lacuzan la vieron hacer la señal de la cruz.

Sus lábios se movieron y su torno se parò.

El alma de Pichenet estaba en sus abrasados ojos. Habia apoyado ambas manos sobre su corazon.

—¡No le mires, Laçuzan! dijo Blanca bruscamente.

Se llevó al conde Enrique al fondo del cenador, y esforzàndose para aparecer alegre, repuso:

—En otro tiempo tenia yo un bolsillo con dinero, pero hace ya bastante que se marchó. La cruz de oro que me diste el dia de mi cumpleaños la vendí.... Me costaba mucho trabajo pedirte dinero.... pero....

—Eres un ángel de caridad, Blanquita mia! exclamó Lacuzan enternecido.

—¡Cuándo te he dicho que Pichenet es amigo mio! dijo Blanca interrumpiéndole y sonriéndose.

—Veamos, dijo Lacuzan sonriéndose à su vez, quiero saber á cuál de nosotros tres amas más.

Blanca no era muchacha que fingia no comprender.

—¡Curioso! murmuró, hoy és á tì.

—¡Será mañana á Pichenet.... ó al otro....?

Blanca se revistió de cierto aspecto orgulloso que la tornaba encantadora, y murmuró:

—Para que fueses á decírselo à Mr. Alberto de Coetlogon! no.... no.... ese es mi secreto.

Lacuzan pensò que el tal Alberto de Coetlogon era muy feliz.

—Ahora, repuso Blanca, quien de improviso volvió á ser niña y cariñosa, ya no son diez luises los que necesito.... Puesto que conoces á Pichenet, quiero que seas amigo suyo.

—¿Por qué no? Somos ya rivales.

—¡No te burles de eso!

—Si así lo quieres, seré amigo de Pichenet.

—¿Y lo probarás?

—Lo probaré.

—¿En seguida?

Lacuzan sacó su reloj y dijo:

—Está bien; ya habrán observado mi ausencia.

—¡Pues bien, los que no estén satisfechos lo dirán! exclamò Blanca.

—¡Diantre! ¡tú lo arreglas todo muy pronto!

—¡Claro está!

Lacuzan no pudo menos de reirse.

—¿Y si Mr. Alberto de Coetlogon viniese à pedirme una satisfaccion...? comenzó á decir:

Los lindos dedos de Blanca le taparon la boca.

—Hé aquí lo que vas á hacer, le dijo muy séria; vas à salir por la puertecita que hay debajo del cenador.... Iràs à buscar à aquel mal hombre á quien ves allí.

Y señalaba á Malbruk.

—Le diràs: «Ahí teneis diez luises.... (ó veinte luises, si te parece mejor) bajo la condicion de que no volvereis á obligar á Pichenet á que baile en la cuerda floja.»

Lacuzan vaciló, su mirada se volvió à pesar suyo hácia el florido césped en que los huéspedes del señor marqués de Noyal se hallaban reunidos à la sombra de los corpulentos àrboles, bajo la escalinata de màrmol blanco inundada por los rayos del sol.

Blanca le cogió ambas manos y murmuró:

—Te digo que nada tienes que temer; el àngel bueno de mi hermana Mariela le habla en favor tuyo, porque eres el más hermoso, el màs valiente y el mejor.... ¡Porque nadie hay como tù para saber amar!

Lacuzan movia la cabeza con tristeza además y comenzó á decir.

—Si fueses tú el àngel bueno....

No acabó su frase, y se llevó à los lábios las manitas de Blanca que tenia entre las suyas.

Bajó hàcia la puertecita que estaba debajo del cenador. Al pasar, no pudo menos de volver los ojos hácia el jardin en donde Mariela, envanecida y cándidamente feliz, se embriagaba con homenajes y lisonjas.

Blanca habia emprendido ya de nuevo su carrera y cruzaba por el césped ligera como un pajarillo. Le envió desde lejos un beso, con un gestecito risueño que queria decir á la vez: «¡Gracias y buen ànimo!»

Lacuzan salió de los jardines del palacio de Noyal. No se hallaba en una disposicion de ánimo muy à propòsito para hacer caso del contraste que existia entre el noble recinto de los jardines del marqués, llenos de surtidores de agua, de verdor, de sombra, con el de aquella esplanada àrida en la que el viento levantaba torbellinos de un polvo blanquecino. Sin embargo, se le oprimió el corazon al ver mas de cerca la mísera cabaña, cuyas paredes de tierra se grietaban bajo la accion de los rayos del sol.

En el momento en que ponia los piés en la esplanada, Mad. de Chaumel acababa de coger la mano de su hijo y se lo llevaba hácia la cabaña. Habia concluido su oracion; su maternal instinto le decia que ya era tiempo de arrancar al niño á un sueño tan doloroso y tan bello.

Pichenet se dejaba conducir porque nunca habia desobedecido à su madre.

Lacuzan cruzó por la arenosa esplanada y fué hasta donde se hallaba Malbruk, quien habia suspendido su trabajo y se enjugaba la frente refunfuñando.

—He dado una docena de martillazos, decia, he dado una docena de vueltas à esa cuerda, y ya tengo la frente bañada en sudor.... Ya no soy el mismo desde que toqué á aquel enfermo en el camino del bosque.... No, ¡Ya no soy el mismo!

Lacuzan puso una mano en su hombro. Malbruk se volvió.

Conociò en seguida al conde Enrique y retrocediò algunos pasos.

Un relámpago de odio concentrado brilló en sus ojos pardos, que se bajaron como á pesar suyo.

Lacuzan, por su parte evocaba sus recuerdos. Sabia que habia visto à aquel hombre en alguna parte, y para ayudar à su memoria le miraba atentamente.

Malbruk no alzaba los ojos, su rostro feroz en el que se reflejaba el espanto que le inspiraba el conde, era digno de retratarse.

Pero ya no era esto lo que Lacuzan miraba. El sol, que habia recorrido más de la mitad de su carrera, iluminaba de lleno las facciones de Malbruk.

Lacuzan habia traspuesto muchas veces los umbrales de aquellas casas tristes y abandonadas en las que morian sin auxilios los contagiados por la peste negra. Mejor que cualquier médico conocia Lacuzan los síntomas de la terrible epidemia.

Lacuzan acababa de ver en las mejillas de Malbruk, cubiertas de un encarnado muy vivo, ciertas manchas casi imperceptibles, y màs palidas.

Y no abria la boca para desempeñar el encargo que le habian confiado; permanecia allí con los làbios entreabiertos y la mirada atònita.

Las alegres carcajadas pasaban por encima de la cerca de Noyal; y con el vago perfume de las flores

se llevaba el viento el eco debilitado de los sonidos de la orquesta que estaba ensayando en los salones.

Lacuzan, al paso que examinaba aquellas manchas, que iban variando de sitio y creciendo en la mejilla calenturienta de Malbruk, decia para sí:

—¡Antes de que concluya el dia caerà este hombre herido de muerte!



VI.

En donde Malbruk y Pichenet hacen cada cual una promesa.

Malbruk era, por lo general, un mozo de vigoroso y robusto aspecto, de color subido y que tenia de contínuo en los làbios una sonrisa cínica y brutal Se mantenia siempre muy derecho, miraba de arriba abajo y se mostraba muy envanecido con su aventajada estatura.

En aquel dia Malbruk tenia los hombros inclinados hàcia adelante y los riñones levemente encorvados. Parecia que temia enderezarse del todo, y se llevaba la mano con frecuencia à la espina dorsal.

Sus ojos estaban hundidos y brillantes.

Un color lívido rodeaba su boca y se extendia hasta las sienes pasando por debajo de sus párpados.

Brotaban gotas de sudor en la raiz de sus cabellos oscuros y espesos.

Ahora bien, segun el mismo Malbruk acabada de decirlo, el trabajo que habia ejecutado no era muy duro ni àrduo, y por lo general se necesitaban cosas màs difíciles para hacer que brotase el sudor en la frente del coloso.

Cuando Lacuzan le tocó en el hombro y él se volvió con viveza, este movimiento le arrancó una exclamacion de dolor.

Se llevó la mano á los riñones frunciendo el entrecejo, y mientras permanecia allì inmóvil, con los ojos clavados en el suelo, las piernas tambalearon por dos ò tres veces.

—¡Ah! ¡ah! dijo saludando tardiamente y como con sentimiento, ¿sois vos, nuestro amo? Las mañanas estàn frescas todavía y creo que he cogido malos dolores por dormir con la ventana abierta.

Decia esto como para disculpar aquel grito lastimero que se le habia escapado.

Quizás tambien para explicárselo á si mismo y no admitir su verdadera causa.

Lacuzan seguia miràndolo silencioso y absorto.

Los ojos de Malbruk se abrian y cerraban à cada momento, y se volvian de un lado para otro, como buscando un abrigo.

Intentó sonreirse, y su sonrisa fué como una convulsion.

—¿Hay aquí algun enfermo de la peste negra à quien conducir en hombros? preguntó con una intencion de grosera burla.

—Quizás haya uno muy pronto, respondió Lacuzan.

Malbruk comprendió, porque su mejilla perdió el color ardiente que tenia y todo su rostro se puso pálido hasta el extremo de tornarse verdoso.

Fijó en el conde Enrique una mirada sangrienta.

Luego sus ojos se bajaron y sus convulsos dedos atormentaron el mango del hacha que tenia en la mano.

—¡Ah....! dijo con voz sombría, ¿habrá uno muy pronto?

Una amenaza asomaba à sus lábios, pero se contuvo y repuso bruscamente.

—¿Qué me quereis?

—Vengo, replicó Lacuzan, á hablaros de un niño que vive con vos....

—¿Pichenet? preguntó Malbruk, cuya brutal sonrisa reapareciò.

—Sí, Pichenot, puesto que así le llaman.

—¿Y qué reclamais á Pichenet?

—¿Creo, dijo Lacuzan, que ese niño no es hijo vuestro?

Malbruk le miró de reojo.

—¿Os importa algo eso? preguntó en vez de responder.

—Es hijo de vuestra muger.

—Y por consiguiente tengo derecho sobre él.

Lacuzan, el brillante coronel de los dragones de Conti, se encontraba algo apurado. No era verdaderamente su especialidad el conducir negociaciones con los bailarines de cuerda floja.

—No impugno vuestro derecho, repuso buscando sus palabras con dificultad, pero parece que vuestra muger.... y tambien el niño... se quejan del género de vida.

—Si la muger se queja, dijo Malbruk interrumpiéndole, hace mal; si el galopin no está contento, ya nos entenderemos los dos.... ¿Es eso todo?

El conde Enrique abriò la boca para continuar la discusion.

Pero no se le ocurrían argumentos. En vano era que se devanase los sesos, pues permanecia mudo.

Malbruk se reia con aspecto burlon.

El conde Enrique se metió la mano en el bolsillo.

En realidad debiera haber comenzado por esto.

—Veamos, dijo: si os indemnizaran con largueza, ¿prometeríais no volver à obligar á ese muchacho á bailar en la cuerda?

—¡Ira de Dios! dijo Malbruk, ¡Pichenet tiene protectores! ¡hé aquí una novedad!

—¡Contestad! dijo Lacuzan secamente.

—Parece que la señorita Mariela ha reparado en que el muñeco la contempla y la admira....

El conde Enrique no pudo contener un gesto de impaciencia.

Era la segunda vez que le hablaban de aquel amor que partia de tan abajo para subir tanto; de aquella adoracion dolorosa y loca, del amor del niño Pichenet hácia la hija del marqués de Noyal.

La risa de Malbruk se tornaba cada vez màs irónica y burlona.

—Responded, repitió Lacuzan, cuyo entrecejo se frunció.

—A la verdad, dijo Malbruk con tono indiferente, si la indemnizacion vale la pena, no veo por qué no he de hacer ese trato.

Lacuzan sacó de su bolsillo diez luises y preguntó:

—¿Es bastante?

—Poned el doble y es trato hecho.

Lacuzan sacó otros diez luises.

Los ojos de Malbruk brillaron y se arrepintió amargamente de haber exigido tan poco.

—¡Es de balde! refunfuñó al tender su mano ruda y callosa; pero, en fin, lo dicho, dicho està.

En cuanto al conde Enrique, le volvió la espalda, añadiendo:

—Tengo vuestra promesa. Yo vigilaré para que se cumpla.

El compromiso que Lacuzan habia contraido estaba cumplido y con exceso. Regresó à la puertecita de la cerca del palacio de Noyal.

Malbruk examinò las monedas de oro y las hizo desaparecer en su bolsillo.

—Muy buenas noches, nuestro amo, dijo llevàndose la mano á la gorra.

En seguida añadió mentalmente:

—He prometido no volver à obligar al muñeco à subir á la cuerda.... pero si él se empeñase en subir, no he prometido impedírselo.

Volvió á coger su hacha é hincò en el suelo una fila circular de estacas, en torno de los dos postes que sostenian la maroma.

De vez en cuando se llevaba todavía la mano à sus doloridos riñones, y su respiracion por momentos se tornaba más penosa.

Pero en ùltimo resultado no pensaba mucho en los malos dolores que suponia haber contraido en las noches frescas, y los veinte luises de oro de Lacuzan, que oia resonar en su bolsillo, le mantenian alegre.

Cuando todas las estacas estuvieron clavadas, las unió unas á otras por medio de una cuerda y formó así un recinto perfectamente cerrado, cuyo destino veremos muy pronto.

Luego, en vez de volver à entrar en su cabaña, fué á disfrutar un poco de su dinero en la taberna.

Pichenet habia seguido á su madre al interior de la cabaña para librarse de la fuerza del sol, segun habia dicho la pobre muger. La siguió sin murmurar, porque era la obediencia personificada, y tambien porque de nada le servia ya el estar fuera, puesto que Mariela, á la cabeza de su brillante comitiva, acababa de entrar en el palacio de Noyal.

Habia llegado la hora de comer en casa del señor marqués, y cada vez se oian mejor los sonidos dulces y lejanos de la orquesta que tocaba durante el banquete.

¿A qué quedarse fuera, cuando Mariela se habia metido en su casa?

Pichenet tenia la cabeza apoyada en las rodillas de su madre.

La Chaumel le estaba amonestando.

—Quizàs eres sobrado ambicioso, hijo, le decia; el hijo de una pobre muger como yo, convertirse en un médico.... como el doctor Barnebiche.... ó maese Pitre Cormier de Boucq de la Chastaignerays, que partea à la señora intendenta y à tantas señoras de la nobleza. ¡Es posible!

—No se necesita ser noble para tener ciencia, respondió Pichenet meditando.

La Chaumel movia la cabeza.

—La ciencia se compra como todo lo demás, murmurò.

—No, madre, ¡oh! no, exclamó el niño, quien pareció que despertaba. ¡La ciencia se adquiere.... ó más bien, ¡la ciencia se conquista.... y yo la conquistaré!

Atrajo la frente de la Chaumel hasta sus làbios, y con una sonrisa tan tierna que daba gozo verla, el pobre niño añadió:

—¡Para tí la conquistaré, madre mia, para tí, á

quien quisiera yo ver rica, feliz y respetada.... para tí, que eres mi ángel custodio y mi esperanza!

La buena muger tenia ya los ojos arrasados en llanto. Ella tambien sonreia entre sus lágrimas. Lo poco que aún le quedaba de juventud y de belleza irradiaba bajo las caricias de su hijo adorado.

—¡Si supieras cuànto te amo, madre mia! proseguia diciendo Pichenet. Cuando padezco, no tengo màs que pensar en tì para curarme.... Cuando estoy allí, enteramente solo, delante de aquellos libros mudos que me niegan el secreto de la ciencia, cuando mi cabeza se abrasa y mi corazon está lleno de làgrimas.... siento renacer la esperanza mia y mi corazon se ensancha....

Y al hablar entrecortaba sus frases con apasionados besos.

Luego añadió:

—Al llamarte así, à Dios es á quien invoco, ¿no es verdad....? porque nuestra madre es la bondad de Dios.... ¡Oh! los que sufren y no tienen madre son los verdaderos desgraciados.

—¡Tu madre! murmuró la Chaumel, ¡tu pobre madre, que nada ha hecho por tí! ¡qué te arrojó á este mundo débil y desnudo....! ¡qué nada puede darte.... nada puede prometerte....!

—¡Oh! ¡cállate, madre mia! exclamó Pichenet oprimiendo su frente cual una mordaza sobre la boca de la Chaumel; ¡càllate....! ¡qué nada me has dado....! ¿Pues no estás aquí? ¿Qué me importa todo lo demás, si tengo á mi madre junto á mí....? ¡Qué nada puedes prometerme....! ¿Sabes? si yo llegase á ser rico alguna vez, si te viese con buenos trajes, comiendo con una cuchara de plata, teniendo en el invierno una buena lumbre en el hogar y unos

buenos zuecos forrados de pieles, sidra en tu cueva, una buena caldera de cobre colgada de las llaves, y una silla señalada en la iglesia...... en fin, todo lo que constituye el bienestar, el reposo; ¡si yo te viera con todo eso, seria muy feliz......! ¡Ah! ¡no alcanzo à decirte lo feliz que seria....! Pues bien, ¡hé aquí lo que puedes prometerme, madre mia....! ¡Hé ahí lo que me das....! mi fuerza y mi pobre esperanza.... tu felicidad, con la cual sueño, que me sostiene y que llegarà à hacerme hombre, si Dios quiere, en lo porvenir.

Y luego seguian interminables caricias.

¡Ah! ¡si la Chaumel no hubiese sido loca una vez en su vida! ¡si no se hubiese casado en segundas nupcias con el bailarin Malbruk!

—Escucha, dijo la madre entre dos besos, es preciso que seas razonable...... puesto que tu padre, porque la Chaumel habia amado al tuno de Malbruk hasta el extremo de llamarle padre de su hijo, y Pichenet amaba á su madre hasta el extremo de no protestar con horror; puesto que tu padre lo quiere, es preciso obedecer. Unas gentes como nosotros, unas gentes que estàn en la miseria pueden bailar en la maroma sin deshonrarse.

Las palabras se ahogaban en su garganta, pero prosiguió diciendo:

—Tu padre es brusco.... pero es bueno. Tienes ya catorce años cumplidos.... y estás sin oficio....

Desde las primeras palabras que pronunciara la Chaumel, el pàlido rostro del niño se habia cubierto de rubor.

—Ya sabes que obedezco hace algun tiempo, dijo interrumpiéndola.

—Sí, pero tengo miedo....

—Haces mal de tener miedo, madre mia.... en adelante obedeceré siempre!

¡Ah! Dios, Pichenet se ponia encarnado porque tenia vergüenza:

Su conciencia le gritaba que aquella abnegacion no era por su madre.

Su conciencia le gritaba: ¡Has variado de orgullo!.... En otro tiempo te sumias en él estudio de tus libros para elevarte hasta *ella*. ¡Loco, mísero loco! Ahora bailas en la maroma para que *ella* te mire! ¡Más loco, màs mísero loco!

Y era verdad.

Hé ahí lo que sucede cuando una pasion varonil se extravìa y se introduce en el corazon de un niño.

El niño no por eso se convierte en hombre. Sus esfuerzos continuán siendo pueriles. Su locura es una locura infantil.

¡Para llegar hasta el corazon de Mariela la altiva, Pichenet bailaba en la maroma....

—Hay una cosa de la cual no te he hablado hasta ahora, repuso la Chaumel como si hubiese respondido á aquella queja confusa que se alzaba en la conciencia de su hijo, y como si su maternal instinto le hubiese mostrado el instante favorable para cauterizar la desconocida llaga: hay una cosa de la cual nunca te he hablado.... No me he atrevido.... eres orgulloso.... y siempre me figuraba que te afligiria demasiado.... pero hoy no quiero retrasarlo màs, porque, cuando lo sepas, serás sumiso y ya no tendrás orgullo.... Hace mucho tiempo que estamos viviendo de limosnas.

—¡De limosnas! repitió Pichenet, cuya cabeza saltó sobre las rodillas de su madre y se irguió llena de altiva amargura.

—¡Somos tan pobres! prosiguió la Chaumel; tu padre se lleva el dinero, cuando lo hay, y está en su derecho, porque es el amo. Muchas veces, cuando se marchaba así, nos quedàbamos sin pan. ¡Pero Dios es tan bueno, Pichenet! Todavía hay ángeles en la tierra, créelo.

Pichenet lo sabia por demàs. La imágen deslumbradora de Mariela pasò por delante de su vista.

La Chaumel continuaba diciendo:

—Una mañana que estaba llorando en mi cama.... porque hacìa tres dias que mi marido no habia parecido por casa y la víspera por la noche te habia dado nuestro ùltimo pedazo de pan.... oí unos pasos furtivos que se dirigian hácia nuestra cabaña.... Todavìa reinaba suma oscuridad, y sin embargo, tuve miedo. ¡Una casa en la cual no hay nada está siempre bien guardada! Dije para mí: «Si son ladrones, tanto peor para ellos» Pero no eran ladrones.... Llegaron hasta la puerta; los pasos se detuvieron precisamente en ella y nadie llamó.... solo que por entre la madera de la puerta y la piedra del umbral hay, como sabes, una ancha rendija.... Por aquella rendija ví que se introducia una cosa blanca....

Luego oí resonar un objeto en el suelo de la cabaña. Las lágrimas son como el sueño, producen visiones. Me volví sobre mi lecho murmurando, porque creia haber soñado. Cuando fué de dia me levanté para trabajar con los primeros albores de la mañana. Habia en el suelo de nnestra cabaña una moneda de oro de veinte y cuatro libras....

—¡Ah! dijo Pichenet, quien escuchaba con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos.

Y añadió dentro de su corazon.

—¡Mariela! ¡oh! ¡Mariela!

Estaba anonadado, de seguro, bajo la idea de su miseria.

Pero adoraba, sumido en una especie de beatitud, á aquella nueva aureola que resplandecia de improviso en la frente de Mariela.

No se puede decir que hubiese sondeado nunca el abismo que le separaba de su sueño.

Y aún puede afirmarse que aquel culto singular que habia consagrado á la señorita de Noyal, no tenia ninguno de los carácteres del amor que desea y espera.

Sin embargo, los sueños de un niño se pierden tan lejos en los horizontes de lo imposible!.... Sin embargo, en el delirio de la fiebre podia haber visto entreabiertas las puertas de su paraiso!

Aquella limosna le hacia caer de nuevo tan bajo, que ni aún la misma fiebre podia hacerle subir ya por las escaleras que conducian al cielo....

Estaba triste, pero su tristeza era un éxtasis.

—¡Una hermosa moneda de oro! repuso la Chaumel, con la cual teníamos para comer pan durante muchos dias.

Y suspirò.

—¡Sí, sí, murmuró, muchos dias! y así encontré muchas monedas de oro....

—¡Volvió! exclamó Pichenet interrumpiéndola.

—Volvió tan á menudo que, con el oro que ha pasado por entre la puerta y la piedra del umbral, hubiéramos podido edificar una buena casa en este sitio.... Pero tu padre....

—¡Ah! volvió à decir Pichenet, quien esta vez frunció el entrecejo.

Pensaba en aquel oro hermoso, que desde las

blancas manos de Mariela caia en la mano mancillada de Malbruk.

Y esto le indignaba como si le hubiesen contado una historia sacrílega.

—Tu padre, continuó diciendo la Chaumel, viendo que siempre teníamos pan, trató de averiguar de dónde procedía el dinero con que lo comprábamos.... lo encontró.... y desde entònces....

—¡Robó el oro del buen ángel! exclamó Pichenet interumpiéndola.

—¡Oh! repuso la pobre muger con dulzura, ¡no lo ha robado, puesto que todo lo que hay aquí es suyo! Pero ahora sabe còmo viene ese dinero y ya nunca duerme fuera. Se pone en acecho.... y cuando suenan los pasos en la arena de la esplanada, se levanta, se coloca agachado detrás de la puerta, y tan luego como el oro ha llegado al suelo se apodera de él....

—Y nunca habeis mirado, madre mia, repuso Pichenet vacilando, porque queria oir pronunciar el nombre de Mariela, nunca habeis mirado por la ventana para ver más de cerca la mano angelical!

La Chaumel se sonrió y alzó al cielo sus ojos humedecidos, murmurando:

—¡Dios bendiga à la querida y noble niña!

Pichenet repitió estas palabras en el fondo de su alma.

—¡Dios bendiga á su padre, añadió la Chaumel, á su hermana y á todos aquellos á quienes ama!.... ¡Oh! sí, la he visto.... la he visto mirar en torno suyo con inquietud ocultando su buena accion como otros ocultan sus faltas.... La he visto atravesar ligera y tan linda la esplanada, humedecida por el rocìo de la noche.... abrir la puertecita....

—¡Con que es ella! exclamó Pichenet, no pudiendo ya de contenerse.

—¿Quién, quién es ella? preguntó la Chaumel; cuyos ojos se secaron, reflejándose en ellos una expresion de inquietud.

—¡La señorita de Noyal!.... respondió Pichenet muy confuso.

—Hay dos señoritas de Noyal, dijo la Chaumel con cierto énfasis.

Pichenet lo sabia por demás. Pero la paridad establecida entre Mariela y Blanca le hirió como si hubiera sido una blasfemia.

—¡Oh!.... dijo con aplomo, hablo de la mayor.

—Yo hablo de la otra, repuso lentamente la buena muger.

Pichenet bajó la cabeza.

—Blanca, añadia entretanto la Chaumel, es el ángel.... ¡Ella es quien viene sigilosamente como la misericordia de Dios! Si las oraciones de una pobre muger pueden algo, Blanca será muy feliz en la tierra y en el cielo.

Pichenet pensaba:

—¡No es ella quien me da limosna!....

Y quizás añadia el demente niño:

—¡Tanto mejor!....

Pero la Chaumel no tuvo tiempo suficiente para expiar su meditacion y aplicar su perspicacia de madre á traducir su silencio.

Pichenet le echó los brazos al cuello y la besó en los dos ojos como para cegarla màs aún.

—Has hecho bien en decirme eso, madre mia, exclamò con alegría. Sì, sì.... ¡obedeceré!.... Mira, añadió señalando hácia fuera, he aquí la cuerda preparada.... Desde hoy subiré á ella.... ¡lo prometo!

La Chaumel habia solicitado esta promesa.

Le dió tristeza el haberla obtenido.

—¡Quiera el cielo que esta sea la última vez! dijo lanzando un suspiro profundo.

Pichenet se habia levantado.

Habia ido á cojer un corpiño de algodon azul claro, bordado con lentejuelas de plata, que Malbruk le llevara en aquella misma mañana.

—Mira, dijo, ¡qué guapo voy á estar con esto!

El llanto asomò de nuevo á los ojos de la pobre muger.

Pichenet tiró el corpiño y se arrodilló delante de ella.

—Si lloras, le dijo con dulzura, ¿dónde quieres que busque yo valor.



VII.

El banquete.

La señora vizcondesa de Margamel tenia puesto un vestido de damasco amarillo que costaba á veinte y ocho libras y diez sueldos la cana. No se le ocultó á la señora vizcondesa de Landivizy, quien le declaró en cambio que su guarnicion de encajes valia setenta y cinco luises ménos dos escudos.

La señora vízcondesa de Brec de Lartz de Cramayeul-en-Gevezon-les Fossés-sur Papayoux, habia mandado arreglar su vestido de tela de la China. El cinturon era nuevo.

La señora vizcondesa de Honnihie, en todo el esplendor de una belleza que habia tardado ocho lustros en desarrollarse, llevaba una drulleta de raso de color de aceituna con cintas doradas.

La señora vizcondesa de Galirouet, cifrando en cosa más alta su orgullo, habia encontrado el medio

de hacer entrar dos docenas de plumas de avestruz en su tocado. Lo llevaba muy bien. Parecia un penacho vivo.

Las demàs vizcondesas habian hecho lo que habian podido.

Y téngase en cuenta que en Bretaña hay muchas vizcondesas.

El caballero de Badabrux, empolvado como una borla de peluquero, ostentaba por primera vez una casaca de raso de color de tòrtola, cuya hechura parecia que se remontaba à los siglos heróicos.

El señor de Poilbrillant llevaba puestas sus pantorrillas postizas.

El señor de la Guerche llevaba un solitario que valía dos mil luises.

El señor de Peuveru, el bajo breton, no llevaba, raso, ni pantorrillas postizas, ni puños de encaje, pero un pedazo de pierna de carnero que habia comido por la mañana, sin cumplimiento, rociado con tres ò cuatro cuartillos de sidra, le rodeaba de un perfume de ajo verdareramente desagradable. Era su modo de proceder y no lo ocultaba.

Debemos confesar, empero, que en casa del señor marqués de Noyal habia gentes que no daban pábulo á la risa.

Al lado del batallon algo aterrador de las vizcondesas habia todo un enjambre de jóvenes alegres, despejadas, entusiastas por los placeres, tímidas ó atrevidas, vivas ó lànguidamente graciosas, llenas de frescura, deseosas de agradar y todas ellas encantadoras.

Era un inmenso ramillete movedizo que mostraba alternativamente cada una de sus hermosas flores.

Supóngase que las vizcondesas eran las hojas de

berza que algunas veces se ponen en torno de los ramilletes rùsticos.

Al lado del funesto Badabrux, que era vicioso hasta el extremo de declamar trozos de versos de Crebillon; al lado del señor de la Guerche, enemigo declarado de la ortografía; al lado de Poilbrillant con las piernas rellenas de algodon, y de Peuveru, fanático por los guisos con ajo, habia ¡vive Dios! caballeros, y muchos, que hubieran hecho muy buena figura en la córte.

Algunos de ellos se llamaban Rieux, Rohan, Montbourcher, La Houssaye, Isle, Adam ó Gouline.

Allí si encontraban hijos de aquel caballeresco Hay, que repartió su descendencia entre la Francia y la Inglaterra; de Boberil, La Chalotais, Chateaubriand, Derval, Trederu, Broous, Cheffontaines, Labourdonaye, Labedoyere, Duplessis de Grenedan, Coetquen, Piré, Guebriant y muchos otros.

Porque despues de París, no hay como Rennes para poseer reunidos tantos nombres ilustres que ocuparon su página en la historia.

Y todos francos como el oro, valientes como las hojas de sus espadas.

Federico Soulié, ese gran talento, ese corazon excelente, pintó una vez à los jóvenes de Rennes, alegres en el prado, alegres en el baile. Hizo una obra maestra.

Era porque habia bailado y se habia batido con los jóvenes de Rennes.

Era porque su corazon robusto no se habia echado à perder con el contacto de la vida parisiense, su cabeza ardiente no se habia enfriado entre las frias imitaciones del *hig life* inglés, que de cincuenta

años à esta parte constìtuyen la existencia de los jóvenes parisienses.

Era porque se acordaba de las hermosas amistades, de los locos amores, de los anchos vasos y las largas espadas.

Era porque nunca habia encontrado entre los calaveras de mal género del *Prado* y de la *Chaumiere* á sus estudiantes bretones de corazon de oro y brazo de hierro.

Era porque quizás no habia podido encontrar en los salones ni en los teatros de la capital del mundo esa exquisita flor de belleza.... pero sin duda seria porque no habria buscado bien. A Dios gracias, la belleza no tiene patria, es de todos los paises, y el mundo entero se arrodilla ante las parisienses.

La casa del señor marqués de Noyal estaba muy en moda, pero no se sufria allí en todo su rigor el pesado yugo de la etiqueta provincial.

La señora marquesa habia muerto al dar á luz á Blanca. El palacio de Noyal, dirigido por una jòven, una niña y un hombre de edad provecta que llevaba cien mil libras de diamantes en la guarnicion de su casaca; el palacio de Noyal, decimos, conservaba un aspecto enteramente peculiar. Allí se divertian francamente, sin demasiada ceremonia, de todo corazon.

La lengua mordaz de las vizcondesas no conseguia turbar aquellas nobles alegrìas; y aunque el criminal Badabrux declamaba escenas de tragedia el fastidio se quedaba à la puerta. A pesar de los maléficos alejandrinos se arreglaban para reir todo lo màs que podian, y allí se bailaba tres veces más que en otras partes.

Cuando Lacuzan volvió de su expedicion á la

cabaña de Malbruk, habia comenzado ya el banquete, que era muy notable y prometia dar merecido lauro al marqués de Noyal y á su cocinero.

El sitio de Lacuzan permanecia vacío. Se habia observado su ausencia, pero los maldicientes tenian hambre y todavía mordian los sabrosos manjares, dejando para más tarde el morder á las agenas honras.

—¡Sois un hombre singular, Lacuzan....! exclamò el marqués; llegásteis el primero y sois el ùltimo que os sentais á mi mesa.

—Os ruego que me perdoneis, señor marqués, respondió Lacuzan; un asunto de cierta importancia....

—¡Ya sé.... ya sé! dijo la vizcondesa de Garilouet interrumpiéndole; al subir por la escalinata, por encima de la tapia vì al señor conde hablando con Malbruk, el bailarin de cuerda floja.

Al decir esto, la vizcondesa de Garilouet tenia en los lábios una sonrisa incisiva. Todos miraron á Lacuzan, quien saludò à la vizcondesa sin decir una palabra.

Mariela al entrar, se habia ruborizado imperceptiblemente.

En cuanto á Blanca, le habia dirigido una mirada que significaba:

—¿Està hecho?

Lacuzan hizo un movimiento de cabeza afirmativo, y Blanca tuvo valor suficiente para enviarle un beso al través de una mesa de sesenta cubiertos. No podemos hacer màs que implorar para ella la indulgencia de nuestros lectores.

Entretanto, el héroe Lacuzan se sentó à la mesa

y comió como un simple dragon. Asì sòn los enamorados en Bretaña.

Desaparecieron como por ensalmo los dos primeros servicios.

Todo era delicioso. Ya se oian entonar himnos de alabanza al vino de Burdeos del palacio de Noyal. Lás lenguas se desafiaban unas á otras. Blanca reia con sus vecinas. Badabrux, como una campana rajada que produce feos sonidos, dejaba escarpar algunos hemístiquios.

La orquesta tocaba á la sordina las hermosas melodías de Gluc.

Todas las jóvenes se animaban con la idea del pròximo baile. Mariela conversaba alegremente. Tenia para cada cual palabras graciosas y amables, excepto para el conde de Lacuzan.

Culpa era de Enrique, único, entre todos que no se habia cuidado de aumentar su galante corte antes de la comida.

En cuanto al marqués, sus ojos brillaban tres veces más que los botones de diamante de su chupa El marqués bebia poco, pero su cabeza era sobrado débil para resistir los vapores de la gloria.

Aquel fué el momento elegido por el mágico Badabrux para hablar un poco de la peste negra, á la que todos procuraban olvidar.

Porque todos tenian miedo á la peste negra.

En la última semana la epidemia habia hecho estragos espantosos en la misma ciudad.

—Sì, señora, dijo el tal Badabrux alzando la voz para cortar todas las conversaciones parciales, el prosecretario del obispado no tendria motivo alguno para engañarme.... Ayer el número de defunciones ascendia à veinte y nueve.

Esto fué como un golpe de varilla màgica.

Estableciòse el silencio en torno de la enorme mesa; un silencio absoluto y lúgubre.

Y por una casualidad singular, la orquesta, tocando el último acorde de un canto en tono menor, se apagó en un gemido sordo.

Cada cual sintió circular el frio por sus venas.

Mariela se estremeció y se tornò pálida. La sonrisa se heló en sus hermosos y sonrosados lábios.

—¡Veinte y nueve! repitieron todos, luego que hubo pasado el primer estremecimiento.

Bedabrux se puso muy hueco.

—¡Es enorme! volvieron á decir, para una poblacion de treinta mil almas....

—¡Perdonad! ¡perdonad!.... repuso Badabrux con cierta viveza que no carecia de satisfaccion (porque el noticiero tienen siempre algo de tigre), no he dicho veinte y nueve en la totalidad de la poblacion.... sino veinte y nueve en San Esteban.... y hay en Rennes seis parroquias, sin contar la de Saint-Helier.

—Seis veces veinte y nueve, murmuró el señor de la Guerche, lo cual hace....

Pero no era mucho màs fuerte en aritmética que en ortografía.

—Hace ciento setenta y cuatro, dijo Bradabrux pavoneándose.

—Pues à ese paso, dijo Peuveru, el bajo-breton, no durará mucho la poblacion: es indudable.

—¡Ciento setenta y cuatro!.... repitian entretanto las voces de las mugeres, ¡y en un solo dia!.... Eso es el fin del mundo!

Mariela tenia los ojos bajos, sordos estremecimientos agitaban sus lábios.

—¡Eh, señor caballero! exclamó el marqués encolerizado, ¿qué postres nos estais dando?.... ¿No podíais hallar un asunto de conversacion menos lúgubre?

—O por lo menos el señor caballero hubiera podido dejar de exagerar tanto, dijo Lacuzan con su voz sonora y acentuada.

Eran estas las primeras palabras que pronunciaba desde que se habia sentado á la mesa.

—Me parece, señor conde, repuso Badabrux muy picado, que el pro-secretario del obispado puede saber muy bien y es un personaje de bastante importancia para....

—Caballero, dijo Lacuzan interrumpiéndole, ayer llegó mi ayuda de càmara al castillo de Grail diciendo que en la noche anterior habian enterrado trescientos cadàveres.... Os pido mil perdones, señoras; el fin de mi historia valdrá más que el principio, sigo con marcada atencion la marcha de esa terrible peste negra, porque las primeras víctimas que hizo fueron mis pobres colonos del bosque de Rennes.

—¡Y sabe Dios à cuantos salvásteis, Lacuzan! dijo Alberto de Coetlogon con vehemencia. ¡Si, vos teneis derecho para hablar de la peste negra!

Blanca diò las gracias à Alberto con una mirada.

Un color sonrosado reapareció en las mejillas de Mariela.

—Si se necesita tener un derecho para hablar de la epidemia reinante, comenzó á decir Badabrux, creo que el señor pro-secretario....

Pero se alzó un coro de femeninas voces gritando:

—¡Hablad, hablad, señor de Lacuzan!

—En vista de tal noticia, repuso el conde Enri-

que, me vine en seguida á Rennes, me avisté con los pàrrocos de las cinco parroquias principales, y supe que en todo el dia de ayer habian fallecido diez personas.

Oyóse en torno de la mesa un prolongado suspiro de satisfaccion.

—¡Ya lo sabia yo! ¡ya lo sabia yo! exclamó el marqués encantado. ¡Todo eso son fábulas!.... Además, la peste negra no treparia á las alturas de Saint-Melaine, donde estamos.... A vuestra salud. Lacuzan habeis hecho que la sonrisa asome de nuevo á los lábios de estas señoras.

En efecto, las señoras se sonreian. Solo Badabrux tenia el aspecto amenazador y sombrio.

Pero Lacuzan movió la cabeza.

Mariela le devoraba à la sazon con la vista.

—La peste negra no es una fábula, dijo Lacuzan con voz lenta y baja; la peste negra ha trepado ya las alturas de Saint-Melaine.

Mariela se puso más blanca que la muselina de su vestido y murmuró:

—¡Hay algun enfermo cerca de aquì!

....

Una hora despues la orquesta tocaba un minué.

Los principios y los postres se comieron mientras duró la conversacion acerca de la epidemia. El buen vino del marqués habia concluido por restablecer la alegría.

¡Hay tanta diferencia de diez defunciones á ciento setenta y cuatro!

Y luego las comidas del marqués de Noyal hubieràn alegrado aùn á los mismos enfermos de la peste negra. Nadie pensaba ya en aquel grito de mal aguero que habia lanzado Badabrux.

Solo que, para castigarle y para no matar en gérmen à la renaciente alegría, se le habia prohibido al fùnebre Badabrux que recitase ninguna especie de fragmento dramático. Habia llevado varios. La *Borrasca* de Crebillan y el monólogo de *Mitridates* le ahogaban.

El bajo breton Peuveru, que era más aficionado á las buenas tajadas que à la poesía, brindaba irónicamente por su salud, pero se bebia sendos tragos.

Y Badabrux sufria como un aficionado á quien ahogaban los hemístiquios. Entretenia su dolor recitàndose à sí mismo algunos trozos célebres. Su mano, acostumbrada á los ademanes tradicionales, se crispaba sobre su frac de color de tórtola, y sus ojos se ponian tan saltones como los de la misma serpiente del Laoconte.

Reducido Badabrux á la desesperacion, agarró de un boton al Sr. de la Guerche, hidalgo que nada tenia de literato, y le dijo en tono suplicante:

Ha llegado à mis oidos un ruido bastante singular, señor....

—¡No he sido yo! replicó La Guerche poniéndose muy colorado, porque se equivocaba acerca del sentido de la frase; debe ser Peuveru.... ¡ese hombre siempre es lo mismo!

Peuveru no era muy tímido, sin embargo, se reborizó tambieu, y Badabrux, viendo que no le entendian, se echó la peluca hàcia la frente. Este descalabro era ya superior á sus fuerzas.

—¡Al fin mi desgracia excede à mi esperanza, murmuró lanzando al cielo la mirada sarcàstica de Orestes; ¡gracias! ¡Estoy contento....!

Todos se dirigian hácia los terrados, en cuyo extremo estaba el salon del baile.

Mariela se apoyaba blandamente en el brazo de Alberto Coetlogon, y en verdad que ya no sabemos si Blanca tenia razon para decir que Alberto no estaba allí por Mariela.

Por todas partes se veian parejas jòvenes y risueñas.

La manita de Blanca tocò el brazo de Lacuzan, que permanecia solo y meditabundo.

—¡Gracias! murmuró la jôven.

Lacuzan la miró. Habia en su rostro una tristeza profunda.

—Eres bueno, repuso Blanca, serás feliz.

Luego añadió:

—¿Ha aceptado Malbruk?

—Sí, respondió Lacuzan, el niño no volverà á bailar en la maroma.

Blanca comenzó á dar saltos de alegría.

—¡Oh! ¡Lacuzan! ¡mi buen Lacuzan, exclamó, ¡si supieses cuánto te quiero!

Y al propio tiempo pensaba:

—El pobre Pichenet va á ser feliz con sus añejos libros...... ¡ya no habrà más golpes ni màs lágrimas!

Y la alegría se desbordaba de su corazon, tan tierno y bueno como el de los ángeles.

En aquel momento se oyeron fuera veinte voces que gritaban:

—¡Venid! ¡venid á ver á los bailarines de cuerda fioja.

Blanca sintió como un peso en su pecho, se precipitó hàcia la ventana y lanzó nn grito volviendo hácia Lacuzan una mirada llena de desconsuelo.

Acaba de ver à Pichenet con el balancin en la mano, saltar á cuatro piés de altura sobre la maroma.

VIII.

Triunfo de Pichenet.

La arenosa esplanada que separaba à la cabaña de Malbruk del jardin del palacio de Noyal, y que se llamaba el monte de Saint-Melaine, habia variado singularmente de aspecto en el espacio de algunas horas.

Era fiesta fuera lo mismo que dentro. Resultaba que el dia 8 de junio era domingo, y el buen pueblo de Rennes se divertia tambien por su parte.

Malbruk habia hecho que escribiesen en cinco pedacitos cuadrados de papel estas sencillas palabras:

«El domingo, en el monte de Saint-Melaine, detrás del palacio de Noyal, Malbruk bailarà en la maroma, y tambien Pichenet.»

A mediados del siglo XVIII no se habia abusado aún de la publicidad. Los cinco cartelitos de Malbruk, pegados en las puertas de la cinco iglesias, hicieron maravillas.

Malbruk no dejaba de tener cierta nombradìa. En cuanto á Pichenet, excitaba todo el interés de la novedad.

Por eso, inmediatamente despues de misa mayor. el torrente popular, que por lo general se dirigia hàcia las hosterías y tabernas de arsenal ó hácia la parte de Prevalaye, pasaje ilustre por sus mantecas y sus alamedas de castaños ó hàcia el Bourg l' Evéque, patria de la sidra à cinco ochavos el jarro, en aquel dia se encaminó á la parte alta de la ciudad.

En Paris, tan luego como hay fiesta en alguna parte, el pueblo corre, los pilluelos alborotan, los niños lloran, las costureras lanzan sus carcajadas agudas y burlonas; los padres de familia, cargados con el prudente paraguas, enseñan en la acera, á unos francesitos muy feos, la manera de fumar la pipa patriótica; las madres se contonean, envanecidas con el derecho que tienen de magullar los piés de los transeuates.

En Rennes el pueblo no corre. Compuesto en gran parte de campesinos, anda con gravedad, hablando de yeguas, de vacas y de manzanos. El paraguas se vé sustituido por el palo terminado en cachiporra, atado á la muñeca ó à un boton de la chaqueta con una correita. Las labradoras tienen la voz más ruda, pero menos horriblemente chillona que las madres parisienses. Iban en grupos, ocupando toda la calle, hablando todas á la vez y riendo al mismo diapason.

A nosotros, lo confesaremos con candor, nos gusta con delirio la multitud. En provincias, lo mismo que en Parìs, nos matemos con secreta alegría en una buena y verdadera confusion producida

por una aglomeracion de algunos millares de personas. Nos gustan esos niños chillones. Hasta las madres llevando una carga de chiquillos, con los làbios llenos de azúcar, nos causan una emocion muy dulce cuando plantan sus anchos piés sobre nuestros juanetes.

Las iluminaciones, los fuegos artificiales, las ferias, las cucañas, las calles inundadas de gentes, el lodo, el polvo, los pitos, los puestos de carne frita, los bollos y el baile al son de la gaita, ¡hé ahí, sin duda alguna, el lado hermoso de la vida, la faz más grata de la civilizacion!

En esas alegrías conmovedoras de la plaza pùblica no está, solo el pueblo; se vé tambien á la clase media con frac azul, con pañuelo alfombrado, á la clase media que no dice mi hijo y mi hija, sino mi *niño* y mi *niña;* la clase media que os pregunta como ésta vuestra *señora* y no vuestra muger; la clase media de abultado ¦abdómen, espléndidamente mofletuda, de subido color; la obesa, la hermosa, la honrada, la virtuosa, la juiciosa clase media. Cintas de color de fuego, caja de oro para el rapé y gemelos de teatro á las doce del dia! Señoritas más largas y delgadas que un álamo, caballeritos que manejan el metro y el florete, muchachitos vestidos de artilleros ó de guardias marinas!

¡Angelitos!

La esplanada, pues, estaba llena de gente.

Por todos lados se veian cabezas de labriegos, cubiertas de anchos sombreros de fieltro, y mugeres con tocas de variadas formas, en medio de las cuales brillaban los cascos de algunos dragones,

Era aquello una afluencia enorme y que aumentaba por momentos, porque la multitud continuaba

subiendo y desembocaba de contínuo en la esplanada, tanto por la parte del rio como desde las alturas coronadas por la huerta del convento de Saint-Melaine.

Encima de la mísera cabaña de Malbruk habia una bandera blanca, y sobre la tela que ondeaba á merced del viento se podian leer estas palabras pintarrajeadas.

«A las dos Pichenet, á las tres Malbruk.»

Pero no se necesitaba aquella bandera, ni el lacónico anuncio que contenia, para aguijonear la general impaciencia; la maroma estaba allí sobre sus postes cruzados en forma de caballete, alrededor de aquel teatro se extendia el recinto circular que Malbruk habia trazado por la mañana. No obstante lo obstruida que se hallaba la plaza, no obstante el deseo que cada cual tenia, de colocarse para ver bien, el recinto circular que Malbruk habia trazado por la mañana, para ver bien, el recinto era unánimemente respetado. Labriegos, campesinas, artesanos bien acomodados, criados de buenas casas, pilluelos, muchachas y dragones se mantenian fuera del círculo; como si aquello hubiese sido un obstáculo insup rable. Mediaban algunos empujones en la multitud, màs de una toca estaba ya aplastada ó desgarrada, pero la frágil barrera permanecia intacta en torno del recinto vacío.

Habia gente en todas partes, en las tapias bajas de la cerca de la abadía, en los tejados de las últimas casas de la calle de Huc, y hasta en los árboles, cuyas ramas crugian y amenazaban romperse.

La multitud comenzaba á impacientarse; hacia màs de una hora que estaba esperando; la puerta y la ventana de la cabaña permanecian cerradas.

—¡A la maroma! ¡à la maroma! gritaban por todas partes. ¡Vamos, Malbruk, à la maroma!

—Malbruk, decian otras voces, ¿no has acabado aún de pegar á tu muger?

Y todos gritaban:

—Tiempo tendrás esta noche para sacudir á Pichenet!.... A la maroma, Malbruk!

La mísera cabaña permanecia muda; todos los ojos ardientemente fijos en la puerta cerrada, la veian siempre inmóvil.

La bandera, cuyos pliegues desarrollaba blandamente el viento, mostraba de vez en cuando las letras mal formadas de su anuncio: «A las dos Pichenet; à las tres Malbruk»

Y hacia mucho tiempo que habian dado las dos en el reloj de la Casa Consistorial.

Habia piedras en la esplanada: ya se hablaba de poner sitio à la casa de Malbruk, cuando de improviso un poderoso grito de júbilo anunció que concluia la ansiedad. En efecto, la puerta de la cabaña acababa de abrir su única hoja, y Malbruk salía llevando de la mano à Pichenet

—¡Malbruk, Malbruk! ¡viva Malbruk! exclamaban en coro para saludar aquella entrada solemne.

El saltimbanquis tenia un aspecto imponente y lleno de altivez; se adelantó con paso grave hasta el centro del círculo é hizo ademan de presentar á Pichenet á la multitud, acompañándolo con un saludo muy ceremonioso.

—¡Gracias á Dios, Malbruk!.... gritó la multitud.

—¡Vamos, habla, Malbruk, y date prisa!

—Señoras y caballeros, dijo el saltimbanquis irguiérdose y apoyando un puño en la cadera como

para mostrar mejor su vigoroso busto encerrado en una casaquilla bordada con lentejuelas, voy à tener la honra de mostraros lo que mi discípulo y yo podemos hacer sobre esa maroma que no ha sufrido preparacion de ningun género... Nadie ignora en esta ciudad que he trabajado en presencia de la corte de Paris y de otras varias testas coronadas, y entre mis papeles tengo pruebas escritas de su satisfaccion. Vamos á comenzar por varios ejercicios ejecutados por mi discípulo, de edad de catorce años, quien trabajarà con balancin y sin él.... despues de lo cual tendré yo la honra de trabajar consagrando todo mi esmero, segun costumbre, à merecer el favor del respetable pùblico.

—¡Basta, Malbruk, basta!.... gritaron algunas voces.

Malbruk impuso silencio con un ademan noble y digno y repuso:

—Señores, estoy aquí para obedeceros.... ¡Sube Pichenet; ande la mùsica!

Pichenet, vestido con su corpiño nuevo sembrado de lentejuelas, se adelantó un paso y puso su mano en la maroma.

La música *anduvo*. ¿Sabeis lo que era la mùsica de Malbruk?.... En el momento de decírôslo la pluma tiembla en nuestra mano.

La música ¡ay Dios! ¿habremos de revelar una miseria tan profunda?

La música era la pobre Chaumel, pálida y triste, que tenia puesta tambien casaquilla bordada de lentejuelas y tocaba un enorme bombo procurando sonreir.

La Chaumel, que habia descendido de su noble rango de jornalera honrada y libre!

La Chaumel, aquella buena madre que conocia todas las delicadezas y susceptibilidades del corazon.... aquella muger que habia sido hermosa y amada.... aquella buena madre, repetiremos, porque con esto está dicho todo.

Aquellas gentes que estaban allì, aquellas mil unidades de la multitud, la conocian y repetian su nombre en tono de mofa.

¡Escuchad! bajo la escéptica sonrisa de la forma, hay el fondo sério, la desconsoladora realidad. Vosotros tambien conoceis á la Chaumel. Es aquella desventurada que era altiva y que tenia derecho para serlo. Es aquella muger pura, aquella muger honrada, que habia caido más abajo en cierto modo que la muger impura y deshonesta.

Es aquella muger que, enloquecida por el tédio de la viudez, engañada quizàs por su propio corazon, rodeò con un prestigio engañoso al objeto indigno de su amor postrero.

Es aquella muger que fué siempre virtuosa, que lo es todavía, y á quien despreciais porque ha descarriado su vida, porque no la veis sinó al través de la vergüenza de sn casamiento.

Es la que se dejó caer de rodillas, en las gradas del altar, con una venda sobre los ojos.

¡Terrible cosa es pensarlo! entre todas las caidas esta es la màs profunda, porque tuvo efecto á la luz del dia, con la iglesia llena y ante la ciudad despierta.

De tal caida nadie logra levantarse.

¿Y quién sabe á dónde va á parar la pendiente de la miseria? ¿Quién sabe dónde está el fondo del abismo?

La Chaumel no lloraba.

Pichenet se plantó de un salto en la maroma.

Por encima de las tapias del jardin de Noyal llegaba suave y velada la mùsica dè la opulenta fiesta.

El enorme bombo de la Chaumel no impedia por completo que se oyese el noble minué tocado por la orquesta del marqués.

Pichenet, sin querer, tomó el compás blandamente cadencioso que llegaba á sus oidos por las ventanas abiertas, y bailó realmente el minué de la córte.

Pichenet, tenia una figura preciosa. Desde que se habia puesto á bailar con buena voluntad, su maravillosa elasticidad se habia desarrollado muy pronto. Malbruk habia tenido razon para decirlo de antemano: era un bailarin notable.

Sin duda alguna era demasiado delicadamente gracioso para aquella multitud, que sobre todo pedia las habilidades de fuerza brutal y la apariencia del peligro; pero no obstante, la mayor parte del público, y sobre todo las mugeres, le adoptaron desde luego y batieron las palmas en cuanto principió á trabajar.

—¿Serà necesario decir que todos los aplausos se parecen? ¿Qué aquellas manos callosas, aplaudiendo rudamente al aire libre, desarrollan la misma electricidad, una electricidad màs viva quizàs, que las manos cubiertas de delicados guantes y que aplauden en los palcos de nuestros teatros?

Nadie ignora esto. Los bravos de la plaza pùblica valen tanto como los bravos que embriagan à la Sontag, á la Alboni ó á Federico Lemaitre.

Y aùn los bravos de la plaza pública tienen la ventaja de que nunca son pagados.

Es la ambrosìa en bruto y sin mezcla, es el incienso puro, es el éxtasis.

Pichenet no era más que un pobre niño.

La Chaumel era madre. Una sonrisa vaga asomó á sus pálidos lábios.

Pichenet, por su parte, pensaba:

—¡Si al menos estuviese *ella* ahí para verme y oirlos!

Para verle á él, en su gloria, bailar el minué en la maroma, con corpiño de oropel.

Para oirlos, à ellos, á los labriegos, los dragones y las campesinas, que le aplaudian antes de echarle dos sueldos.

¡Oh! de seguro que Mariela de Noyal no hubiera podido contemplar sin emocion aquel triunfo tan completo. ¡Mariela, que en sus horas de meditacion desdeñaba la inmensa riqueza de Mr. de la Guerche, la sangre ducal que corria por las venas de Avangour y la altanera belleza de Lacuzan!

Mariela habria quedado vencida.

¿Por qué tardaba? Los glotones huéspedes del marqués no habian tenido tiempo suficiente para comer? Pichenet, exponiéndose à desnucarse, volvió con avidez sus miradas hácia el desierto terrado. Habria dado diez años de su vida porque Mariela apareciese en la escalinata, ò tan siquiera porque Mariela mostrase su radiante sonrisa en una de las ventanas abiertas.

¡Pero Mariela no llegó! El pobre Pichenet no tenia suerte. Perdia allí la ocasion de suplantar de un solo golpe à la Guerche, à Avangour, à Lacuzan y á otros veinte que no sabian bailar en la maroma.

IX.

Malbruk se va á la guerra.

¡Véase lo que es la desgracia. Cuando llegó Mariela, Pichenet habia concluido: estaba haciendo su ùltima pirueta.

La Chaumel le abrazó muy envanecida, ¡ay Dios! y luego enjugó el sudor de su frente.

—¡Pobre hijo querido! murmuraba, embriagada por aquellos aplausos que se prolongaban en torno suyo.

De improviso resonó entre la multitud un nuevo grito, al cual sucediò un silencio profundo.

Seguia sonando el bombo y Malbruk estaba sobre la maroma.

Malbruk, por su parte, no buscaba las posturas graciosas y delicadas. No era un bailarin de mentirillas, un saltimbanqui amanerado.

Era todo un moceton, un furioso.

Desde el primer salto que dió, se agitaron los

sombreros, los cascos y las cofias, como sucede á las ramas más altas de los árboles cuando las sacude un viento de tormenta.

Al menos iba á sacar el valor de su dinero.

Al cabo de tres minutos la multitud pateaba de entusiasmo.

Las muchachas repetian unánimes y con emocion:

—¡Ah! ¡Qué hombre tan hermoso! ¡Qué hombre tan hermoso!

Y ¡cosa singular! al otro lado de la tapia, entre aquella multitud ilustre y vestida de seda, que á la sazon esmaltaba los jardines de Noyal, una voz dulce hacia eco á las roncas voces de las muchachas del pueblo.

Aquella voz dulce pertenecia á Mariela de Noyal, quien acababa de decir:

—Ese hombre es hermoso....

Lo habia dicho muy por lo bajo y como involuntariamente.

Solo su acompañante, que era el caballero de Avangour, segundon de Bretaña, lo habia oido.

Avangour se sonrió y replicó:

—Quisiera hallarme en el puesto de ese hombre.

Lo cual hizo que Mariela se pusiese muy encarnada. En realidad decia la verdad. Malbruk estaba muy hermoso. ¡Trabajaba con tanta fé! Desde por la mañana habia estado bebiéndose los luises de Lacuzan en la taberna de la Cruz Roja, en la calle de Hue.

Estaba medio borracho, precisamente lo que se necesita para saltar como un condenado.

Sus cabellos espesos y crespos, agitados por el viento, caian sobre su desnudo cuello, la cuerda

gemía bajo su peso, los postes rechinaban balanceàndose; él seguia bailando.

—¡Y cada vez con màs furia! Tanto que la multitud oscilaba como mareada.

A un hombre del pueblo se le ocurrió entonar la antigua cancion:

Malbruk se va à la guerra.
Mirondon, mirondon
Mirondera!

Malbruk, en vez de enfadarse, cogió la pelota al vuelo y gritó:

—¡Ande la música!

El bombo volvió á resonar con mayor fuerza, y muy luego la multitud entera, agitando con sus piés el polvo de la esplanada, entonó la cancion con sus mil voces.

Entónces hubo una cosa parecida á ese alegro singular y descabellado que acompaña el final de una carrera en el circo de caballos.

Así como el ginete-artista, tirando su látigo, arrea desordenadamente á su caballo antes de colocarse sentado en equilibrio en una de sus humeantes ancas; así tambien Malbruk, poseido de una especie de locura, tiró lejos de sí el balancin y saltò á una altura prodigiosa.

Mariela temblaba.

En los terrados en forma de anfiteatro de los jardines de Noyal, todos los convidados asustados contenian su aliento.

Blanca se estrechaba contra Lacuzan, quien miraba á Mariela con un aspecto de triste compasion.

La multitud popular aullaba.

Malbruk se habia caido por primera vez.

Se levantó y poco despues cayó de nuevo.

Esta vez, magullado y ensangrentado, llevando hasta el delirio su espantosa audacia, se lanzaba ciego al espacio, dando vueltas como un torbellino, rodando cubriéndose de espuma.

Bailaba con los brazos, con las caderas, con la cabeza.

Su cuerpo saltaba sobre la maroma cual una pelóta de goma sobre el suelo y seguia diciendo.

—¡Adelante!.... ¡adelante!....

¡La multitud fué quien primero se cansó.

El canto de *Malbruk se va á la guerra* se debilitò, y luego se extinguió por completo.

Malbruk cayó al suelo aniquilado diciendo:

—¡Ahora te toca á tì, Pichenet!

Pichenet aguardaba con impaciencia este momento, porque á la sazon Mariela estaba allí.

Pichenet había visto las manitas de Mariela acercarse una á otra sin querer y aplaudir las hazañas de Malbruk.

El queria conseguir otro tanto. Queria conseguir màs aún. La gloria de Malbruk le ofuscaba.

La gloria y el amor. Dos pasiones varoniles para el corazon y la cabeza de aquel niño, eran demasiado! sentiase màs embarazado que si hubiera bebido todo el aguardiante contenido à la sazon en el cuerpo colosal de Malbruk. Estaba embriagado por la gloria y el amor!

¡Amor imposible es el bueno! ¡Gloria grotesca y miserable no la hay!

Todas las glorias son espléndidas en la hora delirante del triunfo.

Pichenet tomó carrera y se subió de un salto á la maroma sin tocar á la escalera de mano.

Hubo un murmullo al ver su primer salto que

excedió como medio pié en altura al ùltimo salto de Malbruk.

—¡Calle! ¡calle! dijeron para sí las mozas de las cofias; ¡el niño habia guardado lo mejor para el fin!

Y la parte masculina de la reunion, los dragones y los campesinos, comenzó á mirar de nuevo con ahinco.

Tambien Mariela miraba. A Pichenet le parecia que la veia sonreir.

Ya no era un bailarin vulgar, sino un silfo: tenia alas.

En la primera fila de los espectadores, Mariana Landais, la mejor moza de Bouc l' Eveque, se apoyaba en el brazo de un dragon galante y graduado.

Mariana tenia en la mano un abultado ramo de rosas que le habia sido regalado por el galante dragon.

La hermosa mocetona habia aplaudido à Malbruk y se habia visto á su cofia recargada de bordados y puntillas ondular y agitarse á impulsos de los fogosos impulsos de su admiracion.

Cuando Mariana estaba contenta no lo ocultaba en manera alguna.

El baile de Pichenet le gustó tanto que le tiró su abultado ramo de rosas, con dos besos muy sonoros.

Pichenet dejó pasar los besos y cogiò al vuelo el abultado ramo de rosas.

El dragon galante y graduado se retorció el bigote con un gesto bastante imponente y colérico, pero la hermosa Mariana se rió en sus barbas sin ceremonía.

En cuanto al abultado ramo de rosas no sabemos cómo fué, pero en vez de detenerse en la mano de Pichenet, tomó nuevo vuelo, describió una curva

por encima de las cabezas de la multitud, traspuso la tapia que ceñía los jardines de Noyal y fué à caer á los lindos piés de Mariela.

Entónces le llegó su vez al dragon galante. Se rió con toda su alma bajo su poblado bigote, mientras que Mariana se mordia los làbios con despecho.

El caballero de Avangour cogió el ramillete con el fin de ofrecerle respetuosamente á la señorita de Noyal.

Pichenet seguia bailando con el mismo, brío, pero obserbava de reojo la escena, y si no se rompiò los huesos veinte veces fué porque hay una Providencia para los niños enloquecidos, lo mismo que para los hombres embriagados.

—¡Qué alegría.... y qué orgullo.... cuando las manos de Mariela se redondearon en torno del ramillete!

Pichenet habria abrazado á Mariana por la felicidad que le procuraba. Pero vive Dios que Mariana le habria recibido lindamente á la sazon!

—¿Habeis visto? decian unas muchachas; ¡à esa edad ya sabe lo que se hace!.... ¡De seguro que la señorita de Noyal le echará uno ó dos escudos de seis libras!

—¡El ramillete de Mariana ha sido para Mariela! decia otro.

El campesino que habia entonado la cancion de *Malbruk se va á la gverra,* y alcanzado un triunfo, quiso conseguir otro. ¡Era un ambicioso!

—¡Eh! ¡chicuelo! gritó con voz sonora y dirigiéndose à Pichenet, ¡está prohibido tirar cosa alguna por encima de las tapias del palacio!

En vez del anhelado triunfo solo consiguiò una silba espantosa y que le tirasen algunas docenas de

tronchos de col que fueron à caer sobre su venerable frente.

Tres mil voces exclamaron á un tiempo.

—¡Bien, Pichenet! ¡Bien, atrevido, audaz Pichenet!

¡Júzguese si Pichenet necesitaría este aplauso. Veia á Mariela alzar el ramille sonriendo y acercarle lentamente à su nariz; cuando el ramillete estuvo ya muy cerca del rostro de Mariela....

—¡Ah! ¡pobre Pichenet!

Explicaremos el hecho en toda su realidad, con decencia y candidez.

Hemos conocido personas del bello sexo que tenian un gusto bastante estragado para rociar ramilletes de rosas con agua de colonia y aun con vinagre aromàtico de Bully, el único privilegiado para el tocador.

Nuestras leyes nada dicen respeto de tamaño delito.

Una legislacion justa y moderada sentenciaria à esas criaturas viciosas á ser ahogadas en un tonel de esencia de bergamota.

Sea de esto lo que quiera, una vez admitida tal monstruosidad, es preciso volver al conocido axioma de «en materia de gusto, etc.»

La hermosa Mariana Landais no se hallaba completamente exenta de las tentaciones de beber aguardiente.

Le gustaban las rosas y el aguardiente.

Y por una confusion impía, cuando habia bebido una copita con un dragon por que tambien le gustaban los dragones: para aumentar el perfume de las rosas rociaba su ramillete con cierta cantidad de aguardiente.

Si estos pormenores repugnantes no fuesen ente-

ramente indispensables para nuestro relato, creed que los habríamos cubierto con un velo impenetrable.

Echar aguardiente, ese líquido hediondamente deléteréo, sobre la delicia màs grata de la naturaleza, sobre las rosas! Esto denota una perversidad tan profunda, que la mente se aparta de ese frio baldon, de ese innoble insulto, de ese asesinato agravado con la profanacion.

Pero la hermosa Mariana no se juzgaba feliz sino cuando estaba apoyada en el brazo de un dragon y tenia en la mano un ramo de rosas perfumadas con aguardiente.

No podemos remediarlo.

Unicamente figuraos à Mariela, á la señorita de Noyal, acercando de improviso á su delicada nariz, sin desconfianza alguna, aquella impureza incalificable.

Estuvo próxima à caer de espaldas, desvanecida por el perfume tabernario que le subió bruscamente hasta el cerebro.

De sus lábios se exhaló un grito leve de indignacion, y tiró el ramillete lejos de sí con repugnancia.

Mariana lanzó una carcajada. Estaba vengada.

—¡Ay Dios! harto vengada, porque el pobre Pichenet, herido en el corazon, perdió el equilibrio y se dejó caer al suelo cual si le hubiese herido un rayo.

La multitud se agitò refunfuñando, llena de emocion y de temor.

La Chaumel se arrodilló junto à su hijo, quien aún volvia sus moribundos ojos hácia el palacio de Noyal.

Malbrnk se habia metido en la cabaña à beber para cobrar nuevo ànimo.

La multitud mostraba sus simpatías lo mejor que

podia. Llovian las abultadas monedas de cobre, y Mariana diò una de plata.

Mariela sacó un luis de oro muy nuevo de una bolsita que era una joya adorable.

Tomad, dijo al caballero de Avangour, os ruego que le echeis esto al pobre muchacho por su ramillete...

—¡Tan buena como hermosa....! murmurò el caballero enternecido.

Miró un instante al luis de oro y añadió en voz muy baja:

Ya no es vuestro, sino del niño; pero no me atrevo á compràrselo sin vuestro permiso.

—¡Comprarle!.... repitió Mariela sorprendida.

—¿Me negais el permiso?

Mariela pensó que lo mejor era sonreirse, y dijo:

—¿Cuànto dais por él?

—Hay mil libras en este bolsillo, replicó el caballero de Avangour.

Mariela se ruborizò.

El caballero se metió el luis de oro en el pecho y tiró las mil libras por encima de la tapia.

La multitud batió las palmas con frenético entusiasmo, á la multitud le gustará siempre la noble generosidad.

En aquel momento Lacuzan se separó de Blanca y se acercó al caballero de Avaugour.

Le diò la mano y se lo llevó á un lado algo más apartado.

—¡Mil luises por vuestras mil libras! le dijo en voz muy baja.

—Sé que sois más rico que yo, Lacuzan, replicó el segundon de Bretaña riéndose: pero en nuestra familia nadie ha comerciado hasta ahora.

—¿No quereis cederme ese luis de oro?

—Aun cuando me diéseis vuestro hermoso castillo de Grail con el parque y sus tallares.....

—Esperaba eso, dijo Lacuzan interrumpiéndole, por lo tanto será asunto que habrá de arreglarse de otra manera.

—Como gusteis, señor conde.

Y se dieron por segunda vez la mano, pero tan cordialmante que Mariela, que estaba ya inquieta, recobrò su tranquílidad y su alegría, Blanca, por el contrario, los miró à ambos y frunciò su entrecejo.

Pero, lo que nadie acertò à explicar, fué la conducta de Pichenet.

Mariana vació la bolsa en el suelo, y en medio del unànime aplauso de la reunion exclamó:

—¡Mil libras!

¡Una fortuna para el muchacho!

Las monedas de oro estaban extendidas delante de Pichenet. Sabeis lo que hizo?

Se levantó, rechazó con el pié las monedas de oro y huyó al interior de la cabaña.

Su madre le siguió, dejando à la multitud estupefacta.

Dentro de la cabaña, Malbruk, con una botella en la mano, tarareaba sordamente. Estaba borracho, pero su embriaguez no era la de los demás dias.

Su rostro tenia manchas verdosas, lívidas, y sus ojos hundidos lanzaban miradas siniestras.

—¿Me toca á mí ahora salir á bailar? dijo; ¡oh! ¡oh! el dia serà bueno.

Pichenet se sentó en un banco sin responder.

La mirada asustada de la Chaumel iba de su marido á su hijo.

Parecia que adivinaba la aproximacion de algun

acontecimiento terrible. Todó su pobre cuerpo temblaba y se estremecia. Y en aquel mísero albergue, entre aquellos tres personajes vestidos todavìa con sus andrajos sembrados de lentejuelas, habia no sé qué amenaza lúgubre.

Malbruk se llevò la botella á la boca. Habia en su rostro una risa de idiota.

Entre tanto la parte turbulenta de la multitud, juzgando que la representacion no habia concluido bien, comenzaba á meter ruido fuera.

Algunas veces pronunciaban el nombre de Pichenet; pero éste tenia la cabeza apoyada en ambas manos y no se movia.

La puerta estaba cerrada por dentro.

Malbruk escuchó.

—¡A tí es á quien llâman, dijo á Pichenet; sal!

Tampoco esta vez respondió Pichenet.

Las voces aumentaban. La Chaumel juntò sus temblorosas manos.

Malbruk cogió una vara y se encaminó tambaleándose hácia el niño.

—¡Vamos! dijo alzando la vara, ¿me oyes?

Pichenet se puso de pié. En su semblante se reflejaba una expresion de cólera sombría y desesperada. Su madre nunca le habia visto así hasta entónces.

El niño miró á Malbruk frente á frente y murmurò:

—¡Creedme, no me pegueis hoy....!

En verdad, esto era una amenaza.

Malbruk se echó á reir. La vara silbó en el aire y trazó una línea azulada en la pàlida mejilla del niño.

Pichenet se afirmó sobre sus piernas, saltó y agarró del cuello á Malbruk.

La Chaumel se precipitó hácia adelante para protejer á su hijo en aquella lucha desigual.

Pero no fué Pichenet quien cayó.

La fiebre suele dar á veces una fuerza inconcebible al brazo màs débil.

Pichenet acababa de despertar de aquel sueño enfermizo y loco que le estaba arrebatando hacía algunas semanas. Pichenet habia vislumbrado, hacía un momento, el fondo de su miseria.

En aquella hora de desconsolador desencanto era hombre.

Antes que volver á subir à la maroma habria sufrido mil muertes.

Y mientras que su cabeza se despejaba, mientras que varoniles remordimientos le oprimian el corazon, sus miembros y sus músculos adquirian ese vigor ficticio y pasajero, pero irresistible, de las horas de crìsis.

Pichenet no luchó más que un instante con Malbruk. Este lanzó un grito sordo y cayó inanimado al suelo.

Pichenet retrocedió aterrado por lo que acababa de hacer.

—¡Oh, desgraciado, desgraciado! ¡Le has muerto! exclamó la Chaumel.

Contemplaba horrorizada el rostro lìvido de Malbruk y sus ojos mortecinos, que parecian querer salirse de sus órbitas.

—¡Le he muerto! repetia Pichenet sin saber lo que decia.

La Chaumel abrió la puerta trasera de la cabaña y le empujó fuera.

—¡Huye....! murmurò; ¡vete...... escóndete bien!....

Pichenet obedeció maquinalmente. Costeó las tapias de la abadía desapareció.

La Chaumel se tapó la cara con ambas manos y se arrodilló junto á Malbruk, que no se movia.

—Van à venir à buscarle, pensaba; mi marido ha muerto.... me van à quitar á mi hijo!....

Su cabeza se extraviaba.

En la esplanada, la multitud nada sabia de lo que acababa de acontecer detrás de la puerta cerrada de la pobre choza. La multitud seguia pidiendo que saliese Pichenet.

Los convidados del marqués de Noyal no se cuidaban ya de lo que pasaba fuera y estaban bailando en el salon del parque.

Solo Blanca se habia escapado, rehusando la mano de Alberto de Goetlogon y lanzando un suspiro profundo. ¡Alberto bailaba tan bien y à Blanca le gustaba tanto bailar con él!

Se fué á su obserbatorio secreto, y desde allí situada á mayor altura que la multitud, pudo ver á Pichenet salir por la puerta trasera y costear las tapias de la abadia.

—¡Qué cambiado estaba!

Blanca no tenia que preguntar cuál era el motivo de su pena, porque habia visto á Mariela tirar el ramillete de rosas,

Pero ¿à dónde iba?

Blanca pensó:

—Se lo diré á Lacuzan, quién sabrá encontrarle.

Debajo del cenador la multitud murmuraba y reia.

Querian á Pichenet muerto ò vivo.

—Vamos à echar la puerta abajo, dijo Mariana Landais; despues pagaremos la compostura.

La idea agradò á todos.

Mariana, la valiente, dió el primer puntapié!

La pobre Chaumel juntó sus heladas manos.

Creía que iban á buscar à su hijo.... el asesino!......

Al segundo puntapié rechinaron los carcomidos goznes: al tercero la puerta cayò hácia adentro.

La gozosa multitud se precipitó hàcia adelante.

Pero los primeros que penetraron en la cabaña lanzaron un grito de horror al ver à Malbruk tendido en el suelo.

Retrocedieron por un movimiento unánime, porque en Rennes casi todos conocian los síntomas de la epidemia. Los que entraron en la cabaña habian pronunciado una frase terrible.

Reinó el silencio, un silencio de muerte.

La esplanada quedó vacìa. Aquello fué una derrota.

Dos minutos despues no quedaba un alma entre el palacio de Noyal, lleno todavía con el gozoso ruido de la fiesta, y la triste cabaña en que Malbruk agonizaba.

No era Pichenet quien habia derribado á Malbruk, sinó la *peste negra.*



X.

Los presentimientos.

Habia trascurrido un mes desde la fiesta del palacio de Noyal. Rennes se habia convertido en una ciudad desierta. Parecia que el enemigo conquistador habia pasada por allì.

El puntiagudo empedrado de sus calles, que en otro tiempo resonaba bajo las herraduras de los caballos y las espuelas de los hidalgos, dejaba crecer la triste yerba que revela soledad y abandono. Los palacios nobles habian cerrado las macizas maderas de sus ventanas; las casas de la clase media estaban atrancadas.

Ya no habia estudiantes locos y reñidores en la plaza del palacio, ya no habia figones en la calle de Autrain, ya no habia locos bailes en el *faubourg l' Eveque*.

Mariana, la buena moza, habia muerto de la peste negra.

Su dragon galante y graduado habia muerto.

Ambos habian fallecido desfigurados, con el rostro negro y amoratado, con la boca llena de espuma y los mienbros retorcidos.

La peste negra estaba en Rennes,

Y la poblacion de Rennes habia huido, pàlida y desconsolada, ante la peste negra.

Las lindas muchachas los estudiantes, los hidalgos, los ancianos mienbros del Parlamento, todos habian desaparecido, todos se habian desvanecido.

Rennes estaba no sé dónde, pero de seguro no estaba ya en Rennes.

Cuando Rennes està en su sitio, la atmósfera murmura, la naturaleza habla gangueando, y aùn los mismos ruiseñores toman la voz fuerte y poderosa del pato.

Pues bien, ¡cosa fatal! hubiérais podido pasear un dia entero por Rennes sin oir esos acentos indígenas tan dulces para los que conocieron desde la infancia la delicia de los resfriados!

Así, pues, Rennes estaba muerta, cuando ya no estornudaba.

Solo las campanas hablaban, ¡ay Dios! ¡porqué el sacerdote es el último que permanece en su puesto de batalla! ¿Qué le importa morir aquí ó allí, hoy ó mañana?

Dios está en todas partes.

Dios existe siempre.

Los sacerdotes cantaban y oraban en el coro de las iglesias desiertas.

Tambien los pobres se quedaban,

Los sacerdotes ayudaban á los pobres á vivir y morir.

A largos intérvalos pasaba por las calles solita-

rias alguna carroza, corriendo á impulsos del galope asustado de sus caballos.

Por los cristales subidos se podia ver á alguna muger pálida, con su frasco de olor arrimado à la nariz, con el cuerpo tembloroso y los ojos espantados.

De improviso aquella muger que iba huyendo se echaba en el fondo de su carruaje y se cubria el rostro con sus pálidas manos.

Habia oido la siniestra carcajada; al dar vuelta á una esquina habia visto à uno de aquellos fantasmas flacos escuálidos que iban con un antifaz negro,en el rostro y gritaban con un tono lento y lúgubre:

—¡Cristianos, no os acerqueis! ¡Temed à la peste negra!

Aquella muger, si era buena, dominaba su terror y arrojaba su bolsa por la portezuela entreabierta.

El fantasma pasaba junto à la bolsa sin cojerla.

Al dar vuelta á la esquina temblaba de nuevo y sentia que su corazon se estremecia en el pecho.

Era que el carro de los muertos iba rodando lleno de cadàveres.

Delante caminaba un sacerdote, con la cabeza descubierta y el misal abierto.

No se veia ningun acompañamiento de parientes ni de amigos.

Nada más que los cadáveres y el sacerdote.

Los caballos precipitaban su carrera. La fugitiva, si era cristiana, balbuceaba los versículos del *De profundis*.

En cuanto al carro de los muertos, no apresuraba el paso. El sacerdote cantaba con voz grave y tranquila,

Caminaba sostenido por esa valentía suprema de los humildes y de los justos.

El sacerdote, ùnico ser viviente que habia en aquella vìa desierta, entonaba las alabanzas del Dios misericordioso.

Habia un hombre, sin embargo, que hacia lo mismo que los sacerdotes, y que no temia entrar en las casas malditas sin observar precaucion alguna.

Aquel hombre era el brujo Lacuzan.

Al observar los primeros ataques de la enfermedad acantonó sus dragones fuera de la ciudad; pero él se quedaba, ò más bien vivia como en otro tiempo, cabalgando siempre desde su castillo á su palacio y desde éste à aquél.

Desde su castillo, que era un refugio para los pobres trabajadores del campo de Rennes, á su palacio, que era el hospital de los pobres y jornaleros de la ciudad.

¡El brujo Lacuzan! ¡Un coronel de dragones! ¿Eu qué iba á mezclarse, puesto que los filósofos y los filàntropos habian huido?

A mediados del siglo XVIII comenzaban á pulular los tiernos amigos del pueblo. ¿En qué se mezclaba aquel hidalgo, puesto que los amigos del pueblo se habian ido á sitio seguro?

¡Còmo! en la época en que iba á aparecer la *Enciclopedia*, no habia entre aquel pueblo desconsolado más que la espada de un noble y las sobrepellices de los sacerdotes.

Los verdaderos amigos del pueblo,—los que huyen en la hora de las calamidades,—¿no tuvieron razon de sobra, algunos años despues, para romper aquella espada y ahogar aquellas sobrepellices?

Y el amable Mr. de Voltaire, el preclaro ingenio, ese hidalgo de pluma, cumplia ya desde entónces con un deber sagrado al exclamar: ¡*Destruyamos*!

¡Derribemos el altar! ¡el refugio postrero, el asilo supremo!

¡Rompamos el Crucifijo, la suprema esperanza!

¡Seamos hombres y filósofos! Lloremos! la muerte de Calas! ¡Seamos hermanos, á condicion de que la quinta de Ferney no sea repartida fraternalmente! ¡Y sobre todo destruyamos al *infame*!

Absurdo Lacuzan, que daba la mano á los pestíferos en vez de gimotear acerca de la suerte de los indios oprimidos ó de los chinos huérfanos!

Idiota Lacuzan, que oia misa y dejaba vivir al infame!

Como es muy natural, el vacìo que reinaba en la ciudad hacia que los castillos de la provincia estuviesen llenos.

El del señor de Noyal, situado à dos leguas de Rennes, en el camino de París, estaba atestado de nobles huéspedes. Allí habriamos encontrado á casi todos los convidados de la fiesta dada con motivo del término de la legislatura de los Estados.

El señor marqués era un hombre demasiado bueno para regocijarse ante la desgracia pública; además, preciso es confesarlo, el señor marqués tenia un miedo terrible à la epidemia.

El soltero Badabrux, aquel corifeo aflictivo de la tragedia, se habia grangeado considerablemente el afecto del marqués repitiéndole por lo ménos tres veces al dia, por la mañana, al medio dia, y por la noche, que la peste negra no atacaba más que á la gentecilla.

Así, pues, vívian muy tranquilamente en el castillo, sin bailes ni grandes banquetes, sin cacerías suntuosas, sin fiestas de ningua especie, aunque ni en la aldea de Noyal ni en los alrededores se habia

presentado hasta entónces ningun caso de la temida enfermedad.

Blanca era lo que la vimos ser en otro tiempo vivaracha y buena, el corazoncito mejor que pudiera imaginarse, lista y despejada á su manera, acotando siempre sus asertos con Lacuzan, pero mirando á hurtadillas al hermoso Alberto de Goetlogon, que hacia dos semanas habia cumplido diez y ocho años.

Ya no se hablaba de Pichenet.

Pichenet habia desaparecido por completo.

No habia vuelto á entrar en casa de Malbruk.

Pero Blanca sabia mejor que nadie lo que habia sido de Pichenet.

Blanca y Lacuzan, aquellos cómplices eternos.

En cuanto à Mariela de Noyal, habia variado mucho,

Su maravillosa belleza no habia disminuido, pero á la sazon se reflejaba de continuo en su precioso rostro una expresion de melancolía. La mirada de sus grandes ojos negros vagaba con frecuencia pensativa y meditabunda. Habia un círculo oscuro en torno de sus párpados, y su frente se inclinaba bajo el peso de ideas tristes.

¡Cuán delicioso es, por lo general, esa primera preocupacion! ¡Qué encantadora es la primera palidez!

¡Es el màrmol que se anima! ¡Es Galatea que de improviso respira!

La doncella que se escucha á sí misma, que mira sorprendida á su corazon que ha variado, que se pregunta á sí propia á dónde va á parar el suspiro desconocido!

¡Cuàn delicioso es ese despertar, ó màs bien ese segundo nacimiento!

Amante ó madre, còmo la habeis adorado, ¿verdad? ¡A esa hora única en que la joven se despoja de la ùltima envoltura de niña y se detiene turbada, inquieta, estremecida, en los umbrales de su vida de muger!

Mariela habia tardado mucho en arrojar su última infantil envoltura.

Habia permanecido mucho tiempo siendo estàtua.

¿La habia tocado ya el soplo vivificador?

¿Se despertaba el alma en aquel milagro de belleza?

Entre los que la rodeaban habia dos pretendientes que parecian salirse de la multitud de los adoradores vulgares.

Eran dos jóvenes nobles, Avangour, el descendiente de los duques de Bretaña, y Lacuzan, el brillante oficial.

Blanca, que no necesitaba despertar, puesto que nunca habia dormido; Blanca, la traviesa y vivaracha que no aguardaba á Pigmaleon para animarse.

Blanca se preocupaba mucho con la suerte de su hermana.

Al ver que Mariela estaba triste, Blanca la colmaba de cariño y de caricias....

Porque la queria con toda su alma y Mariela le correspondia.

El contraste singular y absoluto de sus dos caràcteres dejaba intacta su buenà y dulce ternura.

Blanca estaba en acecho,

Y téngase en cuenta que era muy hábil, no obstante su inocencia tan verdadera, tan pura, tan serena como la inocencia de un ángel.

Procuraba saber, espiaba en provecho de su amigo Lacuzan.

No vayais à creer que hubiese dicho nunca à Mariela una sola palabra acerca de Lacuzan. No era imprudente sino en sus propios asuntos. Lacuzan le habia prohibido que hablase y permanecia muda.

¿Hácia quién se inclinaba entre tanto el corazon de Mariela? ¿El feliz entre todos seria el caballero Avangour ò el conde de Lacuzan?

Ambos eran buenos mozos y tenian casi la misma edad. Avangour brillaba todo lo posible, no obstante el estado lastimoso de su herencia ducal; á Lacuzan ya le conocemos.

Algunas veces parecia que Mariela de Noyal se mostraba inclinada à favorecer al caballero, sobre todo desde que Lacuzan le habia herido en un desafìo.

Además, el señor márqués de Noyal decia públicamente que Lacuzan aguardaba á que Blanca cumpliese los 16 años.

———

¿Creeis en los presentimientos?

Yo sé que, en víspera de una gran desgracia, hay en el aire un soplo funesto.

Le he sentido en mi frente, ha helado mi corazon.

Sé tambien que toda criatura humana predestinada á algun dolor profundo, se preocupa de antemano con ese dolor, y áun en cierto modo le estudia cuando ese dolor no le concierne todavía, lo busca, por un instinto fatal y encuentra un placer singular en volver à llevar la conversacion al mismo asuuto.

¡Pobre Jane!—Jane era una *lady* jòven apenas contaba veinte años; estaba casada con *lord* H.... el hombre á quien amaba, y era ya madre de un angelito que la enloquecia.

Yo era como un hermano para Jane.

Lord H.... se habia casado con ella en Paris....

Jane estaba alegre. Nunca ví á una muger saborear tan apasionadamente su felicidad.

Era tan hermosa su alegría que con solo verla se alegraban todos.

Pero habia una cosa singular, Jane hablaba con frecuencia de los ahogados.

—¡De los ahogados! ¡Jane! ¿Y por qué?

Una vez me dijo:

—Eduardo no quiere conducirme à la Morgue.... (1)

¡Lady Jane en la Morgue! ¡qué horror!

Eduardo su marido, no queria reducirla á la Morgue!

¡Ya lo creo!

Añadió:

Si no quereis acompañarme iré sola.

Y como yo me quedaba estupefacto al oir tal declaracion, Jane prosiguió diciendo:

—Escuchad, seré capaz de volverme loca!

....

En la Morgue habia un cadàver colocado sobre una mesa inclinada.

Lady Jane le mirò.

Sentí que su cuerpo se estremecia.

—¿Se parece á Eduardo!.... me dijo.

---

(1) Llámase la *Morgue* en París el sitio en que depositan los cadáveres desconocidos hasta tanto que se identifica su personalidad.

Al volver á subir al carruaje se desmayó.

....

Una noche, en Richmond, estàbamos los tres en el yatc de lord H....

Jane miraba el agua del Tàmesis.

—¿Se sufre ahí bajo? dijo.

Y sin esperar la respuesta, exclamó:

—¡Oh! he visto á Lady S.... con su traje de luto.... Los que inventaron *el luto* (y no acertaré á expresar el severo desden que habia en la inflexion de su voz) no debian tener corazon.... Yo no viviria una hora dentro de un vestido de luto.... Tener encima de sí, sobre la frente que él besaba, en torno del talle que él ceñia con sus brazos, esa tela negra que repite odiosamente y siempre: «¡Ha muerto, ha mnerto!....» Os lo digo yo, el luto es la más brutal de todas las impiedades.... Las que visten de luto van gritando por las calles que no amaban.... Insultan á la cerrada tumba.... Escriben sobre su espalda: «¡Soy libre!» Si son viudas.... «¡He tenido una herencia!» Si son huérfanas.... ¡Es espantoso.... espantoso!....

Lord H.... se sonreia. Para él aquello era únicamente una excentricidad.

¡Yo pensaba involutariamente en el hombre lívido tendido sobre el marmol inclinado de la Morgue!

Lo que estoy refiriendo aquí lo ví yo mismo.

En el mes de julio de 1847 llevaron el cadáver de lord Eduardo H.... á su palacio de Pimlico.... Se habia ahogado en el Támesis, màs abajo de Richmond.

Jane estaba haciendo visitas. Cuando regresó á su casa, Eduardo estaba tendido en la alfombra del salon.

No habia junto á él ni médico ni sacerdote.

Los dedos convulsos de Jane se clavaron en mi brazo, y murmuró:

—¡Como el otro.... como el otro!....

Comprendí muy bien à quién se referia.

Durante los ocho dias que siguieron no habló una palabra.

Cuando le llevaron su traje de viuda me miró.

Todavía estoy viendo su mirada.

Mandó à buscar á su hijo y le besó sin llorar.

En seguida se probó su traje de luto.

Mientras le estaban abrochando el vestido, lady Jane murió de un derramamiento de sangre al corazon.

Habia dicho á bordo de su yatc:

—Yo no viviria una hora dentro de un vestido de luto....

Creo en los presentimientos.

Creo en ellos como en la misma desgracia de esta vida humana, como en la felicidad de los justos en la otra vida....

Mariela hablaba con frecuencia de la peste negra.

Hablaba de ella con esas precauciones recelosas de las gentes que tienen una idea fija.

Porque el asunto de conversacion que se quiere promover no se lanza bruscamente al aire, sino que se provoca, y cuando es una muger la que tiene ese deseo, lo hace tan diestramente que nadie vé el deseo que acosa ni el capricho satisfecho.

Lo que preocupaba á Mariela en la peste negra no era la enfermedad que mataba, sino la enfermedad que desfiguraba.

En efecto, repite la tradicion, y nosotros debemos haberlo dicho ya, que los pocos enfermos que salian

con vida despues de sufrir la terrible epidemia quedaban hediondamente desfigurados:

Mariela hacia que le repitiesen cien veces los pormenores de aquellos estragos.

Sabia de memoria cómo habia muerto la hermosa Mariana de Bourg l'Eveque, lívida y con los ojos inyectados en sangre.

Mariela la jóven soberanamente elegante y delicada, sabia estos y otros pormenores aùn más íntimos, es decir, más horribles.

¡Cosas tan repugnantes que nuestra pluma se niega á escribirlas!

Mariela las sabia. Para averiguarlas habia hecho esfuerzos que de seguro la habrian cansado y vencido si solo se hubiese tratado de satisfaser un capricho alegre.

Todo lo sabia.

Màs tarde los relatos de Badabrux y de otras aves de trágico agüero, á pesar de ser muy espantosos, no bastaron ya para satisfacer su lùgubre capricho.

Quiso ver,

Pero ¿cómo?

El castillo del marqués se hallaba situado màs arriba de la aldea de Noyal, que dista de Rennes dos leguas muy cumplidas.

Si el marqués hubiera sospechado el deseo de su hija, la habria encerrado y aùn atado.

Mariela subió una mañana al cuartito de Blanca.

Habló de flores, de encajes, de vestidos, en fin, de lo más necesario, y luego dijo:

—¿Escribes algunas veces à Lacuzan?

—Todos los dias, respondió Blanca.

—Necesitaria hablarle....

Mariela pronunció estas ùltimas palabras con cierto embarazo.

Blanca la miraba con expresion risueña diciendo:

—Estará aquí dentro de pocas horas....

—¡Oh! no corre tanta prisa.... comenzó à decir Mariela....

Pero la pluma de Blanca corria sobre el papel.

Escribía, la muy loca:

«Mi buen amigo: una persona à quien quieres más aùn que à mì, te necesita....»

Mariela estaba mirando por encima de su hombro.

Cogió el papel y le rasgó.

—¡Así no! dijo.

Blanca cogió otro pliego y escribió:

«Mi buen amigo: Mi hermana Mariela desea....»

—¡Así no! volviò á decir la señorita de Noyal.

—Entónces dicta tú.

Mariela se ruborizó, pero dictó:

—«Mi buen amigo....»

Y se interrumpió para decir:

—Pues que le llamas asì....

—¿Qué más? preguntó Blanca.

—«Mi buen amigo....»

—Ya està escrito.... ¿Hay que ponerlo dos veces,

—¡Eres mala!.... «Mi buen amigo....»

—¡Vamos! lo pondré tres veces.

—«Hace mucho tiempo que no os hemos visto por aquí....»

—Por aquí, repitio Blanca; ya està.

—«Y mi padre desea....»

Blanca lanzó una carcajada sonora.

Mariela se detuvo cortada.

—¡No te enfades, hermanita! dijo Blanca arrepentida,«.... y mi padre desea....»

—¡No! exclamò Mariela, que tenia ganas de llorar, es inútil; ya no quiero hablar á Lacuzan.

Blanca se levantó y se arrojó á su cuello.

—Mira, exclamó con su encantadora viveza, no se necesita nada de eso.

Volvió á sentarse y de tres plumadas trazó estas palabras:

«Ven á vernos hoy.

«Blanca»

Y escribió en el sobre:

«Al señor conde de Lacuzan, en su castillo de Grail.»

Mariela recobró su sonrisa.

—Esto es, murmuró, gracias, Blanca.... Pero ¿crees que vendrá?

—Estoy segura de ello, respondiò Blanca con un tono lleno de fatuidad.

Mariela la besó y se bajó al jardin.

La carta marchó, llevada à rienda suelta por un correo de Noyal. El castillo de Lacuzan solo distaba una hora de marcha.

Durante todo aquel dia Mariela estuvo más triste y pensativa que de costumbre. En vano buscó su sonrisa el caballero de Avangour. Cada vez que Mariela oia sonar la campana de la puerta principal anunciando una visita, se estremecia.

No parecia sino que, despues de haber deseado tanto la llegada de Lacuzan, la temia.

La visita entraba: no era Lacuzan, y Mariela respiraba. Luego volvió á contar los minutos.

Esperaba.

Cuando por fin conoció à lo lejos, en la alameda, el galope del caballo de Lacuzan, se dejó caer sobre

un banco de césped y apoyò sus hermosas manos sobre su corazon desfallecido.

—¡Es preciso!.... murmurò. ¡Ay! de mí ¡lo quiero!

Como lady Jane, como todos los que oyen vagamente la amenaza de lo porvenir.



XI.

Cómo sabia amar Lacuzan.

El sol estaba ocultándose ya por detrás de los seculares árboles del bosque de Noyal. El viento enmudecia en la inmovil enramada. Se podian ver las grandes alamedas desiertas que se extendian hasta perderse de vista.

El conde Enrique de Lacuzan y la señorita de Noyal se paseaban bajo la elevada y verde bóveda.

Era la vez primera que la señorita de Noyal se encontraba sola con Lacuzan. A la verdad, este se hallaba muy tembloroso y no sabia qué decir. Aquel oficial hermoso y valiente no era ya un don Juan; pero el mismo don Juan se quedaria mudo como un estudiante novicio si pudiese estar muy enamorado tan solo una vez en su vida.

Blanca los habia conducido á ambos á una ala-

meda del parque, y en seguida se habia fugado dejándolos solos.

—Señor conde, dijo Mariela, á quien su capricho hacia tener valor, y siendo, por lo tanto, la primera que rompió al silencio, yo he sido quien he rogado á Blanca que os escriba,

Lacuzan no respondió con el consabido, «¡Es posible»!

A la verdad, si Lacuzan hubiese respondido: «¡Es posible!» le abandonaríamos á su desventurada suerte.

Lacuzan no contestó una palabra.

Le mostramos públicamente nuestra satisfaccion.

Porque muchas gentes despejadas habrian soltado esa mortal necedad: «¡Es posible!

Y os lo declaramos: si fuésemos muger y en tal ocasion nos contestase un hombre esa tontería ¡Es posible! iríamos inmediatamente á buscar un puñal veneciano en cualquiera novela, y se le clavaríamos con la novela en el corazon, para hacer un castigo ejemplar.

—He rogado á Blanca que os escriba, porque tengo que pediros un favor.

Creed firmemente que si la señorita de Noyal podia pronunciar esta frase sin balbucear ni ruborizarse demasiado, era porque Lacuzan se habia abstenido de pronunciar el impertinente: «¡Es posible!»

Lacuzan se inclinó, y replicó sin apresuramiento mal entendido.

—No podeis dudar que estoy completamente à vuestras órdenes.

Mariela juzgó que el conde de Lacuzan era un perfecto caballero.

Las mugeres bien educadas son como monsieur de Talleyrand. No les gusta el celo excesivo.

—Si os dignais mandarme algo.... añadó Lacuzan.
Mariela vaciló.
No era culpa de Lacuzan....
—Señor conde, repuso por fin la jóven, no procuraré disculpar para con vos el paso que estoy dando... Monto bastante bien á caballo... Tengo confianza en vos... Es preciso que esta noche me acompañeis á Rennes.
Lacuzan no respondió.
Mariela le hubiera abrazado en aquel momonto por su generosa calma, que denotaba tan superior talento.
Lacuzan respondiò:
—Os acompañaré, señorita.
Hareis más aún, repuso de nuevo Mariela, me conducireis junto á uno de esos eufermos......
—¿Qué enfermos? preguntó el conde.
Ya sabeis de quienes quiero hablar, replicó la jóven.
Esta vez Lacuzan cambió de color.
—La peste negra es contagiosa, observó.
Mariela frunció el entrecejo y dijo:
—Ese contagio le arrostrais diariamente.
—Yo.... murmuró Lacuzan, cuya voz tomó sin pesar suyo, una inflexion cariñosa pero vos....
Mariela sintió cierta emocion.
—Gracias, dijo, sin saber tan siquiera que hablaba.
Lacuzan vacilaba todavia....
—¿Os interesais por alguno de esos desventurados?.... preguntó con timidez.
—No, replicó Mariela.
—Entónces, por qué....
Mariela volvió la cabeza.
—¡Os suplico que reflexioneis! dijo el conde Enrique procurando insistir.

Pero Mariela irguió su encantadora cabeza y dijo:

—Señor conde.... ¡quiero hacerlo así!

Lacuzan fijó en ella una mirada en la cual habia tanta melancolía y tanto amor que Mariela bajó los ojos de nuevo.

—Sois reina y dueña absoluta, señorita, murmuró Lacuzan; en torno vuestro no hay más que adoraciones solícitas ... Nadie os ha desobedecido nunca.... Pero áun prescindiendo del peligro que se os antoja correr, ¿sabeis la impresion dolorosa, el desconocido horror que quereis arrostrar?

Mariela hizo un gesto de impaciencia.

Lacuzan la cogiò la mano, quizás para implorar aún; Mariela no la retiró, pero repitió con un acento imperioso y frio:

—¡Lo quiero!

Lacuzan se inclinó hasta su mano y la besó diciendo:

—Hágase vuestra voluntad, señorita, no sé amar sino como un esclavo.

Mariela se extremeció. Era la primera vez que el conde le confesaba formalmente su amor. Resonaron pasos en la arena de las alamedas: se oyeron voces lejanas que charlaban alegremente.

Mariela respondió á la declaracion de Lacuzan con la sonrisa más bella.

Luego desapareció en la revuelta de una alameda, diciéndole desde lejos estas palabras:

—¡Esta noche á las diez, aquí!

Toda aquella tarde Lacuzan estuvo triste y meditabundo.

La misma Blanca no pudo arrancarle una palabra.

Mariela, por el contrario, mostró una alegria desu-

sada. Se reia à cada instante y aún algunas veces sin que hubiese el más leve motivo para ello.

Badabrux, que era inteligente en la materia; aseguró que aquel dia Mariela tenia la risa trágica. Es una risa fea.

Queriendo ver hasta dónde llegaba la preocupacion de la jóven, el curioso Badabrux se deslizó detrás de ella y la recitó hasta doscientos versos de la *Henriade* sin que diese la menor señal de molestia.

—¿De dónde me procede hoy este negro presentimiento? dijo Badabrux para sí. La insensibilidad de esta jòven no es natural....!

Las vizcondesas devoraban con la vista à Mariela. Olfateaban no sé qué grato olor de catàstrofe.

A las nueve abandonó Mariela el salon, alegando como pretexto una jaqueca.

A las diez la esperaba Lacuzan en la alameda del parque con los caballos.

Por entre los árboles podian distinguirse todavía algunas luces en las ventanas del castillo.

Una de aquellas luces se apagó; se oyeron algunos pasos leves en el césped humedecido ya por el rocio de la noche.

Lacuzan hincó una rodilla en tierra: Mariela apoyó su diminuto pié sobre la otra rodilla y de un salto se colocó en la silla.

Los dos caballos partieron á galope; en el mismo instante en que salieron; Badabrux, que se habia quedado solo en el salon, colocado delante de un espejo, se recitaba à sì mismo un dístico memorable.

Era una de esas hermosas noches de verano, más hermosas que el dia, segun ha dicho un poeta.

Un poeta desconocido de todos los caballeros de Badabrux.

La luna bogaba por el cielo, en medio de una gloria de nubes plateadas. Su dulce luz iluminaba vagamente el paisaje y daba formas singulares á los objetos.

La brisa apenas hacia ondular las mieses verdes todavía.

Y à lo largo de las hùmedas praderas la vista podia seguir el curso del rio Vilaine, que se señalaba con una cinta leve de blanquecina niebla.

El galope de los dos caballos sonaba con regularidad en los guijarros del camino desierto.

Lacuzan y Mariela no habian hablado todavia una palabra.

La maciza silueta de las torres de San Pedro se destacó en negro sobre el cielo azul. Llegaban à la subida de la calle de Hué.

Daban las once de la noche en el reloj de Rennes. Reinaba en la ciudad un silencio aterrador.

Las vibraciones de la enorme campana temblaron durante un minuto en medio de las tinieblas y luego calló la atmósfera.

Lacuzan y Mariela estaban en las puertas de San Jorge. No habia guardia. Los faroles, que, por lo general, brillaban à largos intérvalos en las calles principales, estaban apagados.

Ningun resplandor habia en las ventanas, herméticamente cerradas.

Parecia aquello una ciudad muerta.

Mariela y Lacuzan costearon al trote las tapias del jardin de Noyal, subieron por la rampa de la Motte y bajaron al Campo-Jacquet por el foso de la Visitacion. El Campo Jacquet era entònces, como

hoy, una calle grande y en forma de semicírculo, situada próximamente en el centro de la ciudad.

En la plaza en que hoy se alza una fuente habia una hoguera encendida.

Se veian unos seis hombres colocados en torno de la hoguera, la cual lanzaba sus reflejos rojizos sobre sus rostros pàlidos.

No era para calentarse para lo que encendian fuego así en pleno mes de julio, sino para condimentar su cena, compuesta de sardinas prensadas y de lonjas de tocino.

Conversaban bastante alegremente mientras que su cena se asaba sobre las ascuas, produciendo un humo denso y man-eabundo.

En el suelo y junto á ellos habia algunos jarros de sidra.

Y más lejos, en la sombra, se veian dos carros grandes enganchados.

Mariela no hubiera podido definir lo que eran aquellos hombres de aspecto salvaje, que preparaban su tosco festin en la plaza pùblica en aquella hora de luto; pero por primera vez desde que habia salido del castillo de su padre temblo y tuvo miedo.

Lacuzan echó pié á tierra delante de una puerta cimbrada, de mísero aspecto, y partida por la mitad de su altura, como las puertas de las alquerías bretonas.

Llamó; nadie respondiò desde dentro.

—¡Eh! ¡Joséfa Dufour! buena muger, gritò, abrid, soy yo!

Los cinco salvajes situados en torno del fuego, se echaron á reir, y uno de ellos dijo:

—Josefa Dufour, está aquí.

Y señalaba á uno de los carros grandes medio sepultados en las tinieblas.

Lacuzan era tan conocido en Rennes, que ni se le pudo ocurrir la idea de que quisiesen burlarse de él.

Cogió las riendas del caballo de Mariela y se adelantó hácia el fuego.

No habia comprendido el gesto del hombre que le habló.

—¿Dónde está Josefa Dufour? preguntó.

Redoblaron las carcajadas.

—¿Se ha curado? preguntó de nuevo Lacuzan.

—¡Si, sí....! respondieron en coro los salvajes, Josefa Dufour se ha curado.

—Y está bien curada, añadió uno de ellos cogiendo de la hoguera un tizon encendido.

Se puso de pié y se dirigió hácia los carros blandiendo su hachon.

Mientras siguió andando, el viento disminuyó la llama y no se vió nada.

Cuando se paró, la llama volvió á tomar cuerpo. Mariela lanzó un grito de horror.

Los dos carros estaban llenos, atestados de cadáveres. Era la fúnebre cosecha de aquella noche.

Y los salvajes que iban á saborear su banquete en el campo Jacquet, tenian la mision de llenar todas las noches aquellos dos carros.

—Mirad, exclamó el hombre del hachon mostrando una cabeza que colgaba fuera del carro, ahí teneis á Josefa Dufour la buena muger.

Mariela habia huido aterrada.

Cuando Lacuzan la alcanzó, le dijo:

—Volvamos al castillo.

—No, respondió Mariela, me he asustado demasiado pronto.... no he mirado.... ¡quiero ver!

Lacuzan sintió frio hasta en el corazon.

Pensó que Mariela estaba loca.

Cerca de las puertas Mordelesas, enfrente de la torre de San Pedro, se alzaba una casita.

—Ayer, dijo Lacuzan, el padre, la madre y el hijo cayeron enfermos en esta casa.

—Entremos, contestó Mariela, cuyo acento era breve como el de un calenturiento.

—La puerta estaba abierta de par en par, y tambien la ventana; en el interior reinaba un silencio profundo.

Entraron.

Hallaron tres pobres lechos vacios.

El pabre la madre y el hijo habian desaparecido ya en la huesa comun.

Mariela apoyò sus dos manos sobre su corazon, que desfallecia.

Pero todavía dijo:

—¡Quiero ver!

Lacuzan le hizo atravesar de nuevo toda la ciudad.

Volvieron á bajar por la rampa de la Motte, y dando vuelta á la cerca del palacio de Noyal se encaminaron por el sendero que conducia á la arenosa esplanada en que Malbruk habia establecido su morada.

En cuanto anduvieron los primeros pasos pudieron ver que habian abierto anchos boquetes en la tapia del jardin. Los ladrones se aprovechan siempre de los tiempos de calamidad.

Al través de la aspillera que cubria la ventana del cuarto del bailarin, se veia el resplandor de una luz.

Hacia un mes que aquel hombre estaba luchando con la peste negra, y esta no podia matarle.

Lacuzan dijo:

— Quedaos aquí.... voy á entrar.... y volveré á buscaros.

Abrió la puerta y traspuso los umbrales.

Malbruk estaba tendido sobre un monton de paja. Tenia cubierto el rostro con un antifaz de paño negro. Su respiracion penosa gemia y silbaba.

La Chaumel oraba arrodillada en un rincon.

Estaba tan flaca y tan pálida que parecia un espectro.

Malbruk conoció á Lacuzan.

—¡Ah! ¡ah! exclamó, ya sabia yo que ese vendria á verme! ¿Os acercareis á mí, señor hidalgo, y me dareis la mano como à los demás?

Lacuzan se acercó y le tendió la mano.

Malbruk la cogió entre sus dedos ardientes y la apretó como si quisiera deshacerla.

Luego se volvió sobre la paja murmurando:

—¡Brujo!

—¡No os quedeis, no permanezcais aquí! decia la pobre Chaumel

—¿No sabeis? repuso Malbruk, los ladrones rompieron las puertas del palacio; lo cogieron todo.... Yo los llamé para que partiesen conmigo.... vinieron.... y me quitaron vuestras monedas de oro, las mil libras del otro hidalgo y todas las monedas de cobre de la plebe.

Lacuzan le arrojó su bolsa.

—¡Brujo! refunfuñó Malbruk, las monedas de oro no te cuestan nada!

Lacuzan volviò à la puerta y llamò á Mariela.

La jóven entró con el rostro cubierto con un velo.

—¡Oh! ¡oh! gritó Malbruk, ¿es ya tu muger, puesto que anda corriendo contigo por la noche?

—¡No os quedeis, no permanezcais aquí!.... repetia la Chaumel.

Mariela habia apoyado su mano en el brazo de Lacuzan.

Apenas podia sostenerse.

Sin embargo, murmuró:

—¡Qué se quite el antifaz!

¡Esto dijo! Malbruk lo oyó.

Se quitò el antifaz con un apresuramiento lleno de ódio.

A aquel hombre le habia admirado Mariela en otro tiempo; le habia encontrado hermoso.

Lo que habia bajo el antifaz, ¿à qué decirlo? Todo el cuerpo de Mariela se estremeció con violencia.

Dijo balbuceando.

—¡Horrible!.... ¡horrible!....

Luego añadió:

—¡Ah! de seguro me moriria! Comprendo que me moriria!

Lacuzan no tuvo tiempo más que para recibirla en sus brazos.

Se la llevó fuera.

Malbruk se habia incorporado y gritaba:

—¡Maldita sea, puesto que es su muger! Ha dicho que yo estoy horrible: pues que llegue ella à estarlo como yo!.... ¡Ah! bien la he conocido: es la hermosa, la noble, la rica!....

Echaba espuma por la boca.

Se dejò caer sobre la paja, diciendo:

—¡Si Dios no le da la peste negra, se la daré yo!

....

En la velada de la siguiente noche, en el castillo

de Noyal, Mariela estaba más blanca que una estàtua de alabastro.

En la noche anterior, Lucuzan y ella habian regresado al castillo sin hablar una palabra, lo mismo que cuando se marcharon.

Unicamente Lacuzan habia oido á Mariela murmurar tres ó cuatro veces, casi sin saberlo:

—¡Me moriria!.... ¡me moriria!

Al llegar al castillo le dijo:

—¡Gracias!

Y se separaron.... Nadie adivinó su ausencia.

Lacuzan se hallaba en la velada.

Era una conversacion singular seguramente la que habia en aquella noche en el salon grande del castillo de Noyal.

Se hablaba de la peste negra, como siempre.

Y Mariela habia dicho:

—Si uno de vosotros, señores, amase á una muger como sabeis decir que amais.... y si esa muger, atacada por la peste negra, perdiese su belleza.... toda su belleza.... peor que eso aún.... si llegase á ser tan hedionda y repugnante como hermosa habia sido, ¿qué le sucederia à vuestro amor?

Tened por seguro que aquellos señores se vieron apurados para responder con insípidas sandeces.

El tema generalmente adoptado fué este:

—Como la hermosa Mariela de Noyal nunca podia llegar à ser fea, era inùtil resolver aquel problema imposible.

Solo Lacuzan contestó categóricamente.

—Si la muger á quien amo como nunca he sabido decírselo, exclamó con su voz grave y sonora, como nunca podré expresàrselo, perdiese su mara-

villosa belleza, me arrodillaria delante de ella y le diria de nuevo: ¡Te amo!

Mariela intentó sonreir.

—Te amo, prosiguió Lacuzan, apoyando una mano en su corazon, te amo cien veces, mil veces más en este momento que en el dia en que eras la más hermosa!

Blanca batió las palmas con entusiasmo.

—Escuchad eso, Alberto, exclamó: ¡oh, es el más noble, es el mejor!....

Una lágrima asomó à los parpádos de Mariela, y murmuró con emocion:

—¿Y si ella no queria creeros?

Lacuzan no vaciló, sino que replicó con voz firme:

—Si me amaba y no queria creerme.... lá mataria, porque ya le seria imposible disfrutar felicidad en este mundo!

A estas singulares palabras siguió un silencio prolongado

Un color sonrosado habia teñido las pálidas mejillas de Mariela, quien se acercó á Lacuzan.

—Señor conde, le dijo, ¿habeis hablado sériamente?

—He hablado sériamente, señorita.

—¿Lo jurais por vuestro honor?

—¡Lo juro por mi honor!

Los hermosos ojos de Mariela brillaron.

Por primera vez tendió la mano á Lacuzan delante de toda la reunion.

El caballero de Avangour abandonò el castillo de Noyal al dia siguiente.

Un mes despues la señorita de Noyal se llamaba la señora condesa de Grail de Lacuzan.

XII.

El regreso al país.

Entre la aldea de La Gravelle y la ciudad de Vitré, en los confines de la Francia y la Bretaña, hay una cuesta que es mortal para los caballos de las diligencias.

Pero hablando ahora un poco de moral y de filosofía, ¿qué va á ser de esos caballos de diligencias? Su suerte inspira inquietud á muchas gentes, ¿encontrarán todos colocacion en las empresas de òmnibus?

¿O bien veremos á esos caballos, descontentos y sin colocacion, servir à la causa de las revoluciones?

Ya recayeron sospechas violentas sobre los caballos de diligencias cuando se cometieron tantos destrozos en los ferro carriles despues de la revolucion de febrero de 1848. Creemos que aquellos destrozos deben atribuirse á animales ménos nobles que los caballos.

Sin embargo, guardémonos de ofender á los asnos con comparaciones imprudentes y políticas.

La subida que hay entre La Gravelle y Vitré servia de punto de reunion en el tiempo en que florecian las diligencias, á una bandada de jóvenes que sabian ir dando cabriolas y cantar en un tono monótono, inaudito, con un acento normando intraducible, estos dos versos rimados sìn pretension:

Un sueldo ó dos,
Por el amor de Dios!

Chicos y chicas iban rodando á lo largo de la escabrosa pendiente, sin más pudor que si hubiesen sido prìncipes ó princesas en las islas Marquesas.

Se revolcaban en el lodo, lanzando gritos de entusiasmo.

Las caballos penaban; los viajeros se tapaban los oidos; el mayoral, esa gran figura que tambien van à borrar los ferro-carriles, cogia la fusta del zagal para asustar al enjambre que iba saltando y ahullando.

Nada servia.

Bajo los rayos abrasadores del sol, bajo la lluvia y la nieve, los jóvenes normandos, pacientes, valerosos, subian por la cuesta, andando siempre sobre las manos y gritando:

Un sueldo ó dos,
Por el amor de Dios!

Tanto que las nodrizas de la rotonda, los traficantes de ganado vacuno del interior, los oficiales de la berlina, y aún los mismos viajeros de comercio

del cupé, arrebatados por una cólera comun, abrian sus bolsas y arrojaban al camino una granizada de monedas de cobre.

¿Creereis que los jóvenes normandos se callaban.

¡Ay, lectores mios! ¿Segun eso nunca habeis conocido à los normandos?

Por el contrario, redoblaban sus contorsiones y sus clamores. Eran unos saltos convulsivos, unos lamentos innobles, unos maullidos espantosos, en términos que hemos visto á algunas oficialas derramar làgrimas que caian sobre sus pañuelos de seda.

¡Y eso que eran oficialas acostumbradas à los conciertos caseros de las ciudades de provincia en que sus maridos estaban de guarnicion!

Los normandos jóvenes son como los normandos de mayor edad: no es fàcil desembarazarse de ellos. Poseen esa hermosa ciencia de la obstinacion que alcanza la victoria por medio del ageno cansancio, y que consigue cuanto quiere por medio del horror que inspira.

Conocen con exactitud la extension de la cuesta. Saben hasta qué grado de furor llegarà la víctima y cuàntos sueldos produce una diligencia completamente llena cuando ha llegado el último grado de la cólera.

Siguen haciendo cabriolas; se ven sus melenas amarillas arrastràndose por el barro; sus ojos verdosos rien y os insultan; sus voces hieren á vuestro tímpano como el chirrido de una sierra.

Y cuando la diligencia ha llegado por fin à la cumbre de la montaña y va á empreder de nuevo su carrera, cuando la mano experta del mayoral vuelve à apoderarse del manubrio del torno, cuando el primer latigazo se señala en el humeante lomo de

los caballos, entònces todos los gorros de lana describen locas y desatentadas curvas en aire y se alza un coro desenfrenado.

No cerreis los cristales; es inútil.

Durante diez minutos todavía, vuestros oidos lastimados padecen como si unas aceradas y agudas puntas grabasen en vuestros nervios este dístico espantoso.

¡Un sueldo ò dos,
Por el amor de Dios!

Era á fines del mes de octubre de 1754, en el camino de París á Rennes, entre la Gravelle y Vitré.

Precisamente en el mismo sitio en que los jóvenes normandos echan ahora el resto y mallan su antífona, mientras llega el momento de que los ferrocarriles concluidos obliguen á aquellos tiernos ciudadanos à convertirse en dentistas, en novelistas ó en abogados.

Tambien aquellos niños espantosos serán vìctimas del vapor.

Habian trascurrido cinco años desde los sucesos que hemos referido en los capítulos anteriores.

Eran proximamente las nueve de la mañana. El buen sol de otoño hacia que se evaporase una leve escarcha blanca que cubria la yerba de las praderas.

Un ginete procedente de la Grevelle subia por la cuesta llevando su caballo al paso.

Entònces no habia diligencias.

Sin embargo, los abuelos de nuestros jóvenes normandos podian ya limosna con gritos inhumanos, saltos de mono y dislocaciones extravagantes en toda la extension de la cuesta.

Nuestro ginete estaba de tan buen humor que, durante algunos minutos, los oyó ahullar sin siquiera fruncir el entrecejo.

Les dió un puñado de monedas blancas y ni aun les echó una maldicion.

Era un hermoso jóven en toda la acepcion de la palabra.

Parecía que tenía veinte años todo lo más. Sus formas, más bien elegantes que robustas, aún no habian adquirido su completo desarrollo. Su rostro, un poco pálido pero encantador, parecia que revelaba fatigas que no eran las de un soldado.

Iba armado, sin embargo, y sus armas las llevaba gallardamente.

Así mismo, no obstante el gracioso desembarazo con que cabalgaba, no se veía en él ese no sé qué, marcial ó vulgar, que revelaba al hombre de guerra.

Su cuerpo seguia los movimientos de su caballo con cierto abandono lleno de flexibilidad, y nunca se vió ginete mejor afirmado en su silla ni que desdeñase tan bien las estrictas reglas de la equitacion.

Se sonreia, aquel galante mancebo: sonreia á sus pensamientos venturosos, á la alegría íntima de su corazon, à los hermosos castillos en el aire que edificaba para lo porvenir.

Y su sonrisa daba gozo verla por lo buena y franca que era.

Aquella sonrisa ponìa de manifiesto dos hileras de dientes blancos como la nieve, bajo un fino bigote oscuro, levemente arqueado hácia arriba. Sus ojos vivos, inteligentes, unas veces pensadores y otras fanfarrones como los de su paje, lanzaban destellos diamantinos.

Un pormenor postrero: nuestro ginete llevaba un paquetito de libros colgado del arzon de su silla.

Tan cierto es que nadie hay en este mundo que se halle exento de defectos.

¡Libros! ¡con aquella mirada de Galaor! Libros unidos en un paquete por medio de una correa y que exhalaban un violento perfume de ciencia.

¡Libros viejos! única cosa que es más aborrecible que los jóvenes normandos que pedian «un sueldo ò dos, por amor de Dios!»

Todos lo habreis experimentado, y si no, ignorais los màs bellos goces de la vida.

La alegrìa más hermosa, la más viva, la màs pura, el éxtasis más verdadero, el entusiasmo màs cándido y más vehemente.

Haced que os expliquen esa alegría los que la han experimentado.

Los que han apoyado sus dos manos sobre su corazon alborozado y han derramado tan deliciosas lágrimas al ver desde lejos los árboles corpulentos delante de una casa modesta, un campanario humilde en el fondo de un valle, ó la conocida curva de una montaña elevada que oculta su cumbre entre las nubes.

—¡La tierra adorada de los primeros dias, la casa, la calle, el jardin, qué sé yo!

La bohardilla, si es una bohardilla, el desvan, si no es màs que un desvan.

El lugar, en fin, sea el que quiera, en que por la mañana teníais, para festejar el momento en que despertábais, el beso de vuestra madre y la sonrisa de vuestras hermanas.

El lugar cuyo nombre llena el alma y humedece los ojos.

El lugar al cuàl llama uno: *¡Mi tierra!* y qué es como el corazon de la pàtria!

¡Oh! haced que os expliquen la deliciosa felicidad del momento en que se vuelve à tales sitios!....

Desde lejos, desde muy lejos, parece que se siente ya un vago sabor; el aire lleva en si perfumes conocidos; la brisa que se percibe habla ya de cosas amadas.

Dilátase el pecho: lo que allí respirais es lo que conviene á vuestros pulmones.

En otras partes la atmósfera no es vuestra.

En otras partes solo tomais el aliento necesario para vuestra vida.

Pero allì es vuestro el aire, el buen aire que teníais en torno de vuestra cuna. Ya sea abrasador ó glacial, ya sea húmedo ó pesado, os digo que vuestra boca le busca y le prefiere.

Es el aire nativo que resucita à los condenados por la ciencia, que hace vuelvan á erguirse las pobres frentes abatidas, que restituye la sangre à las mejillas pálidas.

Es el aire nativo.

Aspirad á plenos pulmones ese aire.

¿Y qué oís allà abajo, muy lejos? Un sonido fugaz, una cosa que pasa desapercibida para los oidos de vuestros compañeros. Qué es ello y por qué os estremeceis asi?

¿Por qué, si sois dos, os precipitais el uno en los brazos del otro?

Es la vibracion de una campana; es el monótono ruido de un molino; es el agudo chirrido de una veleta sobre su eje de enmohecido hierro.

¡Seguid seguid avanzando! ¡Dejad que vuestra

alegría se desborde! ¡no os oculteis para reir ó para llorar!

¡Llorad y reid! ¡volved á ser niño, es decir, feliz! ¡Qué importa la estúpida burla!

¡Seguid avanzando! hé allí el antiguo castillo al fin de la alameda.

O bien hé allì la cabaña, al dar vuelta al recodo de un camino.

Cabaña ó castillo, ¿qué importa?

¡Seguid, seguid avanzando! con los brazos tendidos, con el alma conmovida: la puerta se và á abrir y vais á abrazar á vuestra madre.

¡Cuán buena, cuàn hermosa es! ¡qué adorada en los castillos, en las cabañas, en todas partes! ¡Es vuestra madre, es el mayor entre todos los amores! ¡El primero, el último.... el único!

———

Nuestro gallardo ginete de veinte años estaba lejos todavía de Rennes, pero comenzaba à sentir vagamente esa alegría que en vano intenta describir la pluma presuntuosa.

Decimos *vagamente*, porque aún no conocia toda su intensidad. Era la primera vez que regresaba al país y aquella alegría iba á cogerle de improviso.

Se puede esperar el placer, pero no se adivina la alegría.

Instintivamente apresuraba el paso de su caballo.

Los que pasaban y cambiaban con él ese saludo propio de los viajeros, no hubieran sabido decir á punto fijo qué posicion ocupaba en la sociedad nuestro ginete.

Su traje era más bien decente que lujoso, y si

parecia elegante era porque nuestro jóven le llevaba de una manera admirable.

Vestía una casaca larga de terciopelo negro, una chupa de lo mismo; llevaba un sombrero de fieltro negro, de alas más anchas de lo que el uso parecia exigirlo; nada de polvos en la cabellera; un calzon de seda, cuyos extremos inferiores desaparecian bajo el flexible cuerpo de sus botas de montar.

Todo esto era muy sencillo seguramente; pero estaba hecho con arreglo à la ùltima moda de la córte.

En todo ello no habia un àtomo de torpeza provincial. Y, sin embargo, un segundon de familia noble hubiera erguido la frente con màs audacia.

No era un cómico; no podia ser un sacerdote.

¿Un médico? ¡Era tan jóven!

¿Un mercader? ¡Quitad allà! ¿Un artista? Escuchad, un artista se arrodilla como Callot ò se envuelve en su capa como Salvator. Un artista no vive, tienen siempre movimientos estudiados, posturas académicas.

No era un artista.

A la verdad, era un gallardo jòven, hé ahí lo positivo, lo indudable: hermosos ojos, hermosa cabellera, talle esbelto, mirada dulce, sonrisa franca.

Cruzó sin detenerse, por la ciudad de Vitré. No concedió más que una mirada indiferente á las maravillas de la antigua poblacion, que no parece sinó que está conservada en espiritu de vino desde el tiempo de los reyes-duques. Las murallas, el secular castillo coronado de árboles, las portadas macizas y carcomidas, las casas grises amontonadas unas sobre otras, todo ello parecía que le interesaba muy poco.

Pero vió en una puerta una buena muger que estaba haciendo media.

Y su corazon latió con fuerza, y sus ojos se humedecieron, y sus espuelas se clavaron en los hijares de su caballo.

—¡Madre mia! murmurò, mi buena madre!

Hubiera deseado tener alas. ¡Diez leguas todavía! ¡Un siglo!

El caballo cansado, comenzó á trotar de nuevo lo mejor que pudo.

Nuestro amigo, porque es amigo nuestro aquel hermoso jóven, sacó de su cartera una carta cuyo aspecto carecia completamente de poesìa.

Hay cartas muy queridas que no estàn bien dobladas y que presentan el sobre escrito con un palo y en una forma de trapecio de las más irregulares. Hay algunas tambien que llegan de la aldea conservando la mancha de un dedo, mancha que en vano han intentado borrar.

Esto no las hace desmerecer lo más mínimo.

Pero la carta cuadrada, escrita por el antiguo escribiente del procurador, que se ha convertido en memorialista, la carta que comienza con estas palabras:

«Me alegraré que al recibo de estas cortas líneas, etc.» la carta en que un pobre diablo, de suyo idiota, ha traducido á un lenguaje insípido y necio el hermoso lenguaje del corazon, esa carta choca en cuanto se la vé.

Es una desgracia para una madre el no saber escribir.

La madre que no sabe escribir se vé obligada á ir à casa del memorialista y darle diez sueldos. Mediante esa cantidad el memorialista envía al hijo ausente un pliego grande de papel lleno de tonterías.

¡Ay Dios! y esas pobres madres son muy felices sin embargo; llevan al correo el malvado papel y dicen para si: «Tendrà noticias mías.»

Y en realidad la carta concluye con estas palabras sacramentales:

«Me alegraré que la presente te encuentre con la cabal salud que para mi deseo; la mia es buena, á Dios gracias.»

¡La *presente*! ¡Pobre madre! si supiese escribir, aunque fuese poco, enviaria á su hijo todo su corazon!

¡Ah! sí, el papel que nuestro viajero leia habia sido emborronado por un memorialista.

Por debajo del último renglon habia una cruz trazada por una mano temblona.

No era el memorialista quien habia trazado la cruz.

Y nuestro hermoso amigo besaba llorando aquella cruz.

La carta, en resúmen, decìa:

«Tu madre está buena; ha trazado esta cruz para que la beses....»

¿Se necesita más? ¿Podia impedir el memorialista que una madre hablase á su hijo?

La fecha de la carta no contaba màs que un mes de atraso. Anunciaba que todo iba bien. Nuestro viajero nada tenia que temer.

Su llegada iba á ser feliz. Solo de alegría llorarian.

Sin embargo, á medida que avanzaba, apoderábase de él la emocion del regreso y vago temor le dominaba. Sentía en si mismo una especie de rebelion inexplicable: su sensibilidad ya no obedecia à su razon.¡Eran unos arrebatos súbitos de alegría; y luego unas tristezas repentinas.

Hácia las once habia atravesado una gran parte del bosque.

Se hallaba en las inmediaciones de la aldea de Noyal sur Vilaine.

Hasta entónces no habia tenido más que un pensamiento ùnico: su madre, y siempre su madre.

¡Su madre adorada, à quien hacia cinco años que no habia visto!

Pero al acercarse à la aldea de Noyal tuvo ya una distraccion.

Rara vez sucede que no haya algun secreto delicioso en esos corazones de veinte años.

El paso de su cansado caballo fué calmándose gradualmente, y cuando los ùltimos àrboles del bosque le dejaron ver la noble arquitectura del castillo de Noyal, reflejando sus cien ventanas en las tranquilas aguas del rio Vilaine, el ginete se detuvo.

Un suspiro profundo se exhaló de su pecho.

Y con este suspiro resonò un nombre de muger, gracioso, ligero, risueño, uno de esos nombres creados para la belleza de las hadas.

¡Mariela, Mariela....!

La cabeza de nuestro amigo se inclinó sobre el pecho. Parecia que seguia á una vision querida por aquellos vastos jardines, y entre todas las ventanas del castillo, su mirada fué á buscar una ventana cuyas maderas ¡ay Dios! estaban cerradas.

¿No estaba ya Mariela en el castillo de Noyal?

¡Cinco años! Sin duda la jóven se habria casado ya: ¡sería una muger opulenta y noble, feliz, envidiada, adorada!

Nuestro amigo permaneció un minuto entero contemplando el castillo de Noyal.

—¡Cinco años! murmuraba.

Luego, mientras que su sonrisa se tornaba cada vez más triste, añadió:

—Con tal que Dios le haya conservado su felicidad.

El minuto habia trascurrido. Nuestro amigo alzó su frente y apartó bruscamente su mirada como si se hubiese despedido del noble castillo y de no sé qué recuerdos harto queridos. Sacudió su larga y vigorosa cabellera con cierto movimiento de orgullo austero, y clavó las espuelas á su caballo, murmurando:

—¡No amo màs que á mi madre!



XIII.

El monton de ceniza.

El ginete no amaba màs que á su madre. ¿Os acordais de nuestro jòven Pichenet, el bailarin de cuerda floja, el hijo de la pobre Chaumel, el esclavo de Malbruk.

Tambien Pichenet, mientras adoraba desde lejos la divina belleza de Mariela, repetia: «¡No amo más que à mi madre!»

Quizàs nuestro viajero fuese Pichenet, ciñendo espada y vestido con una gran casaca de terciopelo negro, con la bolsa bastante bien provista para arrojar puñados de monedas de plata á los mendigos del camino.

Segun eso, ¿habrà hecho fortuna?

Sì por cierto: era Pichenet, y habia hecho fortuna.

Hé aquí su historia.

La tarde en que creyó haber muerto á Malbruk,

le vimos fugarse á lo largo de las tapias de la abadia de Saint-Melaine, despues que su madre, aterrada, le hubo hecho salir de la cabaña.

Salió de la ciudad y fué à tenderse en la yerba en el lindero de un sembrado. Estaba como loco. El asesinato que creia haber cometido, la espantosa mirada que le lanzó Mariela al tirar el ramillete, y luego aquella limosna, todo se agitaba y revolvia á un tiempo en su cabeza.

Padecía de una manera horrorosa, sin acertar á hacerse cargo de su situacion.

Pensaba, sobre todo, en aquel hidalgo que se habia guardado la moneda de oro de Mariela despues de llevársela à los làbios. Hubiera deseado tener una espada y desafiar á aquel hidalgo.

De seguro que el caballero de Avangour no sospechaba tal cosa.

Tenia ya un lance con Lacuzan para el dia siguiente. Esto no era nada. Pero si hubiera podido pensar que Pichenet....

En fin, no nos burlemos del pobre Pichenet.

De paso reparemos un olvido y digamos que el caballero de Avangour dió una decente estocada à Lacuzan, quien se la pagó con otras dos.

Lo cuàl les reconcilió en los mejores términos imaginables.

En el dia siguiente á aquella noche penosa. Pichenet, que habia pasado una fuerte calentura, durante la cuál soñó que le cogian, que le encerraban, ¿qué sé yo? Pichenet, decimos, despertò en una cama excelente, en torno de la cual caian en anchos pliegues unas magníficas cortinas de seda.

Figúraos si creeria que estaba soñando todavía.

No habia con él, en el aposento, màs que una

linda muchacha en quien creyò conocer á la menor de las señoritas de Noyal.

Al primer movimiento que hizo, Blanca, porque era ella, abrió la puerta y gritó:

—¡Lacuzan, Lacuzan!

Y Pichenet vió entrar á un gallardo y noble mancebo que le pareció màs magestuoso que un rey.

Permanecia mudo.

El magnate se acercó y le dijo:

—Hijo mio: hé aquí una señorita que se interesa por vos.

Pichenet miró á Blanca, quién le hizo sin ceremonia un gesto amistoso.

—Hijo mio, repuso Lacuzan, no podeis volver à casa de vuestra madre.... ¿Quereis ir à estudiar á París?

¡París! ¿Quién sabe lo que enseña á las inteligencias jóvenes ese encanto lejano y desconocido de París?

—¡Sí, quiero! dijo Pichenet balbuceando y ruborizándose de placer.

Pero en seguida añadió:

—¡No veré ya á mi madre!

Blanca se acercó à él, estrechó su mano y le dijo

—¡Muy bien!

Lacuzan repuso:

—Esta señorita y yo cuidaremos de vuestra madre.... Por ella misma debeis marchar.

Pichenet estaba en la cama enteramente vestido. Saltó al suelo y besó las dos manos de Blanca murmurando:

—¡Qué Dios os bendiga á ambos! Consiento en marchar.

Partió con el bolsillo repleto y con cartas de Lacuzan para sus amigos de París.

Entre estos amigos habia un tal Pont-carré de Viarme, antiguo intendente de la provincia de Bretaña y á la sazon consejero de Estado.

Pichenet siguiò la carrera de medicina bajo los auspicios del famoso Dodart, antiguo médico del duque de Borgoña y primer médico del rey.

Excusado será decir que Pichenet se llamaba en Parìs el Sr. Adriano Chaumel.

Los médicos de la corte, que celebraban encontrar una ocasion de complacer al Sr. Dodart, tomaron bajo su proteccion colectiva á Adriano Chaumel, el cual fué el niño mimado y predilecto de la Facultad. Hizo unos exámenes magníficos y sostuvo una tésis que formó época en los anales de la escuela. Desde entónces pudo prever cuál seria su porvenir.

Cuando cumplió los diez y nueve años, el señor Dodart, auxiliado por el Sr. Pont-carré de Viarme, hizo que le nombrasen ayudante médico de la Càmara del rey.

Facil es comprender que desde aquel momento la Chaumel pudo ya rehusar los beneficios de Lacuzan.

Hé ahì lo que habia llegado á ser Pichenet, el Sr. Adriano Chaumel, y por qué llevaba una casaca de terciopelo negro y ceñia espada.

Iba á Rennes á desempeñar una mision que le habia confiado el Consejo, la de estudiar los síntomas de la peste negra, que habia pasado el estado endémico y se resistia pertinazmente á todos los esfuerzos de la ciencia.

Una epidemia que, al decir de la ciencia, pasa

al estado endémico, es pura y simplemente una epidemia que se aclimata, toma carta de naturaleza, y, en último resultado, se burla de la Facultad.

——

Era ya màs del medíodia cuando Pichenet vió desde lejos la maciza y cuadrada silueta de las torres de San Pedro.

Su pobre caballo, que era de París, no podia participar de su patriótica alegría y lanzaba tristes resoplidos; no comprendia en manera alguna la granizaba de espolazos que le administraban.

Andaba lo mejor que podia, pero Pichenet cantando, gritando, meneándose, agitando su sombrero como un maniático, no le dejaba un momento de tregua.

Habia conocido los árboles del arzobispado la torre de Saint-Melaine, la angosta alameda del *mallo* de Ouge.

Bajò à galope por la calle de Hué y solo se detuvo en la esquina de la cerca de Noyal.

Siempre ese nombre de Noyal atravesàndose en el camino de Pichenet.

Echó pié á tierra y subió por el caminito que conducia á la arenosa esplanada en que se tendía en otro tiempo la maroma atada á dos postes.

¡Oh! qué de recuerdos tristes, pero tambien qué de recuerdos venturosos!

¿Por qué no adivinaba la Chaumel la llegada de su hijo?

Pichenet subia lentamente por el camino, por que su corazon latia con tanta fuerza! A mitad del camino entonó con voz temblorosa el canto de sus primeros años.

Decia para sí:

—Mi madre me oirà.... y pensará: «¡Estoy soñando!» Luego, la pobre muger prestará atento oidò y parará su torno, para escuchar mejor....

El interrumpiò su canto, con el fin de oir el primer grito de su madre.

Ese grito de alegría inmensa y loca.

Pero nada oyó.

Seguia subiendo.

—¡Qué niño soy! pensaba, ¿pues no tengo miedo?

Al dar vuelta á un recodo del caminito, su mirada, llena de venturosa embriaguez, se lanzó hácia la cabaña.

¿Estaria abierta la puerta?

¿Estaria sentada la buena muger en el umbral como siempre?

Sin embargo, un grito ronco se exhaló del pecho de Pichenet.

Se restregó los ojos, porque aquello era una ilusion espantosa.... se restregó los ojos: la esplanada estaba desnuda y vacía.

En el lugar que antes ocupaba la cabaña solo habia un monton de cenizas.

Pichenet cayó de rodillas,

Se vió obligado á arrastrarse para llegar hasta el monton de cenizas.

Tocó la tierra, que estaba fria.

¿Cuántos dias hacìa que su madre habia muerto....?

Pichenet permaneció allí mucho tiempo prosternado, inmóvil, cuál si le hubiese herido un rayo.

Ya se acercaba el crespùsculo de la noche cuando levantó la cabeza.

No hubiérais podido conocer al alegre mancebo

que poco antes subia cantando por la montaña.

Aquel golpe terrible le habia anonadado.

Miró en torno suyo. Los corpulentos arboles de la abadia extendian sus ramas por encima de la tapia de la cerca. Las ventanas del palacio de Noyal estaban herméticamente cerradas.

Habia en todo aquello un aspecto de lùgubre abandono.

—¡Es preciso que yo sepa lo que ha pasado, pensó Pichenet, aunque haya de morir!

Se oyeron pasos. Se abrió la puertecita del jardin de Noyal, aquella puertecita situada debajo del cenador en que Blanca se ocultaba en otro tiempo para acechar á Pichenet.

Por ella saliò Lapierre, el viejo jardinero.

Tenia blanca la cabellera y andaba encorvado.

—¿Qué ha sucedido aquì, Lapierre? preguntó Pichenet lanzàndose hácia él.

Lapierre le miró y dijo:

—No os conozco, pero hay tantos que preguntan: ¿Qué ha sucedido aquí....?

Y señalaba con un ademan melancòlico á las ventanas cerradas del palacio.

—No saben.... repuso; no saben...... eso estaba muy brillante en otro tiempo.... y yo, que os estoy hablando, ví en esos jardines à hermosas damas.... ahora.... pero.... ¿á qué hablar? ¡no saben....!

—¡Cómo! exclamó Pichenet, ¿tambien ahí ha habido desgracias?

—¿Desgracis....? repitió Lapierre; he visto á la señorita Blanca llorar.... pero no se sabe....

—¡La señorita Blanca de Noyal! dijo Pichenet conmovido con el recuerdo de lo que la jóven habia hecho por él, que Dios la bendiga y la consuele....

Pero escuchad, buen hombre, añadió, mientras que su voz temblaba de nuevo, no es del palacio de lo que hablo.

—¡Ah! exclamó Lapierre, sorprendido al ver que pudieran cuidarse de otra cosa que no fuese el palacio.

—¡Ahí, ahí prosiguió el jóven señalando con el dedo el monton de cenizas, ¿qué ha sucedido ahí?

El anciano jardinero cruzó los brazos sobre el pecho y dijo:

—La Chaumel era una muger excelente. Habia ahí una casita, y la Chaumel era quien vivia en ella.

—¿Sola?

—Enteramente sola.... En otro tiempo vivian tres personas ahí.... La buena muger tenia consigo à su marido y á su hijo.... Lo que ha sido del hijo, se ignora.... Sin embargo, dicen que en estos últimos tiempos ha hecho algun bien á su madre.... En cuanto al marido, hace ya muchos años que le acometió la peste negra, un domingo, despues de bailar en la maroma. Era su oficio y me acuerdo, que nuestra señorita menor me mandò cortar un dia una abultada rama à la cuál ataba su maroma aquel Malbruk....

Pichenet aguardaba.

Ya no interrogaba. La prolijidad del anciano jardinero le concedia algunos instantes de tregua antes del golpe mortal que esperaba recibir.

—Aquél, Malbruk, prosiguió diciendo Lapierre: nunca se curó de la peste negra.... Trataba muy mal á la pobre muger, quien por un milagro de Dios se libró de la enfermedad.... La señorita Blanca y el señor conde se interesaban por ella.... El señor

conde consiguió hacer que encerrasen en el hospital de los franciscanos á Malbruk, que estaba demente y tenia una locura de mal género....

—¿A quién llamais el señor conde? preguntó Pichenet.

—Al marido de la señorita mayor, respondió Lapierre, al señor conde Enrique de Lacuzan.

—¡Ah! dijo el jóven: ¡se ha casado!

—Si.... hace cinco años.

—¿Es feliz?

Pichenet no pudo contener esta pregunta.

Lapierre le miró de nuevo con sorpresa.

—El conde es un cristiano y un hidalgo, respondió; pero, segun dicen, es celoso.... Y luego, ya veis, ¡nadie sabe! ¡nadie sabe!

Estas palabras, que tan amenudo se oian en boca del anciano jardinero, tenian una expresion particular.

Eran como el grito de cansancio de un hombre que està ya harto de buscar la clave de un enigma y se dà por vencido.

En aquellas palabras y en la manera con que las pronunciaba habia toda una sèrie de misterios.

—¡No, no! prosiguió diciendo Lapierre; nadie sabe.... Os digo que he visto llorar á la señorita Blanca........! ¡y quién sabe dònde estará ahora la señorita Blanca! El conde está más pàlido que un agonizante.... Y todos los rumores que circulan.... Pero volvamos á la buena muger, puesto que os interesais por ella.

Cuando vinieron á buscar aquel gran picaro de Malbruk, hace ya tiempo, para conducirle al Hospicio de los franciscanos, parecia que estaba rabioso. Tuvieron que ponerle la camisa de fuerza. Decia

que la Chaumel era quien tenia la culpa de todo aquello y gritaba: «Yo volveré.... ¡Ya vereis còmo arde todo!» Y al pasar amenazaba con el puño cerrado à las ventanas del palacio, refunfuñando: «¡Ya vereis!.... ¡Ya vereis! Cuando yo vuelva habrá para todos!....»

—¿Y volvió? preguntó Pichenet.

—Hará algo mas de dos semanas.... Se escapò del Hospicio de los franciscanos ... Asustó á toda la gente por la ciudad con su careta negra y su cuerpo escuálido como un esqueleto.... Porque ya no se ven caretas por las calles desde que llevan los enfermos al hospital. Se escondió entre los sáuces de la orilla del rio hasta que llegó la noche, y entónces vino à prender fuego á la cabaña.

—¿Y la Chaumel? preguntó Pichenet con voz ahogada.

—¡Eh! respondió Lapierre; la Chaumel estaba dentro de la cabaña.

La sencillez terrible de esta respuesta anonadó á Pichenet cual si le hubiesen dado un golpe de maza. Se cubrió el rostro con ambas manos.

—Pero hay algunos que dicen, repuso el jardinero, que la Chaumel huyó por la cerca de la abadía.... no se sabe.

Pichenet se enderezò y exclamó:

—¡Salvada! ¡madre mia!

El anciano jardinero le cogió de un brazo y le miró atentamente.

—¡Calle! ¡calle! dijo: pero, no.... digo, sí.... en verdad, no se sabe!

Aquel hombre se habia tornado aún más esceptico que Pyrrhon.

Y para decirlo de una vez, lo que habia lanzado

su alma al abismo de dudas en qne se estaba anegado, era el espantoso coro de murmuraciones y mentiras que hacia algun tiempo rodeaba al palacio de Noyal.

Verdaderamente habia ocurrido algo singular y misterioso en la familia, pero, merced à los murmuradores, las suposiciones, las afirmaciones y las contradicciones se desbordaban con tal furor que la ciudad entera divagaba.

—¡Salvada! repetia Pichenet. ¿Me habeis dicho que mi madre está salvada?....

—¿Quién sabe? dijo el jardinero, ¡Dios mio! ¿quién sabe?

—¿Y por quién podré yo saberlo?

—¿Por quién?.... ¡Oh! por todos.... solo que habrá diez que os dirán que si, y otros diez que no.... Sin embargo, hay un sitio.... pero allí no se entra.

El anciano jardinero habia bajado la voz al pronunciar estas ùltimas palabras.

—¿Qué sitio? exclamò Pichenet estrechando sus dos manos.

Lapierre miró en torno suyo con aspecto temeroso y concluyó por responder:

—¡El sepulcro de terciopelo!

Pichenet repitió estas cuatro palabras, que para él no tenian sentido alguno.

Lapierre ya no hablaba.

No conozco ningun sitio que se llame así, dijo por fin Pichenet.

—Es porque, en el tiempo en que estàbais aquí, repitió Lapierre, ese sitio tenia otro nombre.

—¿Qué nombre?

—El castillo de Grail.

—¿Y por qué le han denominado el sepulcro de terciopelo?

—¿Por qué? repitió Lapierre.

Y movió lentamente la cabeza.

—¿Es acaso porque Mariela de Noyal?.... comenzó á decir el jóven.

—Bien llaman Barba-Azul à Lacuzan murmuró el jardimero.

—¿Segun eso es desgraciada?

Lapierre apoyó la mano en el picaporte de la puerta baja y respondió con énfasis:

—¡No se sabe!

En seguida empujó la puerta y desapareció.



XIV.

Primer conciliabulo.

—...... Hé ahí la verdad entera, decia un portero de casa grande con aire grave; no seré yo quien vaya á deciros mentiras, ¿no es así?.... No tengo la costumbre de hablar á ciegas.... eso es bueno para los charlatanes y para los que no tienen una posicion en el mundo.... Pero yo, es muy diferente.... soy un hombre establecido y de confianza....

—¡Barba-Azul! habladnos de Barba-Azul! exclamò, interrumpiéndole, el coro de mugeres que le rodeaba.

El portero tomò un polvo de la caja de rapé de una solterona, à quien no le agradaban tales prodigalidades.

Despues de haber tomado el polvo dándose una verdadera importancia, se sacudió la chorrera con los dedos, como portero de casa noble.

—Hé aquí la verdad, repitió; un tapicero de Fougeres es quien ha forrado el sepulcro de terciopelo.... porque Barba-Azul no se ha atrevido á mandar á l'amar á un tapicero de Rennes.... Lo sé por el mismo tapicero, que ha puesto mil quinientas anas de terciopelo.

—¡Mil quinientas anas de terciopelo! repitió el coro.

—A veinte libras, una con otra, añadiò una que se la echaba de aritmética; son diez mil escudos....

Y una vieja añadió à manera de solo:

—¡Vìrgen santa! ¡diez mil escudos de terciopelo!

—En cuanto á eso, repuso el portero, es mucho terciopelo, no hay duda.... pero se necesita para forrar por dentro todo un castillo desde el desvan hasta las bodegas.... un castillo que tiene tantas ventanas como dias tiene el año.

Una de las mugeres que componian el coro hizo la observacion de que, para forrar tal castillo, no se necesitarian solo mil quinientas anas, sinó quince mil, y aún más.

El portero dirigió una mirada torva à aquella impertinente.

—Si no se quiere que hable, dijo, no tengo empeño en hacerlo.... ¡Buenas noches, señores!

—¡No, no, hablad! exclamó el coro.

La culpable observadora bajó la cabeza y calló.

El buen portero tuvo á bien consentir en no privar á la reunion de sus preciosos datos.

—Creo firmemente, dijo lanzando un suspiro de sensibilidad, que todavìa no han muerto à la pobre jóven, aunque hace ya un mes que nadie la ha visto.... Barba-Azul está jugando con ella, como el gato con el raton.

—¡Ah! dijo un tendero de exíguas proporciones, lo ùnico que se puede desear à la pobre señora es que concluya pronto de sufrir.

—¡Y pensar que esas gentes del rey se han de estar cruzadas de brazos ante tal infamia! exclamó una viuda vieja.

El coro murmuró.

—¡En qué tiempos vivimos señor! ¡En qué tiempos vivimos!

Badabrux, el interminable recitador de versos que tambien se hallaba en el conciliábulo, hablaba poco. Solo se encanallaba entre aquella gentecilla para hacer su provision de noticias.

Unicamente cuando estaba con las vizcondesas era cuando desplegaba la amplitud ronca y tràgica de su voz.

—Ya veis, repuso el portero de casa noble, es positivo que los esqueletos de las tres pobres señoritas.... Ya sabeis.... las otras....

—Si, sí, dijo el coro, las tres á quienes dió muerte antes de casarse con ellas.

—Es positivo que sus esqueletos estàn en las cuevas del castillo.

—¿Los habeis visto? preguntó una solterona.

—Señora, respondiò el portero, no ignorais que por razon de mi posicion he tenido que ir varias veces al castillo del señor conde, desde que está enlazado con nuestra familia. Aunque yo no he tenido parte alguna en esa malhadada boda, no es menos cierto que me veo precisado á ir à ver con frecuencia al yerno del señor marqués de Noyal. Pues bien: el ama de llaves me ha hablado de cierta cueva secreta.

—Al llegar aquí, el círculo se estrechó en torno del

portero enlazado á pesar suyo con el señor conde Enrique de Lacuzan.

—De cierta cueva secreta, repuso el narrador, en la cual no hay vino, ni sidra, ni leña....

—¡Bien claro está eso! dijo el coro.

—En realidad, se aventuró á decir Badabrux una cueva en la cual no hay vino, sidra, ni leña, por necesidad debe contener los esqueletos de tres señoritas.

—¿Dónde recitais ahora vuestras comedias los domingos, señor Badabrux? preguntó el portero.

—A la verdad.... comenzó á decir Badabrux.

—¡Es que ya no comeis en nuestro palacio los domingos, desde que no hay nadie en él.... y preciso se que comais en alguna parte.

A Badabrux se le ocurrió el mal pensamiento de romper su baston sobre las narices del insolente funcionario porteril, pero se contuvo al pénsar que tenia que pasar por delante de su casita para llegar al comedor del marqués de Noyal.

Así, pues, cogió su sombrero y se marchó, privado por completo de los honores de la guerra.

—¡Hé ahí cómo arreglo yo à los catacaldos que comen siempre á costa agena! dijo el portero con orgullo.

—¡Y haceis muy bien! exclamó el coro.

—¡Pero, Barba Azul ¡Barba Azul....!

—¡A la verdad, ese Lacuzan no desciende de tan buena familia, repuso el portero. De seguro ha debido echar mano de alguna brujería para que toda una señorita de Noyal haya consentido en casarse con él.... tanto más, cuanto que nadie ignora que la señorita Mariela pensaba en el caballero de Avangour.... que es un verdadero hidalgo.

—Me debe tres luises, dijo una tendera.

—Pues bien, cuando os los pague me dareis la razon. La señorita Mariela lo quiso así.... no le faltaron advertencias y consejos.... Puede decirse que nadie ignoraba que el conde habia dado la peste negra al desventurado Malbruk, solo con mirarle un momento.

—¡Sí, eso todos lo saben!

—Ahora bien, ¿por qué hace forrar todas las paredes con terciopelo negro....? He oido decir que quiere ahogar allí á su muger y conservarla blanca y hermosa como una santa dentro de su urna.

—¡Es muy capaz de ello!

—Pero, ¿y el marqués? preguntó la viuda vieja, ¿qué dice de todo eso?

—El marqués, respondiò el portero, ¡pobre señor....! salvo el respeto que le debo, està como tonto desde que ha desaparecido la señorita Blanca.... Dice que se dirigirá al rey...... ¿Qué puede hacer el rey contra un brujo?

Será cosa imposible explicar el goce singular que experimentó cada uno de los individuos de aquel cìrculo murmurador al sepultarse en tal océano de misteriosos chismes y calumnias.

Por lo demás, los sucesos à que se referian preocupaban à la ciudad entera. Nadie designaba ya al conde Enrique de Lacuzan sino con el nombre de Barba-Azul.

Lo cierto era que habia encerrado completamente á su muger.

¿Por celos? ¿Por algun otro motivo? No se sabia à punto fijo.

Pero la tenia rigurosamente presa en su castillo de Grail, en el cual se habia encerrado como en

plena edad media, con vìveres y con una guarnicion.

Esta se componia de los veinte dragones que habia traido consigo desde las orillas del Danubio, y à quienes en todo tiempo habia denominado los dragones de Lacuzan.

¿No habia en esto motivo suficiente para hacer que una ciudad chismosa murmurase desde la mañana hasta la noche?

Pero aùn no era esto todo.

A aquel hecho, tan singular en sí mismo, se agregaba toda una série de hechos aún màs extravagantes.

En primer lugar aquel capricho inexplicable de hacer forrar con terciopelo negro todas las paredes del castillo. La historia referida por el portero era verdadera en el fondo, y aún era de fechas muy recientes. Hacia quince dias que el castillo de Grail, cambiando de nombre, era llamado por el pueblo, la clase media y la nobleza de Rennes, el Sepulcro ó el Castillo de Barba-Azul.

Luego, la desaparicion de Blanca de Noyal, hermana de la condesa, en el momento en que iba á casarse con el conde Alberto de Coetlogon, á quien amaba.

Desaparicion repentina que fué sabida por todos al dia siguiente y que nadie habia sabido explicar.

Luego....

Pero dejemos hablar al portero cronista.

—De todos modos es muy extraño, murmuraba el coro.

Y esto queria decir:

—De todos modos es muy agradable tener tales pretextos para pasar la noche reunidos y murmurando.

—He procurado adquirir informes, como podeis figuraros, repuso el portero, pero los criados no saben ni más ni ménos que nosotros.... Hay toda una parte del castillo en la cual solo penetran esos veinte pícaros turcos á quienes Barba-Azul habia disfrazado de dragones.... La doncella de la señora condesa ha desaparecido.... Lo que pasa en las habitaciones reservadas, id á preguntaselo à los veinte herejes.... El jóven señor de Rieux, que quiso averiguarlo, recibió un balazo de mosquete en un hombro.... Y los carboneros le encontraron, el juéves de la semana pasada, tendido en un charco de sangre en el fondo del foso.

Tambien esto era cierto.

El Sr. de Rieux, antiguo pretendiente de Mariela, habia sido herido por la noche en los fosos del terrible castillo de Grail.

—Figuraos, continuó diciendo el portero con indignacion, que despues de todo esto y de lo demàs, Barba-Azul tuvo el descaro de presentarse la semana pasada en el baile del señor gobernador de la provincia.

—¡Oh! dijo el cìrculo, llegando al paroxismo de la curiosidad, ¡es imposible!

—Entró... con gran uniforme de coronel.... con su cruz en el pecho.... la espada ceñida y el casco en la cabeza.

—En cuanto á su uniforme, dijo una vieja, no se puede negar que es hermoso.

—¡Silencio! exclamó el coro.

—¡Quién podria imaginar una cosa como esa! prosiguió el portero. Barba-Azul en casa del señor gobernador....! Nadie le hablaba; todos le tenian miedo. Pasaba por los salones, muy pàlido y muy

flaco, como està hace ya algun tiempo, con los ojos hundidos y brillantes. Parece un vampiro sediento de sangre humana! ¿Os acordais qué gallardo y que audaz era en otro tiempo? Pues bien, ya no hay nada de eso. Está más cobarde que una gallina.

—¡Vamos! dijo una peluquera, ¡eso es imposible!

—Ya comprendereis, repuso el portero sin hacer caso de esta interrupcion, que aquello no podia durar.... Todas las señoras, como la vizcondesa de Garilouet, la vizcondesa de Breuil y otras muchas, comenzaron à excitar à los caballeros, cuando vieron la insolencia de Barba-Azul. Gradualmente se fueron ac lorando las cabezas y el caballero de Tulhouet concluyó por gritar de un extremo á otro del salon: —«Conde, ¿cómo està la señora condesa?» Barba-Azul se puso lívido. Esto era lo que queria el caballero de Talhouet, quien cruzó gallardamente el salòn para ir á repetirle su pregunta frente á frente.

—¿Y qué respondiò Barba-Azul? preguntaron veinte voces á un tiempo.

—Al pronto hizo el orgulloso y respondió, segun creo: «Meteos en vuestros asuntos....» ó bien «No os importa....» Pero Talhouet se puso en jarras, y Barba-Azul á pesar de todo su descaro, se calló.

—Un hombre casado, que es bastante villano para pegar à su muger, dijo una estanquera que, segun pública voz y fama, sacudia de lo lindo á su marido, ¡no tiene valor suficiente para resistir al otro sexo!

El portero repuso:

—Ante todos aquellos caballeros y señoras, Barba-Azul tomó la puerta sin decir una palabra, y desa—

pareció con más apresuramiento del que habia empleado para entrar. ¿Qué os parece esto?

Tambien aquí nos vemos precisados á confesar que el portero decia la verdad, salvo en los pormenores.

Lacuzan habia sido insultado en los salones del gobernador de la provincia.

Y Lacuzan se habia retirado pálido y mudo ante el insultado.

¡Lacuzan, el soldado de Belgrado!

¡El hombre de los cincuenta desafios! El calavera que llevaba la temeridad hasta la locura!

Porque cada cual sabia que Lacuzan, bajo su aspecto sereno y frio, ocultaba la audacia más extraordinaria que se pudiera imaginar.

Y á la sazon bajaba la cabeza silencioso, no ante uno de esos insultos que tiene uno derecho para despreciar, no ante uno de esos mozalvetes à quienes vuelve uno la espalda cuando la punta de la bota, sobrado viva, no se encarga de dar la réplica, sino ante un insulto calculado y ante un Talhouet.

¡Pardiez! ¡Talhouet era de mucho mejor familia que Lacuzan y no habia motivo para andarse con remilgos!

La murmuracion del portero y de los demàs individuos de ambos sexos del conciliábulo continuó durante mucho tiempo, pero no nos sentimos con fuerzas suficientes para producirla prolijamente. Solo referiremos los puntos principales sobre los cuales versó y que eran ciertos.

Blanca de Noyal no habia sido robada sinó que ella misma se habia escapado para ir à reunirse con Barba-Azul.

Hé aquí cómo aconteció tal suceso.

Nadie ignoraba que Alberto de Coetlogon, primo del lugar teniente del rey, estaba enamorado de Blanca y que ésta le correspondia.

Despues de la escena ocurrida en la noche del sàbado en los salones del gobernador entre Talhouet y Barba Azul, Blanca estuvo llorando toda la noche. El domingo por la mañana mandò á llamar à Alberto, el cual llegó al castillo de Noyal à eso de las diez; ambos estuvieron hablando hasta la hora de comer. Alberto, en vez de sentarse á la mesa fué á buscar á Talhouet, le encontrò en una de las plazas màs frecuentadas y le desafió para el dia siguiedte. El lúnes por la mañana se batieron en las alturas de Saint Cyr, recibiendo Talhouet una estocada en un brazo y Alberto un pinchazo en una mejilla.

Precisamente el lùnes por la mañana fué cuando Blanca, despues de haber recibido una carta de Barba Azul, salió diciendo que iba al palacio de Noyal situado en Rennes, y no volvió á parecer.

Hé ahí ya un nùmero considerable de personas que van al castillo de Terciopelo y que no vuelven á salir de él.

Vamos contando:

En primer lugar, la señora condesa; ¡pobre muger!

Luego la doncella.

Despues la Chaumel, que huyò de la casa incendiada y à quien à la mañana siguiente se vió rondar en torno del castillo de Barba-Azul.

Por último, la señorita de Noyal.

¡Total cuatro!

XV.

Segundo conciliábulo y notables proezas del caballero Badabrux.

A la misma hora, y mientras se agitaban tan graves cuestiones en la porteril reunion se celebraba otro conciliábulo en la calle de Dames, en casa de la vizcondesa de Turlutaine, y allí no se trataba mucho mejor al vampiro Barba-Azul.

Sabe Dios lo que allí se decia de la señorita Blanca de Noyal, del jóven Alberto de Coetlogon, del anciano marqués, etc., etc.

Todas las vizcondesas viejas y murmuradoras de la ciudad se hallaban reunidas en compañía del señor de Poilbrillant, del señor de la Guerche y del aflictivo Badabrux.

Este habia comenzado varias veces à recitar con voz hueca su escena favorita:

....dicen, y puedo repetirlo sin horror.
Qué hoy espira Ifigenia, víctima de tu furor.

Aunque este principio era adecuado á las circunstancias, las vizcondesas hacian oidos de mercader.

Querian hablar de Lacuzan, nada más que de Lacuzan. Aquiles, Agamenon, la triste Ifigenia, Calchas, en fin, todo lo que no tenia relacion con el castillo de terciopelo, era insípido, insulso.

En aquella misma mañana el señor de Peuveru, hidalgo bajo-breton, habia dicho, mientras comia una pierna de carnero estofada:

—Que me prueben que Lacuzan ha tocado à un solo cabello de su muger, y le rompo la cabeza.... Hasta tanto que eso suceda le tengo por un hombre decente.... Coetlogon ha hecho bien en desafiar á Talhouet...... y si alguien dice lo contrario tendrá que habérselas conmigo.

Peuveru tenia la costumbre de resolver así las cuestiones.

—¿Qué nuevo horror se cuenta? preguntó la vizcondesa de Le Brec.

—Hija mia, respondió la vizcondesa de Margamel, ayer mandó comprar dos capones en la aldea de Liffré.

—Y el herrador de Mi-Foret, añadiò la vizcondesa de Turtulaine, ha echado una herradura á su caballo bayo-oscuro.

Las demàs vizcondesas fueron suministrando su contingente de hechos no ménos notables.

Ya veis que el círculo porteril estaba mucho mejor informado.

—¡No sabeis no sabeis, lo que sucede! exclamó la vizcondesa de Laricuff, entrando con estrépito.

Esta buena señora se vió completamente rodeada al instante.

—Dejadme que tome aliento, queridas mias, prosiguió diciendo, os lo contaré todo.... todo.... ¡ah, qué monstruo!

—¿Qué ha hecho?

Tal fué el grito general.

Poilbrillant, La Guerche y áun el mismo intolerable Badabrux se acercaron.

—¡Qué ha hecho! replicó la vizcondesa de Laricuff, ¡ah! nunca lo adivinariais, y por lo tanto vale más que os lo diga en seguida.... El bandido ha mandado quitar todos los espejos que habia en su castillo.

Creyeron que habian oido mal.

—¿Los espejos....? repitió la de Margamel.

—¡Sí, todos los espejos....!

Las vizcondesas se miraron unas á otras con sorpresa.

El hecho tenia un colorido tan singular que su indignacion no hallaba medio para exaltarse.

—¡De seguro hay un principio de locura en todo eso! pensaron las màs prudentes.

—¡Cómo! ¿No comprendeis? repuso la de Laricuff encolerizada, en ese sepulcro de terciopelo.... en esa urna forrada de velos sombrìos no ha querido dejar ni un solo punto brillante en el cual pueda regocijarse la vista de la víctima....!

Advertimos al lector que la vizcondesa de Laricuff tenia sus puntas de literata.

Entónces aún no habia literatas, pero la de Laricuff lo era.

Se perdia en esas frases odiosas, escollo eterno de las mugeres que manejan la pluma. Era á su sexo encantador lo que Badabrux á la porcion màs fea del género humano.

Algunos hombres de talento se han planteado á sí mismos esta cuestion:

¿Cuál es la cosa màs deplorable, una literata *in partibus* ò un solteron recitando trozos de trajedia?

La solucion de tan importante problema no puede hallar cabida en estas frívolas pàginas. Hace ya mucho tiempo que intentamos adquirir nombradìa publicando una obra séria que trate à fondo tan graves asuntos.

La vizcondesa de Laricuff continuaba diciendo:

—No comprendeis, sin duda, que el mostruo tenia celos de aquellos espejos que decian á la pobre condesa: ¡Eres hermosa! ¡eres hermosa! No comprendeis que ha querido privarle de ese último placer de la muger, ¡un pobre espejo....! á fin de que se quede aislada en esa soledad negra y terrible.... abrumada por ese sudario de terciopelo....! muerta antes de exhalar el ùltimo suspiro....! Ni un rayo de luz, ni un rumor.... las tinieblas y el silencio que matan! No comprendeis.... no comprendeis....

Pero las demas vizcondesas estaban ya hartas de esta forma de discurso, y á fin de cerrar la boca à aquel pozo de elocuencia, exclamaron todas á un tiempo.

—¡Ah! es espantoso, querida mia, es espantoso!

Y Badabrnx añadió:

—Es el hombre, en sus extravíos, un problema singular!

Sin embargo, el hecho referido por la vizcondesa de Laricuff, no obstante su inverosimilitud, era rigorosamente exacto.

El conde Enrique de Lacuzan habia mandado quitar todo los espejos del castillo de Grail.

¿Por que?

Hé ahí la cuestion.

Es indudable que un coronel de dragones no ha de conducirse como otra persona cualquiera si quiere llegar á merecer el apodo de Barba-Azul.

—Pero veamos, dijo Poilbrillant, ¿no ha muerto esa pobre cond s, como lo afirmaban?

—¿Hé dicho yo que no haya muerto, por ventura? exclamó la de Laricuff.

—¡Diantre!.... murmurò Poilbrillant, puesto que todavia la estan martirizándo....

—¡Oh, todos sois lo mismo! dijo con tono sentimental Pasifae; porque la señora vizcondesa de Laricuff tenia la fortuna de llamarse Pasifae; los hombres lo convierten todo en burla vulgar.... en términos que nos dan màrgen á pensar si su corazon se hallarà completamente privado de ese elemento sensitivo é impresionable que en alto grado distingue á nuestra alma.... Ayer mismo escribí á la vizcondesa de Keridondania y le decia....

—Es una cosa inaudita! exclamó la señora de Honnihic, interrumpiéndola muy oportunamente.

—Es una cosa espantosa, añadió la de Margamel.

—La desventurada tiene una agonìa muy larga! dijo la señora Landivisy suspirando.

—Pues bien, señoras, exclamó La Guerche, cuando la pobre Mariela haya ido á reunirse definitivamente con las otras tres mugeres de Barba Azul.... apuesto á que todavía se encontrarà alguna alma sensible é impresionable que consienta en casarse con el viudo!

Las vizcondesas no se dignaron responder.

Aguardaron á que los caballeros se hubiesen retirado, y cuando lo verificaron, el salon se trasformò en anfiteatro de discusiones. Lacuzan fué tendido sobre la mesa; con el pensamiento le destroza-

ron, y media hora despues todavía se estaban relamiendo.

Pero tenemos que dejar á las vizcondesas antropófagas para seguir al caballero de Badabrux.

Al salir del salon, Badabrux habia agarrado del brazo à Poilbrillant para recitarle el monòlogo de Orosmania.

Poilbrillant intentó resistir á tan temible poesia: todo fué en vano; le enjaretaron el monólogo entero.

Pero en vez de comenzar en seguida con la muerte de César ó con las improvisaciones de Clitemnestra, Badabrux tuvo la misericordia de volver al capítulo predilecto de la murmuracion.

Tenia que referir cuanto habia oido en el círculo porteril, porque las vizcondesas no le habia dejado hablar, y fué largo de contar.

Habia anochecido por completo cuando Poilbrillant se detuvo en la puerta de su casa, de la calle de Foulons.

Badabrux, que no era rico, vivia más arriba, en el arrabal de Entrain.

Habia un hombre que iba siguiendo à Poilbrillant y á Badabrux desde la plaza de San Salvador. Ni uno ni otro habian reparado en él.

Aquel hombre iba enteramente vestido de negro. Llevaba la cabeza descubierta, y con frecuencia se apretaba la frente con la mano, como un poeta ó un loco.

Unas veces se alejaba, como cansado de su propia porfía, otras veces, cuando sonaban ciertos nombres en la conversacion de Badabrux, se lanzaba hácia adelante para escuchar mejor.

Aquellos nombres eran los de Lacuzan y Mariela, y sobre todo el de la Chaumel.

De seguro no era un ladron, y tampoco un maniatico.

Cuando pasaba por debajo de los pocos faroles escalonados en las calles ya desiertas, la luz iluminaba una larga cabellera negra, un rostro hermoso y juvenil.

El rostro de nuestro viajero de la escuela de Vitré.

El Sr. Adriano Chaumel, doctor en medecina.

Nuestro pobre amigo Pichenet.

Hacia media docena de horas que Pichenet habia entrado en la buena ciudad de Rennes, positivamente estaba ya mareado. Por todos lados habia recogido tantos rumores contradictorios, tantos chismes absurdos, tantas habladurías imposibles, que ya no sabia que pensar.

Todos esto zumbaba y se agitaba en su cerebro enfermo. Todas estas cosas se aglomeraban, se confundian y chocaban unas con otras, en términos que formaban el caos.

Cuando Badabrux hubo soltado, por fin, á Poilbrillant en la puerta de su casa, Pichenet continuó siguiéndole por el arrabal de Entrain.

Se acercó á él en la esquina de la calle de Sanit Melaine.

Se pueden recitar fragmentos de tragedia y ser muy valiente. Badabrux se limitaba al primero de estos extremos.

Al ver que se le acercaba un hombre en aquel barrio desierto, tuvo miedo y apresuró su paso, Pichenet le llamò por su nombre.

—Caballero, respondiò cortesmente Badabrnx, no tengo la honra de conoceros.

—Tengo que dirigiros algunas preguntas, dijo el joven.

—La bolsa ó la vida! pensó el triste Badabrux; son unas preguntas que no puedo sufrir!

En realidad no le faltaba razon para temer una mala aventura. Al cercano resplandor de una lamparilla colocada en el postigo de un convento de monjas, Badabrux podia distinguir á la sazon el aspecto de su interlocutor, cuyo traje se hallaba en el mayor desorden y cuya mirada era extraviada. Su casaca negra estaba manchada, no llevaba sombrero y Badabrux observó desde luego que su voz temblaba.

—Quizás no tenga todavía el corazon muy endurecido ese bandido jóven! pensò.

Luego añadió en alta voz.

—Amigo mio, esta no es hora á proposito para dirigir preguntas.... Ademas, puesto que sabeis mi nombre, no podeis ignorar que soy un hidalgo muy pobre.... Mi bolsa està completamente vacía.... Asi, pues, amigo mio, id á buscar fortuna por otra parte y déjadme continnar mi camino, os lo ruego.

Pichenet no tenia tiempo para enfadarse. Le tomaban por un ladron y no se lo ocultaban. Esto le alterò muy poco.

—Señor de Badabrux, dijo, no pretendo atentar en manera alguna à vuestra bolsa. Os oí hablar hace un momento de cosas que me interesan en extremo....

Badabrux retrocedió un paso.

Cruzó por su mente la idea de un lance de honor.

—¡Ah! mi lengua! dijo para sì, mi maldita lengua!.... A la verdad, ese mozo viste un traje de hidalgo!.... Ciñe espada....

Y en seguida exclamó:

—Mi buen caballero, los hechos se abultan pasando de boca en boca.... Creed que no ha sido mi intencion ofenderos.... En todo caso os suplico que tengais á bien admitir mis disculpas....

Y dió un paso para macharse.

Pichenet le detuvo de un brazo.

—¿Os atrevereis à emplear la violencia? comenzó à decir Badabrux; hay guardia nocturna en la plaza de Santa Ana, caballero....

—¡Eh! caballero, exclamó Pichenet, no quiero atentar á vuestra vida ni más ni menos que á vuestra bolsa! soy natural de Rennes y me conoceis muy bien, puesto que mi pobre madre cuidó de vuestra r pa blanca en otro tiempo!

—¡Oh!, ¡oh! dijo Badabrux enderezándose, no te conocia, hijo mio.

Se puso el lente en un ojo y miró à Pichenet de arriba á bajo con la más completa impertinencia.

—¡Pardiez! repuso, el chico de la Chaumel y andas buscando colocacion, ¿es verdad?.... Pero ¿dónde diablos has robado esa casaca de terciopelo, Coquignet.... Tignolet.... ó Joaquinet?....

—Pichenet, dijo el jóven rectificando y sin conmoverse lo màs mínimo.

—Eso es, Pichenet.... ¿dònde has robado?....

—No busco colocacion, Sr. de Badabrux, dijo el jóven interrnmpiéndole con la mayor tranquilidad, tengo una posicion bastante buena que me permite usar casacas de terciopelo sin robarlas.

—¿De veras?.... Calle.... calle!.... ¿y qué posicion es esa, Sr. Pichenet?

—La de primer ayudante del médico de cámara de S. M. el rey Luis XV.

Badabrux se quitó su viejo y mugriento sombrero, exclamando:

—¡Oh, oh!.... Vamos.... vive Dios!.... Del médico de cámara de S. M. ¡Vaya una historia!.... Querido Sr. Chaumel, siempre habia predicho que hariais fortuna.... y os ruego que me considereis como vuestro más humilde servidor!

En la posada del Gallo Atrevido, en la plaza de Santa Ana, daban de comer y de beber, y habia alojamientos para los viajeros.

Era una sala baja con un techo negruzco formado de viguetas, entre las cuales vivia en paz todo un pueblo de arañas, repleto de moscas, de mosquitos, de tàbanos y de todos los insectos, en fin, aficionados al calor hùmedo.

Allí se respiraba un buen aire muy espeso, muy impregnado de las emanaciones de la pipa y de la sidra agria.

Badabruk no era orgulloso desde que le faltaba la mesa opípara del marqués de Noyal.

Se convidó por sí mismo á cenar en la hosterìa del Gallo Atrevido, con el digno Sr. Chaumel, primer ayudante del médico de cámara de S. M.

Sirvieron un estofado de carnero y un guisado de habichuelas con tocino.

— ¡Cáspita, amigo mio! decia Badabrux atacando á un jarro de vino de Nantes; nunca hubiera yo creido volver á veros tan crecido y con tan airoso porte......! ¿Sabeis que à estas horas sois el mejor mozo de Rennes....?

—Ya os he dicho lo que deseaba saber señor de Badabrux, dijo Pichenet interrumpiéndole.

—¡Muy bien, señor Chaumel, muy bien! Y puedo jactarme de que habríais andado buscando durante

mucho tiempo hasta encontrar à uu hombre tan bien informado como yo.... ¿Con qué el viejo Lapierre os ha referido que Malbruk se habia escapado del Hospicio de San Medardo, el incendio de la cabaña que habia allá abajo, detrás del palacio de Noyal, y la desaparicion de la Chaumel, es decir, de la señora Chaumel, vuestra respetable madre....? Pues yo os diré que Lacuzan ha ahorcado á su muger con un cordon de seda.

—¡Qué decis....! exclamò Pichenet poniéndose muy pálido y dando un repullo sobre su asiento.

—He hablado con una persona que habia visto el cordon de seda, dijo friamente Badabrux; os diré que la doncella de la desventurada condesa ha sido descuartizada dentro de una valija de cuero.... Os diré que la señorita Blanca de Noyal ha debido tomar parte en todos esos delitos, por razon del pensamiento criminal que le inspiraba su cuñado....

—Pero, caballero.... no pensais lo que estais diciendo....!

—¿Verdad que todo eso es muy raro? dijo Badabrux triunfante. En cuanto à la autenticidad de esos diferentes datos, es completa.... Mariela,—tengo el derecho de llamar asì à la víctima en mi calidad de amigo de la casa,—desapareciò hace hoy diez y siete dias.... Desde entónces todas las personas que han intentado acercarse al Castillo de Terciopelo han sido arrebatadas y probablemente asesinadas....

—¿Creeis que mi madre....? dijo Pichenet interrumpiéndole de nuevo.

—Hé aquí con exactitud lo que ha pasado respecto de vuestra madre, respondiò Badabrux, quien pasaba ya al guisado de habichuelas, despues de haber devorado préviamente el estofado de carnero.

Vuestra madre consiguiò escaparse de la casa incendiada, eso es positivo.... Yo mismo visité el sitio del fuego para poder hablar á ciencia cierta.... Se encaminó por detràs de la calle de Hue y se fué al bosque, donde se ocultó, perseguida siempre por aquel réprobo de Malbruk, quien habia jurado machacarle la cabeza entre dos piedras. Así estuvieron jugando al escondite en el bosque durante varios dias. Los que habian visto à Malbruk, sin conseguir apoderarse de él, aseguran que en su locura furiosa repite: *¡la he tocado! ¡la he tocado!* ¿Es à vuestra madre é quien se refiere? No lo creo. En todo caso, vuestra madre cayó de Escila en Caribdis en la noche del domingo ó en la mañana del lunes, pues para librarse de la persecucion de Malbrux entrò en el castillo de Barba-Azul al mismo, tiempo que la señorita Blanca.

Pichenet estaba ya en la puerta.

El relato de Badabrux, despojado de lo que podia tener de extravagante, era infinitamente màs claro que aquel intrincado laberinto de chismes y cuentos reunidos por Pichenet desde su llegada á Rennes.

La entrada de la Chaumel en el castillo de Grail, en compañia de Blanca, en último resultado era una cosa verosímil.

—¡Aguardad! exclamò Badabrux al ver que se levantaba, aún no os he dicho la cuarta parte de lo que sé.... El lugarteniente del rey va á poner sitio al castillo de Barba-Azul.... Están limpiando los cañones del Arsenal.... Y Coetlogon.... No hablo del lugarteniente del rey, sinó de su sobrino Alberto, ha jurado ¡que incendiará el castillo si la señorita Blanca....

Pichenet estaba ya en la puerta.

—¡Aguardad un momento! repetia Badabrux, quisiera consultaros acerca de unos pícaros dolores que cogí en el ejercito....

El buen hombre nunca habia sido militar.

—¡Aguardad un poco!.... ¡Váyase al diablo! ya se ha marchado ese zángano!.... Es muy capaz de ir á hacer que le rompan la cabeza en los fosos del Castillo de Terciopelo! ¡Eh! ¡Tomasa!

Tomasa era una mocetona inmensamente tosca y desaseada que representaba el importante papel de Maritornes en la hostería del Gallo Atrevido.

Acudió al llamamiento de Badabrux,

—¿Cuànto te ha dado para que te cobres el gasto. hermosa rubia? preguntó Badabrux.

Tomasa, que era muy fea y tenia el pelo de color de azafran, respondió:

—Un escudo de seis libras.

—¡Eso es, hermosa rubia!.... Dos cuartillos de vino de Nantes, á ocho sueldos, son diez y seis; un estofado de carnero, quince sueldos, son treinta y uno; doce sueldos del guisado de habichuelas, son cuarenta y tres; asi pues, devuélveme tres libras y quince sueldos, y te dejo dos sueldos de propina.

Pichenet acababa de montar á caballo y corria á galope en direccion à aquel terrible edificio que denominaban el Castillo de Barba-Azul.

XVI.

Aventuras nocturnas.—Gentes que saltan bien—Cruzada contra Barba-Azul.

Pichenet pasó à galope por debajo del polvorin de la ciudad, gruesa torre redonda que hay en la entrada del arrabal de Saint Helier, y se encaminó por este, que debia conducirle en derechura al castillo de Barba-Azul.

¿Por qué, se repetia á si mismo en el fondo de su corazon, si no amo más que à mi madre?

¿Por qué las imágenes de Mariela moribunda, de Mariela muerta y de Mariela feliz, pasaban alternativamente por delante de su vista en medio de las tinieblas de la noche?

¡Mariela, á quien habia vuelto á ver tan á menudo en sus ensueños desde su llegàda á París.!

¡Mariela, Mariela! ¡su sueño de niño! La rubia

maravilla á quien en otro tiempo contemplaba extasiado desde lejos, desde abajo, cual se contempla á las estrellas en el cielo!

De todas las exageraciones y de todas las extravagancias que se cruzaban por la ciudad alarmada de Rennes, resultaba al ménos un dato positivo, al saber que el conde Enrique de Lacuzan tenia unos celos terribles, frenéticos, que convertia á su muger en una esclava, y que en los últimos tiempos la habia encerrado completamente.

Mariela era desgraciada.

Pero, ¿con qué derecho la queria socorrer Pichenet?

Todos decian que Mariela amaba à Lacuzan tal como era.

Sin duda alguna no deseaba ninguna socoro.

Nada habia que hacer entre aquella muger y aquel marido.

Sin embargo, Pichenet clavaba las espuelas en los hijares de su caballo.

Pero se decia á sí mismo: «¡Voy allá por mi madre...... nada más que por mi madre!»

Nadie se lo negaba. ¿Qué necesidad tenia de repetirlo tan á menudo?

La noche estaba muy oscura. El cielo se cubria de negros nubarrones.

El galope del caballo resonaba en el camino desierto.

Entónces no habia hermosas carreteras como la que hoy vemos. Los caminos de la Bretaña estaban llenos de baches, y Mad. de Sevigné hubiera podido escribir todavia muchas cartas encantadoras sobre los mil obstáculos que obstruian el tránsito.

Un sembrado, una pradera, un caserío aislado,

obligaban al camino á dar grandes rodeos. Se replegaba sobre sí mismo y se cruzaba con mil senderos que se le parecian.

En una noche oscura era muy difícil orientarse en aquel dédalo.

Pichenet, que no habia vuelto á ver aquella comarca desde su infancia, se hallaba obligado á detenerse muy á menudo para orientarse en medio de las tinieblas.

En uno de aquellos altos, oyó en el camino, en medio de la oscuridad silenciosa, el paso de otro caballo. Se oia lejos todavía, muy lejos. Pichenet miró detrás de sí nada vió

Aguardó.

Aquel, otro viajero nocturno llegaba, él tambien, á galope. Pasó muy cerca de Pichenet sin verle.

Este abrió la boca para preguntarle por dónde iba el camino, pero varió de idea.

Habia podido observar que el otro ginete llevaba una venda en la mejilla.

Y Alberto de Coetlogon habia sido herido precisamente en la mejilla en desafío reciente con el caballero de Talhuet.

No necisitaba más Pichenet para convencerse de que aquel ginete era Alberto de Coetlogon y de que tambien se dirigía al castillo de Barba-Azul.

Clavó de nuevo las espuelas á su caballo, el cual arrancó á galope.

Hasta entónces todo iba bien, pero resultó que el otro viajero no era, ni con mucho, tan sufrido como el solteron Badabrux.

Al cabo de un centenar de pasos observó que la seguian y puso su caballo el trote Pichenet hizo otro tanto.

Entónces el viajero paró bruscamente su cabalgadura.

—¡Hola! gritò al ver que Pichenet se paraba tambien, si sois un emisario de mi señor tio el lugarteniente del rey, volved á su casa y decidle que me habeis encontrado aquí, con una pistola en cada mano y muy dispuesto á levantaros la tapa de los sesos si quereis impedirme que obre segun se me antoje.

Parece que el lugarteniente del rey habia intentado cortar los vuelos à Alberto, y que éste no queria que le pusieran andadores.

—No soy un emisario de vuestro tio. Sr. de Coetlogon, respondió Pichenet.

—Entónces, repuso Alberto, Dios os guarde, amigo.... Solo os ruego que me hagais el favor de pasar delante de mí; no me gusta oir que me vengan siguiendo la pista.

Pichenet anduvo algunos pasos hàcia Alberto, y preguntó:

—¿No quereis permitirme que camine en vuestra compañía?

—No.

—Es que.... me he perdido.

—¿Cuàl es vuestro camino?

—El vuestro.

Coetlogon montó una de sus pistolas y dijo:

—¡Eh! amigo, os advierto que no estoy para bromas!

—¡Ni yo tampoco, por vida mia! exclamó el jòven médico; pero, si no quereis que os acompañe, el camino del rey es libre ... os seguiré desde lejos.

—¿Y si te envio un balazo?

—Yo tambien tengo pistolas en mis pistoleras.

Sr. Alberto de Coetlogon; pero, si llega ese caso, desde ahora me comprometo á no replicaros, á no hacer uso de ellas.

Alberto no pudo contener una exclamacion de impaciencia y murmuró:

—Vaya al diablo el impertinente!

En seguida dijo en alta voz:

—Pues bien, amigo. mio concluyamos de una vez, porque va pasando el tiempo y nadie sabe lo que valdrá un minuto de esta noche!.... ¿Quereis ir al castillo de Grail?

—Sí eso quiero.

—No se entra en él.

—Yo entraré.

—¿Por las ventanas, segun eso?

—Por el cañon de una chimenea, si es preciso!

—¿Y qué vais á hacer al castillo de Grail?

A la sazon los dos jóvenes estaban uno junto à otro.

—Sr. de Coetlogon, dijo Pichenet, aceptad mi respuesta tal como es: leal y procedente de un hombre que solo bien os desea.

—Veamos la respuesta.

—No voy al castillo de Grail por la señorita Blanca de Noyal,

La noche estaba demasiado oscura para que se pudiese ver el gesto que hizo Alberto.

—¡Calle! murmuró, pues entònces, ¿por quién vais?

—Ese es mi secreto.

Coetlogon guardó silencio durante un momento, y luego arrimó las espuelas á su caballo.

—En ùltimo resultado, allà veremos! dijo expresando su pensamiento en alta voz.

Pichenet y él comenzaron á caminar juntos.

No sabemos cómo aconteció, pero cuando Alberto de Coetlogon y el jóven médico llegaron delante de los fosos del castillo de Barba-Azul, estaban tan amigos como si se conociesen desde la infancia.

Ambos eran jóvenes, valientes y aventureros.

—Vamos, compañero, dijo Alberto, que si yo os hubiese dado un balazo en la cabeza hubiera sido una làstima.

—¡Bah, repuso Pichenet, no se veia, hubiérais errado el tiro.

—No lo creo.... pero me gustais así; sois un guapo mozo, atrevido y valiente.

—Veamos, dijo Pichenet, interrumpiéndole, ya hemos llegado al término de nuestro viaje.... ¿quereis confiarme algun encargo para la señorita de Noyal?

—Si penetrais en el castillo, respondió Alberto, bien puedo yo entrar con vos.

—No lo creo así, dijo Pichenet á su vez.

Habian atado sus caballos á dos árboles del bosque, y se habian adelantado hasta el lindero de éste.

Los ùltimos àrboles bajaban hasta el foso que era profundo y estaba lleno de agua.

Hacia próximamente media hora que la noche se tornaba más clara. Alzàbase la luna en medio de un grupo de vapores trasparentes. Se podian distinguir los altos perfiles del castillo que se destacaban sobre el cielo ménos oscuro por parte del Oriente.

Era un edificio magnífico, y cuando hablaban de mandar sacar los cañones del arsenal para tomarle, no habia exageracion alguna.

En el siglo XVII, hàcia fines de la regencia de Marìa de Médicis, habian reedificado el castillo de Grail, sobre los restos, robustos todavía, de otro castillo de la edad media. En la época en que acontecieron los sucesos que venimos refiriendo, aún estaba de pié una parte del recinto fortificado, que rodeaba por tres lados al edificio moderno.

Tres torres elevadas, con techo puntiagudo, flanqueaban el muro antiguo, y dos de ellas comunicaban con el último piso del castillo por medio de puentes colgados.

Todo ello estaba rodeado por el foso que ya hemos mencionado, y que hubiera podido servir para una verdadera fortaleza. Por la parte que no tenia muralla se alzaba un terrado lleno de flores.

Era una muralla muy linda y agradable, pero al fin era una muralla.

Coetlogon y Pichenet estuvieron un momento mirando á aquella masa imponente, à la que la claridad de la noche daba un aspecto màs imponente y altanero.

Parece que hahian hablado de Lacuzan por el camino, porque Coetlogon murmuró:

—Sì: sí teneis razon, en otro tiempo tenia un alma muy noble, no tuve nunca mejor amigo! Pero.... dicen tantas cosas de él!...

—Mas no creeis esas cosas, puesto que estais aquí!

—No creo lo que se refiere à Blanca. ¡Dios me libre! Blanca es tan pura como los àngeles del cielo. Pero Lacuzan era celoso; eso no se puede negar.

—¿No sois vos tambien un poco celoso, señor de Coetlogon?

—¿Yo? dijo Alberto algo confuso.

—Lo ménos diez veces me habeis preguntado si es verdad que no voy al castillo con el objeto de ver à la señorita Blanca!

—Es verdad.... pero lo dicen?

—Escuchad.... hace justas doce horas que entré en la ciudad de Rennes, y si quereis prometerme que no jugareis con vuestras pistolas, os diré que me han repetido, lo ménos doce veces en esas doce horas, que el señor Alberto de Coetlogon es un calavera, un loco de atar....

—¡De veras! dijo Alberto.

—Un necio, añadió Pichenet.

—¡Eso es màs grave! mumuró Coetlogon, quien todavía procuraba sonreirse.

—Y otra cosa màs grave aún, repuso el jóven médico, porque al hombre que se ha batido por Lacuzan no le pueden tratar mejor que á este mismo.

—¡Pues bien! exclamó Coetlogon, ese hombre llegarà á saber la explicacion del enigma....! y si la explicacion no le agrada, el señor Lacuzan pagará por todos!

Al acabar de pronuuciar estas palabras, Alberto se extremeció con violencia.

A sus piés acababa de resonar una carcajada estridente y burlana.

—¿Sois vos quien os reis, caballero? preguntó encolerizado cogiendo del brazo à Pichenet.

Pichenet no necesitó responder.

Una forma oscura, de estatura casi sobrehumana, se alzó de entre la yerba ante los jóvenes.

En el sitio en que debiera haberse mostrado el rostro solo se veia una mancha negra.

En torno de la cabeza se erizaba una cabellera enorme.

Aquella especie de fantasma alzó el brazo y mostró el castillo con un gesto enfático.

—¡La he tocado! murmurò; ¡la he tocado....! ¡tocado....! ¡tocado....!

Luego, dando un salto prodigioso, se lanzó al agua del foso y desapareció entre los cañaverales.

El ruido que produjo el cuerpo al caer al foso causò cierto movimiento de alarma en las murallas.

Pichenet y Coetlogon oyeron un murmullo de voces y de pasos.

Se ocultaron detrás de los árboles.

—¡Vive Dios! exclamò Coetlogon procurando serenarse, hé ahí un mozo que salta bien!.... ¡Vaya un brinco!

—Saltó mejor que él, replicó Pichenet.

—¿Vos?.... dijo Alberto estupefacto.

Y en seguida añadiò, pasándose la mano por la frente:

—¡Veamos! ¿estamos todos locos aquí?

—Antes de despedirme de vos, prosiguió Pichenet, os preguntó de nuevo si teneis algo que mandar á decir á la señorita de Noyal.

—Supongo que no os propondreis seguir el mismo camino que ese espectro?

—Sí por cierto.... Solo que yo daré un salto mayor para caer en terreno firme y no mojarme los piés.

—¡Es imposible!

—Vais à verlo.

¿Y qué hareis, cuando esteis al pié del muro?

—Subiré á la muralla.... Cuando esté allí haré lo que dije, entrar por el cañon de la chimenea.

—¡Vive Dios! exclamó Coetlogon, daria diez luises porque fuese de dia para ver vuestra cara,

compañero!.... Hablais de subir à la muralla como si hubiese allí una escalera.

—Hablo así porque no necesito escalera.

—¿Pues cuàl es vuestra profesion?

—Soy doctor en medicina, para serviros.

Coetlogon no pudo ménos de reirse.

—Vamos, dijo, algunas veces los doctores son brujos.... Quizàs, por magia, vayais à procuraros un par de alas.... Puesto que teneis à bien encargaros de un recado mio, decid á Blanca que desde el mártes estoy pasando las noches en este sitio, siempre con la esperanza de verla ò de hallar un medio para llegar junto à ella. Decidla que la amo diez veces, cien veces más de lo que en tiempo alguno ha sido amada una muger.

De pronto se interrumpiò bruscamente, y mirando à su compañero de aventuras, dijo:

—¿Y vos.... amais?

Pichenet se extremeció.

Parecia que aquella pregunta inesperada le habia llegado al corazon.

Sin embargo, respondió:

—No, no amo, como vos lo entendeis.

—¡Como! ¿no sabeis lo que es amar?

—No quiero saberlo.

—Eso es cuenta vuestra.... Pero decididamente sois un hombre muy raro.... Decid á Blanca que me arrodillo delante de ella, que soy su esclavo, que la adoro!.... Decidla que, si me necesita, mi vida y mi sangre le pertenecen.

—¿Es eso todo? preguntó Pichenet friamente.

—Decidle que mi pensamiento....

—¡Bueno! vais á repetir lo mismo.... ¡Basta!.... Contad conmigo y buenas noches!

Estrechó la mano de Alberto, quien le vió desaparecer por el lado del bosque.

Un segundo despues, Alberto volviò á verle recorriendo veloz el espacio que le separaba del foso.

Su pié tocó en la orilla y saltò como si se hubiese apoyado en un trampolin.

¡No se habia elevado en demasía, vive Dios! saltaba mejor que el fantasma.

En vez de caer en el agua, como éste, de un solo salto se plantó en la orilla opuesta, y sin meter más ruido que si solo hubiese saltado una angosta zanja.

Coetlogon creyó soñar.

Pero màs lo creyó aún, cuando entre las sombras vió al fantasma salir de los cañaverales, lanzarse sobre Pichenet, luchar un momento, y luego caer de nuevo en lo màs profundo del agua fangosa gritando:

—¡La he tocado, la he tocado!

Coetlogon se restregó los ojos.

Todos estos acontecimientos se sucedian con una rapidez fantàstica.

Al opuesto lado del foso, y junto á la muralla, habia un árbol pequeño que mezclaba sus hojas con las de la yedra del muro.

La Luna, en cuarto menguante, salia en aquel momento de su lecho de nubes.

Coetlogon pudo ver á su compañero de camino trepar como un gato montés por el tronco del árbol, colgarse de las ramas de yedra que se rompian bajo su peso, y subir á lo alto de la muralla más rápidamente de lo que hubiera podido hacerlo una ardilla.

Llegò á las almenas.

Sonaron dos tiros.

La luna se ocultó tras una nube.

Un silencio de muerte reinò en torno del castillo de Terciopelo.

Coetlogou permanecia allí inmóvil cual si le hubiese herido un rayo.

Al dia siguiente las buenas gentes de Rennes, tanto los porteros, como las vizcondesas y los aficionados à los trozos tràgicos, andaban repitiendo esto:

En el castillo de Barba-Azul habia dos demonios.

Uno de ellos se arrojaba al agua del foso gritando:

—¡La he tocado! ¡La he tocado!

El otro, que tenia el don de volar por encima de las murallas cual una ave de tamaño colosal.

Ambos eran negros como lo que sale del fuego del infierno.

El segundo de estos demonios habia estado à punto de ahogar al jóven Alberto de Coetlogon, quien andaba rondando las cercanìas del castillo no obstante los buenos consejos de su tio.

El cuerpo del segundo demonio rechazaba las balas de mosquete. Las espadas se doblaban al tocar su cráaneo.

Entraba en las casas por la chimenea.

Tenia piés de cabra, orejas de oso y una cola de tres anas de longitud.

Quizàs podria deducirse de todo esto que Alberto de Coetlogon no se habia mostrado muy discreto.

Lo cierto es que el rumor creció hasta el extremo de que las gentes del rey no pudieran retroceder ya por más tiempo. Se temia que estallase una revolucion.

Habia allì un misterio de iniquidad que lastimaba de un modo harto evidente à la moral pública, ó más bien y para hablar con màs franqueza, que excitaba, con sobrada violencia la general curiosidad.

Querian averiguar, saber.

¿Pero como habrian de conseguirlo?

Las gentes del rey, impulsadas por el motin de los murmuradores sobrexcitados, hicieron voto de demoler el castillo de Grail, para ver, por fin, aquel famoso sepulcro de terciopelo en donde estaba la vìctima viva, y aquella cueva famosa que encerraba á las tres víctimas difuntas.

Lacuzan era conde, Lacuzan tenia el cordon de la órden, Lacuzan era coronel de los dragones de Conti.

No obstante esta elevada posicion del acusado citado ante el tribunal popular, se resolvió ocupar su morada por la fuerza, y penetrar, con mosquete y espada en mano, hasta el fondo de aquel abismo de horrores.

En ùltimo resultado, aunque no fuese más que para hacer un ejemplar y aterrar para siempre á los Barba-Azules presentes y venideros.

XVII.

La madriguera de Barba-Azul.

Entremos, entretanto, antes que las gentes del rey, en la madriguera del monstruo y alcemos el velo de luto que encubria el castillo de terciopelo.

Era una habitacion completamente forrada de terciopelo azul oscuro. Las ventanas, cubiertas con dobles cortinas de muselina de la India, sobre las cuales caian sendas cortinas de terciopelo, apenas dejaban que penetrasen algunos rayos débiles de luz.

Los muebles y los adornos de aquel aposento eran de exquisito gusto; hasta en los màs leves detalles se descubria la atencion delicada, la amorosa solicitud.

Parecia un templete delicioso que hablaba de ese cariño legítimo que Dios estimula y bendice, de ese amor, el más grato de todos, que se santifica en la familia y en la religion, de ese amor, del cual se burlaban con sobrada facilidad los marqueses filó-

sofos y empolvados del siglo en que acontecian los sucesos de nuestro relato, pero que, en resùmen, es el amor de las gentes honradas, la salvacion de las razas, la salvaguardia de las costumbres, el honor y la felicidad de las familias.

El aposento en que entramos era sin duda alguna, el sitio reservado, el santuario de esas alegrias graves y dulces que no se encuentran fuera del matrimonio. Allí era donde Mariela de Noyal, esa pobre víctima, segun las gentes de Rennes, y el conde Enrique de Lacuzan, aquel tirano implacable, habian sido muy felices durante cuatro años.

Se amaban única y sínceramente segun la diferencia de sus caractéres.

Mariela adoraba à su marido, le admiraba algunas veces y le respetaba un poco.

No nos atreverìamos á dar el nombre de pasion á aquel cariño tranquilo.

El conde Enrique adoraba á Mariela, con toda la fogosidad del primer momento.

Y el amor del conde Enrique era tan profundo como ardiente.

Aquel amor era celoso únicamente porque era excesivo.

En efecto, el conde contemplaba aquella belleza sin igual que resplandecia en el rostro juvenil de Mariela y se decia à si mismo:

—¡Todos están en torno de mi tesóro....!

Pero Lacuzan habria preferido morir antes que mostrar una sospecha á Mariela.

¿Por qué son imposibles los ratos de la felicidad? Al comenzar esta página queriamos referir la ventura de dos esposos que se aman, y en las primeras líneas se detiene nuestra pluma.

¿Por que?

¡Ay Dios! se necesitan verdaderos poetas para celebrar dignamente la tranquilidad feliz, para mostrar la ambrosía que cae gota á gota sin pararse ni apresurarse nunca.

Lo mismo que se necesitaria un gran artista para pintar una simple pradera, muy vasta y muy exmaltada de florecillas.

El arte vulgar no llega hasta esos cuadros suaves.

Al ver ese nectar caer gota á gota, el lector diria: «¡Oh! licor fantástico agótate pronto ó llena la copa!»

Al ver la verde pradera, los embadurnadores gritarian: «¡Espínacas, espinacas!»

Asì somos. Todos nuestros sentidos rechazan con energía la representacion de la prosperidad tranquila

El pincel pone hojas rojizas en el verde àrbol y quema el césped de las praderas.

La ciencia de Beethoven aventura disonancias atrevidas y molesta al oido antes de deleitarle.

Ya séamos imperfectos ó estemos gastados no sabemos percibir la dulzura monótona.

Y quizàs esas suavidades regulares sean naturalmente superiores á nosotros, puesto que en el Paraiso terrenal puso Dios los malos consejos del fastidio.

Hé aquí, pues, lo único que diremos:

Al cabo de cuatro años de ventura, Lacuzan y Mariela eran felices todavía.

Mariela tenia veinte y dos años. Seguia siendo la criatura más hermosa que pudiera imaginarse.

Lacuzan pasaba horas enteras contemplándola encantado.

Esto sucedia aùn quince dias antes del momento en que se reanuda nuestra historia.

Desde entónces....

Una noche Mariela regresó muy temblorosa de su paseo por el bosque.

Estaba tan pálida, había tal extravío en sus ojos, que à los que la vieron subir por la escalinata del castillo les costó trabajo conocerla.

Sus hermosos cabellos rubios flotaban sueltos sobre sus hombros.

Su traje estaba desgarrado.

Segun decian los criados que le abrieron la puerta, su delicada muñeca estaba magullada, como si una mano de acero le hubiese sujetado brutalmente.

Mariela entró tambaleàndose y cayó desmayada en el zaguan.

Era evidente que habia pasado alguna cosa singular.... alguna cosa singular y siniestra.

Pero nadie supo explicar la clave lúgubre de aquel enigma, porque desde aquella noche nadie volvió á ver á la condesa de Lacuzan.

Comenzó una vida nueva y que en nada se parecia à la existencia venturosa y libre de otro tiempo.

El castillo fué dividido en dos partes.

En la primera, que Lacuzan hizo forrar de terciopelo, segun lo hemos dicho ya varias veces, Mariela, su doncella, Blanca de Noyal y los veinte dragones de Lacuzan vivian separados del resto de la casa.

Lacuzan y los dragones salian.

Pero los dragones no conocian en manera alguna el misterio de las habitaciones interiores.

Montaban la guardia y tenian el encargo de acumular provisiones de todas clases como si se hubiesen hallado en una ciudadela sitiada.

En cuanto á la condesa, su doncella, Blanca y una pobre anciana que habia llegado con la señorita de Noyal, era como si ya no se hubiesen hallado en este mundo.

Una circunstancia que emitian los noticieros de Rennes, y que sin embargo hubiera podido dar margen à excelentes comentarios, era la de que el conde Enrique habia mandado poner rejas en todas las ventanas de la parte del castillo habitada por su muger.

En ùltimo resultado, ¡Barba-Azul era un niño comparado con Lacuzan!

En el cuarto forrado de terciopelo azul oscuro habia dos retratos de cuerpo entero.

El primero era el retrato al pastel hecho por Blanca en el palacio de Noyal.

El segundo era una copia, llevada á las proporciones del tamaño natural, de aquel famoso esmalte que intentamos describir en el comienzo de la presente historia.

Ademas de estos dos retratos, colocados uno en frente de otro, algunos cuadros muy lindos adornaban las paredes y se perdian un poco bajo el oro labrado de sus marcos en la eterna media luz que habia en la estancia.

Sobre la chimenea, en vez del espejo de Venecia que la vista buscaba desde luego, solo se encontraban unos pastores de Watteau corriendo en pos de unas pastoras de color de rosa.

Ya nos han hablado las vizcondesas de esa excentricidad: la ausencia completa de espejos.

No era solo en la estancia forrada de terciopelo azul donde hubiera podido notarse aquella ausencia. No los habia en ninguna parte.

Y era aquella la morada de Mariela.

¡Mariela privada de espejos! ¡Mariela reducida à no saludar ya, triunfante, la sonrisa, de su propia belleza! ¿Quién hubiera podido imaginar tal refinamiento de barbarie sinó un celoso furioso?

¿No habian hecho bien en denominar á aquel sitio el Sepulcro de Terciopelo?

En el momento en que entramos en el aposento un gran fuego ardia en la chimenea y derramaba resplandores repentinos y vacilantes.

El reloj de sobremesa de mármol, que sostenía un grupo de Nicolás Couston, señalaba la una de la tarde.

Fuera, el pálido sol de octubre doraba con sus rayos los àrboles despojados de sus hojas; pero dentro era como si el crepúsculo hubiese envueltó ya la tierra.

Sobre un sofà estaba medio tendida la condesa Mariela de Lacuzan, y su cabeza descansaba en el pecho de su marido.

Dormia.

Lacuzan contenia su respiracion para no despertarla.

El conde Enrique seguia teniendo aquel rostro altivo, cuya belleza habia reproducido tan felizmente el pincel de Blanca. Unicamente aquellos cinco años trascurridos habian dado à su frente un poco màs de tristeza.

En cuanto à Mariela, solo su retrato podia revelar la perfeccion exquisita de sus facciones.

Mariela tenia puesto un antifaz de color de rosa que cubria todo su semblante.

Pero ¿y bajo aquel antifaz?

¡Pardiez! acordaos de Mariela, recordad aquel murmullo de admiracion que promovia en cuantos sitios se presentaba.

Recordad aquella boca que era una sonrisa, y aquellos ojos negros bajo su opulenta cabellera rubia.

Recordad....

Pero ¿y aquel antifaz?

Ya sabeis lo que es un retrato. El de Mariela no era ni siquiera la sombra de Mariela, la linda, la graciosa, la maravillosa.

No, aquella frente no tenia la pureza de la frente de Mariela; no se reflejaban los objetos en aquellos ojos como en los de Mariela; aquellos lábios no sabian sonreir ni mostrar, al entreabrirse, aquellas perlas que mostraba la sonrisa de Mariela,

Lacuzan estuvo mucho tiempo mirándola dormir.

Luego alzó los ojos al cielo, y en ellos se veian lágrimas.

¿Qué habia, pues, bajo el antifaz de Mariela?

Habia lo que Mariela vió bajo el antifaz de Malbruk en la mísera cabaña de la esplanada de Saint-Melaine, cuando la jóven abandonó de noche el castillo de su padre para correr por los caminos, arrastrada por no sé qué capricho profético, de ir á Rennes con Lacuzan, á Rennes que se hallaba infestado por la peste negra.

Habia lo que Mariela vió bajo el antifaz de Malbruk, lo que le hizo lanzar un grito de espanto y exclamar, cual si hubiese respondido à alguna amenaza fatal.

—¡Oh, me moriria! ¡me moriria!

———

Y seguia teniendo aquel cuerpo admirable dulcemente lánguido bajo los leves pliegues de su traje,

Y seguia teniendo aquel cuerpo admirable dulcemente lànguido bajo los leves, pliegues de su traje, aquella garganta de divinos contornos, aquel talle flexible y armonioso, aquella abundancia espléndida de cabellos rubios, cuyos rizos sueltos inundaban el pecho de Lacuzan.

El conde Enrique lloraba.

El viento de otoño gemia entre los àrboles del bosque.

A lo lejos se oian todos esos ruidos agrestes, voces del campo que trabaja, que siempre tienen cierta melancolía en su poesìa penetrante.

Lacuzan decia para sí:

—Si Mariela lo supiese se moriria.....

Despues añadía:

—¡Y preciso serà que lo sepa......! ¡y preciso serà que muera....!

Porque tomaba al pié de la letra aquelle frase pronunciada en otro tiempo por Mariela:

—*¡Me moriría....!*

Y tenia razon.

Para Mariela, su hermosura era su vida.

Habia quince dias que Lacuzan estaba ejecutando un milagro.

Aquel á quien las gentes de Rennes denominaban Barba-Azul, aquel á quien acusaban de ser asesino de su muger, habia encontrado en su inmenso amor la solucion de un problema insoluble.

Habia hecho un imposible.

Habia conseguido ocultar á Mariela su propio rostro, su propia desgracia.

Mariela seguia creyendo en su hermosura.

Pero mañana.

Lacuzan sabia que la comarca entera, sublevada

por una curiosidad implacable, daba vueltas en torno del misterio de su vida, cual el tigre en torno de su presa. Oia en cierto modo aquellas murmuraciones asesinas, aquellos chismes mortíferos que ïban á convertirse en un clamor general y á derribar, por fin, las murallas del castillo.

Una palabra pronunciada.... ménos que eso, un espejo presentado á Mariela por la imprudencia ó la perfidia, bastaban para dar el golpe mortal.

Lacuzan veia espirar à Mariela, y su corazon se destrozaba.

Habia levantado en torno de ella una de esas murallas que solo se encuentran por lo general en los cuentos de hadas.

Habia puesto una venda sobre los ojos de Mariela; la habia privado del oido haciendo que en torno suyo callasen las palabras.

Estaba cautiva como aquellos hijos de reyes que eran encerrados por un genio benéfico para ponerlos al abrigo de los maleficios.

Pero trascurrian los dias y los milagros no subsisten mucho tiempo.

En todo esto pensaba Lacuzan, mientras que una lágrima humedecia sus pàrpados.

De pronto Lacuzan se estremeció.

Entre los lejanos ruidos habia percibido el sonido de una voz conocida que gritaba en el opuesto lado del foso.

—*¡La he tocado, la he tocado!*

En los ojos de Lacuzan brillo un relámpago terrible.

Hizo un movimiento como para lanzarse de su asiento, y esto bastó para despertar á Mariela.

—Oh! murmurò llevàndose la mano á los ojos este antifaz......! siempre este antifaz....!

—No le odias más que yo á ese antifaz, pobre Mariela mia, dijo Lacuzan hallando todavìa fuerzas para sonreir, á ese antifaz que me impide verte!

—Pero ¿por qué conservarle todavía?

—Porque de él depende tu belleza, Mariela.

Esta respuesta valía más que todas las explicaciones posibles.

Mariela, resignada, cruzò sus manitas blancas sobre el hombro de Lacuzan y murmuró alegremente:

—Preciso es sufrir para ser hermosa.

Lacuzan se sonreia, pero tenia el frio de la muerte en el corazon.

¡Hermosa, Dios mio, hermosa!

La voz lejana gritaba, insulto horrible, burla sangrienta.

—¡La he tocado, la he tocado!

Mariela no lo oia.

—Figúrate que estaba soñando, dijo; me veia en traje de baile en el salon del palacio de mi padre.... ¡Cuanto tiempo hace que no he bailado, Dios mio....! En mi sueño estaba bailando.... y mi pareja.... ¿quién era mi pareja?

Se detuvo reflexïonando.

Luego repuso con viveza.

—Los sueños.... ¿A dónde va una á buscar esas cosas......? Mi pareja era aquel pobre hombre que en otro tiempo bailaba en la maroma detràs del palacio de Noyal....

Lacuzan estaba màs pàlido que un cadáver.

Preciso es decir aquí al lector que Mariela estaba convaleciente de una gran enfermedad que ella denominaba calenturas, porque no sabia su verdadero nombre.

Mariela no se acordaba ya de aquel suceso mis-

terioso, que una noche la trajo al castillo desgreñada y moribunda.

Solo recordaba los hechos que antecedieron à su enfermedad, que era la peste negra.

Lacuzan nada habia olvidado.

—Ya te acordarás, repuso la jòven, aquel hombre tan robusto y tan hermoso.... á quien fuimos à ver una noche.....

—Ya sé.... ya se!.... dijo Lacuzan interrumpiéndola.

—Loca de mí!.... prosiguió Mariela: en aquel tiempo tenia miedo à la peste negra.... Pero ¿cómo se llamaba aquel hombre?

—Malbruk, dijo Lacuzan con voz temblorosa.

—Sì.... eso es.... era Malbruk.... Qué cambiado estaba cuando le vimos!

Y tuvo un estremecimiento de horror.

—¡Oh! toda mi vida me acordaré, murmuró, del sentimiento que experimenté cuando se levantó el antifaz y ví su rostro.

—¿Por qué piensas en eso? dijo Lacuzan.

—¿Tengo yo la culpa de haber encontrado á aquel desgraciado en mi sueño? exclamó la jóven en tono alegre, Bailaba conmigo.... me miraba....

De pronto, perdiendo su sonrisa, añadió.

—¡Oh! ahora me acuerdo, me miraba con unos ojos que metian miedo.... Y me decia.... ¡Aguarda!.... sí.... me decia: «*¡La he tocado! ¡La he tocado!*

A Lacuzan le costaba sumo trabajo ocultar la impresion dolorosa que le causaban aquellas palabras.

—Es un resto de fiebre: dijo.

—¿Fiebre? ¡Nada de eso! ¡ya pasò estoy muy bien; y si quisiéseis darme un espejo, Enrique, aña-

dió con tono zalamero, creo que me agradaría ataviarme un poco hoy.

—¿Para qué quieres un espejo, Mariela, puesto que todavía no puedes quitarte el antifaz?

—Es verdad.... pero debo estar muy fea con este antifaz, puesto que has quitado todos los espejos para que yo no me vea.

—Si te vieses siempre con ese antifaz, pobre Mariela mia, la impaciencia se apoderaría de tì....

No respondes à mi pregunta. ¿Estoy muy fea?

Lacuzan cogió sus dos manos y se las llevó á los lábios murmurando:

—Te encuentro más hermosa que un àngel.

Mariela suspiró y dijo:

—¡Es preciso contentarse con eso! Pero ¡que feliz es mi hermana Blanca con no haber tenido calenturas! ¿No sabes? La primera vez que ví nuestra casa tan hermosa.... y tan bien cerrada.... la primera vez que ví ese terciopelo y ese oro.... todos esos cuadros que me eran desconocidos, tuve miedo.

—¡Miedo! repitió Lacuzan.

—Si.... cuando se está enfermo, la cabeza se torna débil.... y hubo un momento en que pensé que querias crearme una càrcel encantadora....

—Pues no te equivocabas, Mariela. dijo Lacuzan, quien comprendía todo el peligro de tal conversacion..

—¡Ah! exclamó la jóven sorprendida, ¿no me equivocaba?....

—No.... pero tu carcelero no soy yo.

—¿Pues quién es?

—La calentura.

Mariela hizo un movimiento de impaciencia y murmurò:

—¡Siempre la calentura!

Y por primera vez quizás, porque nada es tan fàcil como engañar á un enfermo, por primera vez pensò:

—Algo me ocultan....

Se abrió una puerta suavemente. Un rayo de luz màs vivo iluminó el cuarto azul. Por aquella puerta abierta se extendia la vista por una prolongada hilera de habitaciones, forradas todas ellas de terciopelo y adornadas con verdadera magnificencia.

A la verdad, màs de una muger enteramente libre habria deseado vivir en aquella càrcel.

En el umbral de la puerta apareció una jòven preciosa.

Era Blanca de Noyal, mil veces màs bonita que en otro tiempo y no mucho más orgullosa.

Habia crecido mucho en el espacio de cinco años. Sus gracias infantiles se habian trasformado, pero aùn se notaba cierta travesura en su sonrisa, y su mirada nada habia perdido de su atrevida franqueza.

Atravesó la estancia con paso ligero y dió la mano à Lacuzan. En seguida estrechó contra su corazon la mano de Mariela.

—¿Qué es esto, dijo, no se come ya en esta casa? Ya ha dado la una.... Mientras Mariela no oiga cuidadosa la campana de la una, no la juzgaré completamente curada.

Lacuzan tomó de la mano á su muger y los tres pasaron à un saloncito lindo y elegante hasta más no poder. En el centro se veia una mesa puesta, en la cual solo habia tres cubiertos.

Lacuzan, Mariela y Blanca se sentaron.

Comieron como si nada hubiese acontecido. Blanca estuvo tan alegre y risueña como de costumbre. Y

digámoslo de paso: Blanca era la compañera m admirable que Lacuzan pudiera haber escojido para la abnegacion que habia acometido.

Tan luego como Blanca se hallaba presente desaparecia toda tristeza. Ya no se sentía aquel vago perfume de soledad claustral que, por lo general y á pesar de todo, se filtraba entre aquellas magnificencias envenenadas.

Su alegría jóven y comunicativa contaminaba á la misma Mariela.

Hubiérase podido asistir á aquella comida sin sospechar en manera alguna que allí, en aquel asilo maravilloso, habia un presente muy triste y un porvenir lleno de sombrías amenazas.

Parecian felices. Lacuzan recobraba su sonrisa, Mariela hablaba de sus queridas fiestas de Rennes y concedia quince dias á su convalecencia para que le permitiese bailar su primer minué.

—¡Quince dias! decia Blanca, eres sobrado generosa! Dentro de ocho dias habrà concluido todo.

¡Que hermosos proyectos, qué lindos castillos en el aire y cuánto más delicioso debia ser el invierno despues de aquel retiro forzoso del verano!

Lacuzan se levantò, porque el giro que habia tomado la conversacion le atormentaba el alma.

¡Ocho dias, quince dias! ¡ay Dios! sabia por demás que ya no habia posibilidad de fiesta ni de bailes para la pobre Mariela!

Una vez ya, no lo hemos olvidado, Mariela planteó una cuestion singular en el salon del palacio de Noval.

Habia dicho à aquel círculo de adoradores que la rodeaba incesantemente:

—Si aquella à quien amais perdiese su belleza

hasta el extremo de convertirse en un objeto de horror y de compasion, ¿qué haríais?

Lacuzan habia respondido:

—Me echaria à sus piés y le diria: «Te amo cien veces màs, mil veces más en este momento que el dia en que eras la más hermosa....» Y si no queria creerme la mataria, porque ya no podria ser feliz....

Habia dicho esto.

Lo habia dicho en un momento solemne.

Se acordaba de ello.

Y aquella eventualidad singular, soñada por la imaginacion enferma de una jóven, se hallaba realizada à la sazon.

Mariela habia perdido su belleza sin rival, en términos que, bajo aquel antifaz de color de rosa, habia lo suficiente para excitar compasion.

Lacuzan sentia ùn sudor frio que brotaba de sus sienes, porque á pesar suyo recordaba su promesa.

Y una voz interior, secreta, le gritaba:

—Ya no puede ser dichosa....

¿Era una sentencia de muerte lo que aquella voz solicitaba?

Dar muerte à Mariela. ¡Oh, cielo santo! Pero se pierde muy pronto la cabeza en esos suplicios solitarios!

¡Dar muerte á Mariela ¡Ay, Dios, ay Dios!

¡*Ya no pobia ser dichoso*!

Al ver el relámpago de inteligencia que brillaba en los lindos ojos de Blanca, cualquiera hubiera creido que leia en el fondo de la conciencia de Lacuzan como en un libro abierto.

¡Hacia tanto tiempo que era amiga suya.

¡Conocia tan bien su caràter y su corazon!

Extendióse cierta palidez por las mejillas de la jóven.

Se levantó á su vez, y como nadie habia para servir à la mesa, fué á buscar tres copitas de cristal cincelado que habia sobre un aparador lleno de preciosas esculturas.

Mariela estaba meditando, Lacuzan fijaba en el suelo su mirada abàtida.

Ni Lacuzan ni Mariela vieron à Blanca sacar un frasco de su pecho y volver la espalda un instante.

Aunque la hubiesen visto, ¡cómo habian de sospechar lo más mínimo!

—¡Vamos, hermano mio, vamos hermanita! exclamó Blanca, una orgía.

En una mano tenia las tres copas en una bandeja, y en la otra un frasco de licor de naranja.

—Yo soy quien he hecho este licor, repuso, y aùn no habeis querido beber ni una gota.... Eso me humilla.... ¿Me complacereis hoy?

Llenó las copas.

Mariela cogió una.

Lacuzan vació la otra en un solo trago.

—A la salud de todos aquellos á quienes amamos! exclamó Blanca con un verdadero acento de triunfo.

¿Era la alegría de ver que por fin habian probado su licor de naranja?

—¡Es bueno....! dijo Mariela volviendo à colocar su copa sobre la mesa.

Lacuzan se pasó la mano por la frente y buscó con la vista un asiento.

Blanca, riéndose, le acercó un sillon.

Lacuzan dirigió en torno suyo una mirada recelosa.

Sus párpados, vencidos se cerraban.

Algunas palabras vagas y confusas expiraron en sus làbios.

Dormia.

Mariela se habia dormido antes que él.

Blanca se precipitó hàcia la puerta, la abrió é hizo suavemente:

—¡Chis.... chis!

Pichenet mostró en seguida, detràs de los cortinajes de terciopelo, su hermoso rostro medio doctoral y medio travieso.

XVIII.

Por la chimenea.

Tenemos que retroceder algun tanto.

En la noche anterior, à eso de las cuatro de la madrugada, la señorita Blanca de Noyal fué despertada por un ruido bastante singular que sonaba cerca de su cama, y cuya procedencia y orígen no podía divinar.

Al pronto tuvo miedo, porque al fin y al cabo era una muchacha; pero sus terrores nunca duraban mucho. Ya sabemos que tenia un corazoncito muy valiente.

Se echó fuera de la cama y se puso una bata.

El ruido continuaba.

Parecia que procedia de la chimenea, y algunos puñados de hollin que cayeron al hogar, no le dejaron ya duda alguna à la señorita de Noyal.

Naturalmente pensó que era un ladron quien

escogía aquel camino poco trillado para introducirse en el castillo.

Esto la tranquilizó por completo.

—¡Hola! dijo, bajándose hàcia la chimenea, ¿es ya hora de limpiar ese conducto?

—¡Señorita Blanca..... respondió una voz allá à lo lejos, ¿sois vos?

Todas las voces que hablan en los cañones de las chimeneas se desfiguran.

Blanca, juzgando que la conversacion habia durado ya bastante, se bajò de nuevo y dijo:

—La leña está preparada, amigo...... buscad fortuna en otra parte, ú os enviaré un poco de humo.

—¡Oh.... señorita Blanca! dijo la voz, seria la primera vez que hiciéseis daño....! ¡Dejadme bajar, os lo ruego!

Por vida mia que aquel ladron era delicioso.

Hablaba como la cancion *A la luz de la luna* cuando dice:

¡Abreme tu puerta,
Por amor de Dios!

Entretanto, Blanca, que tenia ya su candelero en la mano, varió de idea.

Aquella voz de limpia chimeneas era para ella como el eco de otra voz.

—¿Quién sois? gritó, mientras que una sorpresa alegre se reflejaba en su precioso semblantè.

—Soy....

La voz vaciló, y en seguida repuso:

—Vengo de parte del señor Alberto de Coetlogon.

La mano de Blanca soltò el candelero.

Un rubor leve tiñó su mejilla.

Luego se sonrío francamente con la idea de aquel nuevo camino que escogian los mensageros de su futuro esposo.

Entretanto, ya fuese mensajero, limpia-chimeneas ó ladron, el hombre que hablaba desde arriba cayò de improviso.

Estornudó y fué rodando hasta el centro del dormitorio.

El recien llegado estaba muy raro, y recomendamos á los demàs héroes de novela que nunca escojan el camino que él habia tomado.

Es imposible conservar el más mínimo barniz poético cuando se tiene hollin en las manos, en los ojos, en las mejillas, en la frente, en todas partes.

Blanca se moria de risa.

El recien llegado permanecia cortado y confuso delante de ella.

—¡Oh! pobre Pichenet, dijo al fin Blanca, no esperaba volver á veros de ese modo.

—¿Segun eso me habeis conocido, señorita....? balbuceò el jóven médico, que permanecia como deslumbrado.

Porque era muy linda Blanquita, mucho màs de lo que hemos dicho, preocupados como hemos estado siempre con la soberana belleza de su hermana Mariela.

Ya sabeis que habia cumplido diez y ocho años

Era bastante linda para enloquecer à todos los antiguos galanteàdores de Mariela, y aún á otras tres docenas de trovadores.

—Sí, sí, amigo mio, respondió; os he conocido. muy bien.... Pero, ¿es ese el camino por donde se viene de Paris?

Por màs que hàcia no podia hablar formalmente,

tanto era lo còmico que estaba Pichenet, con su aspecto contrito y sério, bajo la máscara de hollin que le cubria.

—Me habian dicho que érais un médico famoso, señor Adriano, repuso la jóven, por que ya no debo llamaros Pichenet.... Pensaba en vos muy ámenudo.

—¡Oh, señorita ...!

—Pero yo me figuraba siempre al señor doctor Adriano con unos puños muy blancos y una golilla muy plegada....

Y la implacable niña miraba à los puños y al cuello de Pichenet, que estaban tan negros como el carbon!

—Señorita....creed que un motivo muy grave.

—¡Seguro, seguro, señor Adriano.... Un mensaje del Sr. Coetlogon bien merece la pena de que se escalen las murallas y se baje por la chimenea al dòrmitorio de una muchacha....!

¿En qué consiste que todas las muchachas, por buenas y francas que sean, han de creerse rigurosamente obligadas á burlarse en cuanto se trata del hombre que va á ser su marido?

El señor Alberto de Coetlogon, que estaba helándose allá abajo, en el opuesto lado del foso era el motivo verdadero de aquella alegría intempestiva.

Y sin embargo, Blanca le amaba síncera y exclusivamente.

Son los lindos misterios de los corazoncitos jóvenes.

Esto llega à ser mucho menos gracioso y agradable en cnanto la jóven cuenta aunque no sea màs que veinticinco años.

Cuando la señorita ha pasado de los treinta años, esos misterios caen ya bajo el dominio de la ficcion

consumada, y entónces en el teatro se necesita una vieja experimentada para representar el paqel de la señorita.

En cuanto á la cuestion de bien parecer que pudieran suscitar algunas imaginaciones harto redondas (como la palabra *obtusas* es ofensiva la rechazamos,) responderemos que las relaciones que mediaban entre Blanca y Pichenet eran de tal género que nada tenia que ver en ellas la mundanal deciencia.

Entre la noble bienhechora y el honrado jóven que tenia el corazon henchido de gratitud, mediaba un vínculo tan franco como el que une á un hermano con su hermana.

Desconfiad cuidadosa escrupulosamente de las gentes que habian de la decencia con sobrada frecuencia.

Si los ahorcados pudiecen hablar, por más que diga el refran, estad seguros de que nunca hablarian sino de sogas.

¿No habeis encontrado, durante vuestra vida, millares de chalanes que hablan de probidad? Y todo gascon que conoce su estado; ¿no dice tres veces por minuto: «Voy á hablaros francamente....?

¡Desconfiad!

En tésis general, un jóven que á las cuatro de la madrugada está en el dormitorio de una muchácha, es cosa un poco ligera.... Pero ¿y el hollin....?

Además, ya os lo han dicho: Pichenet no amaba màs que à su madre.

Entraba por las chimeneas por que tenia medios para hacerlo, habiendo practicado el arte de bailarin de cuerda floja en la edad en que otros doctores en ciernes estàn aprendiendo el latin y el griego.

Pero, si se entregaba á sus reminiescencias, era

con sana intencion. Badabrux hubiera podido decir de él: «El dia no es más puro que el fondo de su corazon....»

Pichenet no conocia en manera alguna la topografía interior del castillo de Grail. Sin premeditacion alguna habia escogido la chimenea del cuarto de Blanca cuando se separò de Alberto de Coetlogon. Sin embargo, nos vemos precisados á confesar que, si le hubiesen puesto en el caso de elegir, siempre habria alegido la chimenea del cuarto de Blanca.

Habia ido allí impulsado por una necesidad irresistible de sondear aquel misterio en que su madre se hallaba mezclada, é impulsado tambien por una voz secreta que le gritaba: «Puedes llevar la salvacion à todos....!»

¿Como?

Para responder á esta pregunta, era preciso saber; para saber, era preciso penetrar en el castillo: hé ahí por qué Pichenet entró en el castillo como pudo.

Ahora es casi seguro que en tales circunstancias otra jóven no se habria conducido exactamente en los mismos términos que lo hizo Blanca de Noyal.

No pretendamos censurar en manera alguna á las jóvenes que hubieran lanzado fuertes gritos, aunque estos nada prueban.

Tampoco criticamos á las que se hubieran desmayado. Es el derecho que tienen.

Nos limitamos à pedir que no se culpe à nuestra pobre Blanquita porque careciera de gemidos y de sìncopes.

—Sr. Adriano, dijo al cabo de algunos minutos, si no teneis formal empeño en volver á pasar por el cañon de la chimenea encenderemos ahora el fuego...

Os dió mucho miedo cuando hablé de ahumaros.... ¿verdad?

—Ya sabia á lo que me exponia al penetrar aquí, señorita, respondió, Pichenet.

—Bravo! hé ahí que los doctores se van à tornar intrépidos como dragones!.... Sentaos ahí, señor Adriano, calentaos á la lumbre.... Voy à ir á buscar á vuestra madre....

—¿Con qué realmente está aquí? exclamó Pichenet tornàndose pálido y humedeciéndose sus ojos en llanto. ¡Oh! vos sois la primera persona á quien he visto al penetrar en este castillo, señorita Blanca!.... Por fuerza tenia que encontrar aquí la felicidad?

Blanca le tendió la mano, y él la besó con efusion y respeto.

—Soy una de vuestra amigas màs antiguas, Señor Adriano, repuso Blanca.

Luego apoyando un dedo sobre sus làbios mas rojos y frescos que dos cerezas, añadió:

—Sé todos vuestros secretos.... y quiero que seais feliz....Respondedme.... ¿la habeis olvidado?

Esto fué dicho en voz baja y en tono sério.

Pichenet bajó la cabeza y permaneciò silencioso un instante.

—No!.... replicó por fin, ni más ni ménos que no he olvidado el rayo de sol que iluminaba mi mísero cuartito.... y las làgrimas ó la sonrisa de mi madre!.... Pero sé lo que soy y lo que ella es, señorita Blanca.... ¿Por qué ha de ser un mal el admirarlà como la obra maestra de Dios, puesto que es la esposa feliz del señor conde de Lacuzan, mi bienhechor, y la hermana de la señorita Blanca de Noyal, mi providencia?....

—¡Feliz!.... murmuró Blanca.

Pichenet la devoraba con la vista.

Blanca se habia callado, y á su vez tenia los ojos arrasados en llanto.

—¡Escuchad! exclamó Pichenet, ¡si he adivinado, bendito sea el cielo!.... he pasado los años estudiando esa enfermedad terrible....

—¿Qué enfenmedad?

—La peste negra.

—Segun eso, ¡sabeis!....dijo Blanca estupefacta.

Pichenet la interrumpió alzàndo las manos juntas hàcia el cielo, y exclamó:

—¡Lo habia adivinado! ¡lo habia adivinado! Sabia por demàs que en el corazon de Lacuzan no podia haber màs que nobleza. Además, ¿estaríais vos aqui si fuesen ciertas todas esas calumnias?.... Pero estoy divagando, señorita Blanca.... Una hora para abrazar á mi madre, y luego que Dios me ayude. ¡Creo que os pagaré mi deuda!

Blanca no entendia una palabra, però nace tan pronto la esperanza en el corazon de las muchachas:

Se lanzó hácia la puerta.

En el umbral se detuvo.

Una sonrisa ladina hizo brillar sus pupilas, mientras que sus mejillas se cubrian de rubor.

—Pero.... Sr. Adriano, murmuró, cuando estabais allá arriba, en el cañon de la chimenea, dijísteis que veníais de parte de....

—Coetlogon, dijo Pichenet dándose un golpe en la frente; ¡oh! perdonadme este olvido.... me encargó que os dijese, cuando me separé de él.... porque está allí, el pobre jóven.... en el lindero del bosque....

—¡Ah....! ¡està allí! dijo Blanca muy contenta.

Luego añadió encogiéndose de hombros:

—¿Qué propio es eso de ese loco?

Os lo declaro, Blanca era doce veces ménos colegiala, es decir, veinte y cuatro veces más cómica que la generalidad de las muchachas.

Pero la más sincera se creeria condenada si no dijese algun tanto lo contrario de lo que piensa en materia de amores.

—Me encargó que os dijese, repuso Pichenet, que està á vuestros piés.... que os ama como nunca se ha amado.

Blanca iba corriendo ya por el pasillo y solo se oia el eco de su risita burlona.

Sin embargo, al pasar por delante de una ventana que daba á los fosos dirigió fuera una mirada penetrante, y como creyó distinguir al resplandor de los primeros albores de la madrugada un bulto situado al pié de los àrboles, segura de que nadie la veia envió un beso á aquel bulto que era el venturoso Alberto, el cual no vió el beso, pero cogió un buen catarro.

Entró la pobre Chaumel, la pobre madre muy conmovida ya aún antes de haber visto à su hijo y presintiendo su gran ventura.

Hubo làgrimas de alegría, palabras entrecortadas con besos.

Como contenpló á aquel hijo querido à quien hácia cinco años que no veia!

¡Y cuán envanecida se sintió al verle tan crecido, tan hermoso, tan fuerte! Todos sus dolores quedaron olvidados: los largos dias de miseria, las silenciosas lágrimas. Daba gracias à Dios porque aùn la dejaba vivir.

En lo sucesivo tendría ya un defensor, y éste era su hijó, que estaba allí delante de ella lleno de embriaguez.

¡Su niño Adriano era aquel jóven alto y fuerte!

¡Su pobre Pichenet era aquel famoso doctor!

Blanca besaba y abrazaba á la buena muger, tanta era la alegría que le daba el verla contenta.

La Chaumel estaba sobrado débil para resistir tanta felicidad. La pusieron en un canapé, junto al lecho de Blanca, y Pichenet se arrodilló en la alfombra, á sus piés.

—Ha venido aquí para enterarse; es preciso que lo sepa todo.

La Chaumel atrajo la cabeza de Adriano hasta su seno y refirió así el incendio de la cabaña.

—Cuando oí llamar á la puerta de nuestra casa, en medio de la noche, creí que era mi Adriano que regresaba de la gran ciudad, porque le aguardaba lo mismo de dia que de noche. Me levanté tan llena de júbilo que mis pobres piernas temblorosas ya no querian sostener á mi cuerpo. Parece que tardé demasiado tiempo en ir á abrir y echaron la puerta abajo.

—«¿Eres tú, Adriano? exclamé.

«La vela de resina me alumbraba.

«Ví un cuerpo negro y grande que no tenia cara.

«La vela de resina se me cayó de las manos y huí, porque habia conocido á Malbruk.

«Logró cogerme en medio de la oscuridad y me arrastró de los cabellos hasta el hogar, en donde ya acababa de remover las cenizas para encontrar un ascua.

—«Vuelve á encender la vela de resina, dijo, á fin de que vea bien para matarte.

«Comprendí que estaba loco, màs loco aún que antes de que le encerrasen en la casa de San Medardo.

—«Sueltame, le respondí si quieres que encienda la luz.

«Me soltó, y mientras me bajé ví confusamente que todo su cuerpo se agitaba como con el frio de la fiebre.

«Repetia entre dientes.

—«¡La tocaré! ¡la tocaré!....

«Yo no sabia de quién hablaba.

«Cuando la vela dé resina estuvo encendida me la quitó, y sin decir una palabra fué á prender fuego al jergon. Me lancé hácia él llena de espanto, pero me derribó con facilidad y apoyó un pié sobre mi pecho.

«El jergon ardia.

—«Ahí era donde estaba yo, murmuró, cuando vino ella con el brujo Lacuzan y dijo que me encontraba horroroso.... ¡Ah! estoy horroroso!.... Pues bien, ella estará lo mismo que yo.... *¡la tocaré! ¡la tocaré!*

«Yo gritaba:—¡Piedad! ¡perdon!—porque el humo comenzaba á sofocarme.

«Malbruk parecia que respiraba con entero desembarazo.

—«¿Con que tu Adriano va á volver? decia; está bien.... le aguardaré.... y le apretaré el cuello hasta que su lengua se ponga negra y cuelgue sobre su barba.... ¡Ah! tengo mucho que hacer y no sé si podré acabarlo todo!

«Quitó su pié, que me estaba hundiendo el pecho.

«El fuego se habia comunicado al armario que estaba detrás de la cama; el tabique de carcomidas tablas se iba poniendo negro.

«Consagré mi alma á Dios y le pedí que prote-

giese á mi pobre Adriano, porque ya se apoderaba de mí la agonía de la muerte.

«Sin embargo, logré arrastrarme hasta la puerta y respiré con algun desahogo.

«Malbruk encontró un cántaro de vino que la señorita Blanca me habia enviado y comenzó á bebérselo.

—«¡Hola, hola! Muger, dijo riendo, bebes buen vino ahora que no estoy aquí!

«Dios me sugirió una buena idea y exclamé:

—«¡Salva al ménos el dinero que está en el arca!

«Apenas hube concluido de hablar, cuando ya estaba dando sendos golpes en el arca para abrirla. El arca contenia cinco ó seis monedas de á seis libras del dinero que mi Adriano me enviaba......

«Merced al ruido que metia pude entreabrir la puerta sin que él lo oyese y deslizarme fuera. Pero el viento se coló por el hueco de la puerta y las llamas subieron hasta el techo, el cual se incendió como si hubiese sido un puñado de paja.

«Malbruk se obstinaba en querer abrir el arca.

«En el momento en que yo llegaba á la tapia del jardin de la abadía, oí un gran estrépito detrás de mí. Era la casa que se hundía lanzando un torbellino de llamas hasta el cielo.

«Entre aquel torbellino de ardientes llamas, Malbruk, enteramente negro, saltaba y gesticulaba como un demonio

«Habia conseguido forzar el arca. El grito que lanzó en medio del incendio era un grito de triunfo.

«Yo bajé hasta el rio y seguí andando por la orilla, ocultándome cuanto podia trás los árboles y matorrales. Llegó el dia antes de que me fuese posible meterme en el bosque, y me ví obligada á

esconderme en la enramada, porque Malbruk me iba siguiendo el rastro para acabar de darme muerte.

«Pasé dos dias en el bosque sin comer ni beber, y me habria muerto de hambre si Dios no me hubiese enviado el ángel bueno de nuestra casa, á la que te salvó en otro tiempo, Pichenet, despues de haberte procurado el sustento durante mucho tiempo con sus donativos, á la que diò pan á tu madre despues de tu partida.... á la señorita Blanca!

«Entré con ella en el castillo.

«Ay de mí! tan, luego como hube entrado comprendí lo que Malbruk habia querido decir con aquellas palabras: la tocaré! la tocaré!

La Chaumel calló.

Pichenet se llevó á los labios el borde inferior de la falda de Blanca.

Una hora despues, Pichenet estaba solo otra vez con la señorita de Noyal.

Preciso es creer que la Chaumel habia arreglado algun tanto el atavío de su hijo, porque á la sazon el señor Adriano tenia todo el aspecto de un médico decente y bien vestido.

Desgraciadamente, le decia Blanca prosiguiendo su conversacion ya comenzada, hay algo de verdad en todos esos rumores que circulan, y esto concluirá por alguna contecimiento siniestro.... Mi pobre padre está debilitado por la edad, y además Lacuzan se niega pertinazmente à admitirle en la confindencia.... Ya vereis, señor Adriano, cómo al fin de todas estas extravagancias hay sangre!

Sacudió lentamente su rizada cabeza y repuso:

—¡Pobre Mariela yo era aún muy niña cuando por primera vez se pronunció en nuestra casa el nombre de la peste negra. Me acuerdo que Mariela

se puso más pálida que un cadáver y cayó sobre un sillon lanzando un grito de espanto.... Era un presentimiento que, de entónces acá, nunca la ha abandonado.

Pichenet parecia que estaba absorto en sus reflexiones.

—Hé aquí la carta que recibí el domingo último, añadió Blanca.

Sacó una carta de su seno y la leyó.

«Querida hermana: Nada os pido porque sé que vuestro corazon os aconsejarà mejor que yo. Ha caido sobre nosotros una desgracia espantosa. No puedo daros esplicacion alguna por escrito. Mariela os necesita mucho, pero como se trata de su vida, debo advertiros que, cuando hayais entrado en el castillo, no podreis volver á salir de él.

«Rogad por nosotros.

Lacuzan»

Pichenet escuchó con mayor avidez aún.

Blanca repuso:

—Yo sabia que el señor Alberto de Coetlogon debia batirse á la mañana siguiente con el señor de Talhouet por el pobre Lacuzan; es decir, por mì. ¡Pero yo conocia tambien á Lacuzan! Para que él escribiese tal carta era preciso que una desgracia, una desgracia espantosa, hubiese ocurrido en su casa.... Porque no os he leido la postdata, señor Adriano, héla aquí:

«Hermana mia, si vénis, es preciso que todos lo ignoren; vendreis secretamente, sin decírselo, sobre todo, al señor marqués de Noyal, vuestro padre.»

—¡Es singular....! murmuró Pichenet.

—Sí, dijo Blanca, es singular. Me puse en camino en mitad de la noche....

—¿Sola? preguntó Pichenet interrumpiéndola.

—Enteramente sola.... sé el camino del bosque.

—Pero para entrar en el castillo á tales horas....

—Si yo conozco á Lacuzan, tambien él me conoce á mì.... Me estaba esperando.

XIV.

El antifaz de color de rosa.

—Lacuzan sabe por demás que yo nunca tengo miedo, repuso Blanca con cierto impulso leve de orgullo. Lacuzan estaba seguro de que yo vendria.... Me estaba esperando en el extremo del puente levadizo. Me tendió la mano y murmuró:

«Gracias, Blanca, hermana mia.

«Luego, mientras su voz temblaba y se ahogaba en su garganta, añadió:

«¡Hermana, hermana, somos muy desgraciados!

«Pronuncié el nombre de Mariela.

«Lacuzan se cubrió el rostro con ambas manos.

—«Està durmiendo; repuso por fin; venid, venid, voy à decíroslo todo.»

Al llegar Blanca á estas palabras, se detuvo.

Pichenet la interrogó con una mirada y luego dijo:

—No me oculteis nada, os lo ruego.

—Es que Lacuzan, repuso Blanca, es mi amigo predilecto.... Si Alberto de Coetlogon, á quien amo y con quien quiero casarme, me pidiese el secreto de Lacuzan, no se lo revelaria.

—Señorita Blanca, replicó Pichenet, cuyos ojos se expresaban aùn con màs elocuencia que su voz, amo al señor de Lacuzan comó si fuera mi hermano ò mi padre.... aunque sé muy bien que no soy màs que un pobre muchacho y que él es un gran señor.... Pero os suplico de nuevo que no me oculteis lo màs mínimo.... He adivinado ya la mitad del secreto.... decidme lo demàs.

Blanca le miraba frente á frente, como si hubiese querido leer en su corazon:

Ahora, que es ya completamente de dia, y que los primeros rayos del sol penetran en el cuarto de la señorita de Noyal, podemos hablar un poco de lo que pasaba en el fondo del corazon dé Pichenet. La sitacion no ofrece ya peligro alguno. El sol es un tercero, es una compañía. El señor Adriano y la señorita Blanca no estàn ya solos.

Queda convenido que el señor Adriano *no amaba mas que á su madre*. Adoraba un poco al recuerdo de Mariela, pero esto no èra amor.

Se hubiera encolerizado en sumo grado el novel doctor si le hubiéseis dicho: «Es amor!»

En cuanto à la señorita Blanca, ya veis que le llevaba recados de parte de Alberto de Coetlogon y la oia decir: Quiero casarme con él.

Pero ¡Dios mio! no se podia estar así al lado de la señorita Blanca, bajo el atractivo de su mirada, bajo el encanto invencible de su voz, sin verse obli–

gado á pensar veinte veces por minuto. ¡Cuán deliciosa es y cuánto la hubiera yo amado!

Sí, à pesar del recuerdo de Mariela!

Pichenet, aquel pobre corazon tan jóven que solo amaba de una manera condicional, hacia así infidelidades á su primera adoracion.

Comparaba; pensaba que la mayor era realmente más hermosa en su memoria pero que no tenia aquella sonrisa encantàdora, aquella voz penetrante, aquel atractivo poderoso, aquel perfume de amor....

A la verdad, nuestra Blanquita tenia todo esto!

No era una maravilla: era una muchacha.

Tenia un aspecto gracioso y vivo, con fuego en los ojos, chispas en el corazon, vida en todos sus poros.

Una jóven, en fin, que nada tenia de la colegiala inexperta ni de la muñeca insulsa é insìpida; una jóven de carne y hueso, cuyos labios no eran de coral, cuya tez no era de raso, cuyos ojos no eran de esmalte, cuya frente no era de alabastro, cuyos cabellos, no eran de seda, cuyo fino talle no era un *talle de avispa.*

¿Por qué no se entretiene un pintor en trazar sobre el lienzo ese bello ideal de los poetas ultracándidos? ¿Por qué Nadar ó Danmier no han bosquejado todavía ese parangon de las princesas del Parnaso. Labios de coral, tez de raso, ojos de esmalte, frente de alabastro, cabellos de seda, talle de avispa?

¿Y por qué los vendedores de juguetes no fabrican, con arreglo á ese programa, alguna cosa que se mueva por medio de resortes y que se les pueda dar á los poetas macarrónicos?

Habria fiesta completa entre ellos. El Apolo invàlido veria realizados sus ensueños, y cada Tíbulo

con peluca, haciendo de Pigmaleon, procuraria animar su Galatea de pasta recitándole versos alejandrinos de carton.

¡Versos alejandrinos capaces de incomodar al mismo Badabrux, solteron!

¡Ah! sí, el pobre Pichenet encontraba à Blanca muy linda, y cuando se preguntaba à sí mismo, siempre condicionalmente, á cuàl *amaria* más, en verdad, en verdad, que no acertaba à decidirlo.

Blanca despues de haber reflexionado un momento, le cogió de la mano y dijo:

—Creo en vos Adriano, y no quiero ocultaros nada. Hé aquí lo que Lacuzan me dijo:

«Hace próximamente tres semanas tu hermana Mariela salió sola del castillo para ir à dar un paseo por el parque. El parque se interna mucho en el bosque, y en la tapia del cercado hay un boquete.

«Pero Lacuzan es el ídolo de la comarca, y nadie habia intentado en tiempo alguno introducirse en el parque por aquel boquete.

«Estaba anocheciendo. Mi hermana se encaminaba de nuevo al castil o cuando de improviso una gran sombra negra se lanzó desde un arbusto y le cerró el paso.

«Lo que entónces ocurrió se lo refirió mi hermana à su marido en aquella misma noche; pero quiero decíros ahora mismo que desde entónces ha perdido todo recuerdo de aquel suceso, aunque su memoria ha permanecido fiel à cosas que pasaron mucho tiempo antes.

«Toda circunstancia que le recordase la violencia espantosa de que fué objeto; es màs que probable que la haria recaer en lo màs grave de su enfermedad.

«Aquella sombra negra que se alzaba ante Mariela ya habreis adivinado que era Malbruk.

Lanzò una carcajada hedionda y le cogió ambas manos.

—¡Te toco! ¡te toco! exclamó con salvaje embriaguez.

Y como ella procuraba desembarazarse, la magulló sus pobres brazos.

Luego.... ¿cómo os diré esto?.... temiendo que no la habria inoculado con bastante seguridad su enfermedad, se inclinò hàcia ella y la mordió como una fiera, como lo que es, en el nacimiento del cuello.

Despues huyò, saltando por encima de los matorrales y lanzando gritos de triunfo....

Mariela volvió medio loca al castillo.

Hàcia las once de la noche aparecieron los primeros síntomas de la peste negra.

Y durante toda aquella noche y las siguientes pudo oir los salvajes aullidos de su verdugo, que, oculto entre los corpulentos árboles del bosque, gritaba:

—¡La he tocado! ¡la he tocado!

Nunca ha sido posible apoderarse de ese hombre, que posee una agilidad infernal.

Durante ocho dias Mariela estuvo entre la vida y la muerte....

Pero, dijo Adriano interrumpiéndola al llegar aquí, ¿quién la ha atendido, quién la ha curado?

—Su marido.

—¡El señor de Lacuzan!

—Sí. ¡No le conoceis....! fué el primero entre todos que obtuvo la confianza de los presentimientos de Mariela.... Se casó con ella teniendo el firme convencimiento de que se hallaba predestinada à sufrir el ataque de la peste negra.

«Mucho tiempo despues de que Mariela, feliz y contenta hubiese olvidado sus presentimientos de muchacha y sus temores que ella misma calificara de locos é infundados, Lacuzan conservó en la memoria aquellos presentimientos y aquellos temores.

«Como ama á mi hermana hasta el extremo de vivir tan solo por ella y para ella, ese temor llegó à ser preocupacion fija y constante; y como no es hombre capaz de cejar ante un temor, buscó los medios de luchar.

«Ya sabeis que desde la invasion de la peste negra habia arrostrado todos los peligros del contagio con tal audacia que el pueblo bajo le tachaba de brujo. Quiso agregar à la experiencia el estudio científico y se hizo médico»

—¡Médico! exclamó Pichenet estupefacto.

Y al decir esto media con sorpresa y respeto toda la profundidad de aquel amor inmenso.

Le hácia feliz y le enorgullecia.

Porque raciocinaba ó más bien sentia lo mismo que si un vínculo fraternal le hubiese unido á aquella muger, ídolo de sus sueños de niño.

—Medico, replicó Blanca, no por medio de un titulo expedido por la facultad, sinó por medio de veladas pacientes y de un estudio obstinado.

«Médico atrevido y sàbio.

«¡Médico capaz de vencer á la peste negra en ocho dias!

«Mariela está curada; se halla en el término de su convalencia; Mariela está ya casi tan fuerte como antes de su desgracia....»

Blanca se interrumpió.

Pichenet desde luego comprendia que aùn habia algo más que decir!

—Entónces preguntó, ¿por qué esos misterios? ¿Por qué....?

—Ya sabeis qué huellas deja en pos de sí la peste negra, respondiò Blanca lentamente y en voz baja; creo que no ignorais cuánto apego tiene mi hermana à su belleza.... ¡Ay de mí! ¡Su belleza....! exclamó interrumpiéndose y con los ojos arrasados en llanto.

Pichenet comprendía.

—¿Y nada sabe todavía? preguntò.

—¡Lacuzan quiere que nunca lo sepa replicó Blanca, y en esa empresa insensata consume ahora su fuerza heróica y su indomable voluntad.... Mariela está prisionera para que nadie pueda verla, para que nunca un gesto imprudente, una exclamacion ó una palabra de sorpresa lleguen á revelarle el cambio cruel que en ella se ha verificado.

—¡Segun eso, ha variado mucho! exclamó Pichenet sin poderse contener.

—No he podido resolverme à verla, repuso Blanca; pero cuando Lacuzan cree hallarse solo, repite con frecuencia: «¡Se morirá de pesadumbre, se morirá!»

—¡Quizá sea esa una mera aprension....! murmuró Pichenet.

Blanca le cogió el brazo y se le apretó con fuerza, diciéndole:

—Hay dolores que destrozan à los corazones más robustos, que extravian las razones más claras.... Lacuzan dijo en otro tiempo à Mariela que si ya no pudiera ser dichosa en este mundo y él llegase á saberlo la matería.... Sí, yo me hallaba presente cuando se lo dijo.... y era en momentos casi solemnes.... Ahora bien, Lacuzan sabe por demás que ya no puede prolongar por mucho tiempo la mentira de esa farsa.... Lacuzan està cansado.... Lacuzan

vé, y oye à toda la poblacion de Rennes, exasperada por su pueril afan de saber, y que se está estremeciendo, impaciente y curiosa en las puertas del castillo de Barba-Azul.... ¡por qué le llaman Barba Azul, cielo santo....! ¡Lacuzan tiene ya fiebre, se vuelve loco y matará á su muger!

Blanca calló y ocultó su cabeza entre ambas manos.

Pichenet guardó silencio.

Dieron las siete en el reloj que habia sobre la chimenea.

Blanca se estremeció y pareció como que despertaba sobresaltada.

—Ahora es preciso marchar, exclamó; habeis estado ya sobrado tiempo aquí, señor Adriano.... es preciso que os retireis al momento...... Habeis visto ya á vuestra madre; sabeis que aquí se halla completamente segura.... Os encargo que digais al señor Alberto de Coetlogon, que le prohibo venga á rondar así en torno del castillo.... Le podria suceder una desgracia....! Si os pide noticias mias, decidle que estoy bien.... y que pienso en él.... algunas veces....

Se levantò y abriò la puerta.

Pichenet no se movió.

—¡Vamos! dijo, no sin cierta impaciencia.

—¿Y creeis, repuso el jóven médico irguiendo su hermosa frente, que voy á abandonaros así?

—Pero....

—¡Despues de cuanto acabais de decirme!

—¡Pero será!

—No, señorita Blanca, me quedo.

—¡Os quedais! exclamó la jóven asustada; si Lacuzan supiese....

—El señor de Lacuzan no lo sabrà.

—¿Cómo ocultárselo...? ¿y por qué? añadió Blanca à manera de reflexion.

—No hay que tener confianza á medias, señorita Blanca, respondió Pichenet. Me digisteís, hace un momento, que creíais en mí: probàdmelo.

Y como Blanca no respondia, añadiò en tono resuelto y casi imperioso:

—Es preciso que yo vea á la señora condesa de Lacuzan.

Blanca se extremeciò.

—Ver á mi hermana! exclamó; pero, ¿no sabeis que nada le cuesta un asesinato à quien està desesperado? ¡Ya os lo he dicho, y ¡ojalà llegue yo á engañarme, Dios mio! Lacuzan seria capaz de matar á su muger?...... creeis que á vos os perdonarìa?

Pichenet se sonriò con dulzura, y dijo:

—Estoy muy seguro de que vos no abandonaríais à mi madre, señorita Blanca.

Habia en estas palabras sencillas una resignacion tan grande y tan hermosa, que Blanca se sintió profundamente conmovida.

—Sois bueno, Adriano, dijo sin ocultar su emocion; pero Lacuzan no es hombre á quien se pueda servir asi, contra su voluntad.... Sois muy jóven.... teneis ante vos un porvenir muy brillante.... marchaos, ¡y Dios os premie el haberos querido sacrificar por nosotros!

Pichenet, en vez de responder y retirarse, abriò las solapas abrochadas de su casaca de terciopelo negro y sacó de su bolsillo una caja de tafilete.

—¿Comeis con el señor conde y con vuestra hermana? preguntò.

—Sì.... ¿por qué?

— Porque esa circunstancia nos servirà de mucho, señorita Blanca.

Escogiò en su caja de tafilete un frasquito que tenia escrito en la etiqueta un nombre latino, y dijo con perfecta calma:

—Echad una gota de este líquido en el vaso del señor conde y en el de la condesa, y ambos se dormiràn profundamente.

Luego añadió en voz baja y en tono muy resuelto.

—Si no quereis, probaré otro medio.... porque, os lo repito, señorita Blanca, es preciso que yo vea á la señora condesa.

Blanca vaciló un momento y luego cogió el frasco.

Ya hemos visto el uso que de él hizo.

Cuando Pichenet fué introducido en el saloncito en donde Mariela y Lacuzan acostumbraban à comer, eran próximamente las dos de la tarde.

Blanca estaba muy pàlida de resultas de la accion audàz que acababa de cometer.

El conde Enrique tenia la cabeza inclinada sobre el pecho. El sueño irresistible le habia cogido de improviso. Por la postura de sus brazos, apoyados con fuerza sobre las rodillas, se veia que habia intentado luchar.

Mariela, por el contrario, tenia la cabeza echada hácia atràs, sobre el respaldo de su sillon y medio envuelta entre los rizos de su hermosa cabellera rubia.

Pichenet atravesó el salon andando de puntillas. Estaba aún más pálido que Blanca, y ésta oía los latidos de su corazon

—¡Si fuesen á despertar! murmuró la jóven.

Pichenet cogió la mano del conde, la alzó y luego la soltó de pronto.

La mano volvió á caer inerte y el conde no se moviò.

Blanca nada dijo ya, pero se apoderò de ella otro terror: aquel sueño se asemejaba á la muerte.

Apoyò su mano sobre el corazon de Lacuzan, pero éste latia con suave regularidad.

Pichenet viò, adivinó y se sonrió con tristeza.

Se adelantò hácia Mariela y procurò desatar los cordones que sujetaban su antifaz, pero sus dedos temblaban demasiado.

—Ayudadme, señorita Blanca, dijo enjugándose el sudor que corria por su frente.

Blanca obedeció.

Pero sus pobres deditos temblaban màs aún que los del médico.

Sin embargo, los cordones del antifaz quedaron sueltos, y ya no faltaba más que levantar aquél. Blanca y Pichenet se miraron.

No se atrevian.

Por la puerta abierta se dirigieron instintivamente sus miradas al salon de terciopelo azul.

Precisamente en frente de la puerta se veia el retrato de Mariela.

Un rayo de luz màs vivo iluminaba su celestial belleza.

Pichenet levantó el antifaz.

Blanca lanzò un grito ahogado y cayò desmayada sobre la alfombra.

El mismo Pichenet se tambaleò y se vió obligado á apoyarse en la mesa.

¿A qué describir lo que es tan terrible que casi llega à destrozar el corazon? No diremos, no, lo

que Blanca y Pichenet vieron bajo el antifaz de raso de color de rosa. ¡Ay Dios! el retrato estaba allí, brillando con su divina belleza; estaba allí, cual un sarcasmo amargo y cruel; el rayo de sol le hácia sonreir dulcemente.

Pichenet cogió á Blanca en brazos y se la llevó á su aposento, llamó á su madre y la dijo:

—Toma, madre, cuídala.... Cuando despierte dila que ha soñado.

Se lanzó de nuevo al saloncito y se arrodillò delante de Mariela.

Surgian las lȧgrimas de su corazon y se secaban en sus abrasados párpados.

Y cuando por segunda vez miró aquel retrato radiante que estaba en la habitacion inmediata, pareciò que su ronca respiracion se ahogaba en su garganta.

El contraste era horrible y desconsolador. Pichenet cerró la puerta para no ver aquella sonrisa del pasado que insultaba el dolor presente.

Lacuzan se agitaba en su sueño.

Asomaban à sus lábios algunas palabras confusas.

Pichenet creyó oirle murmurar:

—¡La ha tocado! ¡la ha tocado!....

Un relámpago brillò en los ojos del jóven médico. Antes de levantarse juntó sus manos tendidas hácia el cielo y oró fervorosamente.

Luego escogió diferentes sustancias en su caja de tafilete, las mezcló, las echó en un vaso con cierta dòsis de agua clara, y comenzó una especie de cura.

Aquella mezcla debia producir una accion violenta, porque Mariela se quejaba en sus sueños.

Pichenet le untó toda la cara, el cuello y el pecho.

Cuando hubo concluido quemò los trapos que le habian servido y se lavò las manos con agua y con aquellas cenizas.

Luego echó sobre la paleta hecha ascua una gota de esencia que disipó los perfumes acres de la composicion y restituyò à la atmósfera su primitiva pureza.

Lacuzan despertó al anochecer.

Mariela estaba tendida sobre su sillon en el mismo estado en que la habia dejado con su antifaz puesto.

La presencia de Pichenet no habia dejado huella alguna.

XX.

El espejo.

La convalecencia de la condesa avanzaba con rapidez.

Mariela, á medida que recobraba sus fuerzas y su salud, recobraba tambien la coquetería propia de su carácter. Para ella era un verdadero suplicio el no verse.

Habia suplicado á su marido que le diese un espejo, aunque no fuese más que durante un minuto.

Habia procurado seducir á Blanca para que ésta le procurase à escondidas un espejo.

—¡Un espejo! ¡un espejo! ¡mi reino por un espejo! habría dicho gustosa si hubiese sido reina.

Lacuzan, por su parte, se tornaba cada vez más sombrío.

Su esperanza se iba desvaneciendo.

Cada nuevo progreso de la convalecencia de Mariela le acercaba à un desenlace fatal.

Habian trascurrido ocho dias desde la llegada de Pichenet al castillo de Grail, en donde el conde Enrique no sospechaba su presencia.

Pichenet se hallaba oculto en el cuarto de su madre.

El señor de Badabrux, como es fácil adivinarlo, no habia dejado de referir prolijamente con citas trágicas y con toda clase de adornos, la historia singular de su encuentro, en la calle de Toulons, con el hijo de la Chaumel, Pichenet, que en otro tiempo bailaba en la maroma y à la sazon era primer ayudante del médico de S. M.

El relato se habia embellecido de una manera notable al pasar por boca de los murmuradores de baja estofa, y no faltó quien dijese que aquel jòven habia sido enviado por el rey Luis XV para averiguar lo que pasaba en el castillo de Barba-Azul.

Pichenet era el leon de Rennes: todos hablaban de él, lo mismo en los salones que en las tiendas y en las calles. ¡Figuraos! habian visto bailar en la maroma, à aquel doctor, y todos recordaban muy bien el tono de voz con que aquel tuno de Malbruk le gritaba.

—¡Salta, Pichenet!

Ahora bien, el Sr. Alberto de Coetlogon habia dejado escapar algunas palabras, de las cuales se podia deducir que el jóven médico habia traspuesto los terribles umbrales del Castillo de Terciopelo.

Y à ejemplo de cuantos lo habian hecho, Pichenet no volvió á aparecer.

Una víctima màs que agregar al número siempre creciente de las víctimas de Barba-Azul.

¿Cuàndo se resolvería la justicia del cielo, ó al menos la justicia humana, à destruir aquella calamidad espantosa?

Las verduleras de las plazuelas, esa potencia que siempre ha reconocido la ciudad de Rennes, estaban muy sobrescitadas.

Se comenzaba à entonar canciones sediciosas bajo las ventanas del palacio del señor gobernador de la provincia.

El pueblo iba tomando parte en el asunto sin saber à punto fijo por qué. Era aquello una revolucion en gérmen.

¿Y conoceis muchas revoluciones que hayan tenido causas tan graves?

En la mañana del mártes 7 de noviembre de 1754 fueron violentadas las puertas del patio del gran palacio de Coetlogon, que era donde residía el señor lugarteniente del rey.

La multitud invadió hasta el zaguan, pidiendo á voces que se asomase el señor lugarteniente del rey. En efecto, éste se asomó á un balcon, y un peluquero constipado y ronco, erigiéndose en órgano del pueblo, expuso las quejas que por doquiera se formulaban contra Barba-Azul y pidió que se procediese contra él. La multitud aplaudió.

El lugarteniente del rey en breves palabras contestò que, si realmente habia delito y lugar á queja, la formulasen en debida forma por ante el gobernador de la provincia. Dicho esto saludó y se retiro á sus habitaciones.

El señor marqués de Coetlogon era un señor universalmente respetado.

Sin embargo, su respuesta no agradó mucho á la multitud. Esta se habia ido aumentando de una

manera considerable en el patio y en los alrededores del palacio.

Circunstancia grave: entre los trajes populares habia un número bastante crecido de casacas de personas acomodadas, y aún se veian algunas libreas, lo cual daba márgen à creer que los señores de la nobleza habian procurado informarse del estado en que se hallaba el motin.

Desgraciadamente, algunas personas que llegaban de la plaza de Santa Ana llevaron la noticia de que tres pobres pacientes habian fallecido en los barrios bajos de resultas de la peste negra.

Por una asociacion de ideas misteriosas, Lacuzan y la peste negra eran todo para el pueblo de Rennes.

La multitud comenzó à gritar:

—¡Barba-Azul! ¡muera Barba-Azul! que nos entreguen á Barba-Azul, ó prendemos fuego à la ciudad....!

El tumulto habia llegado à su colmo.

A la sazon habia más de seis mil almas reunidas en torno del palacio.

Ocurrió entónces un incidente que calmó el estrépito durante algunos minutos.

Aunque el señor lugarteniente del rey no habia juzgado propio de su dignidad el dar explicaciones categóricas à aquella aglomeracion de gente de todas clases, era lo cierto que en aquella misma mañana habia despachado un correo al castillo de Grail llevando una comunicacion, en la cual se rogaba al señor conde de Lacuzan que se presentase en Rennes á dar cuenta de su conducta, porque, prescindiendo de las exageraciones que públicamente circulaban, la conducta de Lacuzan que hácia custodiar su

castillo de dia y de noche por veinte dragones, con razon podia parecer extraordinaria.

Ahora bien, en el extremo de la calle del palacio, que estaba llena de gente, se presentó un dragon á caballo. Llevaba la respuesta del conde de Lacuzan.

La multitud compacta y agitada, no le apuraba mucho al dragon. Tanto él como su caballo, habian visto otras muchas aglomeraciones de gente algo peores.

¡El dragon se llamaba Juan Bolnyi! Era uno de los veinte de Belgrado.

—Vamos, dijo, hacerse à un lado.

Y como el tropel de gente parecia que queria resistir, Juan Bolnyi clavó los acicates à su caballo y repartió à diestra y siniestra media docena de sablazos de plano.

Juan Bolnyi logró entrar en el patio. En el momento en que echaba pié á tierra, un pillete llamado Joujou tuvo la malhadada idea de gritar:

—¡Calle, calle! hé ahí uno de los perros de presa de Barba-Azul.

Juan Bolnyi le mirò de reojo.

Joujou tenia una de esas caras insolentes que siempre se han encontrado en los barrios bajos de las ciudades populosas: frente angosta con cabellos de color de azafran, nariz remangada; ojillos grises y saltones, las manos en los bolsillos, unos piés grandes y anchos, y unos codos puntiagudos que son armas ofensivas.

Joujou era acaso algo ménos odioso y feo que el pillete del París político, pero no era grande la diferencia.

Sostuvo descaradamente la mirada del húngaro.

y como éste se limitaba á fruncir su poblado entrecejo, Joujou se envalentonò y con la vara que tenia en la mano sacudió un latigazo á la cabeza del caballo diciendo:

—¡Hola! ¡eh! ¡Mirad! ¡el perro de presa ha creido que me iba á asustar!

Juan Bolnyi alargó el brazo, cogiò á Joujou del cuello y levantándole en alto le tiró como una pelota à lo màs compacto de la multitud.

Joujou lanzó un ahullido.

Bolnyi subió tranquilamente por la escalinata.

Nadie se atrevió á tocará su caballo, que quedaba atado á la barandilla.

La respuesta del señor conde de Lacuzaa al mensaje del lugartiniente del rey fué entregada por Bolnyi á un ugier, quien se la llevó á su habitacion al señor marqués de Coetlogon.

Esta respuesta era la dimision que presentaba el señor conde de Lacuzan del cargo de coronel de los dragones de Conti.

Eran muy raros los casos en que un hidalgo creia que podia tomarse la libertad de romper así su espada. Y digo en tiempo de paz, porque en tiempo de gueıra no habia ni un solo ejemplo.

El señor de Lacuzan, al obrar así, se exponia á ser juzgado muy severamente por sus iguales.

El ugier que habia entrado la comunicacion la leyó por encima del hombro del señor lugarteniente del rey, y creyendo obrar bien se lanzó de nuevo al balcon gritando á la multitud.

—¡El hombre á quien denominais Barba-Azul no está ya en el servicio de S. M!

La multitud pensò, naturalmente, que las gentes del rey capitulaban.

Un prolongado grito de victoria repondió al anuncio del ugier, y la multitud, súbitamente embriagada, se precipitò fuera del patio del palacio para trasladarse á la plaza de Santa Ana.

La plaza de Santa Ana era en Rennes lo que la puerta de San Dionisio es en París.

No habria buen montin si no fuese à dar una vuelta por la plaza de Santa Ana. Aquel gran trapecio fangoso, rodeado de casas de mal aspecto y peor fama era el teatro favorito de las bullangas.

Como habia bastante distancia desde el palacio del lugarteniente hasta la plaza de Santa Ana, preciso era llevar à alguien en triunfo. En efecto, cómo se habia de coronar de otro modo una bullanga! Despues de escoger y declarar varias personas, por un unimidad de votos quedó elegido Joujou el héroe y la víctima. Las verduleras le acamaron y cuatro hombres le alzaron sobre dos palos.

Joujou les dejó obrar á su antojo, pero estaba muy pàlido, y una vez creyeron verle temblar.

Pidío una escudilla de sidra, y mientras bebia sus dientes tocaban la generala en la tosca loza de la taza.

Joujou, el eterno hablador, el burlon incorregible, no volvió à pronunciar ni una palabra. En vano era que le excitaran y le provocasen, pues parecia que su alegría se habia desvanecido para siempre.

Y sin embargo, Joujou no era tan delicado que le hubiese producido este efecto una simple caida como la que le habia hecho dar el dragon; necesitábase otra causa màs poderosa.

—¡Joujou, Joujou! gritaban los de la comitiva, ¿tan fuerte te ha mordido el perro de presa de Barba Azul?

Joujou no respondia. Se estremecia, y su pàlida cabeza le caia sobre el pecho.

De pronto se enderezó, y sus dos brazos crispados se tendieron hácia adelante.

—¡Cristianos, no os ocerqueis! gritó con voz alterada; ¡temed á la peste negra!

Surgiò de entre la multitud un poderoso murmullo. Los que se hallaban màs próximos à la camilla improvisada retrocedieron llenos de espanto; los cuatro hombres que la sostenian la soltaron á un tiempo, y dejaron al triunfador en medio de la calle.

Estableciόse un ancho círculo en torno de la camilla en la que el pobre Joujou se agitaba sin auxilio alguno.

Hàcia algunos dias que habia en Rennes una recrudescencia en la marcha de la epidemia. La peste negra volvia. El rayo de su cólera habia causado ya varias víctimas.

Cuando las gentes de Rennes vieron que el rostro del pobre Joujou se tornaba de pronto lívido, que sus ojos se inyectaban en sangre y que asomaba la espuma á sus lábios, la loca alegría desapareció para ceder el puesto al estupor.

Joujou intentó hablar, y hubo algunos que creyeron haber oido el nombre de Barba-Azul entre las palabras confusas que murmuraba.

Aquel nombre de Barba-Azul circuló en seguida de boca en boca.

El perro de presa de Barba-Azul le habia mordido; y aquel hombre que yacia allí en el polvo y à quien algunos minutos antes habian visto tan lleno de fuerza y de vida, á la sazon estaba agonizando.

Tuvo tres ó cuatro convulsiones terribles, y luego ya no se movió.

Indublemente era aquella otra víctima de Barba-Azul.

Pero puesto que aquel monstruo de Barba Azul no estaba ya al servicio de S. M., segun lo habia anunciado el ugier del lugarteniente del rey, ¿no podian vengarse, por fin?

Tal fué el pensamiento comun, universal, y cada cual respondió:

—La hora de la justicia ha sonado, es preciso que Barba-Azul muera.

———

El pobre Joujou olvidó decir (ó quizà no tuviese tiempo para ello) que en la mañana de aquel mismo dia le habia ocurrido una aventura singular en la orilla del rio.

Joujou vivia detràs del mercado y se levantaba mucho antes que saliese el sol, para ir á buscar su carga de pescado fresco. Aquella mañana, en el momento en que volvia con su cesto, viò salir de entre los cañaverales que hay en la orilla del rio un cuerpo alto, flaco y andrajoso.

Aquel hombre ó aquel fantasma, tenia un pedazo de tela negra sobre el rostro.

Joujou pensó en seguida en la peste negra, pero aquella especie de espectro no llevaba carraca.

Fué á plantarse en medio del puente de Todos los Santos, y extendiò ambos brazos como para cerrar el paso à Joujou.

Murmuraba, riendo bajo su antifaz.

—¡La he tocado! ¡la he tocado!

Joujou no era asustadizo; á no ser por su carga

de pescado se habria burlado lindamente del espectro, á pesar de que los pàlidos destellos del crepùsculo matutino dan á todos los objetos una apariencia terrible; no obstante su carga y el aspecto fantástico de aquel personaje que le cerraba el paso, quiso seguir adelante.

—¡Eh amigo, dijo, me están esperando en el mercado.... Si me detienes perderé una moneda de doce sueldos.

El hombre del antifaz no se apartó; sacó de un bolsillo de su andrajoso traje un escudo de plata y respondió:

—Bien puedes perder doce sueldos para ganar seis libras.

—¿Y qué he de hacer para ganar seis libras? preguntó Joujou estimulado por la codicia.

El espetro apoyò un dedo en sus làbios y dijo:

—¡Silencio....! no hables tan alto.... Cuando entro en alguna parte me tienen miedo y me echan.... Los mercaderes nada quieren venderme.... Tráeme aquí un espejo de veinte y cuatro sueldos y te daré estas seis libras.

—Corriente....! exclamó Joujou gozoso.

Habia precisamente cerca de allí, en el ángulo de la plaza del Palacio, una tienda; Joujou echó á correr y se fué à llamar á la puerta con estrépito.

Él tendero se levantó y le vendió á Joujou un lindo espejito con marco de madera amarilla.

Joujou se le llevô fielmente á su generoso espectro.

Este último, no solo le dió el prometido escudo de seis libras sinó que se puso tan contento que levantó en alto á Joujou y casi le ahogó por abrazarle.

Luego blandió su espejo por encima de su cabeza y echò à correr como un loco.

Bajó por detràs del puente de Todos los Santos y se perdió de nuevo entre los cañaverales del rio.

Joujou le oyó gritar con su voz bronca y cavernosa:

—¡Ella se verá....! ¡se verà....! y morirá....!



XXI.

Sitio del castillo de Barba-Azul.

De lo que procede se puede deducir que no era Juan Bolnyi, el perro de presa de Barba-Azul, quien habia mordido al pobre Joujou.

Juan Bolnyi se sentia perfectamente bueno, y no podia comunicar á otro la peste negra, puesto que él no la tenia.

Por el contrario, Malbruk tenia la peste negra, y á Malbruk era á quien Joujou habia encontrado en el puente de Todos los Santos antes de ser de dia, á Malbruk, que andaba en busca de un espejo de veinte y cuatro sueldos.

Sea como quiera, para el pueblo de Rennes fué lo mismo que si el conde Enrique hubiese muerto al pobre muchacho por su propia mano. El dedo de Barba-Azul estaba allí, se le conocia. Lacuzan, aquel vampiro, necesitaba cadáveres.

La madre de Joujou acudió à la plaza de Santa Ana, y se presentó desgreñada y llena de desconsuelo. Se precipitò sobre el cadàver de su hijo y gritó pidiendo venganza. ¿Dònde hay una madre que vea à su hijo muerto sin volverse loca?

Los enemigos que Lacuzan tenia por la ciudad, que no eran pocos, explotaron en seguida aquella situacion y sobrescitaron màs y màs la cólera popular.

Aquella cólera furibunda estuvo concentrada durante todo el dia cual el fuego bajo la ceniza.

Al anochercer gritaron: «¡A las armas!» en las calles de Rennes, con el fin de ir á poner sitio al castillo de Barba-Azul.

A las doce de la noche la multitud se encaminó al castillo de Terciopelo.

Aquello era un ejército; habia hombres, mugeres y niños. La madre de Joujou iba á vanguardia agitando una tea encendida.

Las gentes sensatas iban á retaguardia y no llevaban nada.

El crepúsculo de la mañana se alzó sobre un espectáculo grandioso y grotesco. El càstillo de Grail estaba cercado por todas partes: Rennes habia emigrado. Su pueblo, su clase media, su clase mercantil, su aristocracia, estaban allí, siguiendo la cruzada y poniendo sitio al Castillo de Terciopelo.

Todas aquellas gentes habian pasado la noche mezcladas y sin disparar un tiro.

En el lindero del bosque se celebraba un consejo de guerra.

Unos pensaban que con algunos haces de leña se podia arreglar el negocio.

Pero un hombre prudente hizo observar juiciosa-

mente que para tomar una plaza fuerte rodeada de murallas se necesitaban diez años con un ejército tan endeble.

—Al menos, decia el solteron Badabrux, que tambien andaba por allí, se necesitaban algunos arietes y no pocas catapultas.... porque las balistas es muy peligroso manejarlas.... Algunas veces se ha visto á la piedra, lanzada con fuerza, volver de rebote y dar la muerte al mismo sitiador.

—¡Qué reunion de gallinas! dijo una pescadera desconocida, coged escaleras y trepad al asalto!

Pero allá arriba se veian las siluetas inmóviles de los dragones de Lacuzan.

Y todo aquel aspecto del castillo sombrío y mudo hàcia que áun los más valientes se estremeciesen.

Al medio dia los estòmagos comenzaran à quejarse.

Algunos hidalgos, mandados por Alberto de Coetlogon, aparecieron en el camino de Rennes, y anunciaron que defenderian el castillo contra todo ataque brutal.

La cruzada parecia verdaderamente que tocaba á su último término, cuando en el interior del bosque resonaron fuertes gritos.

Una partida de mil á mil doscientos mendigos de Rennes salió de la espesura conducida por Malbruk y llevando faginas. El impulso estaba dado. Cada cual cogió una fagina, y todos se lazaron hácia los fosos, mientras que Badabrux exclamaba:

—«¡Oh furor! ¡Oh destino! ¡Oh discordia sangrienta....!»

Los dragones de Lacuzan no se movieron. No parecia sinó que dormian.

Pero detrás de aquellas murallas sombrías reinaba la desesperacion.

Todos aquellos movimientos desordenados, todos aquellos gtitos de un populacho enloquecido, eran la comedia, ó mas bien la farsa. Mas allà del puente levadizo de Grail estaba el drama. Habia allí un hombre á quien el dolor convertia en uu insensato.

Y aquella farsa podia tener por desenlace torrentes de sangre.

Lacuzan habia intentad) un imposible: à la sazon lo comprendia.

Hubo un momento en que se creyó bastante fuerte para rodear á Mariela con una especie de muralla màgica que se alzara constantemente entre ella y el mundo de las realidades.

Se habia forjado esa ilusion de guardarla à la vez contra sí misma y contra todos.

Esa ilusion de engañarla siempre y de darle en vez de su belleza perdida, una quimera que habia de sustituirla, porque la belleza de Mariela era su vida.

Adoraciones de todos los instantes un culto incesante, una especie de altar.... un calabozo, ¡ay Dios! Lacuzan habia soñado todo eso.

Sí, y en esa obra extravagante habia gastado toda la fuerza de un corazon de héroe!

¡Estaba ya cansado! Veia que su sacrificio era inútil. Se sentia sobrado débil.

La sociedad, es decir, aquellos locos de ambos sexos y de todas clases y condiciones que estaban allí entre los matorrales, aquellas verduleras, mendigos, aquellos porteros aquellas vizcondesas, aquellos hidalgos, los que viven en todas las casas, desde las tiendas hasta las bohardillas, pasando por los dorados salones de la sociedad, no querian que tal hiciese Lacuzan.

La muralla que habia alzado en torno de su vida privada estorbaba á las miradas de la sociedad, y ésta iba sencillamene á incendiar la muralla para ver que habia detràs de ella.

¿Quién se atreveia à afirmar que hay uu solo sitio en este mundo en el cual no sea asi la sociedad.

La sociedad es como esos niños curiosos que rompen sus jugutes para ver lo que tienen dentro, y se quedan sorpredidos, cuando los encuentran vacíos.

La sociedad es como aquel labriego idiota que abrió el vientre de su llueca, creyendo encontrar en él un monton de dorados huevos.

La sociedad, vuelca diariamente el cubo de agua para coger la luna que se refleja en ella.

A la sociedad nada la detiene.

Creedme quien quiera que seais, príncipe ò mendigo, no lucheis nunca contra la sociedad.

Acariciadla, más bien, como à una fiera á la cual se quiere domesticar. No la lleveis la contraria. Si la sociedad no tiene razon, sino que ésta se halla de parte vuestra, haced como el barbero del rey Midas: abrid un hoyo en la arena, un hoyo muy profundo y ocultaos en él para decir en voz baja: «¡La sociedad tiene orejas de asno!»

No sabeis que vuestro lacayo forma parte de la sociedad, y que ésta os tiene cogido por vuestra cocinera. Ignorais el vìnculo singular y misterioso que une entre sí á los murmuradores de todos sexos, de todas clases, de todas condiciones. No quereis creer que el mendigo de la esquina, si es murmurador, se halla unido por invencibles vínculos, por los innumerables anillos de una cadena misteriosa,

con la señora duquesa que vive en tal ó cual palacio y que tambien es murmuradora.

No sabeis que los murmuradores son una entidad y que convierten al universo entero en un gigantesco mancillador de honras agenas!

Que la murmuracion es mil veces más poderosa que todas las sociedades secretas reunidas, que es inmortal y que ¡cosa singular! teniendo en cuenta la malignidad de su veneno, es invulnerable respecto de su propia mordedura!

Creedme, la murmuracion es la sociedad; la riqueza y la miseria, el poder y la debilidad, la elegancia y los andrajos, el vicio y la virtud; es el monstruo de los cien millones de cabezas que devora su propia baba, y no revienta! Sois vos, soy yo, ¡ay de mí, es vuestra muger y su doncella, y el amante de la doncella, y los literatos, y los artistas, y los artesanos, y la humanidad entera....!

Por fin, Lacuzan no tenia que habérsela más que con una ciudad de vienticinco mil almas.

Pero la murmuracion es como los ácidos: cuando se la concentra ataca hasta al acero.

Lacuzan, para hablar sin metáfora, se hallaba, pues, enfrente de aquella muchedumbre à la cual podia muy bien dispersar un dia, pero que volveria al siguiente.

Habia roto su espada porque aquella muchedumbre lo habia deseado.

En momento tan supremo comprendia toda la fuerza de aquella pandilla miserable; fuerza inmensa lo repetimos hasta la saciedad, fuerza invencible!

Tenía en el corazon la rabia del vencido que conserva en torno suyo á todos sus soldados in-

tactos, sin una sola herida, pero que comprende que la lucha es inútil.

Ademàs tenia en el corazon otro dolor.

Lacuzan estaba celoso. Vagos indicios le revelaban que habia un extraño en su castillo de Grail.

Lacuzan pensaba:

—Ella no sabe que ha perdido su belleza....él, sin duda, no la ha visto sinó con el antifaz puesto....Así, pues, podrán amarse!

En tal estado se hallaba. Ya os lo he dicho: estaba loco. Hasta desconfiaba de Blanca, su antigua amiga de diez y seis años!

Cnando oyó aquel zumbido del asalto ridículo intentado por los mendigos de Rennes, subiò á la muralla.

—Juan, digo al dragon Bolnyi, la condesa està durmiendo: esas gentes van á despertarla.

—Si teneis à bien permitirlo, respondió Juan, quien habia adoptado ya los modales y la cortesanía de los franceses, elegiré diez hombres de mi confianza y enviaré toda esa gente al diablo.

—Volverán....murmuró el conde.

—Y tambien nosotros volveremos à la carga, señor conde.

Lacuzan hizo un gesto y Bolnyi, silencioso y sumiso, se plantó delante de él en la postura del soldado que se cuadra.

Era un hermoso moceton de treinta años, fuerte como un Hércules y que sobre un rostro sonrosado ostentaba unos tremendos bigotes rubios.

—Escúchame bien, Juan, dijo el conde con lentitud; ¿tienes completa confianza en tus compañeros?

—Como en mí mismo, mi coronel.

—Cuando llegue la última hora.... repuso el conde.

Bolnyi le miró con tan sorprendido aspecto, que se detovo.

—Digo la última hora, prosiguiò; tú no puedes comprender eso, Juan.... no es con los hombres con quienes tenemos que combatir, sino con el destino.... El momento se acerca.... lo sé, lo adivino! Es preciso que no nos coja desprevenidos.

Lacuzan tenia razon: Bolnyi no comprendia, y eso que escuchaba con la mayor atencion.

Pero la corriente de los pensamientos que se agitaban en el cerebro enfermo del conde acababa de variar de curso.

—Juan! dijo de improviso interrumpiéndose, y con más tristeza que severidad, has hecho mal en engañarme.

—Engañaros yo, mi coronel, exclamó Bolnyi.

—Hay un hombre en el castillo de Grail!

Bolnyi bajó los ojos y cambiò de color.

La mirada ardiente de Lacuzan parecia que penetraba hasta en lo más profundo de su alma.

—Un hombre repitió por fin el dragon, no creo que sea un hombre, mi coronel.

—Segun eso, ¿hay alguien?

—Hace ya de eso ocho dias, respondió Juan; era en una noche muy escura. Horesko y yo estábamos de guardia en la muralla.... vimos pasar una sombra que se deslizó desde la muralla à la parte superior de los tejados y desapareció por el cañon de la chimenea.

—¿Y luego?

—Luego!.... nada màs mi coronel.

—¿Me lo juras?

—¡Lo juro!

Lacuzan permaneció un momento pensativo....

En seguida irguió de nuevo su hermosa frente, en la que hácia algunas noches que el sufrimiento habia trazado su primera arruga.

—No es de eso de lo que yo queria hablarte, repuso bruscamente; ¿qué te estaba diciendo?

—El señor conde, respondiò Boluyi con visible repugnancia, me decia «Cuando llegue la última hora....

Lacuzan se estremeció.

—Es verdar, es verdad! exclamó; y va á venir.... Oh! va á venir!.... porque la desventurada no tiene màs que veinte y dos años!.... Dios mio!

Se cubrió el rostro con ambas manos, y un sollozo agitó su pecho.

El dragon le miraba con una compasion respetuosa,

—La sala de baños está debajo del cuarto de la condesa, prosiguió de improviso Lacuzan con voz seca y ronca; colocarás en ella un barril de polvora....

—Sì, mi coronel.

—Cuando yo te lo mande abrirás todas puertas del castillo.... cogerás en brazos á mi cuñada Blanca de Noyal.... Dos de tus compañeros harán otro tanto con la doncella y con esa pobre muger á quien llaman la Chaumel.... los caballos estarán preparados en el patio.... Prenderás fuego à una mecha de tres pulgadas de largo que vaya á parar á la pólvora del barril.... y luego mandarás: ¡A galope....!

—Pero, ¿y vos......? comenzó à decir Bolnyi.

—¡Descuida....! Los criados están advertidos.... ya no quedará nadie en el castillo de Grail.

—Pero, ¡y vos, señor conde....! ¡y la señora condesa!

—¡Yo....! dijo Lacuzan, cuyos làbios se crisparon en una sonrisa amarga; Mariela y yo nos iremos por otro camino!

Fuera resonó un clamor inmenso.

Millares de voces gritaron:

—¡Barba-Azul, Barba-Azul! ¡muera Barba-Azul..!

Bolnyi mostró por una almena á los mendigos que estaban ya prendiendo fuego á la fagina.

—¡Haz lo que quieras....! dijo Lacuzan con indiferencia.

El dragon saludó militarmente y salió.

Un momento despues el puente lavadizo temblaba bajo los pasos de quince hermosos caballos montados por otros tantos dragones á cuyo frente golopaba Juan Bolnyi.

Los quince dragonos fueron hasta más allá de las matorrales, y no quedó ni rastro de aquel innumerable ejército de charlatanes y fanfarrones que habia ido desde Rennes.

Pero de nada servia el haber expulsado al enjambre de moscardones que zumbaba en torno del castillo.

Para el conde de Lacuzan lo que menos importaba eran los cinco ó seis mil murmuradores de ambos sexos amotinados y reunidos en el bosque.

Para resolver la cuestion misteriosa en que estribaban su vida y la de la pobre Mariela bastaba una mirada indiscreta.... ¡menos aùn que eso! bastaba un espejo de veinte y cuatro sueldos que cayese en el cuarto azul como llovido del cielo.

Ahora bien, el jóven Alberto de Coetlogon y sus compañeros habian aprovechado el momento en que el puente lavadizo quedaba desamparado para penetrar en el castillo. Alberto iba á ofrecer sus servicios al conde, y no sospechaba en manera alguna que su presencia producia materialmente la catástrofe.

Por otra parte, cuando Bolnyi, á la cabeza de sus dragones que con tanta facilidad habian ganado la victoria, acababa de pasar de nuevo el puente, en el momento en que se tiraba de las cadenas, y las vigas, cargadas de tablas volvian à subir lentamente, un hombre, ó por lo menos un ser de forma humana, saliendo de improviso del bospue dió un salto de ardilla, se agarró á las cadenas, trepó como un mono por sus eslabones y llegó al friso del piso principal.

Llevaba en la mano una cosa que blandía por encima de su cabeza y que reflejaba los rayos del sol próximo ya á ocultarse.

Gritaba:

—¡La hermosa jóven se verá, se verà....!



XXII.

Muerte de Malbruk y sorpresa de Lacuzan.

Hé aquí lo que sucedió en la habitacion forrada de terciopelo azul oscuro: todo un drama mudo cuyas peripecias instantáneas hubieran podido ser alumbradas por el rápido paso de una chispa eléctrica.

Este drama duró precisamente un segundo.

Mariela estaba durmiendo sobre un sofà. Pichenet, arrodillado delante de ella, le humedecia el rostro como en la primera cura misteriosa que le vimos hacer, y acababa de ponerla de nuevo el antifaz.

Blanca estaba en acecho para que Lacuzan no llegase à sorprenderlos.

De pronto se rompieron los cristales de una ventana y cayeron hácia dentro hechos mil pedazos.

Mariela despertó sobresaltada.

Al propio tiempo se abrió la puerta.

Por la ventana entró en el cuarto un hombre andrajoso y con un antifaz negro.

En la puerta apareció el conde de Lacuzan.

Vió á Pichenet, pero no le dió muerte en el acto por que tambien vió à Malbruk que tendia á la condesa un espejo de veinte y cuatro sueldos.

Con ademan más ràpido que el pensamiento, Mariela se quitó el antifaz y se miró.

Malbruk lanzó un rogido de triunfo que en segida se ahogó en un grito de angustia, porque Lacuzan le habia cogido del cuello y le levantaba en alto medio sofocado.

Lacuzan le arrójo por la ventana, y Bolnyi, que le iba persiguiendo, le mató al vuelo, entre cielo y tiera, de un tiro que le disparò con su carabina.

De modo que lo que cayó al foso, no fué màs que un cadàver.

Mariela nada habia visto más que el espejo, y reflejaba en él su rostro.

—¡Oh! ¡qué fea estoy! exclamò sonriendo.

Lacuzan se volvió, y en poco estuvo que cayera redondo al suelo.

El rostro de Mariela habia recobrado toda su espléndida belleza

Lo que hacia decir à la muy coqueta:

«Que fea estoy!» eran algunas manchitas encarnadas casi imperceptibles y unas ojeras leves que tenia en torno de sus preciosos ojos.

—¿No sabes una cosa? murmurò dirigiéndose á Lacuzan, ha habido momentos en que he temido á la peste negra.

El conde estaba como un hombre ébrio.

Blanca tenia los ojos arrasados en llanto. Mariela salvada! Mariela restituida á la felicidad, y

esto de un modo tan completo que ni siquiera sospechaba que habia estado en el borde del sepulcro!....

Lacuzan, por su parte, miraba à Pichenet con una especie de terror.

Quién sois?.... le preguntò balbuceando.

Una sospecha se mantenia pertinaz en su trastornado cerebro.

El jóven médico apoyó una mano en su corazon y dijo.

—¿No os acordais ya del pobre niño que bailaba en la maroma y cuya vida salvásteis....

—¡Ah! exclamó Lacuzan; si.... me acuerdo.... en otro tiempo la amábais....

Blanca se levantó y cogió las dos manos de Pichenet lanzando al conde una mirada de reconvencion.

En el momento en que Blanca tenia cogidas las dos manos de Pichenet, apareció Alberto de Coetlogon en la puerta entreabierta.

—¡Pardiez! dijo, mi compañero de viaje!.... ¿Pues no me habiais jurado por vuestro honor que no veníais aquí por la señorita de Noyal?....

Pichenet estaba algo pálido.

—Os lo juro todavía, murmurò.

—Pues por quién veníais entónces? exclamó Lacuzan, cuya voz estalló aún más amenazadora.

Pichenet levantó el cortinaje que cubria la puerta de la vecina estancia, y volvió trayendo en sus brazos à una anciana que sonreia y lloraba al mismo tiempo.

—Venia por mi madre, señor conde, respondió el médico.

Quizàs habia en él un poco de tristeza.

La Chaumel besó con delirio á su hijo.

Y Pichenet, irguiendo su frente tan juvenil y altiva, estrechó contra su corazon á la excelente muger y dijo:

—Yo, señores, no amo más que á mi madre!

Desde luego adivinarà el lector que Lacuzan y Alberto tuvieron à mucha honra el ser amigos de Pichenet, y que la señorita de Noyal no permaneciò soltera mucho tiempo.

——

Creeríamos dar una prueba de pedantismo y de mal gusto recordando aquí con sobrada solemnidad que en el siglo XVIII hubo un facultativo llamado Adriano Chaumel, natural de Bretaña, que fué médico del rey y supo adquirir gran celebridad y nombradía por su tratamiento especial de las afecciones epidémicas.

Si Mad. de Pompadour hubiera sabido que su grave doctor bailaba maravillosamente en la cuerda floja....!

FIN.

